



CORONA DE ORO (NEGRO) Y RUBÍES

EL ROMANTASY QUE ESTABAS ESPERANDO



I

PEBOL SÁNCHEZ



PLAYLIST RECOMENDADA

Aitana y Sebastián Yatra— Akureyri

Ruelle — I Get To Love You

Benson Boone— Beautiful Things

Tate Mcree— Greedy

Chord Overstreet — Hold On

Dove Cameron— Sand

Lyla— Water

Elevator Boys— Ruin Me

Seori—Wicked

CORONA DE ORO NEGRO Y RUBÍES
La Corte de Agua Carmesí 1



PEBOL SÁNCHEZ

Copyright © 2025 Pebol Sánchez
Cubierta: @primmrosse_design
Ilustración interior: @artbynoti

Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798307291238

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*Para aquellos
que creen que,
a pesar de todo,
el amor es inmortal*

*Y a Jonatan Estévez Valiente,
por demostrarme que
se puede encontrar luz
en los lugares más oscuros*

1

—Nos extinguimos, los reinos acuáticos de Valhía nos estamos extinguendo. Y no me refiero a la amenaza constante de las caribdis. Mis antepasados llevan luchando contra esos monstruos desde que el mundo era mundo. Tampoco hablo de los barcos que nos dan caza por el simple hecho de vernos como una amenaza. A lo que me refiero es que hace más de cien años que una sirena no deposita huevos en el vientre de un tritón. Nos estamos extinguendo y no podemos hacer nada para evitarlo.

Saco el brazo por encima de la superficie del agua, extendiendo mi arma y la disparo con tanta fuerza que casi es impredecible. La lanza de hueso corta el viento sin hacer ruido, recorre el espacio que hay en menos de un segundo y atraviesa a la gaviota antes de que pueda alzar el vuelo. Nado hasta la roca en la que se mantenía descansando, me siento sobre ella y dejo que la sangre empape mi aleta con el primer mordisco.

Aquí arriba mis escamas adquieren un peculiar color azul, una adaptación natural en mi especie, una contradicción de todo lo que soy.

En las profundidades todo tiene un tono más grisáceo y oscuro, una cualidad que nos permite camuflarnos para evitar posibles ataques o facilitar nuestras cacerías.

En cambio, bajo la luz del sol todo cambia. Según cuenta la anciana de mi tribu, fuera del agua no tenemos la misma fuerza y resistencia, por lo tanto, es más fácil alimentarse si la presa se acerca al cazador. Dice que nuestras antepasadas aprendieron a utilizar la Voz Azur para conseguir alimento en vez de para la guerra.

—¿Qué haces aquí?—pronuncia una de mis hermanas mayores entre chasquidos y silbidos.

No es que no conozcamos el idioma terrestre, pues el Pacto hizo que nuestra especie aprendiera a comunicarse fuera del agua, una enseñanza que se ha ido transmitiendo de generación en generación. Pero utilizarlo entre sirenas es una falta de respeto. Nuestro dialecto no lo conoce nadie que no se haya criado bajo el mar, aquí las palabras son mudas y son sustituidas por chasquidos de dientes, silbidos y pequeños cánticos. Por no hablar de la infinidad de sonidos que no puedo explicar, melodías más complejas que el ronroneo de un gato.

—El barco hundido de ayer ha atraído alimento—admito con los dientes llenos de restos y la barbilla empapada en sangre.

—Los reyes te van a acabar encerrando si sigues faltando a los entrenamientos, Cirigh—más que

ser una reprimenda, mi hermana

parece repetir las mismas palabras que las del día anterior.

—Papá y mamá no me dirán nada, Sarra—respondo con los ojos en blanco justo antes de compartir un pedazo de mi presa—. No ha habido un ataque en meses.

—¿Por las ballenas estelares ¿Cuánto hace que no como una de estas?

—¿Cuánto hace que no sales del agua?

—La general ya no me deja patrullar Tierra firme—ella suspira melancólica mientras contempla el horizonte cuyos colores se entremezclan en el Midna.

El cielo de Valhía se parte en dos en el ecuador del mundo. En el este todo es más claro y cálido, el sol es una esfera brillante que lo ilumina todo. En cambio, en el oeste la noche promete ser eterna, sin luna ni estrellas porque siempre hay tormenta. Es como si un calamar hubiera expulsado su tinta por el aire y se hubiera quedado ahí para siempre. El Midna separa las fronteras entre los nocturnos y los diurnos, el resto del mundo es agua.

—Te pierdes muchos placeres de la vida—me estiro sobre la roca y dejo que el sol acaricie mi piel—. ¿Has venido para llevarme a casa?

—Las otras guerreras nos esperan para escoltarte—Sarra suspira aburrida, después se acerca a mí y se sienta a mi lado. En el preciso instante en el que emerge del agua, sus escamas se adaptan adquiriendo una tonalidad verdosa—. ¿Sabes por qué se preocupan tanto por ti verdad?

—Porque soy el pequeño—respondo sin apartar la mirada del Midna—. Pero ya tengo cien años, no deberían de controlarme tanto.

—Eres el último tritón que ha nacido en cien años, Cirigh—y aquí chasquea sus dientes con tanta fuerza que casi parece estar a punto de mordirme. Aunque estos también se han adaptado al entorno, al igual que los míos, ya no son afilados como los de un tiburón, al contrario, ahora son inofensivos y redondeados—. Si te pasase algo perderíamos la oportunidad de preservar nuestra especie.

—Tus otros seis hermanos también tienen el *aurane* en ellos—le reprocho con frialdad, estoy harto de que me recuerden mi función en la sociedad acuática. El mismo rol de todos los tritones—. Además, yo también he sido entrenado para luchar. Tengo la misma destreza con la lanza que tú, Sarra.

Mi hermana me mira sin decir nada. No hay ninguna melodía que emerja de ella, solo el respirar de sus pulmones. Me giro lentamente para

mirarla, no puedo olvidarme de que, aunque sea uno de los siete príncipes del Reino de Laneth, sigo siendo un macho y eso me sitúa por debajo de mis hermanas. La mirada de Sarra se ha vuelto completamente azul, al igual que la mía, en el interior de su iris puedo contemplar la furia del océano y la calma de la brisa marina.

—¿Recuerdas cuando eras niño?—pregunta con un suave ronroneo—. ¿Recuerdas la primera vez que viste a una caribdis?

—Pasé muchísimo miedo—mi corazón se acelera con tan solo pensarlo—. Era demasiado joven como para luchar y las *clamamareas* ni siquiera me habían enseñado ni un solo hechizo.

—Las guerreras lucharon contra el monstruo mientras este acababa con ellas—no consigo visualizar con claridad lo que me cuenta, solo son imágenes vagas que evocan el intento de un recuerdo—. Madre acabó entonando su Voz Azur y doblegó a la caribdis para que padre y el resto lo atravesaran con sus lanzas.

—Y ganamos como siempre lo han hecho nuestros antepasados.

—¿A costa de cuántas vidas, Cirigh?—Sarra acaricia el agua con sus manos palmeadas—. Perdimos a muchas sirenas, incluso miembros de la realeza. Aunque no lo parezca, tuvimos

mucho miedo, por un momento creímos perderte a ti también.

Un hecho que sigo sin recordar con claridad, mis hermanas siempre dicen que no lograron encontrarme en medio del caos, que regresé a los días con un banco de ballenas, yo simplemente lo he olvidado. Pensar en los monstruos, la guerra y el peligro me provocan náuseas. Le pido que pare, que deje de hablar de todo esto y que contemple la hermosura de nuestro mundo. Si otros han caído por mantener intacto todo esto, nuestro deber es honrarles, no solo en los cementerios de coral, si no disfrutando de lo que nos rodea.

—¿Me das un rato más?—recurro a mi cargo de hermano menor—. Quiero mirar el Midna por última vez.

—Vas a estar en casa, Cirigh, podrás volver a la superficie cuando acabe la gestación—dice y después se zambulle en el agua. En ese preciso instante sus rasgos dulces desaparecen para dar pie a una depredadora nata—. No me hagas volver a buscarte.

Asiento con la cabeza y dejo que la brisa acaricie la piel pálida que surge para ocultar las escamas. Adoro estar aquí arriba, aunque sea en una roca perdida en medio del océano. Sé que no hay amenazas cerca, solo estamos yo y el horizonte. Cierro los ojos y me relajo, disfruto de los ápices de sabor que ha dejado la gaviota en mi boca. Si me encontrara con otra más no dudaría en atravesarla con mi lanza de hueso, sigo teniendo hambre.

El aire deja de dibujar ondas en mi piel cuando el sol se oculta tras un nubarrón. Sonríó al saber que eso es señal de que se avecina una tormenta. Me mantengo con los ojos cerrados y espero a que las primeras gotas de lluvia humedezcan mi piel, estiro la aleta todo lo que puedo y la sacudo con ilusión. Los primeros truenos repiquetean de manera extraña, no son como las espadas de los dioses resolviendo sus conflictos. Al contrario, es un sonido mucho más pesado y oxidado, el estruendo de un ancla amarrándose a la profundidad marina.

—¡Hoy es nuestro día de suerte!—escucho un grito en perfecta lengua terrestre.

Cuando abro los ojos el corazón me da un vuelco, de la nada aparece un navío de grandes dimensiones. El mascarón del barco forma el rostro de una mujer que parece estar llorando y gritando a la vez. En el primer vistazo contemplo el nombre tallado en la madera: *La Llorona*.

Antes de que pueda reaccionar y saltar al agua, una red me abraza con tanta fuerza que empieza a quemarme. Acero puro, el único material terrestre capaz de atravesar mis escamas y llegar hasta mi piel. Grito, rujo y propino fuertes aletazos, pero no sirven de nada. Poco a poco el barco empieza a recoger su pesca arrebatándome de mi hogar.

Me tiran sobre la madera sin el valor suficiente como para liberarme de mi prisión y enfrentarse a mí en un duelo justo. Cuento diez, diez figuras encapuchadas, tres de las cuales canalizan el viento alrededor de las velas. Son magos con el mismo poder que las *clamamareas* de Laneth. Mis labios propinan un rugido lo suficientemente fuerte como para atravesar la superficie del mar y llegar a los oídos de mi hermana. Escucho su grito de guerra, y después al ejército de sirenas que le acompañan.

—Larguémonos de aquí antes de que nos hundan—ordena uno de ellos a tiempo de que el navío empiece a avanzar a gran velocidad.

—¡Demonios!—grito en su idioma para que puedan entenderme. Ellos se ríen, mi pronunciación y mi acento les parece gracioso—. ¡Sufriréis la ira de Rysantha!—bramo con odio convocando el verdadero nombre del mar que recubre toda Valhía.

Mis ojos centellean de manera amenazante, mis escamas resplandecen azules y mi garganta entona la melodía que precede a la Voz Azur. Empiezo a cantar, lo hago sin dudarlo, me concentro en detener la canalización de los magos que pilotan este barco. Ansío lanzarlos al mar y devorar sus corazones, mi hermana y sus guerreras harán el resto. Necesito luchar, necesito

volver al agua y recuperar mi fuerza para acabar con todos y cada uno de ellos. Quiero desmembrarlos, hacerles trizas para después bañarme en su sangre. Han osado secuestrar al Príncipe de Laneth, a uno de los siete tesoros del reino, su castigo será digno de nuestras historias talladas en piedra.

Uno de los encapuchados se acerca a mí, aparta el acero de mis escamas y me coloca una bolsa de tela en la cabeza. Entonces se detiene mi voz y mi canción se queda muda, no puedo canalizar mi poder, no puedo someterlos a mi voluntad. Siento su piel enredándose en mis garras cuando le propino un zarpazo, después todo se sume en oscuridad.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que recupero la consciencia, me duele la cabeza lo suficiente como para darme cuenta de que me han golpeado con algo contundente. Todo está lo suficientemente oscuro como para forzar a mis ojos a adaptarse a ello. Seguimos navegando, el vaivén del barco es constante y el aroma no dista mucho del de la carne podrida. Ya no tengo la bolsa en la cabeza, ni siquiera estoy metido en una red de acero puro, mi situación es extraña e impotente. Estoy encadenado en una prisión, los grilletes no me queman por lo que entiendo que mis captores no me quieren hacer daño, al menos por el momento. Lo peor es el pañuelo rojo que oculta mis labios, un material mágico que evita que pueda entonar la Voz Azur.

El murmullo del mar se va acallando, es como si Rysantha estuviera llorando mi pérdida. Estamos llegando a Tierra firme, lo percibo en mi aleta, el cambio está cerca. Cierro los ojos y siento como las escamas se ocultan bajo una fina capa de piel, me surgen dos piernas completamente humanas, una habilidad más en los habitantes que conformamos la sociedad acuática. Cuando abro los ojos una lágrima se desliza desconsolada. La llegada de mis nuevas extremidades me indica que ya no hay rastro de mi fuerza, menos aún de mis garras o mis dientes afilados. Ya no tengo armas, sea quienes sean los que me han arrebatado de mi hogar, saben lo que soy y como inhibirme.

—Ya hemos llegado pescadito—se jacta uno de ellos desde el otro lado de la prisión.

Se quita la capucha y muestra una media melena rubia en mitad de un rostro pálido como una beluga y dos ojos de un apagado color rojo. Me mira, sonríe victorioso y muestra dos colmillos que alardean de ser el depredador alfa. Ya no soy nada aquí, solo una criatura despojada de todo su ser. En el fondo de mi corazón deseo morir, no tengo ninguna opción de supervivencia. Aunque una pequeña parte de mí desea saber qué me depara el futuro, qué es lo que hay en esta parte del mundo y qué harán conmigo.

—Eres un caído...—pronuncio con odio en su propio idioma, no le tengo miedo—. Un cadáver andante cuya vida pende de un hilo podrido.

—¿Te atreves a retarme, asqueroso ahogado?—después me escupe dejando mi cabello corto y ondulado empapado en su saliva.

Sé que las razas de Valhía se organizan en jerarquías muy diferentes, no conozco la de los nocturnos, pero deduzco que este individuo no tiene ni una pizca de sangre real. Por mucho que lleve el pelo largo, un símbolo de liderazgo en la sociedad submarina, un privilegio que solo pueden portar las sirenas; no debe de ser nadie importante.

—¡Vamos al agua y veremos quién escupe a quién!—maldigo en mi idioma, lo hago sin darme cuenta. Mi captor me mira confundido, después se empieza a reír a carcajada limpia.

—¿Te has atragantado o qué?

—Exijo que me lleves ante tu líder.

—No estás en posición de exigir—abre la celda, se coloca frente a mí y coloca un cuchillo de acero puro en mi garganta. Aunque solo sea la punta, quema—. Te partiría en rodajas y te serviría en la cena si no me fueras más valioso vivo que muerto.

Vuelvo a intentarlo, vuelvo a intentar entonar mi canto, pero solo siento el agotamiento de canalizar una magia que no funciona. El nocturno vuelve a reírse, tiene que dar un par de pasos atrás para no dañarme con la hoja. Se ríe tan fuerte que no puedo evitar pensar en la de depredadores que atraería si estuviera en alta mar.

—¿Qué crees que estás haciendo, Péstegos?—dice otro hombre, este es más bajito y regordete—. Morrick nos está esperando en el puerto, no se cree que hayamos atrapado a un macho. ¡Hoy beberemos plasma de verdad! Nada de sangre barata de cabra.

—¿Qué hacemos con él?—pregunta mi captor mientras guarda el cuchillo en su cinturón, no quiere que le vean amenazándome.

—Esto no va a llamar mucho la atención—comenta el segundo mientras me mira las piernas—. Metámoslo en la urna de cristal, vamos a exigir una buena suma de dinero.

—No me toques pedazo de carne podrida—le desafío aun sabiendo que estoy en desigualdad de condiciones.

—El pescado está rabioso—se jacta el primero.

—No voy a perder más el tiempo—el segundo me propina un puñetazo que lo tiñe todo de negro.

2

Me despierto con el sonido de una melodía incesante, un murmullo de decenas de voces y una marabunta de risas que no reconozco. Abro los ojos para encontrarme con una mirada de brillante color rojo, un detalle que se repite en los habitantes de esta parte del mundo. Es una niña de cabellos dorados y piel tan pálida como una perla. No se inmuta al mirarme, permanece allí, inmóvil, mientras contempla la expresión de alguien cuyo destino ha sido robado.

—Mirad, mirad,...—repite sin hacer ningún ademán de asustarse, sorprenderse o sonreír.

En ese preciso instante me doy cuenta del lugar en el que estoy. Me han encerrado en una urna de cristal, una prisión cuyos bordes son del oro más reluciente y en cuyo interior se retuerce mi libertad. Hay muchísima gente, más caídos de los que puedo contar, demasiados para derrotar en una batalla por muy justa que sea. Todos ellos se mueven con agilidad acompañados de sus copas con abundante líquido carmesí. Algunos me miran, otros pasan de largo, no tardo mucho en comprender que soy un mero entretenimiento.

Estoy en medio de un salón de grandes dimensiones, he visto dibujos de construcciones terrestres más humildes. Hay columnas de piedra situadas a los extremos de una bóveda a través de la cual se pueden ver las nubes del cielo. Aunque saliera de la pecera en la que me han metido, me quedaría otra celda más grande a la que sortear.

Los caídos están allí, bailan sobre sus propios pasos mientras mantienen largas conversaciones cuya finalidad desconozco. Quizá se estén preparando para la guerra o quizá se protegen de algún enemigo más fuerte que ellos. Me equivoco, en Tierra firme no hay más preocupación que la de mantenerse en pie. ¿Es realmente tan difícil caminar? Lo dudo.

Son como tiburones hambrientos de carne llevando a cabo una danza de cortejo eterna. Los caídos se deslizan por encima del suelo, se besan las mejillas o se dan apretones de manos mientras observan los objetos situados sobre mesas de cristal. Hay conchas, caracolas, almejas y una infinidad de peces muertos. Diría que de todo lo presente, soy lo único fuera de su hábitat natural que aún sigue con vida.

La melodía surge de los violines de un grupo de hombres que se mantienen en una zona apartada del salón. La música es agradable, aunque realmente me encantaría que todos ellos escucharan mi voz. Necesito salir de aquí, desgarrar a todos y cada uno de los presentes y volver al mar. Por mucho que esté en el agua soy consciente de que no dispongo de ninguna de mis armas. Mi aleta se mantiene en un brillante color azul cielo, un detalle que a los presentes parece sorprenderles,

incluso gustarle. Mis escamas se han reblandecido, es como si mi cuerpo supiera que aquí tengo prohibido luchar. Por no hablar de mis labios, sellados bajo una pieza de tela mágica cuyo enganche es de acero puro. No tengo garras para liberar mi canto, no soy nadie en esta parte del mundo. Entonces lo entiendo, es agua dulce.

—¿El Duque Ábsolem lo llevará a su castillo, verdad?—pregunta la niña en el momento justo en el que cinco mujeres se acercan a la pecera—. ¿Se lo ha comprado a tío Morrick, a que sí?

—Sí, Seylah—habla la caída con más porte, la líder de las otras cuatro—. Será el regalo perfecto para el nacimiento del nuevo retoño.

Ella tiene una sonrisa embriagada en poder. Sus ojos se fijan en las cuatro caídas que le acompañan. Todas, menos ella, tienen el vientre hinchado bajo sus vestidos bordados con flores. No hace falta ser muy listo para comprender que están encinta.

—No os acerquéis mucho al tritón, mis *adastas*—ordena ella con un chasquido de dedos. Después le agarra la mano a la niña y la arrastra lejos de mí.

—Sí, Lady Amari—le responden las otras, acto seguido le siguen sin miramientos. De alguna manera ellas son de su propiedad.

No sé cómo se diferencian los caídos entre sí. En mi hogar las sirenas llevan el pelo largo mostrando su estatus, ningún tritón en su existencia puede dañar a nuestras hembras. Ni siquiera yo, séptimo hijo de la Reina Velra, puedo castigarlas. Aunque no tengo necesidad, ellas están para protegerme, a mí y a mis hermanos. Somos los tritones más importantes del reino, cualquier ataque contra cualquiera de nosotros puede significar la guerra. Eso es lo que tienen que estar haciendo, estoy seguro, mis padres estarán organizando a las tropas para liberarme. Los caídos no tienen ni idea de lo que están provocando, pronto la anciana verá mi localización a través de los susurros del océano y hará que los *clamamareas* traigan la ira de Laneth a estos desalmados.

—¿Estás triste, verdad?—alguien se dirige a mí, cuando quiero darme cuenta una de las *adastas* de Lady Amari tiene su mano sobre el cristal.

—No quiero morir—pronuncio con sinceridad, no la conozco, pero mis instintos me advierten de que no va a hacerme daño—. Quiero ser libre.

—Yo tampoco quiero morir—después clava su mirada en su otra mano, la cual acaricia su vientre—. Pero es mi deber servir a Plaguen.

—¿Qué va a ser de mí?—me atrevo a preguntarla, coloco mi mano frente a la suya. De alguna manera necesito sentir que tengo una amiga en Tierra firme, alguien en la que confiar.

—Nunca han capturado a uno de los tuyos—afirma con una sonrisa imitando mi gesto y haciendo de sus dedos la sombra de los míos—. El Duque Ábsolem es gentil con su prole y sus aliados. Si no los pones en peligro, seguramente tendrás una noche larga.

—¿Una noche?—digo con torpeza, y ella me sonrío con ternura.

—Las noches aquí son eternas—eso no me deja del todo tranquilo.

El salón se llena de aplausos cuando un par de hombres, ataviados con trajes y capas, se sitúan en el centro y empiezan a hablar. Sus labios se mueven tan rápido que me es imposible entender lo que están diciendo. Sus manos invocan brillantes esferas de color anaranjado, magia de calor y luces.

El recuerdo acude a mí sin previo aviso, lo hace con cada uno de los destellos de poder que emergen de las manos de los caídos. Mi mente se esfuerza por apartar una bruma tan abundante como la espuma de mar en el romper de las olas. Las luces naranjas atraen consigo los hechizos de los *clamamareas* de mi hogar, están intentando mantener escudos mágicos cuyas grietas surgen una y otra vez, después llegan los gritos. Soy tan solo un niño, demasiado pequeño para aguantar las corrientes más fuertes y demasiado débil como para defenderme por mí cuenta.

—Es fuego—pronuncia ella divertida al verme tan centrado en el espectáculo. Sin saberlo me ha traído de vuelta de una pesadilla.

Fuego, hermoso y elegante. Me quedo ensimismado mirando como la gente los aplaude en la distancia, temerosos de que la belleza se torne caos. Puedo advertir el esfuerzo de los caídos, la concentración en que la luz no se descontrola y el calor no lo arrase todo. Me veo obligado a apartar la mirada de ellos, tengo miedo a que las imágenes regresen a mi mente, no puedo permitirme titubear, no mientras siga preso en este cristal.

Algo ocurre de repente. Un hecho que provoca un vuelco en mi corazón. El vientre de la caída brilla con una suavidad dorada, es como si el sol estuviera acariciando la arena de la playa. Nadie se percató de la esfera que recorre el cuerpo de la mujer, se desliza por su brazo y atraviesa el cristal utilizando nuestras manos como conducto. Ella no dice nada, solo sonrío mientras una lágrima se desprende de mi mirada y se funde con el agua de mi prisión.

—No, no, no...—digo intentando desprenderme del vínculo que se acaba de crear, pero ya es demasiado tarde. La luz se deposita en mi abdomen y se apaga esperando el momento para volver a brillar. Lo sé, sé lo que acaba de ocurrir, para esto me han estado entrenando durante toda mi vida. El significado de que los tritones seamos tan importante para la sociedad submarina, la verdadera función del poder que Ryshanta me regaló al nacer—. *Aurane...*

—¿Qué haces ahí, Lahmia?—la hembra alfa se acerca a ella y se sitúa de espaldas a mí—. Te dije que no te separaras. Ahora no puedes ponerte en peligro, llevas a un chiquillo real y es tu deber cuidar de él.

La situación no mejora cuando Amari emite un grito de terror. Todo el salón se detiene a observarla, cuando se gira hacia mí puedo percibir el odio en su mirada. Detrás de ella Lahmia ha perdido el diámetro de su vientre, peor aún, no hay rastro de que alguna vez hubiera estado encinta.

—¿Qué le has hecho, monstruo?!—me grita su dueña—. ¡Llévalo ante mi padre!

De la multitud aparecen seis hombres cuyas vestimentas distan de las del resto. No llevan largos vestidos de cola, ni camisas que resalten su potente figura. Al contrario, lo que llevan puesto son armaduras negras y espadas de acero puro colgadas de su cinturón. Los soldados cogen la urna con tanta torpeza que el agua salpica a Lady Amari convirtiendo su elegante peinado dorado en el abrazo de un calamar.

—¡Tened cuidado!—ordena de nuevo, la gente a su alrededor parece tenerle tanto miedo como respeto—. Lo quiero con vida hasta que sepamos qué es lo que ha hecho.

Cuando me alejan de allí la música se queda muda y la multitud permanece espectadora de lo que está pasando. Miro por última vez a Lahmia, la cual me sonrío con lágrimas en sus ojos. Las puertas se cierran tras de mí alejándome del único lugar en el que no corría peligro. A los pocos segundos los violines vuelven a sonar, la fiesta tiene que continuar, aunque lo que haya pasado cambie todo para siempre.

La noche se cierne sobre mí, las calles de la ciudad forman un laberinto que no consigo memorizar. El hogar de los caídos es un enramado de edificios que pretenden alcanzar el horizonte cubierto por una tormenta silenciosa. Las luces emergen de tótems de metal colocados a ambos lados de la ruta a través de la cual me llevan. No tardo demasiado en darme cuenta de que había leído sobre esto, los llaman farolas.

Amarran la pecera a un vehículo tirado por caballos, el caído que está al mando los azota con un látigo y los animales inician una carrera hacia algún lugar. La noche no es silenciosa, al contrario, hay murmullos escondidos en cada esquina. Puedo ver a más de ellos, entran y salen

de sus edificios, llevan a cabo lo que entiendo que es su propia normalidad. Aquí no hay entrenamientos de combate o prácticas de magia, lo único que percibo es ocio y placer.

Las construcciones de los nocturnos tienen formas muy diferentes entre sí, algunas triangulares y otras cuadradas. No puedo dejar de comparar esos edificios con las guaridas de las barracudas que esperan pacientes el momento de salir a cazar. Soy como un caballito de mar a merced de las corrientes marinas, incapaz de agarrarme a ningún lugar. Así es como me siento, preso de una urna cuyo oxígeno va llegando a su fin.

—Me ahogo...—digo, y no sé si lo hago en sirénido o en terrestre.

El carruaje avanza a través de adoquines que forman un camino en pendiente hacia las grandes torres de un castillo. Sea quién sea ese tal duque Ábsolem parece vivir en lo alto de Plaguen. ¿Será su líder? ¿Qué harán cuando comprendan lo que he hecho?

De repente los caballos chillan y se zarandean intentando escapar de las riendas de su dueño. Una mujer encorsetada, y con el cabello tan rojo como el fuego de las antorchas se mantiene allí frente a nosotros. Los dos soldados, que se han encargado de que mi pecera no vuelque durante el trayecto, y que la tapa no se abra, alzan sus espadas.

—¡En nombre del duque, detente!—grita uno, la chica se limita a alzar la mano al mismo tiempo que los corceles empiezan a volar por encima del nivel del suelo.

—¡Está prohibido utilizar la mancia contra la guardia real!—continúa el segundo pero ella no parece escucharle.

—¿Mancia?—susurro extrañado.

En un abrir y cerrar de ojos los animales entonan una melodía de lo más tenebrosa, sus huesos chasquean con tanta fuerza que es imposible no detenerse a contemplar sus hipnotizantes bailes. La mujer utiliza sus poderes para quebrar los huesos de los caballos y reducirlos a una amalgama de pelo, piel y sangre. Los guardias se apresuran a bajar del carruaje y arremeter contra ella, entonces le veo.

El caído está de pie sobre la urna que me mantiene preso, sus ojos rojos se clavan en mí mientras una sonrisa se desdibuja en la frialdad de su gesto. El hombre tiene vello que perfila la comisura de sus labios resaltando una mandíbula y un rostro trabajado. Tiene el cabello color noche, corto y con el flequillo imitando el surco de una caracola. Dos pendientes de plata relucen en la palidez de sus orejas, lo siguiente es un detalle que le hace completamente diferente al resto de cadáveres andantes con los que me he topado hasta el momento. El extraño lleva una máscara blanca de acero puro con la forma de un animal, un objeto que oculta la mitad de su cara y envuelve su identidad en un halo de misterio.

Nadie más se percata de su presencia, nadie es capaz de ver el filo de sus dos espadas hasta que estas atraviesan sus corazones. A diferencia de las hojas de hueso serrado que utilizan las guerreras de Laneth, las armas del caído constan de un filo curvo que evoca el brillo de dos medias lunas cuya terminación intenta acariciar su codo. La sangre salpica su traje negro justo antes de colocarse de un salto sobre la urna de cristal. Después abre los cierres de mi prisión y me presta su mano para ayudarme a salir.

Lo primero que me piden mis instintos de depredador es tirar de él para convertirlo en mi presa, luego me doy cuenta de que en el agua dulce estoy desarmado y lo único que puedo hacer es aceptar su apoyo. El caído hace gala de una fuerza descomunal, salta del carruaje conmigo en brazos y me deja con cuidado sobre el suelo lleno de adoquines de piedra. No pierde ni un solo segundo en quitar las cortinas del vehículo y tirarlas sobre mi cola para acelerar el secado de mis escamas y quitarme la mordaza que anula mi poder. Podría empezar a cantar, usar la Voz Azur para someter a todo el que la escuche a una muerte instantánea, pero algo en mi interior me

obliga a mantenerme en silencio y concentrarme en la metamorfosis de mi cuerpo.

Mi aleta se retuerce mientras las escamas se ocultan bajo una falsa piel, de un momento a otro tengo dos piernas. El corazón me palpita agitado al mismo tiempo que los primeros esfuerzos de mis pulmones me indican que estoy cansado. El extraño me mira, sonrío con sutileza y envaina sus armas en las aljabas que descansan en su espalda, acto seguido sacude su mentón como si quisiera decirme algo. Al instante se escucha un sinfín de cascos de caballos en la lejanía.

—¡Chacal, ya vienen!—grita la caída de cabello rojo fuego.

—Vete—pronuncia el extraño en un tono de voz que roza el susurro. En lo profundo de su frialdad percibo su preocupación—. Esa calle lleva a un río que conduce directamente al mar—. Regresa con los tuyos, aléjate de la noche y olvida lo que has vivido.

—¿Por qué me ayudas?—pregunto en un terrestre torpe y con el sonido de la “r” más fuerte de lo normal.

—Porque nadie merece ser arrebatado de su hogar...

—¡Exterminad a los rebeldes, proteged la corona de Plaguen!—gritan los guardias interrumpiendo todo lo que Chacal fuera a decirme—. ¡No dejéis a ninguno con vida!

3

No puedo evitar incorporarme y empezar a correr, los primeros segundos me llevan a caer al suelo y ayudarme de mis escasas uñas para agarrarme a los adoquines y avanzar. Hace mucho tiempo que no piso Tierra firme y mantener el equilibrio me resulta sumamente difícil. Imito el movimiento de las focas cuando se arrastran en las calas antes de llegar al mar, soy como una cría de león marino huyendo de sus cazadores. Me maldigo a mí mismo por no haber practicado antes, mis labios escupen chasquidos y carraspeos de lo más desagradable, si mis maestras me vieran hablando así me acabarían prohibiendo salir del reino.

—Ahora sí—vitoreo, no sé muy bien si en terrestre o sirénido.

Mantengo la estabilidad de mis movimientos mientras desciendo por unas escaleras de piedra que se me antojan un precipicio mortal. Hay rosales a ambos lados del camino, flores cuyo aroma es tan delicioso como afiladas son sus espinas. En varias ocasiones me tengo que agarrar a ellos obligando a mis escamas, ahora blandas e inútiles, a evitar las posibles heridas que pueden rasgar mi piel. Le doy gracias a Rysantha por no dejar que la sangre emerja de mi cuerpo, eso provocaría que todos los caídos me pudieran rastrear. No debo sangrar, no debo gritar, solo tengo permitido correr y buscar el río que me llevará directo a mi hogar.

La noche es eterna aquí, las farolas se esfuerzan en proyectar una luz que intenta evocar la intensidad del sol. Si los caídos ven en la oscuridad ¿Por qué iluminan sus calles con tanto esmero? Supongo que, de alguna manera, quieren tener el mismo esplendor que tienen los humanos de Valhía, los mortales que viven al otro lado del Midna. La anciana de mi tribu dice que los prestigiosos fueron elegidos por la estrella más brillante, por eso sus pieles son más bronceadas que las del resto de razas del mundo.

Las calles de Plaguen se estrechan y se abren a un ritmo constante. Todo ha sido construido para formar pasajes abiertos a los ojos más curiosos. Un detalle que provoca en mí un sentimiento constante de persecución, como si me estuvieran observando desde cualquier rincón, tejado o ventana. Soy una foca sobre una plataforma de hielo a la deriva, las orcas están ahí, aunque no pueda verlas, nadan alrededor de mí aguardando el momento en el que baje la guardia para iniciar su cacería. El juego de los depredadores más inteligentes, el vals de la muerte más agónica. Esa tortura mental que se genera al saber que puedo morir en cualquier momento pero que hay un hilo de esperanza al que me aferro con todo mi ser.

No puedo olvidar que estoy completamente desnudo, lo que puede llamar la atención de

cualquier caído, por inofensivo que pueda llegar a ser. Llamar la atención es un suicidio asegurado, esto es lo que me lleva a coger un pedazo de tela y envolverme con ella. Túnica, vestido, camisón... son algunas de las palabras terrestres que me vienen a la cabeza cuando prosigo con una carrera cuya meta empieza a resultar dudosa.

—¿Qué eres?—dice una mujer cuyas piernas están totalmente al descubierto y en su torso resplandecen un montón de escamas azules y brillantes. Una prenda cuya misión es confundirme por completo.

—¿Qué haces tú en Tierra firme?—pronuncio en un sirénido calmado al ver que puedo tener una aliada en este lado del mundo. Una sonrisa se dibuja en mi rostro, la esperanza vuelve a acariciar mi piel. Si una exploradora ha llegado hasta aquí, eso significa que el ejército de Laneth está en camino.

De repente la mujer empieza a gritar, confundido por la reacción utilizo mis manos para arrancarle las escamas de imitación, lentejuelas de brillante color rojo, y descubrir que es una caída más. El sonido de las armaduras y los gritos de alerta llegan hasta a mí, tengo que seguir huyendo, tengo que regresar con los míos antes de que me vuelvan a encerrar en una urna de cristal.

Empujo a la extraña y me desvío en una ruta desconocida. Giro a la derecha para descubrir una plazuela donde la música se desenvuelve entre caracolas de oro, caparazones de metal y almejas de madera cuyas cuerdas producen la más hermosa de las melodías. Allí hay más caídos de los que puedo contar, aunque para mi fortuna sus maneras de vestir no distan mucho del camisón que llevo.

—¡Bienvenido a la Noche de las Ánimas!—vitorea un hombre cuyas manos sostienen unas cadenas colgantes en cuyo extremo danza un recipiente de metal con el cometido de rociar la zona con un extraño olor a hiervas y ceniza—. ¡Hoy tenemos sangre destilada de las tierras del norte!

—No, gracias...—mi terrestre va fluyendo mientras la supervivencia guía las zancadas de mis pasos. Aun así, mis “r” son tan fuertes que me delatan como un forastero de los dominios de la noche.

Esta vez no hay nadie que grite asustado, al contrario, el hombre sigue ofreciéndole su manjar a los restos de invitados de la fiesta. Creo que el no hablar en mi lengua natal me ayuda a camuflarme entre los caídos. Eso es exactamente lo que hacemos las sirenas y los tritones del mar, nos adaptamos al cambio para poder sobrevivir, no importa el tipo de agua o fauna.

—¡Y con todos vosotros, *Las Sirenas de Plaguen!*—anuncia una mujer desde una plataforma de madera.

Me quedo completamente paralizado esperando ver a mis hermanas de Laneth, o al menos algunas de las guerreras que velan por mí. Cuatro mujeres suben al escenario, cuatro caídas ataviadas con escamas, entre ellas la misma que me gritó hace unos minutos.

Ellas empiezan a cantar y contornearse ridiculizando el movimiento de mi raza. La gran mayoría de los presentes las miran extasiados, como si su música provocara una reacción mágica en su cuerpo. Los caídos beben de sus copas rojas, se relamen los labios y se desnudan con las miradas. No puedo evitar pensar en las noches de luna rosa, en los rituales de emparejamiento de mi especie y en el que como las hembras depositan sus huevos en el vientre de los machos. Eso es lo que estoy viendo ahora mismo, un ritual de emparejamiento entre muertos vivientes cuyo único interés es la reproducción, o al menos intentarlo reiteradas veces. Les encanta mover las caderas y mostrar sus colmillos, mientras sus “sirenas” fingen nadar bajo los dominios subacuáticos de mi raza.

—Ignorantes...—maldigo para mis adentros. Es en ese preciso instante cuando los guardias llegan a los extremos de la plaza. Nadie me delata, mi camuflaje es perfecto—. Si yo utilizara la Voz Azur la existencia inmortal de vuestras ciudades se teñiría de vísceras y sufrimiento.

Los soldados se empiezan a mezclar con la gente vestida de blanco. Me muevo como un cardumen de sardinas nadando a una hacia el mismo punto. Imito los movimientos de aquellos que han quedado embelesados por el cántico de las falsas sirenas.

Un hombre me rodea con sus brazos por la espalda, no quiere atacarme, lo sé porque huele a deseo. Me alejo de él y me topo con una mujer que acaricia mi cuello con su lengua, le rezo a Rysantha porque no saque sus colmillos y beba de mí. Así es como continúa mi huída, deslizándome entre la lujuria y la muerte.

Me alejo de la música, del jolgorio y del placer de la noche. Me pierdo, de nuevo, a través de las calles de Plagen, con la desesperación arrebatándome cada ápice de esperanza en mi corazón. El cansancio se apodera de mí y me anima a sentarme en el frío suelo de piedra. El dolor me obliga a que mis manos masajeen mis pies. Nunca he estado tanto tiempo fuera del agua, mis músculos están resentidos y mi alma quebrada. Si las sirenas de Valhía pudieran llorar lo estaría haciendo, en cambio lo único que hago es abrir mis labios y lamentarme. Me encantaría poder gritar, pero eso sería un suicidio. Por eso acabo clavando mis uñas en mi falsa piel, lo hago con tanta fuerza que mis escamas sangran. De alguna manera, mi sufrimiento y desesperación se calman ante la caricia del dolor.

En mitad de mi desconsuelo escucho el galope de un río. Mis ojos se abren de par en par mientras la esperanza brilla con una luz débil y agónica. Vuelvo a caminar, aunque esta vez voy cojeando y goteando mi esencia vital.

—Idiota, eres un idiota—me maldigo a mí mismo sabiendo que la sangre será el rastro que los traerá hasta a mí—. Mereces que te maten, mereces que te maten...

Utilizo cualquier apoyo para avanzar en mi intento de huida. Las farolas son mi mayor sustento y me ayudan a impulsarme hacia la furia de un río. El agua está cerca, es parte de mí, la percibo con tanta fuerza que casi puedo visualizar mi libertad. Con solo escucharla puedo diferenciar la caída de una cascada, el chocar del cauce contra las rocas y el salpicar de las gotas sobre los adoquines más cercanos. Ignoro el dolor de mis piernas y me echo a correr, mis zancadas son tan grandes que casi es como si pudiera volar.

—¡Por aquí!—grita un soldado a mis espaldas—. ¡El rastro sigue por aquí!

—¡No dejéis que llegue al agua!—grita otro, pero es demasiado tarde.

El camisón ensangrentado vuela a merced del viento mientras mi cuerpo desnudo se precipita al infinito de mi salvación. En el momento en el que el agua dulce entra en contacto con mi piel las escamas ganan fuerza y mis piernas se unen formando una única aleta.

Aunque sé que esta no es mi forma más voraz, pues no estoy en mar abierto, puedo nadar a gran velocidad. Desde la superficie se puede ver un fino reflejo azul que se va perdiendo en la espuma del río.

Por suerte el agua está brava, lo que facilita mi ocultación. Además de que los caídos están tan acostumbrados a sus antorchas que les es más difícil vislumbrarme en mitad de la oscuridad. Es entonces cuando comprendo la distribución de Plagen, una ciudad construida entorno a una montaña cuyas aguas manan de su interior. Hay pequeñas cascadas que marcan los peldaños que descienden hasta el océano. Nado a través del río pasando bajo puentes de madera que cruzan los extremos de la ciudad, recorro sumideros que se pierden bajo los cimientos de sus cubiles y no me detengo en ningún momento.

—¿Dónde está el espécimen?—protesta alguien justo cuando cruzo uno de los innumerables pasos que cruzan el río.

—Ha escapado, mi señor—le responde una segunda voz.

—Ahora que nos han robado no podemos permitir que escape—continúa el primero—. Reforzaré todas las salidas de la ciudad, haced de Plaguen una fortaleza inescrutable. Enviaré a los segadores para ver a Morrick, que le expliquen con total claridad las consecuencias de habernos traído a uno de esos ahogados con vida.

—Sí, señor.

Me escondo entre las raíces que se abren paso a través de las rocas para llegar hasta el río. Entre la maleza consigo ver al dueño de la primera voz. Su cuerpo está cubierto por una armadura negra con el vuelo de un dragón forjado en su coraza. No lleva yelmo, ni armas, aun así, impone lo suficiente como para mantenerme totalmente quieto. No me sorprende su mirada roja, de hecho, es un detalle al que me estoy empezando a acostumbrar.

—Rhain, los guardias han liberado a los canes para rastrear al ahogado—dice una nueva voz. Por mucho que me esfuerce no puedo ver al nuevo caído, está situado demasiado lejos de los límites del puente—. Péstegos nos ha informado de que las aguas están alteradas ¿Quieres que enviemos un informador al duque?

—Será mejor que me encargue yo de este pequeño altercado, Dorem—y lo dice con cierto canturreo en sus palabras, como si mi huida fuera un juego para niños que puede solucionar fácilmente—. Soltaré a la hembra y pondré fin a una posible invasión.

—¿Eso no traerá problemas con el Pacto?

—Eso lo cambiará todo—pronuncia Rhain y mis ojos se abren de par en par—. Protege el Salto de la Noche, no podemos permitir que llegue a mar abierto. Ese ahogado pertenece a Plaguen desde el mismo instante en el que pisó nuestra ciudad.

Los caídos se separan mientras sus pasos retumban en la lejanía. Sin darme cuenta he dejado de respirar para evitar que puedan escucharme. Todo se torna oscuro en un reino donde no soy bienvenido. Me quedo escondido bajo el agua, intento pensar con claridad. Tengo que idear una estrategia, poner en práctica las enseñanzas de la jefa de guerra de Laneth. No estoy en territorio de los humanos, por lo que la diplomacia no tiene cabida aquí. En el reino de los caídos siempre se me inculcó el hecho de abrirme camino a base de garras y dientes, pero en agua dulce dudo que pueda hacer nada de eso. Podría aprovechar el río para hacer uso de las técnicas de los *clamamareas*, pero falté a tantas clases que no va a servirme de utilidad. Me maldigo por eso, me maldigo en todos los idiomas que conozco.

Me odio a mí mismo, me odio por no haber hecho caso a mi hermana Sarra cuando me advirtió de que no saliera a la superficie.

Ahora no solo me he puesto en peligro a mí, si no que mi especie no podrá aprovechar el *aurane* que Rysantha me otorgó al nacer. Tengo que seguir pensando, tiene que haber una solución. Aprovecho las raíces bajo el puente para mantenerme completamente escondido, incluso desde allí puedo escuchar las tropas enemigas yendo de un lado a otro buscándome desesperados.

El tiempo empieza a transcurrir mientras la desesperación se aferra a mí como una lapa. De alguna manera intento quedarme quieto para que dejen de buscarme, eso es, esa tiene que ser la solución. Si se piensan que me he escapado cesarán en sus intentos por encontrarme. Así es como cierro los ojos e intento tranquilizarme, reducir mis pulsaciones al mínimo y tener la seguridad de que en el agua los canes nocturnos no podrán rastrear mi aroma.

—¿Qué es esto?—murmullo cuando siento como el agua, brava hasta el momento, se calma de golpe y empieza a perder su caudal—. ¿Están drenando el río?
—¡La presa ya ha sido cerrada!—escucho en la lejanía—. ¡Barred todo el canal! ¡Qué los perros olfateen cada rincón!

El miedo me paraliza mientras la humedad me abandona gota a gota. De nuevo vuelvo a estar desnudo, con las escamas blandas y una falsa piel que lo recubre todo. Por suerte, mi afinidad con el agua ha sanado mis heridas. Quiero salir de mi escondite, pero no puedo caminar, no sabiendo que cualquier paso en falso puede conducirme a la muerte.

Entonces algo cae del cielo, después el sonido débil de unos pasos alejándose de mí. Me alejo unos centímetros del paquete de tela y aguardo a que alguien aparezca para cazarme. Pero eso nunca ocurre, y yo no puedo hacer otra cosa que acercarme y descubrir dos prendas de ropa y un pequeño mapa. Sea quien sea quien me está ayudando quiere que huya de Plaguen de inmediato. Vuelvo a emprender una carrera, esta vez envuelto en un pantalón negro y una camisa blanca. Descalzo, aterrado y siguiendo las indicaciones del último rayo de esperanza. Puede que sea una trampa o puede que sea mi salvación, no me queda otra que aferrarme a esto:

Vas a conseguir que te maten y eso será solo culpa tuya...

—Chacal

Leo con torpeza mientras sigo la sencillez del mapa que indica girar en una calle para volver a girar en la siguiente.

Subo por unas escaleras, algo que me hace desconfiar, pues desconozco lo que me puede esperar al otro lado. Aun así me apresuro a continuar, lo hago ignorando el cansancio y con la velocidad suficiente como para que mis labios empiecen a jadear.

Al cabo de unos minutos me detengo de golpe, el camino se ha acabado y un caído se interpone entre mi salvación y mi muerte. Ese chico de cabeza rapada y armadura tiene que ser el tal Dorem, el encargado de proteger mi única escapatoria: el Salto de la Noche. Un mirador abierto al horizonte infinito de Valhía, un colmillo en mitad de la ciudad cuya única finalidad es mostrar el océano.

—¡Guardias!—grita el caído mientras saca su espada de la aljaba—. ¡El ahogado está aquí!

No sé qué es lo que me delata como forastero. Quizá los pies descalzos, quizá la ropa mal puesta o puede que sea el simple hecho de que estoy corriendo hacia él como una piraña en pleno ataque de rabia. El chico consigue atravesarme el costado con su arma, pero no sin antes precipitarse, conmigo, hacia el vacío del acantilado.

—¡Te van a cazar! ¡Te van a cazar!—grita él desesperado mientras yo golpeo su cara una y otra vez. A falta de garras utilizo la palma abierta de mi mano. Lo hago una y otra vez, desesperado por que se calle mientras el mar va reclamándome como su propio hijo.

—Ahora me toca a mí—le digo antes de impactar contra el mar.

Dorem se queda nadando en la superficie mientras mi cuerpo cambia a su forma más mortífera. Una aleta de color gris sustituye mis piernas, mi piel se oscurece y mis dientes se afilan como cuchillos. Le agarro de los pies y le obligo a sumergirse, después empieza mi ataque.

Nado a tanta velocidad que le es imposible saber dónde estoy. Le desgarró una, dos y hasta tres veces. Tiño el agua con su sangre justo antes de morder su cuello y desmembrarle. La carne de caído sabe a buey muerto, a los restos de una cacería que se ha llevado a cabo hace más de un mes. No me importa, no mientras las ansias de matar se apoderan de mí y provocan que Dorem se convierta en un puzle incompleto.

Salgo del agua y le echo un último vistazo a Plaguen. Allí, en lo alto del Salto de la Noche un

hombre me mira desafiante. Rhain no separa su vista de mí ni un solo instante, incluso diría que está sonriendo. Yo hago lo mismo, aunque a diferencia de él mis labios están llenos de sangre y restos de carne.

Me zambullo en el agua y nado todo lo rápido que puedo. Marco como objetivo el otro lado del Midna, la parte del cielo en la que el sol acaricia el mar con su manto dorado. Un fuerte dolor me golpea el vientre, no es la estocada de Dorem porque el agua la ha curado, es algo más, algo que me hace abrir los ojos de par en par y maldecir mi condición. Después es un escozor que se convierte en una quemadura más potente que la del fuego. Tengo que agarrarme la cintura para gritar mientras la magia antigua de Valhía tira de mí hacia la orilla.

Me resisto, lucho contra todo pronóstico, pero no hay nada que yo pueda hacer. Por más que me esfuerzo en alejarme de esas aguas, el legado de mis ancestros me arrastra a Tierra firme. Lo que una vez fue un regalo para mi especie, ahora se convierte en mi propia maldición. Plaguen me reclama como suyo mientras mi esperanza se esfuma a modo de golpes, ardores y el dolor más fuerte que jamás he sentido: la perdición.

De mi vientre surge un fino hilo de magia carmesí, una indicación de que la criatura que duerme en mi interior reclama regresar a su hogar. El hilo tira de mí y me arrastra hasta la orilla mientras mis ojos se abren de par en par y mis labios gritan de frustración. En ese instante contemplo una figura de gran tamaño bajo el océano, un animal monstruoso cuyo destino está marcado en lo profundo del mar.

—Caribdis...

Mi cuerpo se arrastra a gran velocidad mientras la magia me obliga a regresar a mi prisión. Y de pronto me golpeo de lleno con una roca, mi cabeza da vueltas y mi consciencia se desvanece al igual que lo hacen mis garras, mi aleta y mis dientes.

4

Todo parece estar en calma. No percibo el aroma de la sangre, el plasma que los vampiros degustan como si fuera oro líquido. Tampoco les huelo a ellos, lo que significa que no hay ningún caído cerca y estoy completamente a salvo. Abro los ojos con la incertidumbre de no saber dónde estoy. Aunque estoy bajo el agua, la luz del cielo, débil, ilumina las profundidades de este lugar. Frente a mí hay un paisaje infinito, estoy sobre un arrecife de coral cuyo veneno no me afecta. El azul del mar se tiñe de colores rosados, anaranjados y verdes. El arrecife se extiende incluso más de lo que mis ojos pueden ver y me transmiten la libertad que llevo horas anhelando. No me duele el *aurane*, lo que me lleva a pensar que todo ha sido un mal sueño.

Nado, lo hago a gran velocidad, tengo que volver a casa. Aunque nade desorientado sé que Rysantha guiará mi rumbo para devolverme de vuelta a mi hogar. Muevo la aleta con fuerza emocionado por saber que nunca más volveré a pisar tierra, por lo menos en una larga temporada. No quiero saber nada más de las sociedades de Tierra firme, ni de los prestigiosos que canalizan su poder del sol, ni de los caídos que le rinden pleitesía a la noche. Aunque el cielo esté nublado y su luz sea débil, es suficiente como para iluminar mi recorrido.

—Pronto estaré en casa, pronto volveré a verte, mi reina... madre—pronuncio en un sirénido que hace eco entre la fauna tropical que voy dejando atrás.

De repente mi cabeza impacta de golpe contra una pared invisible, una barrera que se resquebraja ante mi placaje. El dolor es una tortura que mana de mi piel y tiñe el agua de sangre. Me esfuerzo por no perder la consciencia y entender la realidad de lo que estoy viviendo. El horizonte de arrecife de coral que hay frente a mí se agrieta como si se tratase de piedra sólida, en ese instante la libertad que sentía se esfuma con tanto dolor como el que surge de mi cabeza.

Antes de desvanecerme lo logro comprender: mi aleta permanece azulada lo que significa que estoy en agua dulce, lo que me rodea no es un paisaje eterno si no una decoración en la piedra, una prisión que

alguien se ha esforzado en pintar para mí.

—¿Las sirenas realmente son tan torpes?—dice la voz de una mujer. Es agradable, alegre y curiosa—. ¿Habías visto alguna vez algo así?

—No es torpeza, Kathleen, es salvajismo—le corrige otra masculina. Su tono, en cambio, es serio, frívolo y con cierto aire de superioridad—. La sociedad de los ahogados se rige mediante el instinto depredador y de supervivencia. Ha actuado como un animal y si intentamos dialogar

con él nos tratará de la misma manera que a sus presas. No sé porque no se ha escapado cuando ha tenido la oportunidad. Pensé que al menos, las sirenas macho...

—Tritones—le corrige ella.

—Pensé que el tritón sería más inteligente y que se movería con más perspicacia que un ratón acorralado.

—Llegó al mar, Chacal,...

—Pero no se fue. Y no entiendo el porqué.

—Quizá deberíamos preguntárselo—ella guarda cierta esperanza en mantener una conversación conmigo—. Después de todo pueden hablar nuestro idioma, ya lo has visto antes.

—Pues entonces te deseo buena suerte, Kath. Yo tengo cosas mejores que hacer que intentar dialogar con el enemigo mortal de nuestra especie. De hecho, hay una ejecución a la que tengo que asistir. La *adasta* de Lady Amari ha perdido a su chiquillo y tiene que ser castigada—se escucha como el caído se aleja mientras su compañera se queda cerca de mí—. Si decides darte un baño junto al pescado, avísame, tendré que mandar a alguien a recoger tus restos.

—Ya me lo agradecerás, *stoker*—y esto último lo dice con un tono burlón que reafirma con una pequeña carcajada.

—Sabes que no puedes llamarme así, no aquí.

Chacal se va pisando fuerte, está enfadado y eso se nota en su forma de caminar. En cambio, Kathleen se mueve hacia algún lugar, lo suficientemente cerca como para observarme. Estoy flotando boca arriba sobre la superficie del agua. Mis heridas se han regenerado mientras que mi aleta permanece en su forma más inofensiva. No hay garras ni dientes, solo un llamativo color azul que refleja la escasa luz que penetra un cielo completamente nublado. Puedo percibir una tormenta venidera, lo huelo en el aire, aunque por encima de todo eso lo único que puedo oler es el perfume vomitivo de la caída. Me cuesta acostumbrarme al aroma a muerte que desprende, que desprenden todos los habitantes del lado oscuro del Midna. Son cadáveres con vida, cuerpos reanimados con algún tipo de magia antigua. O eso es lo que siempre me ha contado la anciana de mi tribu, aunque son creencias que chocan continuamente con los cuentos que hablan del origen de este mundo.

—No te molestes en cantar, tritón, hay protecciones alrededor de la piscina—dice la caída cuando inflo mis pulmones para hacer uso del poder legendario de mi especie—. Y tampoco voy a hacerte daño.

—Tú puede que no...—pronuncio en mi terrestre torpe que me delata como un habitante del mar. Me coloco de tal manera que mis hombros y cabeza permanecen fuera del agua mientras mi aleta me mantiene a flote. Mis ojos azules la miran con detenimiento, la caída es muy delgada y destaca por su larga melena roja y rizada. Un detalle que me hace pensar en los filamentos alborotados de las anémonas rojas. Una planta llamativa que no solo da calambres si no que ampara como hogar a algunas especies de peces.

—Espera... ¿Crees que Chacal quiere hacerte daño? —sus labios sonríen mostrando su dentadura completamente blanca. No tiene los colmillos extendidos por lo que deduzco no tiene intenciones de atacarme—. Él es así, aunque parezca rudo y destructivo, en el fondo es un trozo de pan.

—¿Es un trozo de pan?

—Argh, es una expresión—ella pone los ojos en blanco. Me sorprende ver como sus ojos tienen un color marrón claro en vez del rojo común entre los caídos de Valhía. Mi gesto se tuerce en desconocimiento y ella se percata de ello—. ¿Qué? ¿Qué tengo?

Kathleen se acaricia la cara y se sacude el cabello. No tiene ningún temor a la hora de

incorporarse de la silla en la que estaba sentada y se acerca un par de pasos hacia el borde de la piscina. Después vuelve a sonreírme, pone los ojos en blanco y exhala un fuerte suspiro.

—¿Es por los ojos verdad?—instantes después se agacha a pocos metros de mí y vuelve a sonreírme. No sé si es así de alegre o tiene algún tipo de problema en el rostro—. ¿Pensabas que los vampiros tenemos los ojos rojos siempre?

—¿No es así?

—¡No! ¿Pero qué os enseñan ahí abajo? —Kathleen lleva puesto unos pantalones de cuero negro ajustados, unas botas de tacón y una camisa blanca que cruza su torso dejando su hombro derecho al descubierto. Prendas comunes en las sociedades que viven en Tierra firme. Me fijo de nuevo en su cabello rojo y me doy cuenta de que es la chica que acabó con los caballos de los guardias que me mantenían presos—. El rojo surge cuando utilizamos nuestro poder o estamos hambrientos.

—Pues los de la fiesta debían de estar muy hambrientos—y ella se ríe sin ningún tipo de sutileza.

—Cuando nos rodeamos de los nuestros, solemos utilizar el brillo carmesí para mostrar nuestro estatus en la sociedad vampírica de Valhía. No me preguntes como, pero al mirarnos a los ojos sabemos si su poder es mayor que el del otro. También identificamos la estirpe que corre por nuestras venas.

No entiendo la actitud de la caída, no entiendo su cercanía y su sinceridad. De alguna manera actúa como si fuéramos aliados, pero soy yo el que sigue preso en otra nueva urna. Esta vez de piedra con decorados que evocan mi hogar, detalles que solo me hacen pensar que todo esto estaba preparado y que, de alguna manera, me estaban esperando. Me zambullo bajo el agua y me pongo a nadar. La piscina es lo suficientemente grande como para albergar a otros como yo, consigo identificar los límites de la piedra cuando distingo los corales dibujados de los que son de verdad.

Decido no salir de nuevo, no mientras sepa que todo lo que me diga la caída será una estrategia para sacarme información. Ya escuché al otro caído, van a ejecutar a Lahmia, la *adasta* de la Lady. ¿Qué me harán cuando sepan que mi *aurane* porta la cría que llevaba ella? Tengo que pensar la manera de salir de aquí, si descubren que soy uno de los hijos de la realeza de Laneth, quizá quieran ir a atacarla si no les doy lo que es suyo. O puede que incluso quieran arrebatarlos la Perla, la reliquia de poder que los habitantes submarinos de Valhía nos transferimos cada temporada. No lo tengo claro, pero no puedo fiarme de ellos. Los escritos en piedra de mi hogar hablan de lo bueno que son los caídos para convencer a otras razas, después siempre viene la traición.

Algo cae en el agua, una figura de pequeño tamaño rodeada por un aura de muerte. Me acerco a la defensiva, como si mis dedos sin garras pudieran servirme de arma en agua dulce. Entonces me doy cuenta de que es un ave muerta, a saber cuándo murió, pues su aroma no es de una cacería reciente. Aunque me muero de hambre, ni de loco me comería algo así.

No sé cuánto tiempo permanezco bajo el agua, supongo que el suficiente como para que la luz ligera del cielo se apague y de paso a la noche. Lo sé porque la caída ha encendido algunas antorchas alrededor de la piscina. Justo después lanza otra ave, en la misma situación, como si creyera que eso puede servirme de alimento.

Practico hechizos de *clamamareas*, si quiero escapar de aquí tengo que recordar las enseñanzas que tanto han insistido en instruirme. Tumbado sobre el arrecife de coral muevo mis dedos para invocar unas pequeñas burbujas. Las puedo mover de un lado a otro sin esfuerzo, incluso consigo hacer que su tamaño aumente. Sé que son escudos, barreras lo suficientemente resistentes como para detener el golpe de cualquier arma. No tengo el poder suficiente como para protegerme de

una caribdis, tampoco es que esta piscina pueda albergar a un cocodrilo pulpo gigante.

Hacer uso de la magia me agota tanto que decido dormir. Si no me han atacado hasta ahora dudo mucho que lo vayan a hacer durante toda la noche. Al cabo de unas horas, las suficientes para traer de nuevo la débil luz del día, me despierta una nueva ave muerta. ¿Cuándo piensa parar?

—Las noches aquí son eternas—recuerdo las palabras de Lahmia mientras contemplo el cielo de la mañana en este lado del mundo.

Es ahí cuando me doy cuenta de que el cielo de Plaguen está siempre nublado, como si la tormenta, que amenaza constantemente con descargar su furia sobre los caídos, no estuviera dispuesta a marcharse nunca. Por eso la *adasta* decía que la noche era eterna, porque el sol nunca atraviesa con sus lanzas la superficie de los nimbos. No sé quién creó el Midna, dudo mucho que alguien lo sepa, pues siempre ha estado ahí desde el principio de los tiempos. Pero gracias a la tinta que mancha esta parte del mundo, los caídos de Valhía pueden vivir sin miedo a ser exterminados por la afilada hoja de la estrella incandescente.

Sigo con mi práctica ignorante de las aves que me van lanzando a la piscina. Las horas pasan y el agua se empieza a enturbiar, no hay ninguna duda de que algunos de los cadáveres están iniciando su descomposición. Entonces me doy cuenta, saben lo que he hecho y pretenden acabar conmigo. No están usando lanzas ni espadas, al contrario, lo que están haciendo es torturarme hasta que me muera en el elemento que me da la vida.

Respiro por las branquias de mi cuello, recojo las primeras aves y me propulso con la aleta para propinar un salto fuera del agua. En el momento en el que el aire fresco roza mi piel puedo ver donde estoy. El hechizo que rodea la piscina no forma una cúpula alrededor de ella, más bien es como un muro que se eleva al cielo infinito. Frente a mí hay una edificación de gran tamaño, una casa circular con las paredes blancas y el tejado azul. A mi espalda un muro que me separa de mi libertad, si me hubiera propulsado con más fuerza seguramente hubiera podido escapar de aquí. Las protecciones, que mencionó Kathleen con anterioridad, solo escudan al edificio de mí, la muralla está completamente desprotegida.

La caída está sentada en la misma silla mientras mantiene sus ojos perdidos en la lectura de un libro con las tapas verdes. No pierdo ni un momento para lanzarle las aves en putrefacción. En el momento en el que ella me ve grita sobresaltada, consigue cerrar su tomo a tiempo para protegerse del primer ataque, el resto los tiene que esquivar con posturas que ni ella misma conocía. La gravedad tira de mí y me hace zambullirme de nuevo.

—¡No hacía falta que hicieras eso!—grita la caída desde el otro lado del agua. Escucho como se sacude la suciedad de la ropa. Después continúa—. ¡Solo tenías que haberme dicho que eso no está en tu dieta de tritón!

Kathleen se aleja y yo me preparo para mi huida. Empiezo a nadar a gran velocidad por encima del arrecife de coral para coger carrerilla y cuando creo que tengo la suficiente me preparo para saltar. Puedo imaginarme sobrevolando la muralla y llegando al mar, puedo incluso saborear las flores comestibles que mi hermano Krank siempre recolecta para mí, pero todo eso se esfuma cuando en mi estómago surge el dolor de mi propia maldición. Primero es como si me desgarraran por dentro, luego viene un escozor, como el abrazo de una medusa, y después mi cuerpo se paraliza. Me muero de hambre, no, más que eso, es como si el *aurane* me estuviera exigiendo alimento.

5

La caída no tarda en traerme pescado fresco, aunque también estén muertos, siento que no llevan tanto tiempo. Lo sé porque no segregan ese aroma a putrefacción, en otra ocasión ni siquiera probaría un mordisco, pero ahora mismo no puedo hacer otra cosa que nadar hacia los cadáveres y empezar a despedazarlos como puedo. No tengo los dientes afilados como un tiburón, pero los incisivos son lo suficientemente útiles como para atravesar la piel y llegar a la carne. No tengo garras como los depredadores de tierra, pero mis dedos son lo suficientemente veloces como para ayudarme. En cuestión de minutos solo quedan ojos, dientes y espinas. Degusto la sangre del animal en mis dientes, mi lengua y mi garganta, no me desagrada, es como si, en el fondo, me pudiera llegar acostumbrar a ello.

—¡Soltadme joder!—escucho gritar desde la superficie.

Nado con lentitud, con cuidado de no hacer ruido y no llamar la atención. Saco media cabeza del agua, hasta la nariz, y observo la escena que se está llevando a cabo frente a mí. Kathleen no está sola, hay tres caídos junto a ella y ninguno es el misterioso Chacal. Jamás había visto a cadáveres reanimados con esa musculatura, pensé que era imposible, pues no dejan de ser eso, cuerpos sin vida cuyo corazón está siendo bombeado por magia. Pero no, los que sostienen los brazos de la caída son como dos morsas infectadas con la rabia

—¡¿Dónde está el ahogado de mierda?!—grita el tercero, el que está situado frente a ella, sin duda el macho alfa de la manada.

—A ver guapetones, os estáis buscando problemas y lo sabéis—Kathleen habla con tranquilidad, sin miedo, sin forcejeos. Es como si se hubiera cansado de pelear.

—Cállate Kath,...—le dice el de su derecha, el de cabello corto—. Ya sabéis lo que estáis haciendo, danos al ahogado y hablaremos con la Orden para que no os ejecuten por mantenerlo en secreto.

—¿Está ahí?—el líder vuelve a hablar, esta vez señala la piscina en la que me mantienen preso. Camina hacia mí mientras explora los bordes de piedra—. ¿Le tienes miedo? ¿Enserio? Has llenado todo esto de runas. ¿Piensas que un solo ahogado va a poder contra nuestra raza? ¿No se supone que eras una bruja?

—Diles a tus matones que me suelten y te lo demuestro—Kath cruza su mirada con la mía y su gesto se torna preocupado—. ¡Laurent deja de hacer esto!

¿Por qué una carcelera iba a temer por la vida de su prisionero? No, no

puedo ni valorar la idea de que una caída protegiera a uno de los míos. Las razas de Valhía han mantenido una alianza llena de tensiones, ya no importa lo que me ocurra a mí, Plaguen ha traicionado el Pacto y eso significa que caerá bajo la ira de las profundidades.

—¿Vais a vendérselo a las estirpes?—sigue hablando el tal Laurent mientras sus pasos cruzan el hechizo de protección. De pronto su mirada se cruza con la mía, acto seguido recurre al brillo carmesí—. Oh... entonces es verdad ¿Estás aquí monstruito?

Está asustado, por eso mantiene su sangre activa, el don de los caídos, el poder de fortalecer todo su cuerpo consumiendo el plasma de sus venas. Lo he leído tantas veces que es imposible no tenerlo presente en este momento. La escena me roba una sonrisa, me tiene miedo.

—Le tendrás puesta la mordaza rúnica ¿no?—alzo un poco el rostro para mostrar la comisura de mis labios—. ¿Estás loca? ¡Va a matarnos!

Laurent da un salto hacia atrás y se tapa los oídos. Los otros caídos, sus matones, sueltan a Kath para hacer lo mismo, es en ese momento en el que empieza el espectáculo. La caída se eleva ligeramente por encima del suelo unos pocos centímetros, lo suficiente como para superar la altura de las morsas nocturnas que la mantenían inmovilizada. Sus ojos brillan con tanta intensidad que casi son hipnotizantes, no me escondo, al contrario, necesito ver de lo que es capaz, estudiarla.

Las antorchas proyectan sombras débiles bajo los pies de los caídos, no importa que apenas sean perceptibles, están ahí y ella lo sabe. La caída mueve sus dedos para tomar el control y hacer que la oscuridad se convierta en manos alargadas que agarran a sus oponentes de brazos y pies. Su cabello rizado de anémona se mueve como si tuviera vida propia mientras su cuerpo se acerca a mí sin necesidad de mover sus piernas.

—Mi amigo no va a cantar ¿A qué no?—me limito a negar con la cabeza, si quisiera hacerme daño ya lo hubiera hecho—. Y vosotros no vais a contarle nada a nadie ¿Entendido?

—Vete al infierno, Kathleen—le maldice Laurent.

—Bueno—ella me habla directamente a mí, como si estuviéramos manteniendo una conversación ignorando al resto por completo—. He intentado dialogar con ellos, tú estás de testigo.

No puedo dejar de mirar las sombras que sostienen las extremidades de sus congéneres. Entonces me doy cuenta de que a este lado del Midna, en la Tierra firme gobernada por la noche, nadie puede ser un aliado. Los caídos son tan traicioneros como la tormenta, aunque empiece la lluvia nunca sabes cuando va a caer un rayo.

Todo ocurre demasiado rápido, la bruja extiende sus manos y el concierto de percusión inicia su primer acto. Los huesos de los caídos empiezan a chasquear de una manera estrepitosa mientras sus codos y sus rodillas cambian el sentido por completo. La sangre salpica por todos lados mientras ella se relame los labios con tanto placer que parece que está disfrutando de la escena.

—Basta, Kath, ahora—se escucha una voz profunda desde algún lugar, sobre nosotros, sobre mí. Me giro completamente para descubrirlo en el muro que separa la piscina del exterior. El caído con la máscara de plata está ahí, serio e impenetrable, con los brazos cruzados y una necesidad imperiosa de detener el juego de la bruja. Cuando Kathleen le mira todo se apaga en su interior, primero sus ojos y después su poder. Ya no flota y la presencia de las sombras se ha esfumado.

—¡Chacal!—grita Laurent mientras su cuerpo empieza a crujiar retornando su estado normal—. Como rango alto de la Orden deberías de haberle entregado el ahogado al Maestro.

El caído se propulsa sobre el muro y da un salto sobrehumano, gira sobre sí mismo justo en el instante en el que vuela sobre mí, y cae de pie frente al líder de los matones. Su gabardina negra se sacude al ritmo del impacto contra el suelo, está abierta y deja a la vista una camisa blanca con

el cuello desabotonado. Los otros le miran con temor, como si el hecho de llevar esa joya cubriendo su rostro les provocara pavor. Me recuerdan a los bancos de peces, unidos contra las mareas pero que se dispersa con mucha facilidad cuando ven a un cazador cerca. Eso es, son un cardumen a merced del gran cazador, el caído que me salvó del carruaje que me conducía a mi condena.

—Eso es—habla él, tranquilo y con todo bajo control—. Como portador de máscaras de la Orden tengo encargos que neófitos como vosotros no podéis saber. El Chacal, la Loba y el Coyote tenemos misiones que, de saberlas, tendríais que ser ejecutados. ¿Es lo que queréis Laurent?

—Tío...—le responde con las manos abiertas—. No queremos problemas, el Maestro nos encargó llevar al ahogado, vivo o muerto. No nos dijo que el Chacal iba por otro lado. Hablaremos con él, te pedimos disculpas.

—Sí, no queríamos interrumpir vuestra misión—el segundo se dirige a Kath la cual se está mirando las uñas despreocupada—. Nos marcharemos y pondremos nuestra marca de sangre en los registros de la Guarida.

—Estaremos esperando vuestra respuesta—le ordena Chacal sin hacer ningún atisbo de gratitud, lo único que quiere es que se marchen.

Y así lo hacen, no se molestan en acceder a la pequeña edificación cuyo acceso está a escasos metros de ellos, simplemente saltan y se suben al tejado para desaparecer. Acto seguido la máscara de plata me mira, aprieta la mandíbula y se acaricia el flequillo ligeramente en punta.

—¿Qué voy a hacer contigo?—pregunta cuando se acerca a los límites de las runas de la piscina, después me fulmina con su mirada. Su barba, recortada y del color de la tinta del calamar, le da un aspecto rudo, como el del macho alfa de una manada de lobos, más bien chacales. Sus ojos, con la ausencia del rojo que resplandece cuando usa su poder, son tan oscuros como la propia noche. No son grandes, a diferencia de los otros caídos que he visto hasta el momento, más bien finos como los de un felino en plena cacería.

—Libérame—mi terrestre sigue siendo torpe y apresurado—. Sácame de esta prisión y no te daré más problemas.

—¿A qué has venido a Plaguen?—dice a modo de orden, cree que soy uno de sus inferiores—. Llegaste al Salto de la Noche, a mar abierto... ¿Por qué no te has marchado cuando tuviste la oportunidad?

Mi supervivencia depende de los caídos que tengo delante, en especial de él. Le podría hablar del *aurane* de todo lo que significa para mi raza. Le podría contar la verdad, el porqué de que me estén buscando, pero dudo que deba utilizar esa información ahora.

—¿Has venido a matar al duque?—continúa el caído cuando ve que tardo en responderle—. ¿Venías a romper el Pacto?

—El Pacto lo habéis roto vosotros arrebatándome de mi hogar—increpo con desdén, si no me hubieran sacado del mar no estaría encadenado a estas tierras llenas de muerte y podredumbre—. Y no me he marchado porque no puedo...—mi pecho se agita nervioso, estoy a punto de confesarle la verdad cuando empiezo a improvisar—. Estoy demasiado débil para hacer un viaje largo.

—Te hemos dado de comer y estas en el agua ¿Qué más necesitas? —sus palabras vienen acompañadas por un leve golpe de mentón—. He visto sirenas más jóvenes que tu huyendo de nuestros barcos a más velocidad que un tiburón.

—Los tritones no nos caracterizamos por nuestra velocidad de nado—miento y una vez abro la boca no puedo dejarlo así—. Nosotros somos guerreros y ellas exploradoras—y casi tengo que sumergirme para echarme a reír. Las sirenas son las guerreras, las exploradoras y las

clamamareas de las sociedades submarinas—. Libérame y desapareceré de tu vista.

—No puedo... si te dejara marchar acabarían contigo. Puede que la milicia real o puede que los miembros de la Orden. Tengo que pensar en algo ¡Kathleen!

—¿Sí, Chacal?—y esto lo dice con cierto retintín, como si estuviera fingiendo una falsa obediencia.

—Prepara al ahogado para pasar desapercibido, vendré en tres días a buscarle.

—¿Estás seguro?

—Kath...—pronuncia con enfado, no acepta ningún rechiste—. Hazlo.

—Vale, vale...

Y de nuevo desaparece, lo hace como los otros caídos, sin utilizar ninguna puerta solo el impulso de sus piernas. Kathleen se queda allí mirándome, me guiña un ojo y esboza una sonrisa tan blanca como provocativa. Yo vuelvo a sentirme observado por una barracuda, peor aún, una serpiente marina cuyo único objetivo es desencajar su mandíbula para engullirme de una sentada. De nuevo soy la presa, en agua dulce soy la presa.

—Dame un momento, voy a prepararme un mojito, te traigo la comida y te explico lo que vamos a hacer—comenta ella con la energía de alguien que no quiere hacer nada.

6

Al cabo de unos minutos que se me hacen horas, en las profundidades de mi prisión, aparecen cuatro pescados completamente muertos. Esta vez me controlo, me acerco al primero y empiezo a comerlo sin ningún tipo de ansía. Aunque no es costumbre en mí, bebo la sangre que se derrama junto a mis mordiscos. De alguna manera me hace sentir mejor, más bien, al *aurane*. Hago lo mismo con el segundo y el tercero, el cuarto en cambio lo saco del agua y lo dejo en el borde con las protecciones rúnicas.

Kathleen está allí, sentada en su silla de madera con ciertas partes moradas, leyendo un libro y bebiendo de un vaso con aroma a hierbabuena. No me mira cuando saco la cabeza del agua, ni siquiera cuando me coloco boca arriba y me relajo contemplando la oscuridad de la noche. Las nubes se aglomeran, inmóviles y protectoras, como si el cielo estuviera en deuda con los inmortales que habitan a este lado del mundo.

Extraño la luz del sol, su caricia sobre mis escamas y el tacto de su calor. Me quedo allí durante todo el día, observo como la escasa luz que atraviesa el contorno de las nubes se acaba apagando hasta formar la más intrínseca oscuridad. Sin estrellas, sin luna, sin nada, solo la constante presencia de la capa gris de alguno de los dioses fein. Así es como funciona el Midna en este lado del mundo, así es como sobreviven los caídos, inmortales débiles a la luz del sol.

Los días transcurren con total sigilo, invisibles como *La Llorona*, el mismo barco que me arrebató del mar. No sé qué hora es hasta que miro el cielo y descubro las nubes más o menos iluminadas. Como veo que la caída no se acerca, ni se dirige a mí, acabo por zambullirme en el agua y jugar con las espinas de los peces que he ido comiendo a lo largo de mi condena. Acabo afilándolas y utilizando hechizos de *clama_ mareas* para lanzarlas con tanta fuerza que las clavo en la pared de piedra. Sé que no he prestado mucha atención a la magia de las hechiceras de Laneth, pero generar pequeñas cúpulas alrededor de objetos, y controlar su movimiento, me empieza a resultar lo suficientemente sencillo como para poder defenderme con ello.

Así es como practico el hechizo hasta la saciedad, cuando la caída me da de comer, yo aprovecho las espinas para conseguir más armas. Las agujas son muy similares a las que utiliza la anciana de mi tribu para sanar el espíritu de las guerreras después de sus arduos entrenamientos. Sin querer acabo consiguiendo mis propias armas para enfrentarme a los peligros que vagan bajo la noche eterna de Valhía.

—Ponte esto, pececillo, necesito que salgas del agua—escucho a Kathleen desde el otro lado del agua. Habla de manera afectuosa, como si me hubiera cogido cariño. No la culpo, han pasado dos o tres días, puede que incluso alguno más y no hay ningún rastro de Chacal.

Sigo sin entender por qué el caído con la máscara de plata me protege, desde el primer momento ha velado por mí y, aunque seamos enemigos desde nuestro nacimiento, siento seguridad cuando él está cerca. Es más, creo que, sin sus órdenes, Kathleen seguramente sería una rival mortal. Aunque ahora la bruja cuida de mí, me protege, al mismo tiempo que se cuida sus propias espaldas.

No puedo revelar mi verdad, no puedo hablarles de la realidad del *aurane* y todo el poder que contengo en mi interior. Más bien, el don que todos los tritones de Valhía disponemos desde nuestro nacimiento. Menos aún, el simple hecho de que porto el embrión de Lahmia, protegido por una bolsa mística oculta en mi estómago. Tampoco les puedo decir que soy uno de los siete príncipes de Laneth, el pequeño de catorce hermanas y hermanos cuyo único cometido en su vida ha sido ignorar todos los entrenamientos que me han impartido. Sí, soy bueno lanzando lanzas de hueso, incluso diría que tengo talento para la magia acuática, pero en lo demás soy un caso perdido. No soy el más rápido nadando, ni el más fuerte luchando, aunque eso sí, mi hermana Sarra dice que mi forma de agua dulce es la más hermosa que ha visto nunca. Quizá por eso estoy aquí y soy el objeto de un trueque que no comprendo.

—¿Me tienes miedo?—pregunto con torpeza cuando veo una mordaza de seda mística sobre la piedra.

—No, si hubieras querido hacerme algo ya lo hubieras hecho—comenta

ella sin ningún pudor mientras se acerca a una maceta situada junto a la puerta de entrada al edificio. Sus dedos, finos y pálidos, escogen flores de un brillante color morado. Lo hace con cuidado mientras sus uñas resplandecen con un esmalte verde que me recuerdan a las algas que nacen en los límites del reino de mi hogar. Quizá por eso me siento cómodo con ella, porque, de alguna manera, me recuerda a mi vida en el mar. Su cabello rojo anémona y sus uñas verde alga, aunque sin olvidar que por dentro está podrida como todos los demás vampiros de Valhía—. ¿A qué esperas? ¿Crees que las runas de la piscina te van a matar? Si hubieras querido escapar lo hubieras hecho, pero no lo hiciste ni cuando te aventuraste al Salto de la Noche. Ni Chacal ni yo entendemos porque sigues así, si pretendes acabar con las estirpes e iniciar una guerra entre mar y noche, puede que estés más cerca de lo que crees.

—¿Iniciar una guerra?—digo para mis adentros, empiezo a necesitar una buena excusa para no revelar la realidad del *aurane*. Por mi mente empiezan a pasar miles de historias, de esas que la anciana me contaba cuando mi aleta aún no era lo suficientemente resistente como para nadar en mar abierto. Entonces recuerdo el cuento acerca de la sirena del reino subacuático de Aerial, el cómo abandonó su hogar para enamorarse de un humano. Aunque luego acabó fatal, dicen que la anciana de su tribu, como castigo, la convirtió en espuma. Eso es, esa puede ser mi historia, tiene que serla—. Nunca he pisado Tierra firme y siempre me ha llamado la atención. Hubiera preferido las tierras humanas, pero a esos piratas no les pareció una decisión acertada...

—¿De verdad?—Kathleen parece emocionada, me mira y yo me limito a asentir con la cabeza—. Las runas no son para protegerme de ti, pececillo, las runas son para protegerte de aquellos que buscan tu cabeza. Ponte eso, será más fácil para todos.

Confío en que mi mentira le ha calado fuerte, por ello salgo del agua y espero que la brisa de la noche acaricie mi piel hasta secarla. Mi desnudez aparece con lentitud, las escamas de mi cuerpo pierden el brillo y mi rostro se suaviza. Me pongo la seda en la boca enganchando sus cuerdas en las orejas. La mordaza es de color rojo con toques dora_

dos que le hacen mucho más elegante que la que me pusieron en el barco.

Por primera vez en muchos días mis pies descalzos tocan el frío cemento del exterior de la piscina. Tal y como ha dicho la caída, las runas dibujadas en el suelo no me hacen ningún efecto. Todo aquí es frío, supongo que si no tuviera escamas bajo la piel estaría tiritando. Me muevo despacio, sin ningún tipo de prisa, no extraño la nueva extremidad que ha crecido entre mis piernas, la misma que se mantiene oculta, en mi forma acuática, bajo la profundidad de mi aleta. Después de todo hombres, vampiros o tritones, todos disponemos del mismo órgano reproductor. Quizá porque compartimos el mismo origen, no somos tan diferentes, solo enemigos desde el principio de los tiempos.

—Vaya, vaya, vaya...—Kathleen me mira de arriba abajo, como si fuera su objeto de estudio. Estira sus dedos índice y pulgar, me mide en la distancia, como si pudiera a anotar cada detalle de mi cuerpo en Tierra firme—. Los ahogados tenéis una capacidad de camuflaje excelente. Si estuvieras en un hábitat de temperaturas excesivamente altas, cerca de algún volcán, también podrías sobrevivir. ¿Te saldría piel de reptil?

—¿Puedes traerme algo de ropa? Dudo que así vaya a pasar desapercibido y no quiero volver a salir corriendo por tu ciudad.

—Ah sí, la tienes en el salón.

Ella me señala la puerta de acceso al edificio y yo no puedo hacer otra cosa que cruzarla. La arquitectura es mucho más refinada que la de las cuevas marinas o las grutas rocosas en las que vive mi especie. Todas las paredes son lisas, blancas y con puertas de madera tallada con surcos y formas que no comprendo. No es demasiado grande, dos dormitorios, un salón, una cocina y un cuarto de baño. Sé cómo se llaman las diferentes partes de una vivienda de Tierra firme porque he tenido que estudiarlas en clases de guerra. Por lo menos en eso si presté atención, le doy las gracias a Rysantha por haberme dado memoria visual. Quizá por eso he sido capaz de memorizar algunos hechizos de *clamamareas*.

—Te lo has puesto al revés, déjame a mí—me quita la camisa para darle la vuelta, me estira el pantalón negro y me ata los cordones de los zapatos. Termina coronando mi vestimenta con una chaqueta granate con grandes botoneras y la espalda terminada en pico.

—¿Por qué tengo que llevar esto puesto? No voy a utilizar la Voz Azur, creo que ya ha quedado claro—señalo la mordaza que oculta mi boca y parte de mi nariz.

—Ah, con eso pasarás desapercibido—me explica con desinterés—. Las protecciones rúnicas son algo secundario, no quiero que te corten la cabeza porque te sientas amenazado. Entre vampiros es normal sentirse así, te lo digo yo que llevo toda la vida aquí.

La caída me arrebató una sonrisa, un gesto que ella no puede ver. Ella no lo nota, algo que agradezco, al final voy a admitir que la mordaza no va a ser tan mala. Después de vestirme me lleva hasta la cocina donde hay un caldero hirviendo con un fuerte aroma a hierbas y sangre. Kathleen me invita a sentarme en una silla de madera, coge las flores que ha recolectado y las machaca con un mortero. Las acaba mezclando con el resto de los ingredientes y remueve el caldero evocando la imagen más tradicional de las brujas de Valhía.

—Será un pinchacito, puede que lo notes de más porque tengo que atravesar las escamas para llegar a tu organismo—me explica mientras coge una aguja y le impregna unas gotas de la mezcla—. Es un hechizo de camuflaje, para que el resto de los vástagos de Illythia te perciba como un hermano más. El encantamiento de la Dama Muerte durará hasta que salgas al otro lado del Midna. Una caricia de la luz de sol y tu esencia volverá a ser la que era antes del ritual.

—Si eso sirve para que no me quieran cazar me parece bien—pronuncio con torpeza y justo después llega el primer pinchazo—. Aunque dudo

que mi terrestre vaya a mejorar con un poco de magia de caída.

—¿Caída?—ella me sonríe y sus dientes se muestran blancos como las perlas—. ¿Así es como nos llamáis los de allí abajo?

—Sí, bueno,... entre otras muchas cosas—se me escapa, es como si estar cerca de Kathleen me incitara a ser sincero con ella. El escozor llega cuando el metal atraviesa las escamas que se ocultan debajo de mi falsa piel—. ¡Ay!

—Te lo mereces—se jacta ella y sus ojos empiezan a brillar de color rojo carmesí—. *Que el abrazo de la noche te proteja, que el toque de la muerte te guíe.*

Sus palabras provocan que la aguja empiece a resplandecer con tanta intensidad que tengo que apartar la mirada para no cegarme. Todo se tiñe de morado al mismo tiempo que las paredes susurran cosas que no comprendo. De repente se escucha el grito de mil murciélagos, parece que los tengo delante, pero cuando miro no hay nada. La magia desaparece en un instante, los ojos rojos de Kathleen se esfuman dando paso al marrón corteza.

—Qué raro...—comenta la caída mientras saca el metal y lo observa. Acto seguido me vuelve a atravesar con la aguja—. *Que el abrazo de la noche te proteja, que el toque de la muerte te guíe.*

Regresan las luces moradas, los ecos fantasmagóricos y la bandada de murciélagos. Y vuelve a ocurrir, la luz roja de la caída se desvanece y su mirada de incompreensión dominan su gesto. Sus colmillos sobresalen de entre sus labios mientras vuelve a disimular diciéndome:

—Tengo que hacerlo tres veces para que tenga mejor efecto—cambia la aguja y remueve más la mezcla—. Es mejor para que Illythia me escuche.

—Ah,... entiendo—respondo viendo la falta de seguridad en sus acciones—. ¿Tengo que notar algo raro?

—*Que el abrazo de la noche te proteja, que el toque de la muerte te guíe*—y todo vuelve a transcurrir tal y como lo ha ido haciendo en las veces anteriores. De pronto Kathleen me mira a los ojos, abre su boca sorprendida y se aleja de mí a tiempo de intentar digerir lo que sea que está pasando—. ¿Es tan poderosa tu capacidad de camuflaje? Estoy flipando.

—¿Qué estás diciendo?

—El ritual no está siendo efectivo porque tu presencia ya está aceptada como un vástago de la Dama Muerte.

—¡¿Soy un caído?!

—No exactamente, pero tu forma terrestre te permite mezclarte entre los nuestros sin levantar sospechas... supongo.

La información pasa por mi cabeza como una flecha. Kathleen está equivocada, no es que mi naturaleza de tritón me haya dado la capacidad de camuflarme entre muertos vivientes, la realidad es que lo que habita en mi *aurane* me reclama como su progenitor, y por lo tanto como uno de los suyos.

7

—¿Cuántos hay como tu mezclados entre nosotros?—pregunta la caída mientras prepara un bolso con frascos llenos de sustancias de colores. En el fondo sus palabras me ofenden y me hacen sentir que le está faltando el respeto a mis antepasados.

—No creo que mis iguales se hayan escondido alguna vez en estas tierras llenas de podredumbre y muerte—me defiendo atacando.

—¿Cómo? ¿Crees que la vegetación que nace bajo la noche está podrida? Estás muy equivocado, pececillo.

—No me llames así, por favor—estoy nervioso, alterado por no saber hasta dónde me va a llevar la criatura que crece en mi vientre. Seguramente a la muerte—. ¿Dónde está Chacal? Han pasado más de tres días y no ha regresado.

—Por eso tenemos que marcharnos, a estas alturas los de la Orden de los Condenados sabrán que Chacal les ha engañado y vendrán a por ti—Kathleen ignora mis ataques y empaqueta todo lo que está a su alcance. Después me pone una capa y la ata a mi cuello—. Ponte la capucha, tenemos que largarnos antes de que sea demasiado tarde.

La caída saca una botella de uno de los armarios de la cocina, le quita el tapón y le da un trago largo e impetuoso. Una gota de sangre se desliza por sus labios y se posa en su barbilla. Es ahí cuando comprendo que está recargando el poder que ha utilizado en los tres intentos del ritual. Verla así de nerviosa no hace otra cosa que alterarme a mí también. Estoy en peligro de nuevo, me están buscando y no hay lugar en el que pueda estar seguro. Quizá sea el momento de huir, tal y como ha dicho ella, los otros caídos no reconocerán mi verdadera naturaleza. Mi don se ha convertido en mi propia maldición, el peso de un legado que no me pertenece. Necesito a la anciana de mi tribu, sí, a la antigua reina de Laneth. Necesito todo el poder de Rysantha para extirparme al embrión de sanguijuela que crece en mi interior, si no lo hago nunca podré salir de estas tierras.

Sigo a Kathleen como si fuera la última esperanza de mi supervivencia. Recorremos el pequeño pasillo entre la cocina y la salida a la calle principal. Abre la puerta y, antes de que podamos irnos, la puerta se cierra de golpe dando paso a la aparición de unas cadenas que nos impiden avanzar.

—¡Por el patio, rápido!—grita mi aliada con los ojos embriagados en terror.

Nos apresuramos a llegar a la piscina donde me han mantenido preso, o protegido. Ella me

señala el muro por el que Chacal una vez apareció y me agarra del brazo con la intención de propulsarse en el aire junto a mí. Justo cuando estamos a punto de saltar por encima del agua, una figura aparece de la nada, me da una patada en el estómago y utiliza su magia para derribar a Kathleen. De una manera o de otra acabamos tirados junto a las macetas del patio, doloridos y con la sensación de haber sido demasiado lentos.

—Vaya, vaya, vaya...—dice una voz femenina. Tengo las manos en mi vientre, no temo por la supervivencia del embrión, más bien, estoy lo suficientemente dolorido como para tener que concentrarme en recuperar el aliento—. ¿Dónde está el tritón, bruja?

Alzo la mirada y me encuentro con una mujer de gran belleza, una caída, en cuyo rostro resplandece una máscara con la forma de un lobo. Viste un corsé ajustado que deja mostrar sus grandes dotes, un pantalón ajustado y unas botas de tacón. Su cabello marrón se mantiene peinado en dos trenzas que mantienen cada pelo en su sitio, sin dar pie al caos. Sus manos juguetean con un bastón de metal, un objeto que sin duda es su arma.

—Pensé que tardarías en llegar más, zorra—Kathleen se sacude la ropa sin adquirir una postura agresiva, algo que me extraña.

—Soy la Loba de la Orden, querida, la vampira más rápida de Plaguen—le corrige la otra con cierto retintín y soberbia en sus palabras.

Me llevo la mano a la boca, estoy a punto de quitarme la mordaza cuando mi aliada me detiene con suavidad. No quiere que use la Voz Azur, no quiere que me exponga. No, no es eso. Lo he visto en los entrenamientos de las guerreras de mi pueblo, la caída quiere que esta pelea solo se desenvuelva entre ellas dos, sin nadie más.

—Chacal se lo ha llevado, creo que lo va a disecar—la conversación transcurre como el baile de las espadas, si las palabras tuvieran forma corpórea estarían volando de un lado a otro—. Me has pillado en mi momento favorito de la noche.

—Oh,... ¿Te has comprado un *ilota*?—Loba me señala como si fuera tan insignificante como un insecto—. ¿Qué harás cuando te canses de él? —me levanto sin saber qué hacer ni cómo actuar. Estudio los movimientos de mi aliada, la cual está actuando como si esa conversación fuera algo completamente cotidiano—. Necesito creerte, cariño. Déjame beber de ti.

—¿Así, sin preliminares?—me doy cuenta de que Kathleen está ganando tiempo, sus ojos no dejan de mirar la bolsa que se mantiene a escasos centímetros de nuestra enemiga—. Déjame desnudarme al menos ¿no?

—Venga, déjate de juegos—la caída con la máscara de plata extiende su mano y carga todo su peso en su bastón metálico—No quiero haceros daño. Beberé de ti y os dejaré hacer lo que sea que estabais haciendo.

—¿Recuerdas el verdadero objetivo de la Orden de los Conde_ nados?—aunque la conversación se torne seria, Kath sigue ganando tiempo. No sé a dónde pretende llegar, pero no puedo dudar de ella, no cuando está jugándose la vida por mí. Yo, un completo desconocido, un tritón enemigo inmortal de su raza. Si ella va a luchar por mí, yo tendré que hacer lo mismo—. ¿Recuerdas por qué el pueblo se reveló contra la estirpe de Dynevor?

—¿Vienes a darme lecciones de moralidad?—Loba se sacude las trenzas y se coloca el corsé. Sus pechos son realmente imponentes, no había visto unos así desde que visité el reino de Melyse, cuando aún era un niño. Solo la reina Yasalana podría comparar sus atributos con esa caída, ninguna sirena más—. Los Dynevor utilizaban su don para controlar el pueblo y privarles de toda intimidad. No había secreto que la corte no lo supiera, nadie podía mover un dedo sin que los guardias reales estuvieran ahí para impedirselo. Pero la Orden acabó con su dictadura y ahora luchamos por la promesa de una noche mejor—muevo mis dedos para percatarme de que

ella no me está prestando especial interés. El agua no está demasiado lejos y juego con una ventaja, mis ojos no brillan rojos cuando uso la magia de las *clamamareas*. Algo que me diferencia de las caídas, cuyo fulgor les delata—. Kathleen, no quiero matarte, eres una aliada valiosa para el Maestro. Nadie controla las mancias como tú, no hay miembros tan aptos para la magia de nuestros antepasados. Lo sabes.

—Y por eso sé que no me harás nada, perderéis toda la ventaja en la batalla contra las estirpes.

—Oh, cariño—Loba acompaña sus palabras con un gemido—. Tengo órdenes expresas de beber tu sangre, si no me das el permiso tendré que forzarte.

—El hecho de que lleves una máscara no te hace más poderosa que yo.

—Te romperé el cuello antes de que puedas lanzarme un hechizo. Sé cómo funcionan las trece mancias, sé que necesitas canalizar el poder de Valhía para poder hacer uno de tus truquitos.

Kathleen está nerviosa, eso significa que nuestra oponente está en lo cierto, si no canaliza su magia no podrá salvarnos. No sé cómo empiezo a hacerlo, pero de un momento a otro empiezo a percibir todo lo que contiene la piscina en la que he estado preso, más bien protegido. Es como si mis dedos estuvieran tocando una melodía que desconozco, una partitura donde cada pentagrama define la forma de lo que hay ahí adentro. Acaricio las notas del falso arrecife de coral, siento la pintura en el cemento y rozo la superficie afilada de las espinas que he dejado allí olvidadas.

—Lo siento—mi aliada me dedica una sonrisa mientras sus ojos lamentan el simple hecho de que apueste por su supervivencia por encima de la mía. No la culpo—. No puedo hacer nada.

La caída avanza hacia Loba mientras extiende su mano dejando su muñeca al descubierto. No hace falta haberlo visto para entenderlo, la máscara de plata lo ha repetido en varias ocasiones. El desconocimiento de mi especie acerca de las costumbres y talentos de Tierra firme realmente me abruma. Jamás me hubiera imaginado que los caídos podían ver sus recuerdos con solo beber la sangre del otro. Estoy en mitad de un pantano en donde moverme significa ser devorado por los cocodrilos que se mantienen ocultos allí.

No puedo permitir que me descubran, no ahora que, tanto Kathleen como Chacal, se han esforzado por ocultarme en medio de su propia sociedad. No puedo caer a merced de la noche del Midna. Tampoco puedo seguir huyendo, no volveré a ser el pez que huye del cazador. Voy a ser un depredador, sin garras, sin dientes, sin aleta, voy a ser el mejor depredador de tierra que mis antepasados han visto.

Veo como los colmillos de Loba emergen de sus labios y se acercan lentamente hacia la muñeca de mi aliada. Está a punto de atravesar su piel pálida, de cruzar su cutis de fría nieve eterna. Extiendo mis manos y muevo los dedos manejando la burbuja repleta de espinas. De repente vuelan montón de agujas y se clavan en las caídas. No controlo la fuerza con la que lo hago, solo puedo ver como las dos salen despedidas por los aires, cada una hacia un lado.

—¡Mierda!—me apresuro a ayudar a mi aliada—. ¿Estás bien, Kathleen?

—Estoy perfecta—dice ella y de pronto sus ojos empiezan a brillar con tanta intensidad que da miedo.

Sus pies se elevan por encima del suelo mientras su cabello de anémona roja se sacude ante las corrientes de poder que la rodean. Sus manos empiezan a concentrar magia de fuego mientras Loba se incorpora a tiempo de contemplar la escena. Soy consciente de cómo los ojos, bajo la máscara de plata, se abren de par en par, está aterrada.

—¡Vas a matarme, zorra!—grita ella desesperada mientras dos esferas, del rojo más hipnotizante, salen disparadas desde las manos de la caída hasta su enemiga.

Loba grita mientras su cuerpo se rodea en llamas. Empieza a dar vueltas

en el suelo, a correr de un lado a otro y a lanzarse en la piscina. Se queda flotando boca abajo,

muerta, mientras sus ropas manan una humareda que se pierde en la noche eterna.

—Déjame ayudarte...—estoy a punto de quitar las espinas de la espalda de mi aliada cuando ella me detiene.

—No, no lo hagas. No quiero dejar ningún rastro de sangre, no aquí—Kathleen me da la mano y me arrastra a través de los pasillos de la casa. Las cadenas ya no están cuando abre la puerta y salimos a las calles de su ciudad.

Hay un corcel blanco atado en una columna de madera. La caída me ayuda a subir mientras ella toma las riendas y nos aleja de allí. Tengo que agarrarme de su fina cintura si no quiero caerme. Los cascotes del caballo resuenan sobre los adoquines de las calles de Plaguen. Giramos hacia la derecha para pasar desapercibidos bajo el arco de un puente de piedra, recorreremos una ruta que se va dibujando junto a las orillas del río.

—Disimula—murmura a tiempo de bajar el ritmo del galope y ver cómo varias carrozas circulan por calles habilitadas para ello.

—¿Dónde vamos?

—Tengo una amiga que vive en los suburbios—explica la caída una vez emprendemos el descenso por unas calles mucho más estrechas y descuidadas que las que he visto hasta el momento—. Ella te podrá ocultar hasta que Chacal regrese a por ti.

—¿Dónde está?—mis labios escupen palabras de preocupación—. Quiero decir, han pasado más de tres días y no ha regresado.

—No lo sé, y eso es lo que más me horroriza. No suele llegar tarde, nunca. Puede que se retrase una hora o dos, pero nunca días.

—¿Qué pasará conmigo?

—Belladona cuidará de ti, no corres ningún peligro mientras nadie te vea metido en el agua...

—suspira, gira levemente su gesto y añade—. Ya me entiendes.

—Sí, nada de transformarme delante de los tuyos.

El caballo se detiene a las puertas de un edificio de ladrillo rojo y un gran balcón con vistas directas a la puerta de acceso. Hay lonas de tela roja con rosas doradas bordadas en ellas. Hay letras escritas en grandes letreros de madera, tengo que concentrarme para leer terrestre, hace mucho que no lo hago y eso se nota en la poca agilidad que tengo al hacerlo:

—Lluvia de Po...—lo intento una segunda vez, pero no lo consigo.

—*Lluvia de Polen*, es el nombre del club—me corrige Kath a tiempo de evitar que me caiga de bruces contra el suelo—. Importante antes de entrar: no mires a nadie directamente a los ojos, no te dejes tocar por nadie y sigue sin perderme de vista.

El suelo de este distrito está impregnado de barro, como si nadie se hubiera preocupado de colocar adoquines en esta parte de Plaguen. No hay nadie en el exterior, incluso las casas presentan partes que me evocan a la ruina de una civilización olvidada. Lo único que se mantiene en pie es el *Lluvia de Polen* y me temo que estoy a punto de descubrir el por qué.

—¿Has vuelto Kath?—dice una mujer situada detrás de un mostrador de madera con un libro lleno de nombres.

—Eso nunca, cariño. Quiero ver a Belladona.

—Está con unas negociaciones muy importantes—responde y Kathleen no se da por vencida.

—Estaré en mi reservado, como siempre. Avísala cuando termine, gracias.

La caída me agarra del brazo y tira de mí como si fuera suyo. Cruzamos una segunda puerta y nos embarcamos en un mar de pasillos y cortinas de seda roja que distribuyen el edificio en

diferentes ambientes. Por mucho que la tela intente ocultar lo que hay al otro lado, se pueden intuir cuerpos desnudos bailando bajo las risas de gente misteriosa. Hay caídos y caídas caminando de un lado a otro, todos con máscaras de encaje que pretenden imitar las joyas de Loba y Chacal.

Subimos unas escaleras de caracol y pasamos desapercibidos frente a un montón de habitaciones cuyo contenido no quiero ni imaginar. Puedo escuchar los golpes, los gritos y los gemidos. No sé qué es el *Lluvia de Polen* pero empiezo a querer huir de aquí.

8

—Túmbate aquí—me ordena Kathleen cuando cruzamos la puerta cuya llave cuelga de su cuello a modo de colgante—. Llevas cojeando desde hace un buen rato, esas piernas te deben de estar matando.

—Necesito agua—pronuncio y ella no pierde el tiempo en acercarse a una jarra de cristal y servirme una copa. En el momento en el que me la acerca la bebo con tanta intensidad que tiene que repetir el proceso hasta que se percata de que me encuentro mejor.

El agua es mi elemento y aunque mi *aurane* porte algo que no me pertenece, algo que me hace querer beber el mismo plasma del que los caídos se alimentan, no puedo rehuir mi verdadera naturaleza. Necesito agua, no necesariamente bañarme en ella o revelar mi forma verdadera. Es como si necesitara el agua recorriendo mi cuerpo para activar cada una de las células que se mantienen quietas durante mi tiempo en tierra.

—Podías haberme dicho que sabías utilizar nolmancia, eso hubiera facilitado nuestra estrategia de combate contra Loba—habla Kath mientras se extrae las espinas que le clavé durante nuestra huida. Tal y como dijo, en el momento en el que se las quita su sangre sale disparada por los aires—. Tonta de mí por no intuir que las sirenas dominaban la magia del agua.

—¿Nolmancia?—pregunto inocente—. Mancia...

—¿Cómo lo llamáis ahí abajo?

—*Clamamareas*—respondo en el momento en el que ella coge una botella y bebe de golpe. Justo cuando le quita el tapón puedo oler el perfume de la sangre y la muerte. Es plasma, su alimento, la misma sustancia que hace que sus heridas se estén regenerando.

—Eso suena mejor que nuestra terminología: mantes—sonríe ella, de nuevo con esos dientes tan blancos como las perlas más brillantes. Después se sacude el cabello y me pregunta—. ¿Cómo te llamas?

—¿Quién, yo?

—Tú sabes mi nombre, es justo que yo sepa el tuyo.

—Cirigh, pronunciado con la suavidad de la brisa marina y con la fuerza del romper de las olas contra un acantilado.

—Cirit... Cirigi... Cilija... ¡Qué difícil! —se queja ella—. Pero no te preocupes, acabaré aprendiéndomelo.

Permanecemos allí durante una hora, quizá dos. Kathleen se acaba bebiendo la botella entera de

sangre, admite que ha utilizado mucha magia y que necesita recomponerse. Justo cuando está a punto de contarme más de la sociedad nocturna de Valhía, la puerta de la habitación resuena y yo acabo poniéndome en posición de defensa.

—Tranquilo, pececillo—comenta ella a tiempo de recibir a una chica con extrañas decoraciones en sus pechos.

—Belladona te espera, Kathleen—le dice ella y después se marcha.

—Quédate aquí ¿Vale?—ella se mira al espejo y se retoca el peinado—. Haré lo que pueda. No creo que me dejen estar aquí por mucho tiempo, no si no recupero mi vieja gloria. Pero yo paso, esa vida ya no forma parte de mi pasado.

—Está bien...—respondo sin poder hacer otra cosa.

La caída se marcha cerrando la puerta a sus espaldas. Acabo tumbándome de nuevo en la cama y disfruto de la comodidad de Tierra firme. El colchón es como dormir sobre un millón de medusas, las almohadas son esponjas que bailan a mi merced y las sábanas no dejan de recordarme a la caricia constantes de las mantas rayas. Si la vida de los caídos es así, empiezo a pensar que puede que no sea tan mala.

Sin darme cuenta he cerrado los ojos y he perdido la constancia del tiempo. Creo que me estoy empezando a acostumbrar al perfume de Plaguen, ese aroma embriagador a sangre y lujuria. Siento que, de alguna manera, en el *Lluvia de Polen* es mucho más fuerte, sobre todo el de la lujuria. En Laneth no hay un lugar donde las sirenas y los tritones van a aparearse, más bien, no lo hacemos si no es la luna rosa, el ritual de emparejamiento que se da una vez al año. Esa es otra de las peculiaridades de la sociedad submarina de Valhía, estamos fuertemente vinculados a las fases de la luna, como lo hacen las mareas en alta mar. Las cuatro formas básicas son algo que no nos llega a afectar demasiado, incluso con la luna llena nuestro estado es natural y cotidiano. Pero las cosas cambian con la luna rosa y la luna azul, se dice que con la segunda nos volvemos rabiosos, aunque nunca lo he experimentado ya que su influjo no llega a la oscuridad del mar.

—¿No has intentado escaparte?—escucho cuando mi mirada empieza a atisbar formas en la habitación. El rojo fuego no puede ser otra que Kathleen, pero junto a ella hay un hombre, uno cuyo rostro resplandece en luz plateada.

—Agua...—pronuncio con la garganta seca, pero la caída ya tiene una copa preparada para mí. No pierde el tiempo en acercarse y darme de beber como lo hace un sanador a sus enfermos.

Chacal está ahí, sus labios forman una fina línea que convierte su rostro en el semblante de la estatua de un soldado. Su mandíbula se aprieta con fuerza al verme, su barba recortada, su mirada oscura y su flequillo de punta. Un escalofrío recorre mi cuerpo sin previo aviso, lo llevaba esperando durante tantos días que no esperaba encontrármelo así. Necesito darle las gracias, agradecer el que me haya protegido, o al menos haberle encargado a Kathleen que lo hiciera por él.

—Hay que lavarte antes de sacarte de aquí—comenta asqueado—. Hueles a pescado.

—Y tú a muerto—sale despedido desde mis labios, algo que le pilla completamente desprevenido.

—Qué perspicaz—ironiza y después me da la espalda para dirigirse a su amiga—. ¿Hay algún lugar en este antro donde no haya gente fornicando?

—En el *Lluvia de Polen* solo hay una manera de encontrar los baños libres—comenta la caída de manera sarcástica—. Creo que podré conseguiros algo de tiempo.

—¿Y cuál es?—pronuncio con una ignorancia torpe y salvaje.

—Tú solo espera.

Cuando Kathleen se marcha el caído y yo nos quedamos completamente solos. Nos miramos como se miran dos enemigos que están estudiándose el uno al otro. Sus ojos oscuros se resignan a brillar rojos, no hay rastro de magia alguna, solo de la joya de plata que decora su rostro. Entonces me doy cuenta de que su aroma no es tan pestilente como el de los otros caídos, más bien es como un perfume que se me hace familiar. Quizá estar en Plaguen me está causando estragos, eso o

es el ser que dormita en mi *aurane*.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, mirándonos en silencio, pero mi sensación no es otra que la de sentirme seguro. Sé que junto a Chacal nadie podrá hacerme daño, se ha arriesgado por mí y eso es algo que no voy a olvidar nunca.

—¿Por qué te has quedado?—me pregunta con un tono frío de desafío. Aunque, por mucho que sienta que somos enemigos inmortales, sus ojos me hablan de otra manera. Si tuviera el poder de leer las miradas diría que hay cierto afecto en él, como si fuera su tesoro más valioso. Un detalle que me da terror.

—¿Por qué me estás ayudando? ¿Qué quieres de mí? —le reto sin guardarme nada dentro—. No tengo garras, ni dientes. Has podido matarme en cualquier momento. Puedes matarme ahora si lo deseas.

Se calla, sus labios no pretenden decir nada mientras su pecho se hincha orgulloso. Puedo escuchar su respiración agitada. En un mundo donde hay razas con los sentidos agudizados cualquier detalle es crucial para detectar las intenciones de nuestros enemigos. Por eso soy tan observador y me detengo a analizarlo todo. No seré un buen guerrero, pero sé cuándo alguien está a punto de abalanzarse sobre mí y Chacal no lo ha pensado en ningún momento.

—Tienes tu canto—añade al final y sus palabras me ofenden—. No estás tan indefenso.

—¿Me proteges por mi Voz Azur? ¿Vas a utilizarme como un arma?

—Se me ocurren mil formas para utilizarte dejando a un lado el simple hecho de que puedes sentenciar a una ciudad entera con tu canción—por un momento sus palabras suenan llenas de preocupación. Luego eso se esfuma y adquiere de nuevo ese tono desafiante y soberbio—. Aún estoy decidiendo donde me vas a venir mejor. Tengo una pecera enorme en casa, quizá puedas sustituir a esas langostas estúpidas que solo saben separar sus ojos como las agujas de un reloj. ¿Sabes hacer trucos en el agua?

—Atrévete a encerrarme de nuevo y te destrozaré los tímpanos.

—Vaya, parece que ahora estamos hablando el mismo idioma. ¿Qué más quieres hacerme?

Estoy a punto de responderle de la manera más retorcida cuando Kathleen entra de nuevo en la habitación y nos pide que la sigamos. Nadie se fija en nosotros cuando la caída nos conduce a través de unos pasillos cuyas paredes están cubiertas por papel rojo con motivos florales.

—No le mires a los ojos—me advierte Chacal a tiempo de que una pareja de caídos pase desapercibida junto a nosotros. Automáticamente clavo mis ojos en el suelo, no quiero tener problemas, no ahora.

Giramos hacia la derecha y nos adentramos en una estancia llena de individuos cubiertos por toallas de algodón granate. No dejo de mirar la alfombra roja que guía nuestros pasos. Puedo escuchar el rozar de sus bocas y la lucha de sus lenguas, si no hubiera leído sobre la reproducción en Tierra firme no sabría que eso es el principio de un apareamiento. No puedo dejar de compararlo con la vida en el mar, donde todo es más sencillo, más directo, más práctico. No nos apareamos por diversión, si no por supervivencia. ¿Para qué si no íbamos a reducir nuestras defensas al mínimo?

—Tenéis media hora, es lo máximo que os he podido conseguir.

—Gracias, Kath—le responde él a tiempo de que la bruja se quede atrás y cierre las puertas de una habitación que no sabía que podía existir.

El suelo desciende a modo de peldaños hasta una pequeña charca de agua dulce. El humo mana de ella haciendo de la estancia un lugar nublado e íntimo. Chacal se quita la ropa en un abrir y cerrar de ojos, acto seguido se mete en el agua. Veo dos esponjas en sus manos, dos objetos que distan mucho de la fauna marina que yo conozco, es como si los terrestres se hubieran esforzado para imitar los lujos de alta mar.

—¿A qué esperas? Ya has oído a Kathleen, no tenemos mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Qué hago?

—Desnúdate—me ordena—. Ven aquí y déjame que te quite ese olor que te delata.

Sin otra opción empiezo a quitarme la chaqueta, los zapatos y los calcetines. Los botones de la camisa se me complican por lo que acabo por desabrocharme el pantalón y quitarme la ropa interior.

—Déjame a mí, anda—su voz dista mucho del tono que ha utilizado minutos antes. Sus dedos, fríos como el hielo, me desabrochan la camisa mientras que sus ojos se clavan en los míos.

Chacal no es más alto que yo, tenemos una estatura lo suficientemente similar como para mirarnos sin necesidad de mover el mentón. Su corazón se agita de nuevo, no sé si está nervioso o le cuesta verme como a un aliado. Permanecemos así durante varios segundos, mirándonos sin más mientras nuestras respiraciones chocan la una contra la otra. En ningún momento se quita la joya de la cara, como si no tuviera permitido que nadie viera cómo es en realidad.

—Si toco el agua volveré a transformarme—le advierto al final. Él sacude la cabeza, me agarra de la muñeca y me arrastra hasta el interior de la terma.

—No es el olor a pescado lo que te delata, es la salina que tienes pegada en la piel. Es horrible.

—¿Has olido alguna vez a una presa después de dos días en la intemperie?—improviso sobre la marcha mientras mis piernas se recubren de brillantes escamas azules—. Ese olor lo tienes pegado a cada poro de tu piel ¿También se va a quitar con eso? —señalo las esponjas con jabón. Chacal no me responde, se limita a acercar la esponja y rasparla contra mi piel. Empieza por el torso, no aparta la mirada de mis ojos en ningún momento, no quiere bajar la guardia, menos aun cuando estoy transformado en mi forma más inofensiva. Después continúa por la espalda e incluso acaba por lavarme el cabello.

—Déjame la aleta—me ordena de una manera tan brusca que casi estoy a punto de negarme. Después se corrige a sí mismo y añade—. Por favor.

Lo hago, entiendo que todo lo que hace es para protegerme, para evitar que los de la Orden me encuentren. Sé lo que es seguir un rastro, lo he hecho durante las batidas de Laneth. Hemos cazado grandes bancos de peces, sepias invisibles o tortugas rojas. Sé lo que tiene que ser perseguir el perfume de la sal y la sangre, el aroma de sangre salada. Ahora estaré a salvo, al menos por el momento.

Chacal raspa mis escamas con fuerza, se está esforzando tanto que puedo percibir el cansancio en su mirada. Después utiliza la otra esponja para asearse a sí mismo, se zambulle en el agua y se quita todos los restos de jabón.

—Hay que terminar—pronuncia con sequedad a tiempo de salir de la terma.

Entonces me doy cuenta de su figura, no me había fijado antes, pero puedo afirmar que es uno de los caídos más atractivos que he visto. No sé si es por su desnudez o por sus aires de grandeza,

pero consigue despertar en mí ciertos instintos primitivos. Ni Péstegos, ni ninguno de los caídos que vi en esa fiesta le hacen justicia. Su silueta es tan blanca como la nieve, sus nalgas evocan el movimiento de las medusas del norte. Su torso está trabajado, sin duda Chacal se ha entrenado en el arte del combate. Hay músculos que desconozco, por no hablar de los pectorales que secan su toalla, con una suave capa de bello que le otorga el liderazgo de un macho alfa. No sé qué es esta sensación, pero me he quedado hipnotizado, si él es una reptadora emperatriz acabo de caer bajo su embrujo. Sin duda esas serpientes mágicas son enemigas a tener en cuenta ya sea en tierra o en mar.

—¿Qué estás haciendo?—dice con la toalla atada en su cintura para ocultar su virilidad—. Sal o no te secarás nunca.

Me deslizo fuera del agua y él me tira la toalla para que empiece a secarme. Se viste y acaba ayudándome con su propia toalla. Kathleen da un par de golpes a la puerta cuando mis piernas asoman en lugar de mi aleta. Me visto, no sin su ayuda, y acabamos reagrupándonos con la caída.

—¿Por qué habéis tardado tanto?—se extraña ella mientras me coloco la mordaza para no llamar la atención—. ¿Os habéis estado matando ahí adentro?

—No pero casi—le respondo yo antes de que Chacal pueda decirle nada.

Kathleen sonríe viendo como he logrado un imposible, he conseguido que su amigo no tenga la última palabra. Cuando pienso que vamos a regresar al dormitorio, la caída nos acaba conduciendo hasta la salida donde nos espera una carroza negra tirada por dos corceles blancos y un hombre en las riendas de ambos.

—Te llevará a casa, tened cuidado—ella abraza a Chacal forzando una despedida inesperada. Él le besa en la frente y se sube al vehículo—. Despastaré a la Orden para que podáis llegar a tiempo.

—Ten cuidado, anda.

—Cuida de él—me susurra al oído cuando me dedica, también, un abrazo—. Es un cabezota y un poco gruñón, pero tiene buen corazón. Mientras no traiciones su confianza estarás a salvo.

—Gracias por todo Kathleen.

—Espero que encuentres lo que estás buscando en Plaguen, Cirigh—consigue pronunciar con claridad—. Cuando nos volvamos a ver estarás más civilizado, seguro.

—Que la noche sea eterna, Kath.

—Y que la luz no te pille desprevenido, Chacal.

Ellos se despiden a tiempo de que yo me siento, por primera vez en mi vida, en un carruaje de verdad. Esta vez no soy el preso que va camino de algún lugar, si no el privilegiado que disfruta de la comodidad de unos asientos de terciopelo iluminados por el calor de un candil.

—A partir de ahora solo hablarás cuando estemos solos—me advierte él sin previo aviso—. Esto es por tu seguridad, en la sociedad nocturna hay normas que se deben cumplir si no se quiere acabar muerto. Somos

inmortales siempre y cuando se respeten las reglas.

—Está bien, solo me dirigiré a ti cuando estemos a solas—asiento con el temor recorriendo mi piel.

—No importa quién te hable, solo le podrás responder si yo te lo indico—sus palabras son tranquilas, intenta explicármelo todo con lentitud, como si mi capacidad de aprendizaje fuera prácticamente nula—. De cara al resto actuarás como mi *ilota*.

—¿Tú qué?—pregunto reconociendo esa palabra del enfrentamiento contra Loba.

—Mi esclavo, mi sirviente, mi confidente, mi concubino... de cara al resto serás todo eso, por

ello no debes desafiarme delante de los demás—intento comprender lo que me intenta explicar, pero mi orgullo es tan fuerte que tengo que apretar la mandíbula para resignarme a sus indicaciones. No hace falta haber vivido en Tierra firme para entender el significado de esas palabras—. Solo de cara al resto, cuando estemos solos eres libre de actuar como desees. Yo cuidaré de ti, te proveeré agua y alimento. Pero a cambio tendrás que hacerme dos favores.

—¿Qué favores?

—El primero es que cuides de mí, Kathleen me ha dicho que eres más poderoso de lo que aparentas. En el mundo de los vampiros hay más colmillos que buscan matar antes que saciar su sed.

—Nos cuidaremos mutuamente...—repito entre dientes, no tengo ninguna intención de quedarme más de la cuenta—. ¿Y el segundo favor?

—Tendrás que responderme a una pregunta.

—Sorpréndeme...

—¿Por qué no huiste cuando pudiste?

9

El carruaje se zarandea ante los adoquines más descuidados de la ciudad, en cuestión de minutos estamos alejándonos de los barrios pobres de Plaguen y nos encaminamos por las zonas más privilegiadas. Lo sé por la vestimenta de los caídos que caminan de un lado a otro, por las joyas brillantes en sus cuellos y muñecas y por la manera que tienen de hablar. Si en el *Lluvia de Polen* todo eran susurros y lujuria, aquí las palabras parecen guardar secretos capaces de rajar cualquier cuello. En la sociedad nocturna de Valhía hay un baile constante donde las lenguas son más afiladas que las espadas. Un lugar donde las mentiras se visten de gala y el poder se respeta con matices.

—No te lo puedo decir, necesito tiempo.

Chacal parpadea confundido, traga saliva y me vuelve a mirar intentando ver más allá de mis palabras. Durante un instante puedo ver un ápice de color rojo en sus ojos oscuros, un fulgor casi imperceptible que desaparece sin previo aviso. Lo que tengo claro es que a los caídos les delata la mirada carmesí cuando utilizan sus poderes, lo que significa que Chacal ha intentado hacerme algo antes de arrepentirse.

Mis manos se cierran en puño, mis pies se recogen, un escalofrío recorre mi columna vertebral. El temor a que mi aliado se torne mi enemigo me incita a saltar del carruaje y huir. Y diría que estoy a punto de hacerlo, pero el *aurane* se sacude y me recuerda que debo permanecer en Plaguen. Mi única salvaguarda es permanecer cerca de él.

—Está bien—sus manos se posan sobre las mías y sus ojos, de una noche profunda y acogedora, se pierden en mi azul en calma.

Su tacto es frío, como la caricia del invierno en los mares del norte de Valhía. Las sirenas y tritones podemos soportar bajas temperaturas. En mar salada nuestras escamas son lo suficientemente resistentes como para hacerlo. Pero, a diferencia de mis hermanos y hermanas, yo no soporto el frío, lo odio. Por eso adoro vivir en Laneth, en sus aguas tropicales con el sol abrazando las rocas que sobresalen a la superficie.

Hay algo en él que me resulta extrañamente familiar, como si hubiera tocado una piel tan fría como la suya. La sensación es extraña, confusa y aterradora al mismo tiempo. Me quedo mirando sus manos como si pudiera percibir algún atisbo de magia en el aire. Quizá eso era lo que pretendía hacer utilizando su fulgor carmesí. No lo sé, pero por más que me esfuerzo en encontrarle una explicación la cabeza me empieza a doler.

—Te doy una semana para confiar en mí—comenta Chacal de una manera seria y tajante—. Siete días. Si no, no podré protegerte más.

Me quedo callado mientras el remordimiento a no decir la verdad se apodera de mí. La parte central de Plaguen se va quedando atrás, con sus grandes edificaciones, su torre del reloj y sus fuentes de piedra. Hay vegetación, una basta capa de colores variados. No entiendo cómo se mantiene la vida aquí, no hay sol que alimente las flores. Los adoquines se tornan caminos escarpados en mitad de un precipicio con vistas directas a un pantano infinito de árboles y montañas.

—¿Por qué me proteges?—me atrevo a preguntar mientras el camino se inclina de tal manera que mi espalda se ve obligada a quedarse fija en el respaldo de terciopelo granate con aves bordadas en él—. ¿Qué te impide clavarme tus colmillos en mi cuello y desangrarme?

—No me gusta el pescado... de hecho lo detesto.

El carruaje da un brinco y el caído cae sobre mí. Es lo suficientemente rápido como para utilizar su brazo para apoyarse en la madera y frenar a escasos centímetros de mi cara. Puedo sentir su aliento cerca del mío, su mirada penetrando los límites de mi propia piel. Es como si supiera lo que se esconde debajo de mis escamas, al otro lado de todo lo que Rysantha me ha regalado por ser su hijo, hijo del océano.

De pronto ya no huele a muerte, no tiene un perfume que evoca a la podredumbre de las criaturas que caminan bajo la noche eterna. No, es otra cosa, diferente, acogedor, cercano... incluso familiar. Me mira a los labios, lo hace durante largos minutos, como si estuviera esperando que dijese algo. Me quedo allí sin hacer nada, la inclinación del camino me impide hacer nada más que respirar de manera agitada. La barba que perfila su rostro me hipnotiza, una suave manta negra que contrarresta con el pálido de su piel. Cada filamento oscuro es como un alga que aguarda el cántico mudo de la marea para iniciar su baile. Sin quererlo me encuentro explorando el kelp que brota de su piel y me encuentro con una pequeña hendidura en el centro de su barbilla. Un detalle reservado solo para mí, como si pudiera ser la única persona con el privilegio de estar lo suficientemente cerca como para contemplarlo.

Todo se detiene en un instante, no hay perturbaciones en el *aurane*, es como si estar cerca de Chacal le tranquilizase. No hay ardores, sacudidas o advertencias. De alguna manera me dice que este es su lugar, su hogar, mi destino. El caído aspira por la nariz con fuerza, lo hace repetidas veces, me huele.

—Puagh, voy a vomitar...—se queja y al instante se vuelve a sentar.

—Como si tú olieras a algo más que a león marino en época de apareamiento—le respondo sin ningún tipo de educación.

—Estamos llegando, mi señor—nos interrumpe el chofer que guía los caballos—. Debería cambiarse antes de que alguien le vea.

—Hazle caso a Ulfred, nos veremos mañana.

Y se marcha, lo hace de la misma manera que lo hicieron los caídos en la casa de Kathleen. Una acción que se me antoja costumbre. Me apresuro a asomarme a la ventana cuando Chacal se precipita a la profundidad del barranco. Justo cuando parece que va a impactar contra el vacío, su imagen desaparece como una brisa de viento. Tal y como ha dicho mi nuevo aliado, el carruaje se detiene a los pocos minutos. La vista cambia radicalmente, no estamos en mitad del murmullo de las calles, con sus edificios infinitos y sus calles repletas de sangre y lujuria. No, esto es muy diferente, esta es la verdadera grandeza del pueblo nocturno de Valhía.

—Sígueme, te mostraré tus aposentos—habla el tal Ulfred una vez detiene el carruaje, abre la puerta y me extiende su mano para ayudarme salir.—. Tranquilo, vas a estar bien.

Frente a mí se alza un titán de ladrillo y piedra. Hay más ventanas de las que puedo contar, con grandes tejados terminados en afiladas puntas. Balcones con cortinas que se sacuden ante la brisa de la noche, siluetas que van de un lado a otro bajo la tenue luz que se proyecta desde el interior. Hay soldados situados en la muralla externa, en las puertas de acceso al edificio y en algunos puntos del jardín eterno que lo rodea. Si no hubiera leído sobre esto diría que estoy frente a un templo, un salón de guerra o el punto de encuentro entre los líderes de los caídos. No iría desencaminado, pues el castillo de Plaguen es todo eso y mucho más.

—¿Qué significa esto?—pregunto bajo la mordaza que ahora ocultan mis labios.

—No hables, los *ilotas* no pueden hablar sin su amo cerca—me explica Ulfred mientras camina con total libertad a través de la ruta de piedra que nos conduce hasta la puerta. En ningún momento me mira, pero tampoco se detiene a hablar con los guardias que protegen este lugar. A los pocos segundos añade—. Limítate a llegar a tu habitación y lo peor habrá pasado.

Entonces mantengo el silencio, sea lo que sea el plan que Chacal guarda para mí, ignorar los consejos del chófer me pone altamente en peligro. Así es como acabamos recorriendo pasillos infinitos a través de los cuales van y vienen caídos ataviados con las mismas vestimentas. Los que no van con armaduras llevan conjuntos de tela gris cargados con diferentes objetos cuya utilidad solo puedo intuir. Es imposible no distinguir el aroma de la muerte, aunque tengo que admitir que en algunos individuos es algo sutil, algo que me extraña y que espero poder comprender más adelante.

Subimos por unas escaleras lo suficientemente numerosas como para recordarme que llevo demasiado en Tierra firme, con piernas. Me esfuerzo por no cojear, lo hago frente a las primeras veinte estancias, pero después me resulta imposible. Tengo que evitar quejarme, por lo que acabo respirando con fuerza. Ulfred debe de notarlo porque acaba por reducir el ritmo.

En algún punto del castillo hay música, y aunque cada vez nos alejamos más, es imposible no detectarla, no cuando el sentido de todos los que estamos allí es lo suficientemente agudo como para escuchar murmullos al otro lado de las paredes. Hay muchísima gente, más de la que podría haber imaginado nunca. Aunque no todos saben luchar, no me hace falta haber estudiado demasiado como para percatarme de las aptitudes de aquellos que van cargados con mantas o copas. Si los habitantes del mar atacaran la Corte de la Noche saldríamos victoriosos. Pero los reyes caídos han sido inteligentes, su hogar se sitúa lejos del mar. Ni siquiera hay un río cerca, lo puedo sentir en mis propios huesos, nada clama mi nombre. Mi única vía de escape en Plaguen carece de acceso desde este lugar.

—Mañana vendrá a buscarte, no intentes salir hasta ese momento—me advierte, y por primera vez me mira. Ulfred es tan rubio como el pez cirujano. Con ese cabello brillante no duraría ni un segundo en mar abierto. Sus manos sostienen una llave de plata con un cristal verde engastado—. No podrás hacerlo hasta que él te abra. Recuerda que ahora eres un *ilota*, le perteneces desde la cabeza hasta los pies. Nadie más puede tocarte, nadie más puede estar a solas contigo. Podrás quitarte la mordaza dentro, pero si otra persona, que no sea tu amo, te ve sin ella, podrían ejecutarte por ello.

Estoy a punto de hablar cuando Ulfred se aclara la garganta y me recuerda que no puedo hacerlo. Al final acabo cruzando la puerta y él mueve los cerrojos para cerrarla a mis espaldas. De nuevo prisionero bajo la noche eterna, aunque esta vez fuera del agua. Lo primero que hago al quedarme solo es quitarme la tela que oculta mi boca, me pican las orejas y me molesta su tacto. Las runas que se anidan en su interior, las que recogen mi aliento cuando respiro, fulguran unos instantes antes de volverse completamente invisibles.

—Así que esto es lo que impide que utilice la Voz Azur...

El lujo y el glamur se despliegan frente a mí sin límite alguno. Lo que más me llama la atención es una mesa dispuesta con varias botellas de vidrio cuya etiqueta, con tribales rojos, delatan su contenido. Frutas de todos los colores me dan la bienvenida, incluso puedo percibir carne recién asada. Nada de lo que huelo me es apetecible.

Hay una cama cuyas medidas prácticamente me triplican. Varias cortinas cuelgan de ella intentando ocultar, sin éxito, su interior. Mantas negras con bordados en rojo, almohadas y sábanas a juego. Hay un banco situado al pie del catre, dos grandes candelabros de araña en el techo y varios accesos a estancias que se ocultan dentro de esta.

A la izquierda un vestidor gobernado por un espejo situado en la parte más céntrica. Estanterías y perchas llenas de ropas que apenas puedo distinguir. Camisas, chaquetas, pantalones, botas y otros calzados. Por no hablar de las prendas que no conozco. A la derecha de la sala principal, un aseo con una bañera de mármol y un montón de toallas. Jabones con aromas más delicados que los que Chacal frotó en mis escamas durante mi estancia en el *Lluvia de Polen*.

—¿Esto es lo que significa ser un *ilota*?—pronuncio acercándome al único cristal que me separa del exterior. Un ventanal a cuya balconada no tengo permiso, está completamente cerrada. Aún así puedo ver los jardines traseros del castillo, al fondo montañas oscuras que muerden el horizonte. Es de día, al menos lo que esa palabra significa bajo el tedioso abrazo de la noche, por eso puedo discernir algunos detalles.

Dos figuras encapuchadas, bajo una capa de color granate, me miran desde una construcción formada por columnas de piedra y tejado circular. Varias rutas de piedra emergen de una zona repleta de rosales. Justo cuando parece que voy a ser relevante, la mujer, cuyos rasgos se me antojan afilados, le agarra la cara al hombre y empieza a besarle. De nuevo vuelvo a ser ignorado, insignificante ante la sociedad que camina en la noche eterna.

Me alejo de la ventana, aparto las cortinas y me dejo caer sobre la cama. Las piernas me pesan lo suficiente como para quedarme relajado y conciliar el sueño. Estoy cansado y aun cuando cierro los ojos las imágenes de Chacal, situado sobre mí en el carruaje, me azotan. De pronto extraño su aroma, su mirada y la caricia de su aliento. Hay algo que me mantiene unido a él, algo que va más allá de la rivalidad entre nuestras razas. Hay algo que me obliga a quedarme a su lado, seguir sus consejos y protegerle.

El recuerdo del tacto de sus dedos intenta atravesar los límites de mis pensamientos. Es entonces cuando mi respiración se agita de tal manera que me arde el pecho, la cabeza me duele tanto que creo que va a explotar y el sabor de mi saliva se torna metálica.

—¡Basta!—grito al incorporarme de golpe.

El *aurane* se sacude, se irrita y me quema. Me apresuro a llegar a la mesa, actúo como un animal salvaje, hambriento y desorientado. Me llevo a la boca un puñado de uvas, las escupo cuando no es eso lo que me sacia. Hago lo mismo con el pollo asado o la ensalada de hortalizas. Al final me veo abriendo una de las botellas de cristal y bebiendo de ella. La sangre se desliza por mis labios mientras su sabor se intensifica en mi garganta. Esta no sabe a metal, más bien es dulce. Me descubro a mí mismo convertido en una criatura que no figura en las rocas submarinas. Por primera vez en mi vida tengo claro que necesito el plasma que beben los caídos para seguir con vida.

10

Duermo sin quererlo, no sé cuánto tiempo estoy tumbado en la cama, pero el cielo se ha oscurecido lo suficiente como para que las antorchas iluminen todo el jardín. Doy por finalizada la primera botella, aunque no lo necesite, siento que aún tengo un *aurane* que alimentar. Esta vez soy más delicado y menos salvaje, después me desnudo y me meto en la bañera. Es entonces cuando ocurre ese efecto al que tanto me estoy acostumbrando. Mis piernas se unen en una sola aleta repleta de brillantes escamas azules, es tan grande que sobresale incluso por encima del agua. No tengo miedo a que alguien entre en el dormitorio, sé que la única llave de acceso la tiene Chacal.

Juego con mis dedos provocando que el cuarto de baño se llene de formas abstractas de agua. A veces se unen para crear algunas más grandes, y otras se separan hasta alcanzar el tamaño de pequeñas gotas. Estoy a gusto, cómodo y revitalizado. Si el *aurane* necesita sangre, yo necesito agua.

Las enseñanzas de las *clamamareas* de Laneth van teniendo su resultado, aunque lamento no haber prestado más atención. Si así fuera podría crear escudos de energía, estacas azules, o incluso, invocar criaturas del océano. Por eso es por lo que acabo practicando un poco más, sin duda es mi nuevo entretenimiento mientras espero a que vengan a buscarme. En cuestión de una hora, en la que mi concentración solo se centra en practicar mis poderes, puedo llegar a crear un látigo de agua capaz de tirar el jabón al suelo. Lo mismo que hice con las espinas de pescado, moverlas con pequeñas cúpulas de magia, lo empiezo a hacer con las toallas. Me doy cuenta de que no son burbujas de agua, si no campos de energía, una pequeña representación de los escudos místicos de mi pueblo.

—¿Así que funciona así?

Con mi aleta todo es más fácil, tengo claro que mi forma natural me facilita la ejecución de los talentos propios de mi especie. Transcurre así la noche y justo cuando voy a dar por imposible el que Chacal venga a verme hoy, los mecanismos de la puerta resuenan en el interior de mi dormitorio.

—¡Mierda!—maldigo entre chasquidos y carraspeos, una palabra más que habitual en sirénido.

Pongo todo mi empeño para cerrar la puerta del cuarto de baño, lo hago proyectando pequeños escudos que la mantienen bloqueada para que nadie pueda entrar. El golpe que me doy cuando me deslizo hasta el suelo es como una tormenta atronadora. Un detalle poco sutil que provoca

que, sea quien sea quien está en mi habitación, se apresure a llegar hasta la puerta.

—¿Estás ahí Cirigh?—dice una voz que penetra mis entrañas y acarician mi alma. Pronuncia mi nombre con una perfección impoluta, Kathleen le ha tenido que adiestrar bien. El alumno ha superado a la maestra y lo ha hecho con creces—. ¿Estás bien?

—¡Todo bien!—me excuso secando mis escamas con las toallas.

—¡Ábreme!—solicita mientras la manilla se sacude impaciente. Sé que si tardo demasiado echará la puerta abajo—. ¿Qué estás haciendo?

Mis músculos se estiran mientras el crujido de mis huesos trae consigo la llegada el cambio. La aleta se secciona en dos, un hecho que es ciertamente doloroso, pero al que puedo enfrentarme con total normalidad. Estoy a punto de incorporarme cuando Chacal arremete contra la puerta y la abre. Las pequeñas cúpulas mágicas salen despedidas por los aires y rebotan hasta que desaparecen. Estoy tumbado, situado boca arriba cuando veo los zapatos que se adentran en el cuarto de baño.

No hay prendas oscuras, gabardinas largas o armas afiladas. Lo único que puedo ver es un pantalón de seda verde, una camisa con volantes y un chaleco marrón. En cuanto miro al caído mi boca se abre desmesuradamente, no lleva la máscara de plata, al contrario, mantiene el rostro completamente al descubierto. Es exageradamente hermoso, arrebatador y peligroso.

—¿Qué has hecho?—pronuncia señalando el agua desparramada por el suelo, el resultado de mi propio entrenamiento.

Su piel pálida es suave, sin ápice de barba. Sea cual sea el tipo de daga que ha utilizado para afeitarse no ha dejado ni rastro de su vello. Por no hablar de los pendientes triangulares que decoraban sus orejas, han desaparecido, así como las cicatrices de sus aperturas. No es él, no puede ser el mismo caído que cuidó de mí durante mis primeras noches en Plaguen. No hay ni un solo detalle que me diga que estoy frente a un aliado.

Me sacudo en el suelo, me incorporo desnudo y busco algún tipo de objeto que me sirva de arma. El extraño no se mueve, permanece de brazos cruzados mientras contempla la escena como un mero espectador.

—¿Puedes tranquilizarte?—su voz me paraliza y me incita a mirarle. Es entonces cuando me percato del hoyuelo en su barbilla, ese detalle reservado solo para mí, hasta ahora.

—Chac...

—Estevian—me corrige a tiempo de que pueda terminar—. Aquí soy solo Estevian, y es mejor que nadie sepa que soy nadie más, así como nadie puede saber tu verdadera naturaleza.

—Estepian—pronuncio con torpeza, luego vuelvo a intentarlo, esta vez reprimo el acento extranjero que tanto me delata—. Estevian ¿Quién eres realmente?

—Un *stoker*, el hijo del duque de Plaguen—pronuncia y mis piernas empiezan a temblar.

Sin duda no estoy frente al mismo caído que alguna vez conocí. No estoy frente al rango alto de una orden que se oculta a ojos de los demás, no estoy frente a un enemigo de la corona. Al contrario, estoy frente a un miembro de la realeza inmortal de los nocturnos. Mi salvador es...

—Eres un príncipe.

—Un *stoker*, en el Continente de la Banshee no hay reyes ni príncipes. Solo duques y su legado, los *stokers*—me explica con tranquilidad, después se acerca a mí con las manos abiertas, no quiere que me ponga a la defensiva—. Ven, te lo explicaré.

Me aferro al invierno de su piel, lo hago para no resbalarme con toda el agua que he dejado tirada por el suelo. No, me agarro a sus manos con la necesidad casi obsesiva por tocarle. Su frío me masajea los dedos como si el esfuerzo por arrastrarme por el cuarto de baño me hubiera

causado algún tipo de estrago. Chacal, digo Estevian, me acompaña hasta el vestidor y me ayuda a ponerme un pantalón oscuro y una camisa azul. Admite que va a juego con mis ojos y que resalta el color marino de mi cabello, el cual ha adquirido un tono azulado que luce extremadamente natural. Yo simplemente me limito a asentir.

—¿Por qué lo haces?

—¿Ayudarte?—responde sin ánimo de ofenderse.

—No, tener dos vidas.

El caído me mira, me ayuda a sentarme frente al escritorio y coge aire antes de intentar explicarse. Justo cuando está a punto de hacerlo se acerca al aseo y se pone a recoger mi estropicio. No digo nada, espero a que se acerque de nuevo, esta vez con una copa de plasma.

—Necesito tiempo, no te lo puedo decir—sus labios forman una sonrisa torcida. Un gesto juguetón, provocativo y sarcástico. Está utilizando las mismas palabras que yo utilicé cuando me preguntó por mí no huida.

—Venga hombre...—me quejo. Después recapacito y acabo por añadir—. Tienes una semana para decírmelo, una prueba más que justa para forjar nuestra confianza.

—Cuando llegue ese día no habrá tiempo suficiente para tantos secretos—bromea y después apoya su trasero en la mesa para mirarme desde arriba.

Desde ahí se muestra imponente, titánico, superior ¿Por qué no decirlo?

Parece un dios feín de esos que figuran en los tratados más antiguos. A pesar de sus volantes puedo intuir la fuerza de sus pectorales, esos músculos ligeramente trabajados y apretados bajo la tela. Su cintura está a la altura de mi mirada, por lo que tengo que alzar el mentón para mirarle a sus ojos, ahora rojos. Nunca me ha atraído tanto ese color como ahora, podría afirmar que su mirada brilla como las perlas de las almejas tomate, cuyas joyas adquieren una tonalidad similar a las conchas.

—¿Soy tu prisionero?—me atrevo a preguntarle cuando me doy cuenta de que no hay ningún ademán de que me deje salir de mis aposentos.

—Oh, no... más bien eres mi alumno.

—¿Tú qué...?

—No puedo dejarte libre por la corte sin antes asegurarme de que tu salvajismo no te pondrá en peligro—se mueve con agilidad para traer la vajilla propia de su hogar—. Empezaremos por el uso de los cubiertos,

las formas de saludar y las reglas de ser un *ilota*.

—Eso ya me lo explicó el chófer—admito—. Soy tu esclavo y no tengo permitido hablar con nadie salvo que seas tú. Por eso tengo que llevar esa mordaza, que además me impide cantar.

¿Me sacarás con el resto de tus *ilotas*?

—¿Qué? ¿Acaso tengo más? —se jacta respondiendo indirectamente mi pregunta—. Pues ya me los presentarás porque no los conozco—mi rostro se retuerce en ignorancia, por lo que él añade—. Quiero decir, hace años que no tengo *ilotas*—me quedo callado sin entender del todo lo que me está explicando. Él se limita a continuar—. No tienes permitido hablar con nadie más porque se interpretaría como un desacato a tu amo...

—Tú...

—Lo siento, es lo único que se me ocurrió para que nadie más te pusiera en peligro—sus palabras se clavan en mi pecho como una lanza de hueso de ballena. Estevian se está esforzando por ponerme a salvo, aunque sea de esta manera tengo que aceptarlo, al menos hasta que pueda contarle la verdad.

—Gracias,... supongo.

—Venga, no tenemos toda la noche—su actitud adquiere una tonalidad más tajante y severa, como si cualquier tipo de muestra de afecto por mi parte le fuera inadmisible—. Empecemos por la primera lección.

—Buena suerte—pongo los ojos en blanco, nunca he sido un buen estudiante, de haberlo sido seguramente no estaría aquí.

—La cuchara se utiliza para comer caldos y platos conformados por pequeños elementos—empieza ignorándome por completo—. El tenedor ancla la carne al plato mientras el cuchillo corta para crear raciones más pequeñas.

Después continúa explicándome el funcionamiento de los platos. El hondo para caldos y el llano para carnes y pescados. En Tierra firme la fruta se come sin cáscara, pelarla es una práctica muy cercana a la guerra. Hay diferentes tipos de ropa en referencia al evento que se va a celebrar, la temperatura del ambiente y el momento de la noche. Empiezo a pensar que la vida en alta mar es mucho más fácil, allí hay tantos peligros que la desnudez es nuestra arma más salvaje. Afirmo que me enseñará a montar en caballo, aunque eso es algo a lo que pienso resistirme. Una cosa es pisar Tierra firme y otra muy diferente es separar los pies del suelo.

Estevian se mantiene serio, como si todo su esfuerzo estuviera puesto en que comprendiera cada una de sus enseñanzas. No se detiene a preguntarme si lo estoy entendiendo, simplemente sigue, explica y cambia de tema. Llega el momento en el que tengo tantas preguntas que es imposible controlar el movimiento de mis labios:

—¿Por qué coméis si vuestro alimento es la sangre? ¿De dónde sacáis el plasma? ¿Tenéis animales? ¿Cómo hacéis para no comeros entre vosotros? ¿Qué son las *adastas* y porque son las únicas encinta? ¿Me podrías traer pescado fresco? Me muero de hambre. ¿Puedo disponer de la bañera siempre que quiera? Necesitaría algo más amplio para estirar mi aleta, nunca he estado tanto tiempo sin nadar...¿Qué me dices de las mancias? Kathleen dice que lo mío es nollmancia ¿Tu controlas alguna? ¿Veremos a la bruja alguna vez? ¿Hay brujas en la corte? ¿Cuántos reinos tiene el Continente de la Banshee?

—Para, para, para...—sus dedos se posan sobre mis labios y el rubor cubre mis mejillas.

Nos quedamos en silencio mirándonos bajo la atenta mirada de los dos candelabros que iluminan la estancia. Estevian tiembla durante un momento, está nervioso, lo puedo percibir en el latido agitado de su corazón. Lo hago sin querer, abro la boca y utilizo mi lengua para rozar la comisura de su piel. Él sonríe, lo hace durante un instante, luego vuelve a adquirir ese semblante serio y distante.

—Cada cosa a su tiempo—aparta su mano rápidamente de mis labios. Después se limpia con la seda de su pantalón. Un gesto elegante que no guarda ningún ápice de asco—. Deberías descansar. Intentaré traerte pescado fresco mañana. Seguiremos con todo esto más tarde.

—Está bien...

Se mueve rápidamente, saca la llave plateada de su bolsillo y se dispone a dejarme solo. Antes de que desaparezca al otro lado de la puerta sus ojos se dirigen a mí con cierta preocupación. Están vidriosos, pero no por el poder inmortal que recorre sus venas, si no por la pena. Estevian oculta algo en su corazón, un secreto al que no podré acceder hasta dentro de siete días.

—Y enjabónate, por favor, hueles a pescado.

11

Los días transcurren bajo una rutina que empieza a resultarme exageradamente tediosa. Estevian acude a mi dormitorio cada día, lo hace de manera distante, se limita a explicarme los modales de la alta sociedad vampírica. Me cuesta enormemente utilizar la palabra vampiro para determinar a todos los habitantes de Plaguen, por lo que, a menudo, se me escapa el término de caído.

Soy demasiado torpe con las lecciones, no consigo diferenciar los títulos nobiliarios que se mueven en la Corte de la Noche. Está el duque Ábsolem y la duquesa Ágatha, que son la máxima autoridad en la parte sur del Continente de la Banshee. Los *stokers*, también conocidos como lores y ladies, que son la descendencia real, se sitúan por debajo de ellos, y después están todos los condes y condesas que les rinden pleitesía. Estos residen en la parte más alta de Plaguen, la cual se distribuye en una pendiente a través de la que transcurre el río Vladimir, que nace de las montañas escarpadas que muerden el horizonte.

—Entonces los vampiros coméis comida para alimentar vuestro lado humano y bebéis sangre para saciar la bestia que habita en vuestro interior—repito mientras él señala un dibujo del cuerpo humano. Ahí se puede ver como las partes que compone a un nocturno son el cuerpo inerte y la magia que los mantiene vivos.

—Entendido esto, tienes que comprender que cuando una de nuestras mujeres da a luz, le ceden toda su magia al bebé para que pueda vivir en este mundo—explica a tiempo de pasar la página del libro y mostrarme un esquema del parto de una caída encinta.

Me quedo boquiabierto, intento entender la complejidad de ser una vampira. Así como las sirenas necesitan a los tritones para poder gestar a sus crías, y son estos los que cuidan y paren a las nuevas generaciones, las caídas lo pueden hacer todo ellas solas. Si nuestras hembras pudieran hacer eso, los machos podríamos dedicarnos a algo más que mantenernos al margen de todos los conflictos. No se perderían las vidas de tantas sirenas, ya sean guerreras o *clamamareas* en partes iguales, así podríamos luchar como una unidad.

—¿Y vosotros que hacéis?—pregunto extrañado. Me sorprende lo rápido que estoy mejorado en mi terrestre, las “r” ya no suenan tan bruscas—. Quiero decir, ¿dejáis vuestra semilla y os desentendéis del proceso?

—Cuidamos de ellas, con el paso del tiempo los embarazos las entorpecen y les limitan enormemente. Nos preparamos para la llegada del bebé y la pérdida de la madre.

—¿El embarazo las entorpece?—el asiente con la cabeza y yo entiendo que bajo el agua los embarazos se llevan con más facilidad—¿Las vampiras mueren en el alumbramiento?—le miro con ignorancia mientras él se centra en señalar una palabra escrita con suma delicadeza en la superficie del papel—. *Fatum*.

—Es el momento en el que la vampira cede toda su magia y su cuerpo se convierte en cenizas. Es un hecho irremediable, una condición a nuestra inmortalidad eterna. Un privilegio para aquellas con el don de crear descendencia.

—Pero si las vampiras mueren al dar a luz ¿Cómo hacen las reinas para tener *stokers*?

Estevian mira por la ventana mientras el jardín trasero se llena de risas. Cuando sigo el curso de su mirada me encuentro con tres figuras recorriendo los caminos decorados por rosas. Se tratan de tres caídas, tres mujeres ataviadas con voluminosos vestidos que ocultan sus pies dando la sensación de que están flotando.

Reconozco a una de ellas, sus ojos azules centellean incluso bajo la oscuridad de la noche. Su cabello rubio, su nariz fina y su amenazante sonrisa. Lady Amari camina con total comodidad, se abanica con sutileza mientras sus dos acompañantes la siguen como sombras inseparables.

De pronto recuerdo a Lahmia, su simpatía y la razón por la que estoy encadenado a Tierra firme. El *aurane* se sacude con ligereza, le encanta estar cerca de Estevian, su voz. Le alimento cada mañana, bebo la cantidad justa de sangre para saciar su hambre, es la única forma de que no me escueza desde mis entrañas.

—*Adastas*...—deduzco con rapidez y consigo sacarle una sonrisa al caído, un hecho que me hace ilusión—. Las *adastas* están para portar los bebés de la realeza. Están obligadas a morir—las palabras de Lahmia resuenan en mi interior, no puedo evitar recordarlas. En ese preciso instante surgen de mis labios sin previo aviso—. Es su deber servir a Plaguen.

—Las *adastas* nacen en familias pobres, normalmente en los suburbios de la ciudad. Se les da la oportunidad de servir a la corona, nunca son forzadas a hacerlo. Nosotros compensamos a sus familias con grandes dotes. Muchos miembros de la corte salieron de esta manera.

—Entonces la duquesa Ágatha no es tu madre...—eso parece afectarle en gran medida, como si mis palabras tuvieran el poder suficiente como para quitarle el habla y asfixiarle desde dentro—. Perdona... todo esto es nuevo para mí.

—No, no, está bien—sentencia con seriedad. Me gustaría poder sentir el invierno de su piel, pero Estevian parece resistirse a acercarse más de la cuenta—. Mi progenitora murió por la corona, pero mi madre es la que me ha criado desde que soy un niño—sus ojos se clavan en un caído que va encendiendo las antorchas del jardín—. Mis hermanas y yo amamos a la duquesa, nos ha dado el cariño que siempre hemos necesitado—percibo el dolor en su mirada, incluso parece querer decir algo que no puede—. Ha sido suficiente por hoy. Nos veremos mañana.

—Yo...

—Enjabónate, hueles a pescado.

Y se marcha haciendo girar la llave tras sus pasos. Me vuelvo a quedar encerrado mientras le doy vueltas a todo lo que he aprendido. Me incorporo y me apoyo en la ventana para observar cómo Lady Amari disfruta de la compañía de sus *adastas*, no sé de qué están hablando, pero parecen estar pasárselo bien. Los ojos azules de la *stoker* se clavan en mí y siento un escalofrío que recorre mi columna vertebral. Estoy aterrado, le tengo verdadero pavor. Recuerdo su mirada de odio cuando el *aurane* se vinculó al vientre de Lahmia, recuerdo su ira y sus ganas de acabar conmigo.

Hay algo diferente en ella, no, el diferente soy yo. No puede recono_ cerme, no con este aspecto humano, no con mi falsa piel. De un momen_ to a otro Lady Amari me está sonriendo y agita su mano a modo de saludo. Las *adastas* siguen su ejemplo y se ríen tímidas. Caminan lo más cerca de mi ventana, lo hacen con elegancia, sacuden sus abanicos y empiezan a murmurar.

—Qué guapo ¿Quién es? —dice una de ellas, lo hace lo suficientemente alto como para que yo pueda escucharlo.

—Es el nuevo *ilota* de mi hermano—le explica Lady Amari con gracia. Estar bajo la noche eterna de Valhía me está afectando. Ya no la veo como una piraña hambrienta, sino más bien, como un delfín amistoso que busca nadar a mi lado—. Dice que viene del norte, de las tierras indómitas que se sitúan entre Plaguen y Pestet.

—O ¿Lo traerá Lord Estevian a alguna fiesta? —pregunta la otra.

—Hablaré con él, queridas—. la *stoker* es sumamente cercana a sus sirvientas, las trata como si fueran de su propia sangre.

Me descubro a mí mismo despidiéndome de ellas, agito mi mano con elegancia y pongo en práctica los modales de la primera clase con Estevian. Lady Amari se marcha, lo hace con una alegría contagiosa y una sonrisa que me incita a apreciarla. Sacudo la cabeza disipando los encantos de la corte, hay algo en este lugar que me mantiene obnubilado y me obliga a bajar la guardia. No puedo olvidar que estoy entre caídos, vampiros inmortales, cadáveres chupasangre, criaturas de la noche, depredadores. Tengo que estar atento, Lahmia fue ejecutada por incumplir su función como *adasta*. ¿Qué me pasará a mi si descubren que porto a uno de los hijos de Lady Amari? ¿Qué me hará Estevian cuando descubra la verdad? Suspiro, cierro los ojos y me vislumbro en mar abierto. Allí donde los delfines seducen a los marineros más inocentes mi especie les dan caza. Sigo siendo un depredador, aunque sea en Tierra firme.

Ceno una copa de plasma para el *aurane* y yo engullo algunas piezas de fruta. Acabo pasando el resto de la noche en la bañera, cubierto de agua, espuma y descuidando las enseñanzas de la noche. En la soledad de mi dormitorio no importan las miradas, los gestos o los movimientos bruscos. Aquí puedo ser yo mismo, con mi aleta sobresaliendo por encima de la bañera y con las prácticas de nolmancia por todo el cuarto de baño.

Me doy cuenta de que estoy utilizando más la tina que mi propia cama, y es que estar empapado me ayuda a recordar quién soy. En la tranquilidad de la noche mis párpados se empiezan a cerrar. De repente un fuerte mareo sacude mi cabeza, llegan las náuseas y la realidad se distorsiona. Abro los ojos y me encuentro flotando en el techo del aseo, rodeado de agua y con las escamas centelleando en un extraño color azul. Siento la conexión con el agua, de alguna manera, aunque sea en pequeña medida, Rysantha está aquí, conmigo.

—¿Madre?—mis dientes chasquean tan fuerte que me hago daño.

Bramo con intensidad solicitando su ayuda, pero no puede escucharme. La Reina Velra nada con velocidad portando una lanza de hueso ornamentada con esquiras púrpuras. Puedo verlo todo con claridad, pero sé que no estoy ahí, Rysantha me lo está mostrando, me quiere inspirar para que siga luchando por mi vida en Tierra firme:

“El ejército de Laneth se mueve en una formación de combate. Puedo ver a mis hermanas Calia, Sarra y Meral guiando a las guerreras mientras Adaleh, Tef y Meral lideran a las clamamareas. Solo hay un tritón allí, el Rey Trogh, cuyo aurane es inservible para preservar mi especie. Es la sombra de mi madre, si ella está en peligro de muerte, él se tendrá que sacrificar en su lugar. No hay rastro de mis seis hermanos, no tienen permitido luchar, son más valiosos que cualquier

joya, incluso que la reliquia del mar que transferimos entre reinos. Yo tendría que estar con ellos, entre las formaciones rocosas que constituyen nuestro hogar, ocultos en cuevas y grutas submarinas que nos dan la seguridad que necesitamos. La anciana nos estaría contando todo lo que ocurre lejos de allí, lo estaría viendo a través de Rysantha, tal y como lo estoy haciendo yo. A diferencia del resto de sirenas, que llevan caparazones de crustáceos a modo de hombreras y armaduras, mi madre porta su corona de huesos y espinas. Las profundidades del mar les hacen imperceptibles a la vista de aquellos que no están adaptados a la presión marina. Sus escamas, grises y resistentes, las convierten en las depredadoras alfas de los mares de Valhía, al menos por el momento.

El ejército de Laneth ruge y nada mientras el enemigo impacta contra ellas sin ningún tipo de piedad. La caribdis tiene sus fauces abiertas con sus tentáculos en flor cuando ataca, la formación se rompe para poder esquivar su mordisco, pero sus garras y cola son armas igual de peligrosas. Las lanzas cortan el agua mientras las clamamareas le dan fuerza al lanzamiento de las guerreras. De un momento a otro el monstruo está cubierto por afiladas jabalinas de hueso.

Mis hermanas extienden sus brazos para utilizar algadenas, látigos vegetales con la elasticidad de una anguila y la resistencia de una tortuga diamantina. Inmovilizan a la caribdis para que no pueda volver a abrir sus fauces, y el resto de las guerreras cargan contra la criatura. Mi padre es el encargado de subirse a su cabeza y atravesar su piel con su hacha de guerra. Entonces aparece mi madre, un hecho que provoca que el resto de las sirenas formen un pasillo para darle acceso directo al monstruo titánico que lleva dándonos caza desde tiempos inmemoriales.

Velra entona su Voz Azur y el mar se agita con tan solo las primeras notas. La canción no dispone de ningún significado, solo es una melodía que brota desde el corazón de la reina y rept a través de sus labios como una serpiente hambrienta. En el momento en el que el hechizo roza a la caribdis esta empieza a gritar de forma brusca, desesperada, viendo su vida peligrar y sin poder hacer nada para resistirse al poder milenario de mi raza. De repente su cabeza explota y el mar se tiñe de sangre.

Las sirenas de Laneth vitorean y celebran la victoria, lo hacen como guerreras salvajes mientras el cuerpo de su enemigo se eleva hacia la superficie. No puedo evitar sonreír, disfrutar del momento y celebrar, en silencio, el que las mías sigan vivas.

Es entonces cuando surge otra criatura en las sombras marinas, una caribdis que dobla el tamaño del cadáver que mi madre acaba de dejar. El monstruo ruge, nada y abre sus fauces en flor. Las sirenas no están preparadas para otro ataque, ni siquiera les da tiempo a convocar sus escudos mágicos, nunca atacan en grupo, no lo han hecho en eras. Más aún, nunca ha habido una criatura de ese tamaño.

El Rey Trogh tiene que empujar a la Reina Velra para evitar que caiga bajo los tentáculos del monstruo. Es entonces cuando llega la sangre, las vísceras, los gritos y la ira. La corona de él, mucho más pequeña que la de ella, cae a las profundidades del océano mientras el ejército de Laneth se ve obligado a huir.”

El corazón me da un vuelco cuando Rysantha me deja en la bañera de nuevo. No estoy llorando, no tengo miedo, no siento pena. Me han preparado desde mi niñez para afrontar la muerte de mis progenitores. El mar es un lugar salvaje y peligroso donde la muerte nos asola con más frecuencia que incluso en los dominios de los vampiros.

Entonces me doy cuenta de que el ejército de Laneth no vendrá a buscarme, no mientras haya una amenaza tan peligrosa como la caribdis que acabo de ver. Me quedo mirando a la nada, las imágenes que he visto se repiten una y otra vez mientras el sueño se resiste a alcanzarme. Cojo

aire y le pido a Rysantha que cuide de los míos. Y de pronto la puerta del dormitorio resuena de nuevo, ya es de día y Estevian ha llegado.

12

—¿Has estado recolocando los muebles?—me pregunta el vampiro cuando se asegura de que todo está en su lugar—. Los criados dicen que han escuchado ruidos poco después de que me fuera.

—Me resbalé—improvisó, soy consciente de que son mis rugidos los que se escucharon mientras mi padre daba su vida por mi madre.

—Mientes—justo cuando le miro detecto un pequeño fulgor en su mirada, la misma sensación que aquella vez en el carruaje—. ¿No estás cómodo aquí?

—No me gusta estar encerrado.

—Es por tu bien—pronuncia con seriedad—. No sé en qué sitio vas a estar mejor que en la corte. Si quieres marcharte, dispondré un carruaje para que te alejen de aquí.

—Quiero salir de la habitación—le pido en un intento desesperado por ver más allá de estas cuatro paredes—. Ver palacio, conocer a otros caídos.

—Yo,... no sé si es buena idea—se rasca la cabeza, nervioso porque quiera romper su infinita calma—. Cualquier cosa podría delatarte y si mi familia descubre lo que eres...

—Me mantendré lejos del agua. Y no hace falta que salga todos los días.

Solo de vez en cuando. Tampoco pienso quedarme aquí toda la vida.

—Mañana se cumple una semana desde que llegaste aquí—sus ojos se clavan en mí mientras su respiración se acelera—. Si decides confiar en mí te presentaré oficialmente como mi *ilota*. No podrás hablar con nadie sin mi permiso, pero al menos podrás respirar aire fresco.

—Tendremos que confiar el uno en el otro—le corrijo recordándole el trato al que llegamos.

Estevian se acerca a la mesa, coge una de las botellas y se sirve una copa. O al menos lo intenta, porque solo caen tres gotas. Revisa el resto de los recipientes de plasma y se da cuenta de que todas están vacías. Es en ese preciso instante en el que me doy cuenta de que la sangre no era para mí.

—¿Por qué bebes sangre?—mi mente busca una manera para esquivar la pregunta.

—Desde que estoy en Plaguen mi cuerpo necesita nutrirse con plasma.

—¿Tu adaptación te exige un precio, no?

—Algo así.

—Vuelves a mentirme—de nuevo ese fulgor carmesí en su mirada, una luz fugaz que se esfuma

en un instante. De pronto lo entiendo, Estevian puede saber si alguien dice la verdad, o si por el contrario le está mintiendo. Por eso le brillan los ojos, porque está utilizando algún tipo de poder. Se percata de que le estoy mirando sin parpadear cuando repite—. Mañana será tu última oportunidad para confiar en mí.

Asiento con la cabeza, su voz suena enfadada y seria. Me recuerda a las innumerables broncas que mi padre me echaba cuando no era capaz de agitar ni una pequeña ola con la nolmancia. Suspiro, lo hago con el temor a perder la protección que Estevian me ha otorgado. No sé qué haría si me encuentro perdido, de nuevo, entre las calles de Plaguen. Seguramente ya estaría en algún tipo de pecera, o peor aún, muerto.

—El Continente de la Banshee se divide en dos reinos—de nuevo esa actitud distante y frívola. Su voz vuelve a adquirir ese semblante de maestro mientras el invierno de su piel se mantiene lo suficientemente lejos como para poder rozarme. Mi *aurane* se agita, necesita estar más cerca de él, necesita su afecto y su protección—. Pestet, al norte, y Plaguen, al sur. Aunque antiguamente hubo un tercero, Makabria, que acabó destruido por los otros dos.

El libro muestra un mapa detallado del Continente de la Banshee, con algunas islas pequeñas que pertenecen a los dominios de los vampiros. El dibujo está demasiado enfocado en la zona nocturna del Midna, por lo que no hay rastro de mi hogar. Aunque dudo mucho que la gente de Tierra firme sepa la ubicación exacta de los dominios de las sirenas. Yo creo que podría señalar en un mapa las localizaciones exactas de Melyse, Aerial, Thalín y mi querido Laneth.

—La realeza nocturna se divide en cuatro estirpes, cinco si contamos a los Dynevor que cayeron en las guerras de sangre.

—La orden acabó con su dictadura...—recuerdo las palabras de Loba durante el enfrentamiento contra Kathleen—. ¿Qué diferencia a un vampiro corriente de las estirpes?

—Los vástagos de las estirpes tenemos dones con los que otros solo pueden soñar. Y aunque hay mancias que pueden hacer hechizos similares, nunca alcanzarán el nivel que nosotros tenemos de nacimiento.

—Los Dynevor utilizaban su don para controlar el pueblo y privarles de toda intimidad—repito, lo que me hace preguntarme si no sería un *clamamareas* excepcional.

—Prefirieron velar por sus propios intereses antes que proteger a su pueblo. Las guerras de sangre causaron tanto daño que Makabria se convirtió en el recuerdo del egoísmo y las ansias de poder. Nadie ha reclamado ese reino, ahora pertenece a las tierras indómitas, a los salvajes y a las criaturas que dicen ser sus dueños.

—¿Qué poderes tienen las otras estirpes?—pregunto al descubrir la distribución de realeza vampírica bajo la noche eterna. Al norte, en Pestet, puedo leer los apellidos Shayd y Hadid. Y al sur, en Plaguen, Ilia y Cárpasot.

—Los Shayd se pueden comunicar con los animales. Los Hadid mueven objetos con la mente. Los Cárpasot endurecen su piel como la roca. Y los Ilia...

—Podéis detectar las mentiras—le interrumpo y él se queda sorprendido.

—Vaya, me has pillado—Estevian esboza una sonrisa nerviosa, sus ojos se vuelven dos finas líneas gatunas. Me obliga a suspirar, sí, lo hace él con tan solo dedicarme una sonrisa. No sé qué es lo que me pasa cuando estoy cerca suyo, no sé si es por el *aurane* o simplemente es por mí.

—¿Por qué estás con la Orden?—me atrevo a preguntar pensando que la confianza que se está creando entre nosotros es algo especial.

—Esa pregunta es demasiado pronto para responderla—es imposible pillarle desprevenido—. Mañana responderemos todas las preguntas que nos roban el sueño—después se apoya sobre la

mesa y borra todo rastro de alegría de su rostro—. Durante tu estancia en palacio es común que conozcas vástagos de las estirpes. En especial de los Cárpasot, ya que mi hermana Amari se casó con Darius hace menos de una década. Ahora están buscando descendencia para unir ambas líneas de sangre.

—De ahí que siempre esté acompañada por sus *adastas*,... por Lahmia—pronunciar el nombre de la caída sacude mi aurane con fuerza, como si extrañara el tacto de su progenitora.

—La... ¿La conocías? ¿Qué es lo que escondes, tritón?—y esto lo dice con cierto retintín, como si le costara llamarme así en vez de ahogado, pez o hundido. Que son los apelativos que más utilizan en Tierra firme, sin importar lo iluminado que esté el cielo.

—Mañana lo sabrás—me permito decir, una respuesta que me ayuda a no mentirle.

—Eres más listo de lo que imaginaba—afirma—. Pensé que la gente del mar eráis salvajes y caóticos.

—¿Eso pone en vuestros libros?

—No pone mucho, no os dejáis ver. Solo vuestras reinas durante los Cónclaves del Pacto—me explica mientras cierra un libro y abre otro. Este segundo es mucho más denso, la información se centra en política, historia de las alianzas y un glosario con todos los reyes y reinas que han formado parte del Pacto. En resumen, un tema que me hace bostezar de tal manera que casi se me cierran los ojos—. Este año los líderes de

cada reino tienen la obligación de presentar a su descendencia.

—Tu padre presentará a sus hijos, los *stoker* ¿no?

—Eso es...

Estevian pasa páginas y señala el dibujo de las tres reliquias que forjaron el Pacto entre las razas de Valhía. Los hijos del sol, los humanos (o iluminados, que es como les gusta llamarse), recibieron el Bastón de Bryarthe. Los hijos de la noche, los vampiros, el Grimorio de Illythia. Y las hijas del mar, las sirenas y los tritones, el Orbe de Rysantha. Tres objetos de poder que carecen de utilidad por si solos, pero que, unidos, podrían traer la propia destrucción del mundo. Así se les recuerda a los habitantes de Valhía que las tres razas principales descendemos de las tres hermanas feins que crearon nuestro hogar. Aunque la historia es más extensa y cambia dependiendo de quién la cuente, en resumen, esa es la realidad.

—¿Y qué se hace en esos Cónclaves?

—Los custodios de las reliquias se traspasan los objetos con sus reinos vecinos, para mantener el Pacto en pie y para darle a los de su misma especie el beneficio de tener el regalo de su diosa.

De repente resuena la puerta y Estevian pega un brinco. Está tan sobresaltado que se coloca la mano en el pecho. No dice nada, me indica

que me mantenga sentado mientras recibe la visita. Lo primero que me viene a la cabeza es ver a un criado con botellas de plasma, no ha bebido en todo el día que ha estado aquí conmigo. Gira la llave de plata y una figura se cuele a la velocidad de la luz. De golpe y porrazo me encuentro con una caída que me mira fijamente y me olfatea. La chica es delgada y tiene la mirada felina. Su cabello, negro y liso como la noche más despejada, se mantiene a modo de coleta alta. Lleva puesto un corsé rojo, un pantalón de cuero ajustado, unas botas de tacón y una capa granate que cae hasta sus tobillos.

—Así que es verdad—susurra con una sonrisa—. Mi hermano se ha echado un *ilota*.

—Ho... hola—pronuncio con torpeza.

—¿En qué parte de las tierras indómitas vivías?—sus ojos recorren todo mi cuerpo. De abajo hacia arriba. Por un momento siento que puede ver a través de mi ropa, incluso por debajo de mi

falsa piel—. ¿Estabas protegido por los Gazzei?

—Enfi, basta ya—se queja Estevian mientras le agarra del hombro para llamar su atención—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué? ¿No te acuerdas? —la caída tiene una belleza peligrosa, como las sirenas que se sientan en los riscos de la superficie para atraer a los marineros a su muerte. Solo tengo que recordar los libros de historia nocturna, de hace unos minutos, para entender que ella es la pequeña de los tres *stokers*, por debajo de Amari y Estevian respectivamente—. Me prometiste que me acompañarías a las Fiestas de Orio.

—¿Son está noche?

—¿Me vas a dejar tirada por adiestrar a tu nuevo *ilota*?

—Es complicado.

—Podríamos ir los tres—intervengo poniendo en juego las normas que me mantienen con vida. Después escojo bien mis palabras, no puedo olvidar que los *stokers* pueden percibir mis mentiras—. Llevo muchos días en palacio y necesito respirar aire fresco.

Estevian me mira con los ojos abiertos de par en par. Enfi se muerde la uña juguetona mientras se coloca la capa. No sé si me espera un castigo, una reprimenda o la ejecución. Pero, por primera vez en mucho tiempo, veo la luz del sol asomarse a través del cielo tormentoso de mi estancia en Plaguen.

—¿Cómo te llamas?—pregunta ella.

—Cirigh—respondo al instante, no quiero mentir, no si eso significa firmar mi sentencia de muerte.

—Que nombre más raro, me gusta—vitea ella y después hace gala de una pronunciación exquisita de mi nombre—. Cirigh tiene razón, her_ mano. Ya he mandado preparar los caballos. Amari piensa que nos vamos de cacería. Ya sabes que no le gusta mancharse.

—Está bien, iremos—Estevian me acerca la mordaza y me anima a ponérmela. Lo hago sin quejas, sé cuáles son las reglas para mantenerme con vida en palacio. Ahora soy su *ilota*, su sirviente, su esclavo sexual, su siervo... Al menos de cara a los demás.

—No podremos hablar fuera de tus aposentos—apunta Enfi a tiempo de ponerme una de las capas negras de mi vestidor. Tiene demasiada prisa como para verme perdido entre cordones y botones, algo que agradezco—. Pero intuyo que tú y yo nos haremos muy buenos amigos.

13

Para mi suerte solo hay dos caballos preparados en la verja exterior de palacio. Estevian me ayuda a subirme y me pide que me agarre a su cintura mientras él toma las riendas del animal. Enfi, en cambio, no pierde el tiempo e inicia un galope que hace de su capa una marea granate constante. Nos alejamos de la ciudad a través de un camino que se extiende, hacia el norte, por medio de un bosque infinito. La temperatura es más baja cuanto más avanzamos, algo que los *stokers* no parecen sentir.

La noche se cierne sobre nosotros como una pesadilla de susurros y murmullos. Los animales que se ocultan en la maleza no dudan en hacer crujir ramas o sacudir las copas de los árboles. Me parece ver ojos rojos en el laberinto de naturaleza y sombras. Lo que me hace pensar dos cosas, o es imaginación mía o la fauna del lugar tienen algún tipo de dependencia con la sangre como los vampiros que los gobiernan.

Giramos hacia la izquierda para subir por unas escaleras de piedra que serpentean alrededor de una montaña. Antes de que pueda darme cuenta los cascos dejan huellas sobre la nieve. Nunca he visto nevar, pero no puedo negar que es lo más hermoso que jamás he podido ver en mi vida. El cielo suelta pequeñas estrellas blancas que se deshacen al tacto de mi capa. Me quito un guante para sentir la realidad del frío que rodea Plagen. En el momento en el que el copo entra en contacto con mi piel, esta se humedece y deja al descubierto unas pocas escamas.

—¡Oh!—ahogo un grito aterrado.

—Ponte el guante—me ordena Estevian asegurándose de que su hermana no se ha girado para mirarme—. La capa tiene runas impermeables, no te mojarás mientras la lleves puesta.

—Perdón—susurro viendo como el vaho se escapa de entre mis labios—. No volverá a pasar.

Retomamos el silencio unos minutos más, descendemos otra escalinata de piedra, peldaños que alguien se ha encargado de cuidar. De no tener cierto mantenimiento todo esto estaría en ruinas y no sería un camino agradable de transitar.

Las primeras antorchas centellean al final, tardamos poco en llegar a ellas. Puedo leer un cartel de madera con las palabras: Bienvenidos a Orio, justo antes de recorrer las calles de un pueblo de tamaño medio. Las construcciones no tienen nada que ver con las de Plagen, estas son más bajas y no están tan cuidadas. Diría que se asemejan más a las de los suburbios de la ciudad, junto al *Lluvia de Polen*, que a las demás.

Hay personas caminando a través de sus calles, individuos cuyo aroma no tiene nada que ver con

el perfume a muerte que embriaga Plaguen. Estos huelen diferente, huelen a humanos. Ninguno se asusta de la presencia de los *stokers*, ni siquiera de la mía. Al contrario, nos dedican sonrisas como si estuvieran encantados de tenernos cerca. Rápidamente nos vamos acercando al origen de la música, hay una banda incitando al gentío a celebrar. Veo humanos con tambores, flautas y guitarras. Diría que los instrumentos están fabricados con partes muy alejadas del mar, en su gran mayoría es madera. Descubro que el bosque abastece al pueblo, todo está hecho de madera y pocas cosas de ladrillo o metal.

—Bienvenidos a la Plaza de Orio—anuncia Enfi a tiempo de detener las monturas a escasos metros de un anillo formado por grandes pilares de madera de ébano. En el interior hay arena de playa sobre la cual los humanos bailan al son de la música—. Dominio de los Gazzei, abanderados de Plaguen.

Hay personas sentadas en gradas que ascienden hasta las paredes de los edificios más altos del pueblo. Hay un castillo de pequeño tamaño, el ayuntamiento, donde se puede ver a los gobernadores brindando con jarras de cerveza. He leído sobre las plazas, son algo similar a la arena de Laneth, la única diferencia es que aquí no se baten en duelos para probar su fuerza, si no que utilizan bestias para ponerse a prueba.

—Mantente cerca—me ordena Estevian. Se debe de percatar que está siendo muy rudo conmigo porque acaba añadiendo—. Hay demasiada gente y no quiero que te pierdas.

—Mirad, allí tenéis sitio—señala Enfi, en ese instante su hermano me agarra de la mano y se abre paso entre la multitud.

—Tienes una hora—le advierte él—. Después volveremos a casa.

—Sí, sí, tranquilo—sonríe ella—. Papá no se enterará de nada, te lo prometo.

Los humanos se apartan de nuestro paso con total simpatía, me doy cuenta de que Estevian mantiene el fulgor rojo en su mirada para identificarse como un vampiro. No es difícil resaltar entre mortales, pues hay otros como él mezclados entre ellos. Debe de ser típico que los caídos vengan a Orio, al menos los que no son *stokers*.

—Son nuestro ganado—comenta Estevian poco después de que nos sentemos a verlos bailar.

—¿Cómo?

—El otro día me preguntaste que de dónde sacamos la sangre—en ningún momento me mira, mantiene su mirada fija en los músicos y la gente que cantan sus canciones—. El pueblo de Orio aceptó la protección de Plaguen a cambio de donarnos su sangre. Es uno de los que nos rinden pleitesía.

Entonces no puedo evitar pensar que la botella que he bebido durante mi estancia aquí puede ser plasma de alguno de estos humanos. Me siento culpable, un monstruo, un demonio salido de los confines del mundo, una caribdis. Mi *aurane* porta un diablo, un ser que hará sufrir al resto por pura supervivencia.

—Disfrutan de hacerlo—explica antes de que mi mente siga cavilando en falso—. Es un intercambio de intereses. Ellos donan su sangre, que se regenera cada día, y ayudan a que los reinos vampíricos prosperen. A cambio son protegidos de todos los peligros de la noche—me señala a los vampiros que se sitúan junto a los gobernadores del pueblo—. Ellos viven aquí, son soldados que han sido entrenados en el arte de la guerra inmortal. Hay otros más, que seguro no disfruten de estas fiestas.

—¿Qué peligros hay bajo la oscuridad del Midna?

—Espera, ya empieza—me interrumpe a tiempo de que la música cese y los músicos se retiren de la plaza.

Un humano, que resalta por tener un gran sombrero de copa, hace sonar una campana y consigue que la multitud se quede en silencio. Otro hombre camina hasta el centro de la plaza, saluda a todos con una pequeña reverencia y saca un cuchillo de su cinturón. Nadie se inmuta cuando se propina un tajo en la palma de la mano y dibuja una estrella sobre la arena de la plaza. En un instante una llamarada de fuego aparece en el interior, una lengua roja que me hipnotiza.

—Ashlaxmancia—pronuncia una mujer sentada en la grada superior a la mía—. Es muy difícil de controlar.

—Ssshhh—le manda callar otra.

El fuego crece y crece, el hombre empieza a moldear su hechizo dándole la forma de un toro de gran tamaño. Tiene dos cuernos sobresaliendo a través de su cuerpo de magma. El animal se queda quieto mientras él se retira a tiempo de recibir a otro humano, este sostiene una capa rosada entre sus manos.

De un momento a otro empieza el espectáculo. Estevian me explica que el hombre es un cazaflamas y que tiene que derrotar a la invocación ígnea antes de que esta acabe con él. Que es un deporte típico de Orio y que no suele morir nadie en el intento. El cazaflamas empieza a bailar para esquivar al toro de magma. Una práctica salvaje que me recuerda a las cacerías de tiburones en alta mar. Cuando el hombre tiene la oportunidad saca un estoque de su funda y atraviesa el cuerpo de la invocación. En ese instante la gente aplaude, vitorea y grita una expresión que se me grabará a fuego en la mente, nunca mejor dicho:

—¡Olé!

Después aparece otro ashlaxmante, invoca otro toro y otro cazaflamas se bate en duelo contra él. Esta vez es una mujer con el cabello corto y una agilidad envidiable. Incluso salta por encima de la bestia en varias ocasiones clamando los aplausos del público. Justo cuando empiezo a cogerle gusto al espectáculo, Estevian me agarra del brazo y me arrastra fuera de las gradas.

—Tenemos que irnos—me advierte—. Si en palacio notan nuestra ausencia se puede armar una buena. El Cónclave del Pacto está cerca y los reyes de Plaguen no se pueden permitir perder a ninguno de sus hijos.

—¿Y tu hermana?—pregunto cuando sigo la mirada del caído para ver, por primera vez en mi vida, un reloj de verdad. Son dos agujas de metal girando en lo alto de una de las torres más altas de la plaza, frente al ayuntamiento.

—Maldita sea—protesta mientras me arrastra hacia los alrededores de las gradas—. Siempre me hace lo mismo.

Esquivamos al gentío e ignoramos los vítores de la cazaflamas que ha conseguido derrotar al toro de fuego. Me pongo de puntillas para ver al siguiente ashlaxmante elaborando su invocación. Me parece un ritual hipnótico y hermoso, jamás habría imaginado encontrarme algo así aquí. Pensé que en la noche de Valhía todo era muerte, lujuria y sangre. Pero me equivocada, los vampiros saben disfrutar de su inmortalidad y los humanos parecen hacerlo con ellos.

—¡Enfi!

Descubrimos a la *stokers* besándose con un humano bajo la copa del árbol más alejado de la plaza. No hay nadie alrededor, solo nosotros. Estevian es directo en sus movimientos, como si supiera cual es el escondite de su hermana, como si esta escena se hubiera repetido en otras ocasiones.

—Milord—el chico le hace una pequeña reverencia.

—Piérdete Jasper—el *stoker* separa a su hermana del mortal—. Reza porque no le hayas

condenado.

—¿Qué dices?—protesta el humano. El chico es poco más alto que nosotros, tiene los ojos grandes y el pelo peinado de punta. Descifro alguna que otra cana, un hecho que me sorprende, pues entre vampiros y tritones nunca he visto una—. Sabes que para mí tu hermana es sagrada y nunca haría nada que le hiciera daño.

—Más te vale.

—Suéltame, Estevian. Puedo caminar sola—protesta su hermana sin levantar demasiado escándalo. La escena acontece con una rutina que se puede intuir. Enfi pasa por mi lado y suelta un comentario que me deja absorto—. Qué paciencia tienes, Cirigh. Te lo digo yo que llevo aguantándole casi trescientos años.

La vampira se aleja perdiéndose entre la multitud de la plaza. Se dirige hacia su caballo mientras el otro *stoker* y el humano mantienen una conversación acalorada. Me encantaría seguirla y alejarme de la escena ardiente que está aconteciendo frente a mis ojos, pero sé que no puedo alejarme de su hermano.

—Deberías estar con tus padres y tu hermana, Gazzei—utiliza su apellido de manera despectiva—. Deberías estar pretendiendo a alguna humana y empezando a dar descendencia a tu familia.

—No jodas, Illia—le contesta él sin retroceder en ningún momento. Los humanos nunca han sido rivales de los vampiros, sabe que está en desventaja, pero eso no le impide luchar por lo que quiere—. Y me da igual no poder yacer con ella o que mi vida vaya a acabarse antes que la vuestra. Sé que no soy inmortal, pero no puedo negar lo que anhela mi corazón. ¡Amo a Enfi!

—¡Qué no puede ser!—Estevian eleva su voz por encima de los aplausos y los vítores de la plaza—. ¡Qué dejes de decir gilipolleces! ¡Hay que respetar el equilibrio de las razas!

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo, maldito mortal. Un humano y una vampira no pueden estar juntos. Ni en esta vida ni en la siguiente. Es inaudito.

—Entonces Orio y los otros pueblos dejaremos de abastecer a los inmortales. Nos daréis caza y extinguiréis vuestra única fuente de poder.

—¡JP!—Estevian sacude sus manos nervioso, se acerca a una pared y le asesta un puñetazo. Las grietas emergen del golpe al mismo tiempo que sus nudillos se muestran ligeramente ensangrentados. Después coge aire, se tranquiliza y añade—. Mira no puede ser y lo sabes.

—Somos amigos, Chacal—el humano coloca su mano sobre el hombro del vampiro. El simple hecho de que lo llame así quiere decir que sabe más que el resto, que sabe los secretos más oscuros del hijo del duque de la noche—. Hemos echado carreras, bebido vino y fumados cigarrillos juntos.

—Y eso es lo que me impide que te saque el corazón del pecho—enfadar a Estevian significa provocar un terremoto, hacer entrar en erupción un volcán o descargar una tormenta sobre el cielo infinito. Aun así, Jasper consigue calmarlo—. Me encantaría que Enfi y tú fuerais felices, pero

no quiero que te vea morir y que pase el resto de su eternidad sufriendo.

—Pues transfórmame—esas palabras paralizan al vampiro por completo. Yo sigo ahí sin entender del todo la conversación que están llevando a cabo—. Condéname a la inmortalidad.

—Rompería el trato que mi padre mantiene con el tuyo.

—Pues mátame ahora mismo porque no puedo soportar vivir alejado de tu hermana. Solo quiero besarla, abrazarla y fundirme con ella.

—No estarías preparado para abrazar a la inmortalidad. Tendrías que yacer con una *adasta* para evitar que Enfi se quedara embarazada.

—Si ese es el precio que tengo que pagar para pasar el resto de mis días con ella, que así sea.

—¿Qué no, joder!—Estevian me agarra del brazo y me arrastra lejos de Jasper.

Dejamos atrás al humano, no puedo evitar echar una última mirada atrás y ver como sus ojos centellean lagrimosos. Entonces entiendo el significado del amor, de estar enamorado y de querer condenar tu vida por permanecer al lado de la persona a la que amas. No sé porque, pero creo que, en lo más profundo de mi ser, yo podría llegar a sentir algo así por el caído. Es como si algo me empujara una y otra vez a mantenerme a su lado, a protegerlo, a dar mi vida por él. Me han preparado para usar

mi *aurane* y nunca me dijeron que funcionaba de esta manera.

Nunca me habían hablado del amor, las sirenas y los tritones no podemos sentirlo, solo daríamos la vida por nuestra reina, como lo hizo mi padre. Una lágrima se desliza por mi mejilla, tengo que secármela antes de que las escamas me hagan resplandecer bajo la intensa luz de las antorchas. Aunque en el rostro son más pequeñas e imperceptibles, siguen estando allí y pueden delatarme en cualquier momento. Cojo la gota salada con mi dedo enguantado, siempre creí que los habitantes del mar no podíamos llorar, no de verdad, pero una vez más estaba equivocado.

¿Qué es el amor si no una magia imperceptible? ¿Qué es enamorarse si no condenarse a sacrificarse por el otro? ¿Acaso puedo amar cuando estoy obligado a permanecer a su lado? ¿Podré sentir con libertad cuando todo esto pase? No lo creo, he sido entrenado para protegerme a mí y a mis hermanos cuando nos pongan en peligro. Puedo ser un guerrero, un mago o simplemente un tritón. Pero no estoy hecho para amar, eso nunca formó parte de mí.

—¿Qué ha pasado?—pregunta Enfi cuando llegamos a los caballos.

—Nada, vámonos antes de que nos castiguen por tu culpa—de nuevo ese tono serio y lleno de frialdad. Su hermana pone los ojos en blanco y yo no puedo hacer otra cosa que empezar a comprender la realidad de lo que me rodea. De pronto Estevian se lleva la mano a la garganta y empieza a toser—. Joder...

—¿Cuánto hace que no bebes?—su hermana adquiere una personalidad sumamente protectora. Ya no está la vampira divertida y rebelde, al contrario, a su lado hay una sanadora de primera.

Estevian rugue con fuerza, alza su cabeza y descubre el rostro de un demonio. Las venas se mantienen hinchadas surgiendo de una mirada completamente roja, sin diferenciación de iris. Todo su globo ocular brilla con tanta intensidad que me veo obligado a separarme de él aterrado. Es como un tiburón sediento de sangre, un tiburón que ha perdido el control y devora a sus propias crías por equivocación.

—Desde anoche—respondo desesperado. No me importan las reglas mientras él esté así.

—¿Estás loco, hermano?—Enfi saca una cantimplora de las alforjas de su caballo. La destapa y se la pone en los labios del otro *stoker*—. ¿Qué quieres que tu bestia nos ponga en peligro a todos? No puedes arriesgarte a perder el control por la sed, tienes que comer. ¿Se te ha olvidado lo que pasó la última vez?

—Fue un accidente—responde él con la voz ronca mientras traga la sangre a grandes golpes. Me percaté de su fuerza sobrenatural cuando reduce la cantimplora a hojalata para exprimir hasta la mínima gota. Contemplo su cuello poderoso, el comienzo de sus músculos, el camino hacia mi perdición—. Y vosotras tampoco os quedasteis cortas.

—Pero nosotras mantuvimos el control, Estevian. Tú... tú casi...

—Enfi...—le advierte él mientras su rostro vuelve a un estado normal, aparentemente humano. Su hermana se calla al instante—. Será mejor que nos marchemos.

Nos subimos a las monturas y cabalgamos lejos de Orio, de su fiesta y sus tradiciones. Me prometo a mí mismo volver algún día a ver a los ashloxmantes, los cazaflamas y los toros ígneos que hacen de la plaza un espectáculo.

14

La noche oculta historias que las nubes son capaces de susurrar por debajo de la ventisca. La nieve nos azota minutos antes de llegar a la montaña que separa las tierras indómitas de Plaguen. Ahora entiendo por qué las llaman así, porque aquí no hay reglas ni vigilancia, ni siquiera antorchas que marquen la ruta de vuelta. Aquí todo se rodea de una naturaleza salvaje e indomable, es como nadar en alta mar y estar a merced de todo lo que vive lejos de los dominios de los reinos.

El caballo de Enfi, de pelaje blanco como el invierno, se detiene de golpe, relincha con fuerza mientras se alza sobre sus patas traseras. La vampira se tiene que agarrar a las riendas si no quiere caer. Estevian obliga a su semental a que baje el ritmo y deje de galopar. Me agarro a su cintura, no sé qué más puedo hacer y estar bajo la incesante nieve no me ayuda en nada. Oculto bajo la capucha de mi capa, lucho porque el viento no descubra mi rostro frente a la humedad del frío.

—¿Qué ha pasado?

—No sé, *Lily* se ha vuelto loca, le ha debido de asustar algo.

—Déjamela a mí, súbete en *Airman*. Esa yegua me hará caso sí o sí—Estevian se muestra nervioso, no quiere que nos detengamos lejos de ninguna ciudad. Quizá le tenga miedo a los animales que habitan los

bosques o puede que haya algo peor.

Un crujido capta mi atención, primero a un lado del camino y luego al otro. Hay algo ahí, puede que un lobo, o quizá una pantera de las montañas. La fauna de Tierra firme no es tan amenazante como la de alta mar, pero aquí no tengo garras ni dientes, ni siquiera mi lanza de hueso.

—Nos están acechando—murmura Enfi y consigue que mi falsa piel se erice—. Nos han estado esperando desde que tomamos el camino de ida.

Estevian se mueve con velocidad, salta del caballo, color noche, y me ayuda a bajar. Rebusca en su aljaba y empuña dos espadas que me son extrañamente familiares. Las mismas armas que utilizó para salvarme del carruaje durante mi primera noche en Plaguen. Dos hojas curvas, dos armas que me hacen pensar en las patas delanteras de una mantis religiosa.

—¡Venga!—grita él de una manera provocativa—. ¿Queréis enfrentaros a nosotros?

Su hermana no se queda de brazos cruzados, también tiene un arma, una espada corta que

empuña con suma destreza. Es como si los *stokers* supieran luchar, hijos de la realeza vampírica entrenados para defenderse. No importa su sexo o su función, ambos participan en la guerra.

—¿Queréis sangre de la estirpe Ilia?!—Estevian utiliza una de sus espadas para apuntar al bosque que se sacude frente a nosotros. Después utiliza sus colmillos para propinarse dos hendiduras en el brazo, bajo su camisa, y deja que la sangre gotee sobre la nieve—. ¡Pues venid a por ella!

El *aurane* se sacude ante la presencia de la sangre del caído, como si pudiera reconocerla como un igual, no, peor aún, como si estuviera hambriento. Puedo controlar la sensación de hambre, no es difícil cuando la cabeza me empieza a doler con tanta intensidad que tengo que colocar mis dedos en las sienes para intentar aplacar el sufrimiento.

“Durante un instante no estoy en Plaguen, ni siquiera en las tierras indómitas que separan unos dominios vampíricos de otros. Las olas chocan con una playa de arena fina, el agua ni siquiera me salpica por lo que mantengo mi forma humana. No percibo el aroma de la salina, solo la fragancia de la sangre de Estevian. Mis manos están llenas de cortes, mi falsa piel está cubierta de sangre. No sé qué es lo que me ha pasado pero mi cuerpo parece recordar el dolor.”

—¡Cuidado!—grita Enfi y de repente estalla el caos.

Del bosque surgen tres figuras ataviadas con largos abrigos rojos con cuellos de pelo negro. Los individuos no son vampiros pues sus ojos son de un brillante color morado en vez de rojo. Sus cuerpos son verdosos y sumamente delgados. No hacen ningún movimiento brusco, simplemente caminan con lentitud. Descubro las garras que surgen de sus mangas, extremidades que sangran tras dar caza a su última víctima, dudo mucho que haya sido un animal.

—¡Necrófagos!—Estevian da un paso para situarse entre el enemigo y nosotros.

—¿Aquí? ¿Tan al sur?—Enfi está desesperada, empuña el arma temblo_ rosa mientras se acerca a mí y me da un arma similar a la suya—. ¿Desde cuándo cruzan los límites de los humanos?

Los necrófagos huelen a cadáver, a muerte y a putrefacción. Si mis antepasados tallaron en piedra la descripción de los vampiros, estaban equivocados, lo que me han enseñado a odiar durante toda mi vida han sido a esos seres que no temen las espadas que les apuntan.

—¿Qué miran?—pregunto al percatarme de como los tres pares de ojos morados se clavan en mí—. ¿Por qué me miran?

—¿Hermano?

—¡No lo sé!—grita y se pierde en su propio temor.

Estevian recorre varios metros de un salto, se coloca frente a uno de los necrófagos y le propina un corte en el cuello. La cabeza de la criatura cae hacia atrás, se queda colgando por una fina tela de músculo y piel. Después vuelve a su lugar. De repente el enemigo le propina un puñetazo y lo manda volando por encima de nosotros hasta enterrarlo en la nieve.

—¡Joder!—Enfi es la siguiente en actuar, abre sus brazos y me protege por encima de su propia vida. Los necrófagos se acercan más y más mientras ella intenta repelerlos a base de tajos y patadas.

Puede que la *stoker* no sea la mejor guerrera, pero eso no le impide moverse a gran velocidad a través del campo de batalla. Corta y esquivo al mismo tiempo, quizá no haga más que rasgar sus abrigos, pero ellos tampoco consiguen alcanzarla.

Es en ese momento en el que decido tomar una decisión que lo cambiará todo para siempre. Suelto la espada, me quito la mordaza y empiezo a cantar. Tengo que quedarme quieto si quiero canalizar bien mi mayor poder, el don que se me otorgó al nacer bajo la superficie del océano, la Voz Azur:

*Una rama en Valhía
Hacia tierra me arrastró
Vamos juntos a la orilla
Sigue el eco de mi voz*

La melodía surge de mi interior como lo hace el agua cuando abren una presa. La letra forma la canción que la anciana me enseñó durante mi adiestramiento básico de música. Puede que sea la única enseñanza a la que verdaderamente he prestado atención. Estrofas que hablan de la amenaza que las sirenas y tritones serían si llegan a invadir Tierra firme.

*Ven conmigo criatura
Hazlo sin mirar atrás
No le temas a mis garras
No te voy a destrozar*

Mi poder surge en forma de ondas de energía semi transparente, se podría comparar con el sonar de una beluga. Con cada azote de energía la nieve se esparce alrededor de mi silueta. Las ropas de los necrófagos se sacuden como si todo lo que brotara de mi interior fuera viento. Pero no lo es, y si lo fuera se podría comparar más con el vendaval que precede a un tornado antes que una brisa marina.

Los individuos se detienen de golpe, tengo que concentrarme en solo afectarles a ellos, tengo que limitarme si no quiero dañar a los vampiros que han cuidado de mí todo este tiempo. Esta no es la verdadera dimensión de mi poder, es una pequeña muestra, de no ser así podría arrasarlo todo a mi paso. Solo una estrofa más, si solo canto tres será más que suficiente, si consigo no llegar a la cuarta podré salvar a mis aliados. Pero utilizar la Voz Azur es adictivo, sostener tanto poder en la comisura de mis labios es como portar la magia más poderosa y antigua del mundo, como si tuviera las reliquias de poder de las tres hermanas. Peor aún, como si pudiera alcanzar el estatus de dios, de feín.

*Una espada de acero
Mi aleta atravesó
Puedo caminar por tierra
Y conservo mi canción*

Las ondas de poder aumentan su diámetro mientras dos de los necrófagos se intentan tapar los oídos, pero no lo hacen a tiempo. Desesperados, se quitan los abrigos mostrando cuerpos famélicos y llenos de cicatrices en forma de runas. Si hay algún tipo de magia manteniéndolos en pie, debe de estar anclada a su propia piel. Sus garras atraviesan su pecho hasta golpear sus huesos. No pueden soportar mi cántico, no pueden hacer otra cosa que alcanzar su corazón y arrancárselo de cuajo. Necesito continuar, necesito terminar con la cuarta estrofa:

Déjame darte un beso

El tercer necrófago está tan cerca que es capaz de levantarme del suelo por el cuello y callar mi voz. Abre su boca y muestra una dentadura llena de colmillos, no puedo evitar compararlo con un tiburón blanco, con uno de los animales más peligrosos de alta mar. Está a punto de morderme, puedo ver mi vida llegar a su fin cuando, de pronto, me suelta y se desploma sobre el suelo.

Enfi está allí, ha conseguido cortar sus tendones y me está mirando con los ojos sumamente abiertos. Sus oídos le sangran porque ella también se ha intentado resistir a mi poder.

El necrófago se incorpora de un golpe, eleva sus pies por encima del suelo y abre su mandíbula de nuevo, esta vez se le desencaja como a una serpiente. Clava sus ojos en mi estómago, no, se

está fijando en lo que se oculta bajo él, mi *aurane*. De algún modo puede percibir lo que hay bajo mi falsa piel, la bolsa amniótica mística que portamos todos los tritones. Ese es el objetivo de sus fauces.

Justo antes de que pueda morderme, su cabeza sale volando por los aires. Estevian aparece allí con las manos brillando de un potente color plateado. El necrófago intenta regenerarse, pero esa mancia repele todo intento sobrenatural de hacerlo. Su mirada carmesí, su rostro lleno de venas y sus colmillos clavados en su labio inferior. Tiene la barbilla empapada en su propia sangre, puedo olerla, de nuevo ese aroma que penetra mis fosas nasales y llega hasta mi alma.

—¡Hermano!—grita Enfi de nuevo al comprender lo que ha hecho, yo solo lo puedo intuir.

El vampiro me mira como lo hace un animal salvaje frente a su presa. Ya no hay ni un ápice de humanidad en él, solo la presencia de la bestia que le domina, un demonio sediento de sangre. Da un paso al frente, quiere beber de mí, quiere secar la esencia de mis venas.

—¡Corre!—grita la *stoker*—. ¡En ese estado te matará!

La vampira se enzarza contra su propio hermano y atraviesa su pecho con la espada. Él la mira como si se tratara de algo insignificante, la aparta de un manotazo y se quita la hoja sin ningún esfuerzo. Enfi está agotada, no puede hablar, pero consigo leer una palabra en sus labios:

—¡Huye!

15

Corro, lo hago como puedo. Me quito la capa para perder lastre, recorro las escaleras de piedra y asciendo por la montaña que separan las civilizaciones vampíricas. No consigo ver a Estevian, pero sé que está ahí. Se mueve a gran velocidad, como si hubiera adquirido la consistencia del viento. Podría acabar conmigo en cualquier momento, pero no lo hace, está jugando conmigo, está jugando con su presa.

Estoy aterrado, demasiado cansado como para volver a utilizar la Voz Azur. No puedo hacer nada más que huir. La nieve cae sobre mi rostro y deja al descubierto las brillantes escamas azules, incluso cambia el color azul marino de mi cabello dándole un aspecto más añil. Genial, mi misión de pasar desapercibido acaba de fracasar. Soy como el farol del rape abisal, pero a diferencia de ese depredador, yo no tengo ninguna manera de defenderme. Ni siquiera puedo concentrarme en la nolmancia.

De repente siento un fuerte golpe en la espalda, caigo al suelo y me arrastro por la nieve. No siento frío, no cuando la adrenalina se ha apoderado de mí y me obliga a gritar. Justo cuando voy a levantarme, el cazador agarra una de mis piernas y me obliga a caer de nuevo. No puedo incorporarme, no mientras él quiera que yo esté así, a su entera disposición.

Me siento inútil, inservible, sin vida. No tengo ninguna oportunidad de supervivencia, no mientras mi guardián se haya convertido en mi principal asesino. Me lamento por no haber evitado que el *aurane* absorbiera el embrión de la vampira. Me lamento por no haber prestado atención a las clases de guerra. Me lamento por haber sido un pésimo tritón. No volveré a ver el mar, ni a estar con mis hermanos y hermanas, más aún, no volveré a escuchar los chasquidos de mi madre. Ni siquiera la anciana pudo ver mi destino en el designio de las mareas, jamás me dijo que mi futuro era viajar a Tierra firme y acabar siendo devorado por un monstruo.

He sido estúpido, inocente y confiado. Pensé que la vida entre caídos era diferente, idílica, segura. Pero no, las escrituras estaban en lo cierto, los vampiros son muertos vivientes sedientos de sangre. Cadáveres con el poder de destruir todo a su paso. Son una peste que se expande bajo la noche del Midna. Son una plaga eterna.

Estevian rasga mi ropa y deja que la humedad deje al descubierto mi verdadera naturaleza. No puedo reprimir el simple hecho de que mis piernas se llenen de escamas y se unan de golpe formando mi aleta brillante y azul. Es como un estornudo del que no puedo huir, una

enfermedad que entorpece mis movimientos en tierra.

Después de la tela pasa a la carne y las escamas, no tiene ningún tipo de piedad al provocar arañazos por todo mi cuerpo. Quizá cuando no quede nada de mí acabará por comerme. El dolor de las heridas, el peso de la decepción y el ardor de la impotencia me torturan por debajo de todo lo que se puede ver. Clavo mis uñas en la nieve para arrastrarme, no, lo hago incluso en la tierra que se oculta bajo ella, pero es imposible.

—¡Mátame ya!—le grito a la nada mientras veo sus pisadas por todos lados.

Y de pronto aparece sobre mí. Sus rodillas inmovilizan mis brazos mientras sus manos me asfixian. Estevian está sonriendo, no, no es él, es la bestia que dormita en su interior, el monstruo al que todos los vampiros de Valhía aplacan bebiendo plasma. Aunque a esta criatura ya le he puesto nombre:

—Chacal...—sollozo mientras el oxígeno me va abandonando con rapidez.

Está a punto de romperme el cuello, por primera vez en toda mi vida solo quiero que acabe con este sufrimiento. Su barbilla está empapada de sangre, gotea con tanta frecuencia que es imposible que no me salpique la cara y se cuele a través de mi boca desesperada por respirar. El sabor metálico se torna dulce y familiar. No sé por qué, pero puedo sentir como mi cuerpo se revitaliza y gana fuerza. El *aurane* se sacude sediento mientras mis brazos consiguen romper el candado que producen sus rodillas sobre mí.

—¡Atrás!—grito y la humedad del ambiente forma un chorro de agua a presión que lo hace retroceder varios metros.

Me arrastro con la aleta tiñendo la nieve de rojo debido a las heridas. El

sabor de su sangre sigue perenne en mi paladar. Justo cuando pretendo utilizar la magia de las *clamamareas*, la cabeza me empieza a doler de nuevo, es insoportable, mortal:

“Regreso a esa playa, estoy herido, desnudo y lo suficientemente lejos del agua como para adquirir mi forma natural. El sabor del rojo sigue ahí, con ese gusto dulce y metálico. Frente a mí hay un niño de brillantes ojos rojos. Está vestido con un simpático traje de color negro, está descalzo y me está dedicando una sonrisa. Su cabello negro está enmarañado y se pega a su cara como si fuera una divertida cría de pulpo carbonero.

—No le tengas asco, va a hacer que te encuentres mejor, ya verás—comenta el niño y su voz suena simpática y agradable—. ¿Van a venir tus padres a buscarte? Los míos no creo que tarden demasiado.

—Yo...—pronuncia mi yo de la visión, una cría de tritón con el terrestre demasiado reciente como para hablar con agilidad—. Tengo la aleta demasiado débil como para nadar.

—No pasa nada—responde el pequeño vampiro—. Yo puedo quedarme hasta que me riñan.

Y se sienta a mi lado, acerca su muñeca a mis labios y me deja beber de la sangre que brota de dos hendiduras provocadas por sus afilados colmillos. Más que dientes parece el arma de una piraña, pequeños, finos y punzantes. Al ver como las heridas de mis piernas se cierran, sigo bebiendo de él como si fuera la pócima más efectiva de la anciana.

—No entiendo porque tenemos que ser enemigos—habla él, de nuevo con ese desparpajo.

—Mar... y noche.

—¿Y qué? Pero todos somos hijos de Valhía ¿no? Tenemos que compartir el mundo si queremos cuidar de él.”

Mis labios se mueven solos justo en el instante en el que Estevian me eleva en el aire y me clava sus colmillos en el cuello. Empieza a beber de mí, lo hace a gran velocidad. Mi interior se va vaciando, el cansancio me domina mientras una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Somos hijos de Valhía—pronuncio con las últimas fuerzas que tengo.

De pronto me suelta y me deja en una posición en forma de “s”. Si no fuera por la presencia de mi aleta y los huesos flexibles que hay bajo ella, esa posición sería impensable para alguien de Tierra firme. Lucho por no cerrar los ojos, lucho por contemplar las venas del vampiro ocultándose, sus ojos perdiendo el fulgor carmesí y su expresión retorciéndose en culpa.

—¡Cirigh!—grita cuando vuelve en sí, y rápidamente se muerde la muñeca para darme de beber.

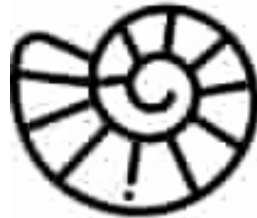
—¡Déjame a mí, hermano!—Enfi aparece tras él, repite el proceso y posa su brazo sobre mis labios. Después habla enfadada, su coleta vuela a merced de la ventisca cuando su capucha pierde la fuerza para ocultarla—. Conseguirás matarnos a todos.

—Yo...

—¡Vete a cazar, joder!—le ordena ella y él no puede hacer otra cosa que desaparecer.

Mis heridas comienzan a regenerarse mientras el cansancio se apodera de mí. Sé que pronto estaré bien, sé que gracias a Enfi saldré vivo de esta, pero no sé cuánto tiempo podré permanecer entre vampiros. Este no es mi lugar, no encajo y mi existencia va a estar en constante peligro si decido quedarme. Necesito una segunda opción, una salvaguarda.

—¿Qué voy a hacer contigo?—pronuncia ella justo antes de que mi cuerpo pierda el conocimiento.



Cuando despierto la boca saborea los últimos ápices del gusto metálico de la *stoker*. A diferencia del plasma de su hermano, este no es dulce y placentero, tiene un toque ácido, a limón. Abro los ojos para descubrirme en la cama de mi dormitorio, en palacio. Estoy completamente desnudo y tapado por las sábanas. No hay nadie más allí, lo sé porque puedo ver toda la estancia gracias al reflejo del espejo en el vestidor.

Me agarro la cabeza, aunque no me duela, siento que la migraña puede acudir a mí de nuevo. El dolor está apagado, pero eso no significa que se pueda encender en cualquier momento. Y así lo hace, en pequeñas raciones, ocurre cada vez que pretendo regresar a las imágenes que la sangre de Estevian provocaron en mi mente.

—¿Ha sido real o forma parte de su magia?

Me incorporo con torpeza, me cuesta respirar. Me acerco a la mesa, que alguien se ha encargado de reponer, abro una de las botellas y empiezo a beber. No sé si lo hago por el *aurane* o por costumbre, pero consigue hacerme sentir mejor. Mi siguiente paso es coger uno de los cuencos con manzanas, meterme en la bañera de agua templada y empezar a comer.

—Así sí—pronuncio entre chasquidos de dientes y suaves gruñidos de garganta.

Las imágenes de Estevian me golpean con tanta fuerza que empiezo a temblar. Esas venas en su rostro, esos ojos llenos de salvajismo y los dientes clavados en mi cuello me hacen pensar más allá. Por un momento me imagino todo Plaguen en ese estado bestial. Todos los vampiros que vi en la fiesta de nobles, todos los que bailaban en camión o incluso la niña que acompañaba a Lady Amari. En mi cabeza todos están desalmados, salvajes y hambrientos. Se matan entre ellos, esparcen la sangre por todos lados y no sacian su sed en ningún momento.

Hay un momento en el que el pueblo submarino adquirimos un estado muy similar. Durante la llamada Luna Azul Rysantha nos convierte en guerreros, con garras y dientes más afilados que

de costumbre, incluso en Tierra firme mantenemos nuestra forma más depravada. Pero los vampiros no necesitan el influjo de la luna para mostrarse así, ellos se vuelven bestias con una facilidad innata.

—¿Podemos hablar?—la voz de Estevian me sobresalta y provoca que llene el cuarto de baño de agua, otra vez. Le descubro con los brazos extendidos de manera relajada y las manos en posición de calma. Más que todo eso, percibo cierta culpabilidad en sus palabras—. Tranquilo, he comido antes de venir.

—¿Vas a atacarme?—pregunto con la nolmancia formando burbujas alrededor de mí. Las prácticas de magia han hecho que me vuelva casi un experto.

—No, no,...—da un paso hacia atrás—. Siento lo que ocurrió anoche.

He perdido la noción del tiempo, no me hace falta ver las nubes ilumi_

nadas para entender que ya es de día. Eso significa que llevo una semana en palacio y que hoy es el día en el que el vampiro y yo nos vamos a sincerar el uno con el otro. El momento en el que el mar y la noche revelarán todos sus secretos.

—Está bien.

—¿Podemos hablar?—dice a tiempo de verme deslizarme por el suelo y coger una toalla para secarme las escamas.

—Oh, claro, sin ningún problema...—pronuncio con cierta frialdad, una estrategia que me da la seguridad que necesito para seguir con esto. Aunque en el fondo pienso que estoy hablando de la misma manera que él lo ha hecho en el pasado—. Hoy tenemos un trato que cumplir.

Me incorporo, desnudo, y noto que Estevian aparta la mirada para no

incomodarme. Ya nos hemos visto indefensos antes, durante nuestro baño en el *Lluvia de Polen*, no sé qué es lo que puede cambiar las cosas ahora.

No sé cuánto tiempo lleva el caído en mi dormitorio, pero ha colocado la mesa con suma elegancia para hacer de nuestra conversación algo cómodo y seguro. Hay dos sillas situadas una frente a la otra de la manera más cercana, en vez de a lo largo, a lo ancho. Las botellas de vino están dispuestas junto a copas de cristal, boles de fruta poco conocidas y un montón de bandejas con filetes de pescado crudo. También hay platos cocinados, pollo y ternera en su gran totalidad.

Hay un pantalón marrón y una camisa clara sobre la cama, consigo vestirme yo solo. A los pocos minutos nos sentamos a la mesa, le miro aguardando que empiece a hablar, pero en su lugar coge el cuchillo y el tenedor y se pone a comer con elegancia. Comería el salmón, la lubina, el atún y el rape con las manos, pero tomo ejemplo de él y devoro las raciones de la manera más sofisticada. A los pocos minutos me empiezan a doler los dedos, no estoy acostumbrado. La curiosidad se apodera de mí y me obliga a ser el primero en hablar. Antes de que pueda formar una oración coherente, Estevian marca las reglas de este juego:

—Nos turnaremos para hacernos las preguntas, así será más fácil y dinámico para los dos. Primero uno y después el otro—su voz es tan seria como la de un general, no está nervioso por lo que tengo que mantener la compostura si no quiero mostrar debilidad. Asiento con la cabeza temiéndome lo peor, me resulta más complicado esto que cualquier enfrentamiento que he tenido a lo largo de mi estancia en Tierra firme—. ¿Quieres empezar tú?

—¿Por qué me salvaste?—lanzo sin ningún tipo de piedad, lo hago incluso con la boca llena. El vampiro no se inmuta, es como si mi ataque hubiera pasado desapercibido.

—Cuando supe que Péstegos había capturado a un macho de sirena...

—Tritón—le interrumpo a tiempo de aclararme la garganta de manera disimulada.

—... un tritón, temí porque te pudiera pasar algo malo—continúa, nos sirve media copa de plasma a cada uno y elude cualquier choque entre nuestras miradas—. Han capturado sirenas

antes y las que se han resistido han acabado mal paradas.

—Se supone que era un regalo para el duque Ábsolem, tu padre—digo con total sinceridad, sin miedo. Quizá el ver como bebe sangre me relaja de tal manera que no le percibo como una amenaza. Aunque la conversación aún no se ha tornado tensa, temo que empiece a hacerlo en unos minutos—. ¿Qué me iba a hacer?

—Me toca a mí preguntar—sus palabras son como una espada que roza mi cuello. No va a perder ninguna oportunidad de saber sobre mí, me alegro, porque yo pienso actuar igual—. ¿Por qué te quedaste en Plaguen cuando tuviste la oportunidad de huir?

—Porque no pude—y estoy a punto de jugar su mismo juego cuando él aclara su garganta y me incita a seguir—. Hay algo en mi interior que se ha vinculado a la noche de Valhía, una magia más poderosa que cualquier otra.

Por primera vez en toda la conversación Estevian levanta su mirada y utiliza el destello de su fulgor carmesí. Entonces se da cuenta de que no estoy mintiendo, que estoy siendo completamente sincero y esboza una sonrisa de lo más encantadora. Cojo aire, parpadeo con lentitud y me preparo para cumplir mi parte del trato:

—*Aurane*—pronuncio en sirénido y él no puede hacer otra cosa que arrugar el gesto desconcertado—. No encuentro ninguna palabra terrestre que pueda asemejarse a esto...

—Intenta explicarme lo qué significa—me aconseja al instante, lo hace de manera inteligente, sin formular otra pregunta para que mi turno de responder no se acabe.

—Todos los tritones tenemos un recipiente en nuestros vientres, una red mágica que cuida de las crías que se almacenan allí—su rostro no tiene desperdicio. Estevian parpadea inocente mientras intenta seguirme el ritmo—. En alta mar, somos nosotros los que portamos la descendencia de las sirenas, y no ellas.

—¡¿Qué?!—da un golpe a la mesa, lo que provoca que salte sobre mi propia silla—. ¿Cómo es posible?

16

—¿Cuántos embriones podéis almacenar en esa bolsa amniótica?

—Esa es otra pregunta, lo que significa que me toca a mí—le pago con la misma moneda y, antes de que pueda añadir nada más, cargo con mi siguiente ataque—. ¿Qué hace el duque Ábsolem con las sirenas que captura Péstegos?

—Bueno, no es solo Péstegos, hay más piratas nocturnos que navegan por los mares del Continente de la Banshee. Y no solo capturan sirenas, también se dedican a la pesca y a la recolección de objetos hundidos—aclara, pero sabe que no ha respondido a mi pregunta. Deja el tenedor y el cuchillo, se limpia las manos con la servilleta y le da un buen sorbo a su copa. Se toma su tiempo para servirse otra y justo después empieza a hablar—. Las que se resisten acaban siendo cazadas por Rhain y sus hombres...

—Los soldados de Plaguen y sus canes...—recuerdo la conversación que escuché escondido bajo el puente, justo antes de que Estevian me diera un mapa de huida dibujado por él mismo.

—Son guerreras despiadadas—asiente ante mi afirmación y después no pierde ni un momento en atacarme—. Nada que ver con la forma que tienes tu de defenderte. Rara vez utilizan nolmancia.

—Continúa por favor...—digo casi a modo de orden, me percató de que está utilizando su labia y su maestría social para esquivar mis preguntas.

—Como iba diciendo, muchas de las sirenas acaban siendo civilizadas y vendidas como *ilotas*.

—¿Qué?!—esta vez soy yo el que salta sobre la mesa. Es más, me levanto de golpe y la silla sale volando unos centímetros por el aire. Él no se inmuta, ni siquiera sonríe, simplemente me mira y deja que siga hablando—. ¿Hay sirenas vivas en Plaguen? ¿Caminan como caídas? ¿Están camufladas? ¿No quieren volver a su hogar?

—Uy, uy, uy... eso son muchas preguntas—me dice con sarcasmo y después va a formular la suya.

Entonces actúo sin pensar, me dejo llevar por las tradiciones más antiguas de la corona de huesos y espinas. Cuando un tritón desaparece, los reyes tienen la obligación de mover mar y tierra para encontrarlo. Se dan unos plazos y si no aparece, se le da por muerto. Pero con las sirenas es completamente diferente, a las sirenas se las busca hasta quedarse sin energía y se utiliza cualquier prueba para dar con ellas. Las rastreadoras solo cesan cuando se da con su cuerpo sin vida. Se dice que sin sirenas no habría nadie que proteja nuestros mares, ni nadie que depositen sus huevos en los tritones.

Cojo el cuchillo de metal y le apunto sin piedad. Estevian se incorpora con los brazos en alto y agita sus manos como si eso fuera a conseguir que me calmase. Necesito saber más sobre las hijas de Rysantha, más sobre su estado aquí y si me es posible liberarlas de nuevo. Ellas no pueden quedarse por la misma razón que yo, no disponen del *aurane* ni nada que se le parezca. Son inmortales libres, sin ninguna limitación más que la de servir a su reino, al mar que las vio nacer y la magia que las mantiene fuertes.

—Vale, vale, cambiaremos las reglas.

—¡Déjate ya de estúpidos juegos!—y eso parece herirle—. ¡Responde o márchate ahora mismo!

—No sé qué es lo que las lleva a quedarse aquí, pero tengo claro que disfrutan de su vida en Tierra firme—admite y eso me resulta inconcebible. Ojalá tener el poder de la estirpe Ilia, ojalá poder detectar las mentiras y descubrir la verdad de todo esto—. Mira, conozco a una que vive en la parte alta de la ciudad. Podemos ir a verla esta noche, te lo prometo.

Dejo el cuchillo sobre la mesa y recupero la cordura. Me siento de nuevo frente a la mesa, cojo un puñado de láminas de salmón y las engullo como un animal. La respiración, agitada hasta el momento, se relaja y cuando estoy preparado para seguir, levanto la mirada y agito el mentón para que siga con nuestro trato.

—¿Cuántos embriones podéis almacenar, los tritones?—habla despacio, escogiendo bien sus palabras y con cuidado de no volver a alterarme.

—Depende de la gesta, algunas veces cinco y otras diez. No alcanzamos la cifra de los caballitos de mar, que depende del tamaño de los huevos que deposita la hembra en el macho pueden ir de cincuenta a dos mil—después se queda en silencio, por mucho que necesite preguntarme más cosas sobre el *aurane*, quiere respetar las reglas de su propio juego.

—¿Cómo puedo confiar en que la bestia no tome el control de nuevo?

—Mientras mi sed esté saciada, nunca volverá a ocurrir.

—Habías bebido de la cantimplora de tu hermana y aun así llegaste a ese estado...

—Me mordí el labio hasta sacar la poca sangre que me quedaba, nosotros le llamamos frenesí—suspira dolido por todo lo que me hizo—. Y te juro que no lo hubiera hecho si no hubiera tenido otra forma de protegerte—durante una milésima de segundo mi corazón se detiene en un suspiro, por un momento me hace sentir importante, imprescindible y vital para él. Después se corrige—. Protegeros. Los necrófagos aparecieron tras la caída de Makabria, la magia negra de sus brujas consiguió reanimar los cuerpos de los vampiros que perecieron en batalla y los convirtieron en eso que viste. Solo los nocturnos en estado de frenesí podemos plantarles cara. La fuerza de un necrófago equivale a la de tres vampiros. Nunca han estado tan al sur, el último ataque se dio cerca de Pestet, a un carruaje lleno de *adastas*.

—Entiendo—ahora sé más de lo que esperaba y le toca a él preguntar.

—¿Qué hay en tu vientre, Cirigh?

Intento responderle, pero no puedo. Si revelo lo que porta el *aurane* se acabaron las segundas bazas o los planes b. No tendré nada con lo que poder asegurarme la estancia aquí, no tendré nada que obligue a Estevian a cuidar de mí, ningún secreto que pueda utilizar a mi favor. Tampoco tengo otra alternativa, más aún cuando mentirle no es una opción válida.

—El vástago de Lahmia.

—Pero ¡¿Cómo?!—respira, no se altera, me mira con los ojos abiertos de par en par mientras su boca busca las palabras apropiadas—. ¿Cómo ha ocurrido? Estabas en una pecera, nadie podía tocarte.

—Supongo que formamos un lazo áureo, bajé la guardia y se hizo la transfusión—miro hacia el techo para intentar dar una explicación más correcta, pero no la tengo. Estevian me mira de

arriba a abajo sin parpa_

dear, como si pudiera ver a través de mi piel—. Ella no tenía ganas de morir y yo estoy hecho para esto...

—Eso explica por qué los necrófagos te querían matar con tanta insistencia—sus palabras me hacen reflexionar.

—Espera, ahora que sabes que os he robado... ¿Vas a matarme?

—Ah, dudo mucho que sobrevivas al proceso. Te acabarás muriendo al dar a luz—deduce mirando hacia el techo, y en este punto no sé si está bromeando o mi destino es verdaderamente morir como un *adasta*.

—No se lo puedes decir a nadie, no sé lo que podrían hacerme aquí.

—¿Estás loco? ¿Tú quieres que yo me enfrente a la furia de mi hermana Amari y a mi cuñado Darius?—se ríe, se termina la comida de su plato y se limpia con una servilleta de tela blanca—. Porque acabaré incinerado si se enteran de que estoy protegiendo al causante de que su querida *adasta* fuera ejecutada. Por no mencionar que no entenderían la complejidad de tu naturaleza. No la entiendo ni yo.

Su rostro se retuerce en un sinfín de expresiones que no puedo comprender, al menos no todas. Hay sorpresa, alegría, temor, nerviosismo e incluso satisfacción... En ese momento nos quedamos mirándonos y nos echamos a reír como si hubiéramos chupado a uno de esos peces globos que te vuelven completamente loco. Supongo que sería lo más comparable con vino de Tierra firme.

—Entonces, ¿Me vuelve a tocar?—digo jugando con sus expresiones a mi favor.

Él se da cuenta, se queda callado y vuelve a echarse a reír como un borracho. Sus carcajadas son tan contagiosas que no puedo evitar acompañarle en su intento por mantener la cordura. De repente ya no hay frialdad ni distanciamiento, no hay problemas ni preocupaciones, solo estamos él y yo.

—Venga, sí, te toca—admite con las manos sobre la mesa y su cabeza apoyada en ellas para mirarme con ternura—. Pregúntame lo que quieras, te lo has ganado.

—¿A qué se dedica la Orden de los Condenados? ¿Y por qué estás con ellos?

—¿Dos en una? ¿Eso vale?

—Van de la mano, si respondes una tienes que responder la otra—sonríó con picardía, creo que he ganado su propio juego.

—Vale, vale, esta me la guardo ¿eh?

—Venga, responde—me jacto.

—La guardia real empezó a sufrir ataques hace unos años, mucho antes de la caída de Makabria—empieza y lo hace con total tranquilidad. Me percaté de que baja el volumen lo suficiente como para que los oídos curiosos no le escuchen—. No podía quedarme de brazos cruzados así que decidí investigar todo lo que había detrás de eso. Me topé con Kathleen por el camino. Ella ha sido la aprendiz del Aquelarre del Cuervo desde que tengo uso de razón, ya nos habíamos visto antes, pero nunca habíamos hablado.

—¿El Aquelarre del Cuervo?

—Tres preguntas, me lo apunto ¿eh?—su sonrisa me hipnotiza y provoca que mi *aurane* se tranquilice. Hay algo en mí que hace que no pueda separarme de Estevian, que no quiera hacerlo. Es una atracción más fuerte que cualquier magia, no entiendo muy bien qué es, pero deduzco que en Tierra firme hay cosas que no tienen explicación—. La corte de Plaguen tiene un aquelarre propio, un grupo de brujas que adiestran a todas aquellas vampiras que ven con el potencial para dominar sus mancias. Allí les enseñan a lanzar hechizos de akathman_ cia, xuthmancia y

donmancia. Aunque Kath sobresalió por la ashloxmancia tan poco común en el Continente de la Banshee.

—¿Sabes que no estoy entendiendo nada?

—Akathmancia es el arte de controlar las sombras, xuthmancia la de ver a través de los designios del destino y la donmancia tiene que ver con la telepatía. En resumen, para que puedas entenderlo, en el mundo hay trece tipos de mancias pero sería una locura explicarte cómo funcionan, no creo que vayas a conocer muchas. Hay algunas que se han perdido en el olvido, no todos los habitantes de Valhía pueden acceder a ellas. De ahí que haya un aquelarre que adiestra a las brujas capacitadas para hacerlo.

—Sigue con eso de la Orden, que se te está yendo de las manos.

—Kathleen se unió a mi causa y juntos encontramos a la organización

y decidimos alistarnos. En ese momento creímos que la infiltración era la mejor estrategia, pero se nos quedó grande, demasiado—continúa sin dejar de mirarme, empiezo a pensar que tengo algo en la cara—. La Orden de los Condenados tiene un líder al que se le llama el Maestro, nadie lo ha visto, o eso dicen, porque se cree que puede cambiar de apariencia y está en todos lados. Pero se encarga de que sus mensajes lleguen a todos los miembros. Cuando cumples una misión de élite te ganas una máscara y eso te da el privilegio de estar por encima del resto.

—¿Qué misión tuviste que hacer para ganarte la máscara del chacal?

—Cuatro preguntas—y finge escribir en el aire—. Me lo anoto, estás engordando mucho tu deuda, Cirigh.

—No tengo nada más que ocultarte, contigo estoy vendido—admito desde lo profundo de mi ser. Percibo como coge aire y continúa con su explicación, me temo que va a contar algo de lo que no está demasiado orgulloso.

—No quiero que con esto me juzgues, no tuve otra opción para proteger a mi familia y...—coge aire y escupe las palabras—. La Loba, el Coyote y el Chacal fuimos los encargados de acabar con el duque de Makabria...

Nos quedamos completamente callados, mirándonos y dejando que el tiempo pase desapercibido. Estevian muestra un brillo en sus ojos negros, un fulgor que dista mucho del carmesí de sus poderes vampíricos. Es más, un atisbo de pena, una lágrima tímida, una punzada de dolor. Me veo en la obligación de alejarle de ese sufrimiento, de cesar con este juego y de cambiar el tema. Por eso es por lo que me levanto, le doy un sorbo a mi copa y me aseguro de que el *aurane* quede completamente saciado por hoy. El tema de la Orden de los Condenados será una conversación que queda pendiente.

—No me preguntes porqué, pero he tenido visiones sobre ti. Cuando me atacaste y tu sangre cayó en mi boca nos vi de niños, como si hubiéramos compartido algún tipo de conversación antes—me ruborizo de tal manera que no puedo hacer otra cosa que dejarme caer sobre la cama—. Es algo imposible, a los tritones de Laneth no nos dejan subir a la superficie hasta que cumplimos la mayoría de edad. Somos demasiado valiosos como para dejarnos tan indefensos. Tan pequeños ni siquiera tenemos nuestra “bolsa” desarrollada. ¿Es una locura verdad?

—Vamos a ver a Angélika, si nos demoramos mucho más no nos dejará visitarla—comenta de golpe a tiempo de asomarse por el cristal del balcón y comprobar que la noche se oculta bajo el cielo nublado. Quizá le he incomodado con el tema de mis delirios.

—¿Angélika?...que...—tartamudeo—. ¿Qué me pongo?

Estevian vuela hasta el vestidor y escoge un conjunto de camisa, chaqueta, pantalón y zapatos de lo más llamativo. Ninguno es negro, gris o granate. Hay tonos azules cielo, el cielo de verdad quiero decir, verdes y rosados. Más que en Plaguen siento que estamos en un arrecife de coral.

—A ella no le gustan los colores planos, esa es una de las normas que impuso cuando falleció su marido—dice él como si supiera de lo que me está hablando—. Tiene el suficiente estatus como para expulsarnos de su mansión, ni siquiera mi título de *stoker* puede frenar eso. Las propiedades nocturnas son privadas, el duque y la duquesa no pueden controlar lo que se hace en el interior de sus paredes.

—Vale,... me estás empezando a asustar.

Ulfred nos está esperando en la salida de los jardines reales, minutos después dejamos atrás el palacio. Agradezco estar dentro de los límites del dominio vampírico, lejos de la nieve y la amenaza constante de los necrófagos. El carruaje se mueve despacio mientras que sus caballos, negros como la noche que nos ampara, caminan de manera elegante, decididos y calmados.

La parte alta de Plaguen tiene una arquitectura llena de ladrillo, mármol y cristal. Las casas tienen un tamaño que podría albergar a toda una tribu de sirenas. No me puedo ni imaginar la cantidad de sirvientes, *adastas* e *ilotas* que puede haber allí adentro. El granate, el negro y el azul oscuro predomina frente a otros colores, como si, de alguna manera, tuvieran que hacerle honor a los líderes que se sitúan por encima de ellos.

El viaje transcurre con una conversación sencilla acerca de los cultivos y la ganadería de los vampiros. Estevian me cuenta que hay un gran comercio de carne y pesca en todo Plaguen, que se exportan verduras y hortalizas hacia Pestet, y que esta les compensa con armamento muy potente. Dice que en el norte están los mejores herreros nocturnos, que forjan armas con los metales de las montañas y que son los más experimentados en el combate eterno contra los necrófagos. Así que se podría decir que los dominios de Ilia alimentan a los de Shayk, mientras estos les otorgan las defensas necesarias para no caer en el olvido.

—Ya hemos llegado—anuncia él a tiempo de que los caballos se detengan frente a una gran escalinata de piedra blanca. Me hace un gesto para que me ponga la mordaza que me ha permitido quitarme durante el trayecto.

Hay dos soldados situados en la entrada que oculta el final de la pendiente. Uno de ellos es el encargado de abrir la puerta del carruaje y ayudarnos a bajar. Las vestimentas de Estevian le hacen parecer un noble inofensivo, de esos que bailaban entorno a los malabaristas de fuego durante mi primera noche aquí. Sus pantalones están abombados a la altura de sus tobillos, su casaca dispone unas hombreras de color dorado y a su espalda vuela una capa púrpura que hace juego con el resto de prendas.

—Lord Ilia—le dice el soldado—. La señora Angélika no le esperaba

¿Viene a su fiesta de esta noche?

—Claro. ¿Puedo entrar verdad?

—Eso siempre, mi señor.

Y nos dejan pasar sin más, subimos por las escaleras y vamos descubriendo lo que oculta la

pendiente. Justo antes de llegar al último peldaño, contemplo un cartel donde puedo leer:

—Bienvenidos al Monte Reushgon.

—Así es como bautizó el antiguo conde a los dominios que mi padre le otorgó cuando ascendió a la corona. Ahora lo ha heredado su mujer...

—Angélika—pronuncio recordando a la persona a la que hemos venido a ver.

El lugar está rodeado por una charca repleta de islas ajardinadas, con fuentes de mármol cuyos chorros de agua pretenden alcanzar las nubes. En la más grande se sitúa la mansión, llamativa por sus grandes columnas precediendo cristaleras que dejan mostrar el interior. Hay enredaderas bailando entorno a los puentes de madera que unen las diferentes zonas del exterior. Puedo diferenciar a los miembros del servicio porque van cargados con bandejas de plasma y aperitivos, caminan de un lado a otro mezclándose entre los invitados que no les prestan apenas atención.

Entiendo cuál es mi papel cuando me fijo en los individuos que llevan mordazas muy similares a las mías. Los *ilotas* actúan como sombras para sus amos, callados, sin derecho a hablar, sin permiso para sonreír. Estevian se adelanta y yo me quedo atrás, nervioso por incumplir las normas de la sociedad nocturna y llevarme un castigo que no quiero descubrir.

Todos los nobles de Plaguen deben de estar ahí, hay un sinfín de vampiros, un ejército eterno con la capacidad de dañarte con las palabras. No los puedo ver como guerreros, no mientras la lujuria impregne sus movimientos y el lujo los vista. No hay personas armadas más allá de los soldados que cuidan los puntos de acceso a la mansión, vampiros con espadas y ballestas dispuestos a atacar a cualquiera que se arriesgue a invadir la finca.

—Buenas noches majestad—dice un hombre que se acerca a nosotros con dos *ilotas* de cabellos rubios. Parecen gemelas y sus miradas no se separan de Estevian, algo en él las ha hipnotizado.

—Hola lord Cámeron ¿Cómo están sus hijos? —el *stoker* habla con una simpatía que antes no había visto, un desparpajo que le convierte en uno más. Modula su voz con elegancia para sonar más inofensivo, seductor y disponible.

—Todo bien, todo bien—el otro parece no querer entrar en materia. Me mira de arriba abajo y se limpia la saliva de sus labios—. Vaya, un *ilota* nuevo. Que guapo es. ¿Quieres un intercambio? Hoy Emma no ha sido escogida por nadie, a Kendra ya la han pretendido tres veces. Puedes escoger a quién quieras, mi príncipe.

—Mi *ilota* no está disponible, disculpa—y lo dice con una sonrisa de oreja a oreja como si nada le hubiera molestado—. He venido a ver a lady Angélika ¿sabes dónde está?

—Oh, claro, estaba catando las nuevas adquisiciones de lord Alec, dice que ha viajado a las islas del sur y ha negociado con los pueblos libres. Trae muy buen género, esta noche habrá una buena subasta.

—Entonces nos veremos por aquí ¿sí?

Lord Cámeron asiente mientras Estevian emprende una caminata hacia la mansión. No puedo evitar las miradas lascivas de los presentes, me siento como un objeto, como una escultura a la que admirar. El vampiro va saludando a diferentes lores y ladies, mantienen conversaciones banales acerca del estado de la ciudad y lo bien gestionado que está por parte de la realeza nocturna. Las sugerencias de intercambio de *ilotas* se repiten una y otra vez, no todos entran en ese juego, pero muchos pretenden tenerme durante unas horas. No entiendo muy bien para qué.

—¿Quieren cenar conmigo?—pregunto cuando un camarero le da una copa de sangre a Estevian una vez cruzamos uno de los puentes enredados, lejos de la multitud—. ¿Por qué todo el mundo quiere llevarme a los aposentos privados de la mansión?

—No, Cirigh, precisamente no es cenar lo que quieren hacer conti_

go—me contesta él, lo hace de manera molesta y ofendida.

—Lo siento...

—No, no, si no es por ti—no suena demasiado convincente—. Es solo que estas fiestas son siempre iguales. Cuando tienes la vida eterna lo único que te divierte es buscar diferentes formas de placer.

—¿Placer?

—Sexo, Cirigh, sexo. Por no hablar de las batallas de *ilotas*—después reflexiona dándose cuenta de que mi forma de pensar es muy diferente—. Aquí el placer reside en el consumo del mejor plasma, el espectáculo de ver a otros morir y el intercambio continuo de parejas. Así es como se divierten en Plaguen, al menos la gran mayoría. Otros prefieren las carreras de caballos, las apuestas de propiedades, los cazaflamas y fumar opio.

—¿Intercambio de parejas?—pregunto sabiendo que esa era la verdadera intención de aquellos que sugerían tenerme por tiempo

limitado—. El sexo es aparearse por diversión ¿verdad?

—Más que eso. Cuando dos personas se aman deciden fundirse en abrazos eternos, comparten la intimidad de sus cuerpos y se vuelven como las nubes que guardan nuestros secretos, inseparables—Estevian saluda en la distancia a las personas que captan su atención. Les deja con la palabra en la boca, como si no quisiera perder el tiempo. Debe de ser poco común que un miembro de la realeza de Plaguen acuda a este tipo de fiestas, lo sé porque lo tratan como algo exclusivo y extraordinario—. Pero el amor ha dejado de ser algo especial en la alta sociedad, es más típico en los bajos fondo. Cuando lo tienes todo, lo único que anhelas es lo que consiguen otros.

—No me dejes solo, por favor—le suplico temiendo que esos colmillos que se abren a mí paso me hincen el diente.

—Nunca.

Las palabras que Estevian ha utilizado para definir el sentimiento del amor resuenan en mi cabeza. Eso es lo único que me mantiene firme ante la multitud, lo único que me motiva a seguirle y reprimir todas las ganas de salir corriendo y volver a mi dormitorio. Fuera de palacio estoy en peligro, ahora lo veo más que nunca, no quiero volver a respirar aire fresco. No sé qué prefiero, si el ataque de los necrófagos o soportar que estos vampiros me miren como si fuera un pedazo de carne con patas. ¿Acaso esto no es lo que sienten los peces cuando nadan entre sirenas hambrientas?

Cruzar las puertas de la mansión significa cambiar de escenario, pero no de ambiente. Al otro lado de las grandes cristaleras que muestran los jardines exteriores “la búsqueda de placer”, que es como he aprendido a llamarle, se desarrolla de una manera más silenciosa. Sigue habiendo nobles e *ilotas*, pero esta vez repartidos por cómodas habitaciones repletas de sofás, libros y grandes acuarios repletos de peces.

Avanzamos a través de un pasillo en línea recta, cruzamos el interior de la cocina, una estancia alargada que nos sirve de atajo. No, más que eso, Estevian nos hace mezclarnos entre los cocineros para evitar cruzarse con más nobles a los que detesta. Por mucho que no acuda a estas fiestas, el *stoker* parece conocerse la mansión con maestría.

De pronto cruzamos un gran arco de piedra con mareas talladas y llegamos a una piscina que poco tiene que ver con la de la casa de Kathleen. Más que una pequeña charca, la piscina de Angélica es un lago cuyo horizonte se pierde en las vistas montañosas de la parte trasera de la casa. Giramos a la derecha para descender por unas escaleras cuyas paredes son cristales transparentes que muestran la fauna del lago artificial. El agua es cristalina y todo está impoluto

ahí adentro, con falsos arrecifes de coral, peces de agua dulce y algo que me llama muchísimo la atención. Por mucho que haya visto varias plantas en la fachada principal de la vivienda, el verdadero secreto de Monte Reushgon reside bajo las aguas de su piscina de dimensiones colosales.

Mis ojos se pierden en los diferentes cubiles de cristal que se extienden en un pasillo, en forma de tubo transparente, bajo el agua. Veo *ilotas* yendo y viniendo, como si ese fuera el reservado donde catan sus atributos inmortales. Aquí no hay miembros del servicio, solo unos pocos nobles con el poder suficiente como para jugar a ser dioses.

—¿Eres el siguiente?—me pregunta una mujer con el rostro extremadamente maquillado cuando pasamos frente a unos de los dormitorios subacuáticos.

—No, no...—susurro, después me doy cuenta de que no puedo hablar, por lo que el *stoker* me toma el relevo.

—No está a la venta, lady Mantis.

—Oh, disculpa—la mujer se siente tan arrepentida que acaba huyendo al interior de su habitación.

Finalmente acabamos llegando al cubil más grande. Extrañamente el agua se filtra por pequeñas aperturas en el techo de cristal y cae en una nueva piscina. Sobre ella hay una cama flotante donde se lleva a cabo una escena de lo más peculiar.

—No me lo puedo creer—murmuro a tiempo de que los gemidos estallen allí donde la noche ni siquiera puede vernos.

Hay una sirena en su forma de agua dulce, su cola es de un brillante morado mientras su cabello se mantiene en una media melena del mismo color. La mujer está completamente desnuda mientras dos hombres, sin duda vampiros, lamen sus pezones a tiempo de que otras dos sirenas nadan alrededor de la cama flotante.

Me quedo completamente paralizado, observo las aletas de las otras dos, a la izquierda verde y a la derecha rosada. Mantienen su aspecto más inofensivo sin que nadie quiera darles caza. Es más como si fueran una atracción a la que todos pudieran acceder, como si ellas fueran las encargadas de traer nuevas formas de placer a las noches de Valhía.

—¡Lady Angélika!—grita Estevian y los gemidos se callan de golpe.

La mujer nos mira y en cuanto se da cuenta de que el príncipe está aquí se quita a los dos *ilotas* de golpe. El primero es un vampiro de piel morena y rastas, el segundo una cabeza rapada. Ambos tienen el cuerpo musculado y están manchados por una extraña sustancia brillante. La reconozco al instante, no solo por su aroma agrio y marino, sino porque he estudiado los líquidos que brotan de las sirenas cuando están preparadas para transferir sus huevos a los tritones.

Aunque esta vez es

diferente, no hay descendencia ni supervivencia, solo placer.

18

—Lleváoslos, esto me parece más interesante—pronuncia la sirena con total dominio del lenguaje de Tierra firme.

Las otras dos sirenas dan un salto y convierten sus aletas en piernas al instante. Jamás había visto algo así, la anciana nunca me ha hablado de que se pueda hacer siquiera eso. Aun así, me mantengo inmóvil mientras las de mí misma especie se llevan a los *ilotas* lejos de aquí. Cuatro cuerpos completamente desnudos saliendo de una escena que, sin lugar a ninguna duda, me dejará marcado para siempre.

—¿Qué quiere el *stoker* del duque Ábsolem?—Angélika se incorpora sobre la cama, pero en ningún momento hace desaparecer su aleta morada. Al contrario, la agita orgullosa mientras utiliza una toalla para limpiar el sudor de su piel. Después me mira y siento que me desnuda en un instante—. ¿Vienes a darme a probar nuevo género?

—Venimos a hablar contigo, miladi— Estevian en ningún momento le falta el respeto. No quiere ofenderla, no en sus dominios.

—Espera...—la mujer olfatea el ambiente y me mira sumamente extrañada. Después se dirige a mí—. ¿Qué eres?

Angélika tiene un atractivo natural que llama mi atención. Diría que no es extremadamente bella, pero que tiene un aura que me incita a mirarla y satisfacer sus necesidades. Creo que está utilizando las feromonas naturales que expulsa su cuerpo para intentar dominarme.

En la sociedad submarina los tritones les deben pleitesía a las sirenas, funciona como la lealtad que las manadas de lobos le practican a su alfa. No es exactamente un hechizo de dominación, pero podría tener el mismo poder.

—Déjanos a solas, *stoker*—ordena mientras el agua se sacude bajo su cama—. Hace años que no veo a uno de los míos. Y quítate esa mordaza, sé que no eres un *ilota* de verdad.

—Vete, tranquilo—Estevian me mira aguardando una respuesta por mi parte—. Estaré bien.

—Estaré fuera, si hay problemas entraré sin miramientos.

Asiento con la cabeza y veo partir a mi protector. En el momento en el que el vampiro sale de la habitación el ambiente entorno a Angélika se torna oscuro y misterioso. El agua de la piscina empieza a formar tentáculos que me invitan a acercarme a ella.

—Permíteme verte de verdad—pronuncia entre el golpeteo de sus dientes y pequeños gruñidos

de garganta.

La sirena se zambulle en el agua y permanece en las profundidades de la piscina. No sé qué pretende hacerme, de qué quiere hablarme, pero está claro que no quiere que nadie nos escuche.

Poco a poco me voy desnudando, dejo las prendas a un lado para no mojarlas. Puedo contemplar mi figura en el reflejo del agua. Mis piernas blanquecinas, el bello que brota de ellas, la suavidad de mi piel y la extremidad que cuelga de mi ingle. El pene es ligeramente alargado, está decaído y posado en la zona más redondeada de mis partes. Ahí abajo también tengo vello, ligero pero existente. Ciertamente parezco humano, o un caído de los que están en su “búsqueda de placer”. A veces me pregunto si la funcionalidad de mi cuerpo en tierra será similar a la de alta mar.

Sin otra, acabo por lanzarme de cabeza al agua y dejo que mi aleta azul sustituya a mis piernas. Angélika está allí esperándome, con su cabello brillante y morado mientras que el mío azul se acerca a ella.

—¿Cuál es tu nombre?—pregunto en sirénido, hago especial hincapié en la palabra “nombre”, un sonido compuesto por siseos y golpeteos de lengua sobre el paladar.—. Tu nombre de verdad.

—Aligarra, como la tempestad de un mar tormentoso en mitad de la noche—pronuncia y me permito sonreír—. ¿Cuál es el tuyo?

—Cirigh, como el romper de las olas en la playa y la brisa marina del verano.

—¿Natal de Laneth?—el origen de mi nombre me delata, por no hablar de los colores tropicales de mis escamas.

—Así es. Tú... déjame pensar... ¿Aeriel?—me arriesgo a preguntar sin comprender las tradiciones que diferencian mi hogar de las sirenas del norte. Aunque quizá el cuento de la sirena que se enamoró de un habitante de Tierra firme me condiciona. No creo que sea ella.

—Thalin—me corrige y la vaga información sobre su región me retuerce el gesto en incompreensión.

—¿Por qué estás tan lejos de tu hogar?

—Déjame tener el privilegio de preguntar primero, después de todo estás en mi casa. ¿Qué haces aquí Cirigh, príncipe de Laneth?

Nadamos por la piscina como si estuviéramos dando un paseo matutino. Los candelabros proyectan la luz de sus llamas sobre nuestras aletas, las cuales sacudimos con suavidad para mantener un ritmo constante. Aligarra no es desagradable, en ningún momento me reta a un combate, una de las tradiciones más antiguas de nuestra raza.

—¿Se me nota demasiado?

—Tus escamas son demasiado brillantes para ser un tritón común. Por no hablar de tu manera de nadar y tu delicadeza a la hora de acercarte a mí.

—Me pescaron y no pude huir de Plaguen—no tengo ningún motivo para mentirla, después de todo es como si estuviera hablando con una de mis hermanas más mayores—. El *aurane* absorbió el embrión de una *adasta*.

—¿Es eso posible?—su nado se detiene mientras sus manos se posan en mi vientre para sentir la energía mística fluir dentro de mí—. ¿Cómo ocurrió?

—No todas las vampiras desean morir por otros y yo di con una que estaba desesperada—comento con frialdad, en el fondo me lamento por la ejecución de Lahmia.

—Debes tener cuidado, Cirigh. Eso te mantendrá vinculado a la noche del Midna y no te dejará

marchar hasta que te arrebate la vida.

—¿Cómo estás tan segura?—sus ojos morados me miran con temor mientras sus manos acarician mi rostro—. Nunca se ha dado antes, puede que sobreviva al proceso.

—No sé qué preferiría—sus palabras me asustan de tal manera que no puedo hacer otra cosa que retroceder con una sacudida—. Si sobrevives al parto de un vampiro, los nocturnos te utilizarán como incubador de su descendencia. Puede que incluso la sociedad marina deje de ser lo que una vez fue. Buscarán desesperados a todos los tritones para poder llevar a cabo su gran misión de supervivencia.

—¿Y si pudiéramos hacer un trato? Algo parecido al Pacto, pero entre tritones y *adastas*.

—¡Acaso te has vuelto loco!

Aligarra me golpea con su aleta mientras el agua a nuestro alrededor se sacude. Tengo claro que ella es una *clamamareas*, una muy poderosa y por eso se rodea de su propia arma. Después se acerca a mí y se tranquiliza:

—No hagas nada que condene a tu propia especie.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué haces aquí mezclada entre ellos? —mi única defensa es evadir el tema. No quiero que los vampiros me utilicen, pero eso no quita que me dé pena que se pierdan tantas vidas por prevalecer su especie.

Ella nada hacia la superficie, lo hace tan rápido que no me da tiempo a seguirla. Acaba por mantenerse a flote colocada boca arriba, mirando la profundidad del lago que nos aleja del cielo nublado.

—¿Has viajado alguna vez a Thalín?—dice cuando me coloco a su lado.

—No, no he salido de Laneth nunca... bueno hasta ahora.

—¿Conoces la historia de la Rebelión?

—¿La de los tritones que se sublevaron a sus sirenas hasta volverse gobernadores del reino?

—había escuchado la historia antes, la anciana me lo contó cuando era niño. Siempre pensé que era la forma que tenía para que no desobedeciera sus enseñanzas—. Mi abuela dice que murieron muchos de los nuestros.

—Fue una masacre, para aquellas que no quisimos obedecer a nuestros tritones se nos dio la opción de partir. No tuvimos opción a rebatir las peticiones del rey de Thalín pues se encargó de que los otros tres reinos submarinos aceptaran que ese fuera el único dominio gobernado por machos. Después de todo los tiempos cambian y las leyes deben evolucionar.

—Por eso los tritones que no estaban a gusto en sus respectivos reinos viajaban a Thalín para vivir otro tipo de vidas. ¿Qué pasó contigo? ¿Nunca llegaste a ninguna otra tribu?

—Me negué a volverme una mera guerrera ya que desde mi nacimiento se me había negado el entrenamiento de *clamamareas* ¿Cómo iba una reina a renunciar a su propia corona?

—¿Eras la reina de Thalín?—ella asiente con la cabeza y yo no puedo hacer otra cosa que sentir un escalofrío recorriendo cada una de mis escamas. Sin duda me había equivocado al pensar que podía utilizar la magia del agua, pues las reinas sirenas no pueden—. ¿Cómo acabaste aquí?

—Decidí marcharme con mis guerreras lejos de todas las sociedades submarinas—empieza a narrar con dolor en sus palabras—. Pretendía crear mi propio reino, crear la quinta corona sirénida, pero algo salió mal. Fuimos atacadas por una caribdis.

—¿En los mares del norte?

—Así es y nos vimos obligadas a luchar por encima de nuestras posibilidades. Al final solo quedamos tres—su historia revuelve el agua como si estuviera evocando las vivencias del pasado. Por un momento me veo huyendo junto a ella, viendo como las mías mueren por

salvarme a mí. Algo parecido a lo que pasó con mi padre en la visión que el agua me regaló durante uno de mis baños—. Cruzamos el Midna y encontramos un barco de vampiros. Saltamos a bordo sin preguntar dos veces y pedimos asilo. Por suerte dimos con un buen hombre, el conde Ignatius viajaba en ese navío. Rysantha lo puso en mi camino para salvarme la vida. Nos vio desnudas, indefensas y desesperadas y llegamos a un trato. Él me cuidaría si yo sacrificaba algo como muestra de confianza.

—¿¡Mataste a tus guerreras?!—mi voz se eleva por encima de ella.

—Eso nunca, pero les entregué su voz.

Me quedo completamente callado mientras las lágrimas empapan mi mirada. Perder la Voz Azur es uno de los peores castigos, mucho peor que nos corten la aleta. Para los que vivimos bajo el mar, nuestro poder más antiguo es nuestro propio tesoro, el legado que representa la lucha constante de nuestras antepasadas.

—Fue la única opción para que el conde Ignatius nos amparase. Canderra y Astiarte aceptaron su cometido y prometieron quedarse a mi lado para siempre. Ya las has visto, y aunque las condené al silencio, mudas, no han dejado de agradecerme el que sigamos vivas.

—¿Por qué permiten que te quedes entre ellos?

—Porque soy una noble de Plaguen—alza el mentón, orgullosa, mien_ tras se sienta fuera del agua y deja que su aleta desaparezca al instante—. Aquí aprendimos a sobrevivir de otra manera. Los vampiros nos dejan tranquilas siempre y cuando no les traigamos problemas. Jamás me atrevería a utilizar la Voz Azur en contra de ellos, aunque nuestras razas estén en guerra, para mí son aliados.

—Nos están pescando, comercian con nosotros y nos dan caza. ¿Eso lo sabes verdad?

—Nos dan la opción de sobrevivir. El mar está lleno de peligros, permanecer allí es firmar una sentencia de muerte—sus palabras me ofenden de tal manera que tengo que cerrar mis dedos en puño para reprimir las ganas de propinarle un tortazo—. Yo misma subvenciono a los piratas con la fortuna de mi difunto marido.

—¿Es nuestro hogar!—protesto y mi voz capta la atención de Estevian, el cual está a punto de entrar hasta que alzo mi mano para detenerle.

—¿Por qué te crees que Rysantha nos dio el poder de caminar por tierra? Somos capaces de vivir en ambos hábitats.

—Te contradices—protesto con educación, no quiero buscarme ene_ mistades en Plaguen, menos aún de la única que puede entender qué es lo que me está pasando—. Primero me dices que no haga nada que ponga en peligro a mi propia especie, pero en cambio tú te dedicas a arrebatar a las sirenas de su propio hogar.

—Se les da la opción de volver—estoy a punto de decirle que está condenando a sus propias hermanas, pero ella se adelanta—. No espero que entiendas lo que hago. La vida de las otras tribus no tiene nada que ver con la que se vive en Laneth. Solo espero que estés bien, Cirigh. Que puedas sobrevivir a todo esto—me señala el vientre una vez me siento a su lado y saco la aleta para secar mis escamas—. Que puedas volver a tu hogar y que todo siga como antes. Quiero ser tu amiga.

—Solo me quedaré unos meses, luego todo habrá pasado—la esperanza invade mis palabras. La sirena me mira con pena, quizá estoy soñando despierto—. Cuando vuelva a mi reino, si aún quieres crear el tuyo propio, haré que mi madre se una a tu causa. ¿Qué puede detener al poder de dos reinas?

—Con el tiempo aprenderás a hacerlo—sonríe ella agradecida por mi comentario—. Lo de esconder tu aleta con más agilidad. Puede que

incluso decidas quedarte aquí, no se vive tan mal.

—No lo creo, pero gracias.

—Sé que hay algo, más allá del *aurane*, nadando en tu interior, Cirigh. Puedo sentirlo. No he absorbido a la anciana de Thalín y aun así tengo dones muy similares a los de la anciana de mi tribu. Sobre todo, cuando se trata de leer el futuro de mis iguales...

Y es así como funcionan las cosas en las profundidades del mar. Cuando el ciclo de reinado de una sirena llega a su fin, cuando está demasiado vieja para mantener el peso de las responsabilidades, se lleva a cabo el Rito de Ascensión. Primero la reina le lega su corona de huesos y espinas a su primogénita, y después el rey se sacrifica para que Rysantha le transfiera el poder de las mareas. No solo el de controlar el agua, como hacen las *clamamareas*, si no que la antigua reina se convierte en la anciana de la tribu dejando que la anterior se funda con la eternidad del mar. Es una tradición brutal, sangrienta y hermosa a la vez. Una transfusión de magia pura, algo necesario para mantener el equilibrio del océano.

—¿Has visto algo en mí?

—Veo sangre vampírica en tu corazón, querido. No es la primera vez que bebes de un nocturno y eso te está otorgando la fuerza necesaria para mantenerte aquí con vida. ¿A qué ya no te duelen tanto las piernas?

—Bebo sangre para mantener al *aurane* sano.

—No hablo de la sangre del ganado, Cirigh—explica y después me ayuda a levantarme—. Hay poder nocturno latiendo en tu interior y eso hará que en el futuro seas crucial para el destino de Valhía. Intenta recordar, aunque duela, y entenderás cuál es tu verdadero cometido. Eso es lo que siento, pero no consigo entender el porqué.

—Gracias por la charla, Angélika—esta vez me expreso en un terrestre perfeccionado, casi fluido—. Ha sido muy agradable encontrar a una hermana viviendo entre vampiros.

—Ven siempre que quieras, estaré encantada de recibirte—me dedica una sonrisa que me alivia el alma. Justo cuando me estoy vistiendo para irme ella añade—. Al salir, Astiarte te dará un regalo, utilízalo solo cuando estés en apuros y no tengas ninguna opción para sobrevivir.

—Así lo haré.

Regresar junto a Estevian significa sentirme seguro, como pez en el agua de su propio hogar. Él no me pregunta sobre lo que hemos hablado, solo me guía a través de los pasillos para salir de allí. Cruzamos la inmensa multitud dejando atrás el recuerdo de una velada de lo más extraña.

19

—¿Qué crees que provocará en ti?—pregunta el *stoker* una vez estamos en el carruaje de vuelta a palacio. Sus ojos se mantienen clavados en el contenido del frasco de cristal que Astiarte me ha dado en nombre de su reina. La pócima tiene un extraño líquido grisáceo que parece contener el poder de las nubes—. ¿Es veneno?

—No lo creo—agito el frasco para ver como el interior se enturbia como un cielo a punto de descargar su tormenta—. La lealtad en alta mar tiene un sentido mucho más fuerte que en Tierra firme. Dudo mucho que Angélika quiera hacerme daño.

Los pasillos de la corte están a rebosar de los miembros del servicio, yo llevo puesta la mordaza y paso tan desapercibido como el resto. Me tranquiliza no escuchar el jolgorio de una fiesta, ni su música, ni a su multitud. Después de lo vivido en Monte Reushgon, quiero quedarme en mi habitación por una larga temporada. Una parte de mí se arrepiente de haber subido a tomar el sol a la superficie durante mi último día en alta mar, de no haberlo hecho estaría en mi cueva disfrutando de la seguridad de mi hogar. La otra parte no se quiere marchar, y no hablo del *aurane*, hablo del simple hecho de permanecer aquí, junto a Estevian, y seguir descubriendo los detalles de la sociedad nocturna de Valhía.

—Descansa—dice él a tiempo de utilizar la llave de plata y darme acceso a mi nueva guarida—. Mañana seguiremos con las clases y puede que hagamos alguna nueva excursión.

—No sé si quiero salir de la habitación—comento con una sonrisa mientras mi mano roza la suya al querer entrar en la estancia. En ese instante mi mundo se detiene.

—Bueno, podemos hacer lo que más te apetezca. Es lo más justo, después de todo llevas a mi nuevo sobrino en tu vientre.

Estamos lo suficientemente cerca como para sentir la caricia de su aliento en mis mejillas. Estevian me sonríe tras su comentario mientras yo no puedo hacer otra cosa que ruborizarme. Su sonrisa aumenta el calor de mi piel de tal manera que se llega a erizar. Nunca había experimentado una sensación así, no cuando en las profundidades del mar mi cuerpo se mantiene frío para adaptarse a las bajas temperaturas.

—Puedes quedarte un rato, si quieres—le sugiero sin querer separarme de él, de momento no—. Bebemos una copa de plasma y ya me dejas descansar.

—Será mejor que no—su mano roza la mía de nuevo cuando da un paso hacia atrás. Su gesto se retuerce en una expresión entre sonrisa nerviosa y seriedad absoluta. No

llego a comprender del todo lo que está proyectando—. Además, hueles a pescado.

—Ah, bueno... me daré un baño entonces—digo avergonzado—. Me quedaré en remojo con jabón, como siempre.

—Está bien.

Estevian se marcha de tal manera que casi no me da tiempo ni a verlo caminar a través del pasillo. De nuevo esa actitud distante, frívola y ausente. No entiendo la forma de ser de la gente de Tierra firme, no son transparentes, es como si les costara ser ellos mismos con los demás. En alta mar todo es diferente, los habitantes del agua no damos rodeos, nos decimos las cosas tal y como las pensamos, somos directos y eso facilita muchísimo las cosas. Cuando dos sirenas tienen algún tipo de problema, acaban por batirse en duelo para determinar quien lleva la razón. Los combates son brutales, con espadas y lanzas de hueso, además de que tiene que haber un tercero que haga de juez para atestarlos frente a la reina si hiciera falta.

Lo primero que hago al entrar en mi guarida nocturna es quitarme los zapatos y quedarme en ropa interior. Por mucho que sea algo común en Tierra firme, yo detesto la ropa, prefiero quedarme así, como Rysantha me trajo al mundo. No prescindo de los calzoncillos porque eso me haría parecer indefenso, como si me faltase la aleta. Después me quito la mascarilla de tela que hace función de mordaza y observo la hermosura del jardín que decora mi ventana. Se me escapa una sonrisa al recordar la caricia de la piel del *stoker* con la mía, la dulzura de su aliento y su sonrisa. Ojalá verle siempre sonreír, la oscuridad de sus ojos se pierde en una suave línea que le convierte en dos medias lunas brillantes.

De repente un fuerte olor a muerte golpea mis fosas nasales. No sé si es por haber pasado demasiado tiempo en fiestas de vampiros, pero he aprendido a distinguir el aroma de los cadáveres del de los inmortales que habitan el Continente de la Banshee. Mi corazón se detiene de golpe mientras mis ojos se abren de par en par. Me giro lentamente, temiéndome lo peor, y de pronto me topo con la escena. Hay dos cuerpos sin vida al lado de mi bañera, cadáveres de verdad. La sangre está desparramada por toda la estancia mientras que sus cuellos presentan las marcas de dos incisivos.

—¡Aaaaah!—grito sin moverme ni un centímetro.

Estevian aparece al instante, como si verdaderamente se hubiera quedado cerca para reflexionar acerca de mi ofrecimiento. Lo primero que hace es colocar sus manos en mis hombros, asegurarse de que estoy bien y que no he sufrido ningún daño. Después fija su mirada en los cadáveres, acto seguido sale al pasillo y grita:

—¡Guardias a mí!

En cuestión de unos minutos mi habitación se llena de soldados reales. Seis individuos ataviados con armaduras de acero negro, con sus rostros ocultos bajo yelmos que dejan mostrar el fulgor rojo de su especie. Han debido de utilizar su poder para moverse a gran velocidad, porque no han tardado nada y no había nadie en los pasillos.

La situación me sobresalta y me obliga a ponerme la mordaza, a pesar de estar en mi dormitorio un *ilota* no puede dejarse ver, desnudo, a otra gente que no sea su amo. Eso es algo que he aprendido en la fiesta de Angélika. Me visto con lo primero que me encuentro en el vestidor, un pantalón marrón y una camiseta verde. Después me mantengo al margen.

Uno de los soldados toca la sangre del cadáver de una de las sirvientas, se lleva el rojo a la boca y fija su mirada carmesí en la nada mientras ve los últimos minutos de vida de la caída. Así es como funciona el poder principal de los vampiros, si alguien bebe de la sangre de otro puede ver sus recuerdos, cuanta más cantidad más recuerdos. El plasma de los humanos no debe de tener la misma magia, pues ninguno ha admitido

que el ganado le otorgue visiones.

—Ha sido la Orden de los Condenados—dice el soldado cuando descu-

bre un sello marcado en la espalda de la sirvienta. Un símbolo que se me asemeja al rostro triste de un fantasma—. Reforzad las defensas, es la primera vez que penetran los límites de palacio.

—Traed al Aquelarre del Cuervo—ordena Estevian con una seriedad que jamás he visto. Sus palabras provocan que los soldados inmortales bajen la cabeza en señal de aceptación. Sus manos se mantienen cerradas en puño mientras su mandíbula, apretada, canaliza toda la ira de su interior—. Que las brujas de la corte investiguen la esencia de los atacantes. Llamad a Rhain y sus canes si hace falta.

—Sí, señor—le responde el guardia que encabeza el escuadrón de soldados—. ¿Qué hacemos con su *ilota*?

—Dormirá esta noche en mis aposentos, no puedo permitir que corra más peligro.

—Eso no está permitido, mi señor. Los sirvientes de rango bajo no pueden acceder al Ala de la Corona. Normas estrictas de su padre, mi señor.

—Pues entonces el duque tendrá que hablar conmigo.

Estevian me agarra de la muñeca y me arrastra lejos de mi habitación mientras los guardias se muestran desconcertados. Mi pecho se infla orgulloso mientras experimento la sensación más gratificante del planeta. El *stoker*, el hijo del duque Ábsolem, está violando las normas para cuidar de mí. Me está dando más importancia que a un *ilota* común, está delatando su posición, mostrando su debilidad, descubriéndome como su tesoro. De nuevo vuelvo a sentirme valioso, esta vez fuera del mar, fuera de Laneth.

Tomamos una ruta completamente nueva para mí, no descendemos ninguna escalera para salir a la zona de los carruajes, más bien, subimos hasta un lugar desconocido. Ignoramos la importancia de la primera planta, un lugar lleno de candelabros cuyas estancias se mantienen completamente cerradas. Recorremos un pasillo cuyo suelo es de madera dorada, un material que brilla con grandeza bajo la luz de las llamas que se reparten por toda su longitud. Veo cuadros que representan lo unidos que está la estirpe Ilia, con los tres hermanos extremadamente felices, o la duquesa Ágatha felicitando a sus *adastas*. También hay retratos de boda de Lady Amari y Lord Darius, la unión entre las estirpes Ilia y Cárpasot.

—¿Qué pasa, Cirigh? ¿Estás bien? —me pregunta el *stoker* cuando me detengo de golpe para contemplar un retrato de Lady Amari y sus *adastas*, mi mirada no puede apartarse de Lahmia.

—Sí, es solo que quizá tenga que agradecerle el estar aquí—pronuncio de manera melancólica—. O puede que pedirle perdón. Fue ejecutada por mi culpa.

—Si sobrevives al proceso, te llevaré a ver su lápida.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo—y extiende el dedo meñique para entrelazarlo con el mío—. Mis hermanas y yo firmábamos nuestros tratos así.

—Entonces tendré que empezar acostumbrarme.

Nuestros dedos se abrazan con tanta intensidad que casi me resulta familiar. Sentir el tacto de Estevian así me estremece de tal manera que deseo que este instante no transcurra nunca.

—Sigamos antes de que mis decisiones me traigan demasiados problemas—comenta y me acaba arrastrando hasta la estancia del fondo.

Me doy cuenta de que las puertas del pasillo dorado están más separadas de lo normal, lo que me lleva a pensar que las dimensiones de estas disciernen mucho de las de las plantas inferiores.

—Bienvenido a mi humilde morada—anuncia Estevian a tiempo de extender sus brazos en señal

de bienvenida.

Mis ojos se abren de par en par intentando captar cada detalle. Las dimensiones del dormitorio del *stoker* tiene un tamaño que se podría comparar con la casa de Kathleen. Camino por un recibidor decorado con un espejo y una mesa alta de madera de ébano. La siguiente parte es un salón con un sofá pegado a la gran ventana cuyas vistas dan a la puerta principal, la ruta en el barranco y la pequeña montaña que nos separa de la parte alta de Plaguen.

—¿Te gusta leer?—pregunto cuando veo una estantería repleta de libros.

—Creo que no me he leído un libro en toda mi vida, solo cuando estudiaba—se jacta él mientras recoge las plumas, los tinteros y los trozos de papel que tiene encima de un escritorio situado en uno de los lados del salón—. Además, no son libros.

—¿Entonces que son?—el asiente invitándome a coger uno. Cuando lo abro descubro un sinfín de dibujos, esquemas y símbolos que no consigo entender—. ¿Brujería?

—¡Ja,ja,ja!—su carcajada llega más allá del pasillo e incluso de la entrada del palacio—. Yo sé hacer muy poca magia, a los *stoker* no se nos permite entrenarnos en ese campo—le miro sin comprender nada lo que le sirve para terminar de explicarme—. Son estrategias de reconocimiento, guerra y conquista.

—¿Eres un experto en el tema de la milicia?—me permito preguntar, como si nos conociéramos de toda la vida. Pero a él no le parece importarle y me responde con total naturalidad.

—Eso dice mi padre, pero realmente lo hago porque me entretiene. Las noches son muy largas en Plaguen.

—Eternas—segundo—. Aunque he aprendido a discernir las horas de luz.

—Lo que quiero decir es que nosotros no dormimos, y los que lo hacen es por aburrimiento.

—¿Y qué haces todo el rato despierto?

—Tener una doble vida ¿no?—se ríe de sí mismo mientras yo continúo mi exploración.

Desde niño he soñado con viajar lejos de Laneth, explorar el mundo y descubrir lugares nuevos. Para mí estar en Tierra firme significa gozar de una libertad que en el mar no tenía. Después de todo mi cometido era gestar la próxima generación de sirenas y tritones, evitar la extinción de mi especie.

—¿Y qué tipo de magia sabes hacer?—continúo mi entrevista mientras me quedo mirando un busto de mármol idéntico a él—. ¿Sombras y fuego como Kathleen?

—Que va... esas mancias son muy complicadas. Yo sé un poco de irialmancia, nada resaltable.

—Y eso es...

—Normal que no te enteres de nada, en el mundo hay trece mancias, y aunque el Aquelarre del Cuervo estudie todas, ninguna de nuestras brujas es capaz de dominarlas a la vez. Una o dos, tres como mucho—se me escapa un bostezo mientras él abre la única puerta que tiene el salón—. La irialmancia es el arte de anular el resto de mancias... ¿Recuerdas como brillaban mis espadas en la lucha contra los necrófagos? —asiento con la cabeza mientras entramos en una sala sin ventanas cuyo único cometido es dividir el camino en dos—. Pues había hechizado las hojas para que ese monstruo no se pudiera regenerar más, anulé su poder de regeneración.

—¿Podrías anular la Voz Azur?

—No lo sé, no lo creo, para eso tendría que matar a la sirena—después pone los ojos en blanco y añade—. Tampoco se me da bien, sé hacer cosas básicas. Dice mi padre que tiene que ver con que mi *adasta* tenía dotes para la brujería.

De repente la puerta de entrada resuena y yo doy un brinco sorprendido.

Lo primero que pienso es que ha venido el duque a regañar a Estevian,

después me explica que ha encargado que monten una cama para mí, no sé en qué momento, pero ahí están. Supongo que el simple hecho de decir que se va a llevar a su *ilota* a su propia habitación, en el pasillo dorado reservado para la corona, ha hecho saltar las alertas del servicio.

—Podía dormir en la bañ...

Justo en el momento en el que Estevian abre la puerta del cuarto de baño mis palabras se quedan mudas. Frente a mí hay un lugar que jamás podía haber imaginado, prácticamente toda la estancia es una piscina con poca profundidad, la suficiente como para bucear con un poco de torpeza. Los azulejos granates resplandecen bajo la gran cristalera que hace función de techo. Me quedo perplejo mirando al cielo de eterna tormenta, está lloviendo y su sonido me trae recuerdos de mi hogar. Hay una estatua de gran tamaño sosteniendo un jarrón del cual cae un chorro constante. El mármol blanco representa a una mujer de curvas sensuales y un velo que cubre su rostro, comprendo que es una efigie de Ilithya.

—Es mejor que descanses en una cama—dice a tiempo de abrir la última puerta y mostrar un vestidor con más joyas de las que puedo contar. Me recuerda al brillo de los barcos naufragados en mitad del mar—. Se te nota el cansancio.

—¿Y tú, que harás mientras yo duermo?

—Tengo que entregar un proyecto para las defensas de Pestet, supongo que avanzaré con ello.

—¿Puedes tumbarte conmigo, si quieres?—y no sé por qué lo digo, pero esa pregunta sale sola.

—Primero tendrás que lavarte, hueles a pescado.

20

Antes de que pueda darme cuenta acabo por relajarme en la bañera, sauna, terma o habitación acuática, ni siquiera sé cómo llamar al paraíso que Estevian tiene como cuarto de baño. Me tumbo boca arriba sobre el agua, siento mis nalgas escamadas casi rozar el suelo, tengo que colocarme más en el centro para alcanzar el máximo de profundidad y estar lo suficientemente cómodo como para dejar el tiempo pasar.

Froto cada centímetro de mí con la pastilla de jabón, quiero quitar cualquier olor que pueda incomodar al vampiro. Necesito que duerma a mi lado, que no se aleje, necesito estar a salvo. Después del asesinato de las dos sirvientas, lo único que puedo hacer es seguir las normas de los nocturnos sin dudar ni un solo segundo. Solo espero que las decisiones del *stoker* no le traigan grandes consecuencias.

Durante largos minutos olvido la presencia del *aurane*, luego se sacude hambriento y recuerdo el verdadero motivo de porque estoy en Tierra firme, bajo la noche eterna del Midna. Sin quererlo acabo tarareando la melodía de mi canción, en bajo, para que nadie me escuche. Una armonía suave, sin ninguna intención de atacar o embelesar, un ritmo que solo me hace recordar de dónde vengo.

La ansiedad se apodera de mí en el momento en el que extraño la protección de Rysantha, que, aunque esté presente en cada gota de agua, en Plaguen la noto débil. Recuerdo las grutas marinas a través de las cuales mis hermanos y yo jugábamos a cazarnos. El trono de roca bajo las profundidades marinas, las guerreras con sacos y sacos de pescado fresco, el sabor del cangrejo gigante durante el invierno... Extraño volver a sentirme salvaje, despiadado y mortal. En cuanto a la libertad de alta mar, el libre albedrío está más presente aquí que en mi querido hogar.

Crear burbujas a mi alrededor, utilizar lo poco que sé de nолmancia, me hace sentir que no estoy indefenso. Me encantaría aprender más, me arrepiento de no haberlo hecho cuando tuve oportunidad. Ojalá la anciana de mi tribu hubiera visto todo mi futuro en los designios de mi existencia, de haberlo sabido, le hubiera puesto más atención a todo lo que tiene que ver con la defensa personal.

La magia se contrae y se expande como lo hacen los pulpos para moverse bajo el agua e introducirse en lugares imposibles. Puedo moldear el agua a mi antojo, como si toda su forma dependiera solo de mí. En un momento hay esferas perfectas y al otro lanzas y tridentes que me

recuerdan a las armas de las sirenas.

—¿Estás bien?—pregunta Estevian desde el otro lado, y eso consigue que me desconcentre dejando todo empapado.

—Sí, sí, ya termino.

—Vale, intenta no chapotear tanto.

—Perdona.

Lo debe de decir porque el agua ha mojado las toallas y los albornoces, mi ropa limpia y se ha llegado a filtrar por debajo de la puerta. Cuando escucho sus pasos alejarse hacia el salón, me arrastro fuera de la piscina, abro la puerta y salgo. Gracias a la moqueta del suelo consigo secar mis escamas y traer el cambio de mis extremidades.

No puedo evitar caminar, completamente desnudo, a través del dormitorio del príncipe vampiro. Él está sentado en su escritorio diseñando algunas de las estrategias de combate, supongo. Se gira para mirarme y la palidez de su rostro se torna cálida y rojiza. Le descubro tímido, sorprendido, apartando la mirada de mí intentando reprimir sentimientos que no comprendo.

—Siento haber mojado todo el baño—pronuncio avergonzado—. A veces no soy consciente del poder de las *clamamareas*.

—No,... no pasa nada—su voz entrecortada—. Te traeré algo de ropa.

Estevian pasa a mi lado como una ráfaga de viento y yo me limito a quedarme allí pasmado mientras observo la cama que han montado para mí. Es mucho más grande que la de mi habitación, tiene pedazos de seda plateada, cuyo nombre he aprendido que son doseles, opacando el interior. Aparto las suaves cortinas y descubro las sábanas de terciopelo azul que me incitan a descansar entre ellas.

—Creo que te valdrá, tenemos la misma talla—el *stoker* está lo suficientemente cerca como para erizar mi falsa piel.

No sé qué es exactamente lo que me impulsa, no sé si mi poder de adaptación mueve mis labios antes de que mi mente pueda pensar. Puede que sea el cansancio o incluso mis deseos más profundos, pero acabo diciendo:

—¿Y si no me quiero vestir?

—Co... ¿Cómo? —su voz se acalla mientras las prendas, seas cuales fueran, se caen al suelo.

Me giro para descubrirle mirándome las nalgas, redondas y suaves. Justo cuando Estevian va a cruzarse con el miembro de mi entrepierna, el mismo que empieza a elevarse y endurecerse cuando lo tengo tan cerca, él me mira a los ojos. Mi azul es como la playa de un mar tropical, tan puro que se puede ver la arena blanca bajo la superficie. Sus mejillas están al rojo vivo mientras sus labios muestran una fina línea que endurece su mandíbula y le da un aspecto serio.

Lo primero que hago es acariciar su rostro, suave al principio, y rasposo cuando voy a contrapelo. Han pasado varios días desde que se afeitó, por lo que ya se pueden ver los primeros rastros de barba. El vampiro permanece completamente inmóvil, como si se acabara de topar con el depredador más peligroso del mar. Puede que una orca del norte, inteligente y despiadada. O quizá con un tiburón blanco de los mares tropicales del sur, rápido y letal. No importa el qué, pero me siento lo suficientemente poderoso como cuando estoy en mi forma de agua salada.

—Yo,.. no...—entonces le pongo mi dedo índice en su labio y le obligo a callar.

Desabrocho cada botón de la camisa blanca que se adhiere a sus músculos. Poco a poco voy descubriendo su torso, varios pelos asoman a través de la tela justo en el momento en el que llego al último botón. Mis dedos acarician su piel y rozan sus pezones, en ese instante su piel se eriza y todo en su cuerpo se estremece. Da un paso al frente, aun con los pantalones puestos, puedo sentir su entrepierna rígida chocando con la mía. La punta de mi miembro se humedece y

eso me hace entender la mancha que surge en la tela de su pantalón.

—Cirigh...—susurra y de pronto sus manos se aferran a mi cintura y me empujan hacia él.

Nos quedamos mirándonos fijamente, nuestros alientos chocan en un

vendaval de deseo y lujuria. Nuestros labios, casi rozándose, murmuran palabras mudas, quieren besarse, pero no es el momento. Me deslizo hacia abajo y bajo sus prendas para descubrir el legado de Plaguen. Entonces comprendo por qué las *adastas* darían su vida por la corona, con mis labios tan cerca de su miembro descubro que yo también me sacrificaría por él.

De pronto me veo repitiendo los movimientos que he visto durante mi estancia bajo la noche eterna. La primera vez fue en el *Lluvia de Polen*, aunque ignorante fueron imágenes que se anidaron muy dentro de mí. Después en la fiesta de Angélika, donde aprendí el verdadero cometido de los *ilotas*. Eso es lo que me lleva a sacar la lengua y relamer el pene de Estevian.

—Oh...—un gemido se escapa de él a tiempo de que su camisa caiga a mis pies—. Maldita sea...

Sus manos aterrizan en mi cabello y, antes de que pueda apartarme de él, mis instintos más primitivos guían mi boca hasta lo más profundo de su ser. No he probado nada similar, ni el pescado fresco, ni la sangre del ganado. Es un sabor nuevo en mi paladar, un dulzor casi agrio, la mezcla de la lógica con el caos. Estevian vuelve a gemir y yo siento el poder de tenerlo bailando sobre mis manos.

Quizá por esto los Dynevor abusaron de su don natural para controlar la voluntad de otros, sentir que tengo el control del hijo del duque Ábsolem me hace excitarme de una manera que no conocía. Bajo las profundidades del mar no se practican danzas de este calibre, al contrario, nosotros solo nos apareamos por supervivencia. Y en muchas ocasiones a los tritones solo nos depositan los huevos sin darnos cabida a la diversión. Pero la reproducción en Tierra firme tiene un gusto diferente, más entretenido, más placentero. Y sé que el juego con el vampiro no preservará su especie, pero he llegado a un punto en el que no puedo parar.

Estevian flexiona sus rodillas ligeramente para agarrarme de las axilas y tirar de mí hacia él. Entonces llega el momento en el que nuestros labios se unen en un río de pasión y deseo. Nunca me había besado con nadie, pensé que sería torpe, pero el vampiro lo hace todo muy sencillo. Su lengua atraviesa los límites de mi piel y choca con la mía, hay un intercambio de saliva y lujuria. Podríamos estar así toda la noche y no pasaría nada, pero nuestro espectáculo tiene que continuar y Estevian no pierde la oportunidad de lanzarme hacia la cama y colocarse encima de mí.

Sus labios se deslizan por mi cuello, he bajado tanto las defensas que no temo a que beba de mí. Pero no lo hace, continúa hasta mi torso, liso e imberbe, y se topa con la dureza de mis pezones. La sensación es una mezcla entre cosquilleo, molestia y placer, no lo puedo apartar porque estoy enteramente a su merced. Si esto era un duelo entre dos depredadores, está claro que voy perdiendo.

Sigue bajando, no se detiene, me empapa con su saliva sin llegar a transformar la piel en escamas. No sé si es por la situación o es que no todos los tipos de humedad me otorgan mi forma natural. Y de pronto llega a mi parte más íntima:

—Diosa...—mi quejido choca con el dosel y regresa a mis oídos robándome una sonrisa.

Los primeros movimientos de la boca del vampiro son lentos y ligeros, luego se tornan más rápidos, lo que me obliga a agarrarme a las sábanas y disfrutar. Si hay mayor placer en Tierra firme no creo que vaya a gustarme tanto como esto. Siento sus dedos deslizarse por la línea de mis nalgas, empapados en saliva acariciando el acceso a mi interior. El primer roce me hace respirar con fuerza, el segundo me arrebató un suspiro y sentir la punta de su índice adentrándose en mi piel me detiene el corazón.

—Si quieres paro—me advierte, cuidadoso, mientras sus ojos brillan carmesí. Sea cual sea mi respuesta no quiere que le mienta—. O si lo deseas puedo seguir.

—Sí, sigue, por favor—le suplico entre gemidos de placer.

Estevian se pone de rodillas sobre la cama, sostiene mis piernas en alto y acerca su miembro a mí. El tacto del dedo índice cambia radicalmente por uno más grueso, más duro y más caliente. Poco a poco va entrando a través de mi piel, como si fuera yo mismo el que le está dando caza. Al principio todo es delicadeza y dolor, lo que me produce suaves quejidos, luego todo se torna lujuria y descontrol.

El vampiro me mira preocupado hasta que me ve disfrutar y eso provoca que me embista con más fuerza y velocidad. Si alguien entrara en la habitación de improviso, vería dos sombras, proyectadas por la luz de las llamas, bailando al otro lado del dosel. Escucharía la melodía de la pasión, el placer y el desenfreno.

—Cirigh...—pronuncia Estevian en un perfecto sirénido.

Acto seguido explotamos en un tsunami de excitación y triunfo. Es la primera vez que experimento algo así, dentro de mí deseo poder volver a repetirlo. Nos quedamos tumbados, completamente desnudos, mientras la noche promete no hablar de las sábanas completamente manchadas por la pasión de los dos depredadores eternos. Mar y noche juntos a pesar de las diferencias que nos han mantenido en guerra durante el origen de los tiempos. El Pacto entre vampiro y tritón forjado entre saliva, sudor y sexo.

21

Permanecemos gran parte de la noche juntos, me desvelo en tres ocasiones. La primera él me está abrazando por la espalda, en la posición comúnmente llamada cucharita. La segunda vez estamos frente a frente, nuestras respiraciones chocan en una brisa cálida y agradable. Y en la tercera ocasión Estevian está sentado frente al escritorio dejando que el sonido de la pluma sobre el papel embriague toda la habitación con ligereza. No enciende vela alguna en ningún momento, lo que me hace recordar que es un ser de la noche y tiene plena visión en la oscuridad. Con tanto candelabro, candil y velas se me había olvidado.

Descanso con la seguridad de tener al *stoker* cerca, duermo tan plácidamente que pierdo la noción del tiempo y del espacio. A la mañana siguiente Estevian ya no está, el escritorio está recogido y hay una cesta de frutas con una copa de plasma en la mesita de noche.

—No salgas si no quieres buscarme problemas—leo en una nota apoyada sobre una manzana que muerdo sin pestañear.

Pongo los ojos en blanco aceptando la petición del vampiro, no es ninguna novedad pues tengo una norma gravada en las escamas: *Un ilota no puede salir del dormitorio sin su amo*. Alimento al *aurane* justo antes de que sienta sus quejas a modo de sacudidas y termino mi desayuno con otro par de piezas de fruta.

La mañana transcurre aburrida, acabo haciendo de todo por matar el tiempo. Desde ojear los cuadernos del *stoker* hasta probarme algunas de sus prendas. Al final acabo cogiendo la silla y me quedo mirando a través de su ventana como si eso fuera el mejor entretenimiento del mundo. Desde aquí puedo ver los establos, un edificio de donde salen y entran infinidad de carruajes, jinetes y caballos. Los hay de todos los colores, desde oscuros como *Airman*, el corcel de Estevian, hasta blancos como *Lily*, la yegua de su hermana. También veo a los miembros del servicio recorriendo y deshaciendo sus pasos a través del acceso del palacio. Cargan con cajas y otros enseres, como si se estuvieran preparando para una gran cantidad de invitados.

Prisionero, entre el lujo y la riqueza, recurro a la estantería de nuevo. El aburrimiento se apodera de mí cuando no comprendo ni una palabra de lo que estoy leyendo. Abro un cuaderno negro con formaciones de defensa para evitar cualquier tipo de invasión en barco. Estevian dibuja a los arqueros en las partes más altas y a los guerreros en la zona baja. También hay algunas alternativas por si las conquistadoras resultan ser sirenas. En estas tácticas el Aquelarre del Cuervo toman un importante protagonismo, con sus hechizos de fuego y sombras para evitar que

mis hermanas utilicen la Voz Azur.

—Los ahogados pueden arrastrarse por Tierra firme como serpientes, tienen dientes afilados y garras podridas capaz de transferir cualquier tipo de enfermedad...—leo y eso me roba una sonrisa. Fuera del agua no podemos mantener nuestra forma acuática, ni nuestras garras transmiten enfermedades. Luego no nos dedica más páginas, como si la gente del mar no fuéramos suficiente amenaza como para tener que prestarnos atención. Aun así veo una nota escrita en la esquina superior del papel—. Rhain nunca ha compartido los métodos que utilizan sus barcos para mantener a las sirenas a raya.

Dejo un cuaderno para tomar otro, esta vez verde. No hay nada que capte mi atención, todo son diseños de armas procedentes del norte del Continente de la Banshee, de Pestet. El cuaderno rojo son armaduras, que les dan a los vampiros, la suficiente flexibilidad como para moverse en la batalla y ejecutar sus acrobacias de infarto. Y así acabo por ojear otra tanda de cuadernos que lo único que hacen es aumentar mi aburrimiento. Sobre todo, aquellos apuntes que están llenos de esquemas y números. Justo cuando voy a dejar uno y dar por imposible mi lectura matutina una carpeta de piel se me resbala entre las manos.

De un momento a otro el suelo está lleno de hojas cubiertas por dibujos.

—Oh...que patoso—cuando cojo el folio que ha caído sobre mi pie descubro una playa de tinta cuyas orillas del mar están iluminadas por la luna llena—. Esto no es una formación de guerreros ni arqueros.

La curiosidad me mueve con tanta fuerza que todo lo demás carece de sentido. Me siento nadando en mitad del océano cruzando los límites de Laneth y con la libertad suficiente como para poder explorar como lo hacen mis hermanas. El siguiente papel muestra una casa trazada hasta el mínimo detalle, una construcción humilde con un pequeño jardín y algunas palmeras. Me doy cuenta de que los papeles, en su gran totalidad, representa el paisaje de una casa vacacional en una isla alejada de Plaguen, pero bajo el atento amparo de la noche. Lo sé, porque en todo momento hay una luna con sus diferentes fases.

Uno a uno voy recogiendo los folios con la esperanza de dejarlo todo como estaba. Estoy a punto de recurrir a otro entretenimiento cuando algo consigue paralizar cada uno de mis músculos. Ahí estoy yo, bueno no yo exactamente, si no una versión de mí elaborada con tinta. Lo peor de todo es que no es un dibujo de mi yo actual, si no de mi niñez.

—¿Qué clase de magia es esta?—pregunto para mí mismo. Acto

seguido expando todos los papeles sobre la mesa y formo, prácticamente, una sola imagen. Todo tiene sentido, todo es similar a la visión que tuve cuando bebí de la sangre de Estevian—. Ya... ¿Ya nos conocíamos?

Caigo sobre la cama con las dudas penetrando las escamas bajo mi falsa piel. Me quedo mirando la seda del dosel que me hacen intuir el techo sobre la cama. El recuerdo de la noche anterior me invade, y en ese preciso instante una extraña calidez eriza mi piel. Todo regresa a mí: el sonido de nuestros gemidos, la calidez de nuestras pieles, el sudor, la saliva, los besos, las lenguas... Algo crece en mi entrepierna y amenaza con romperme el pantalón. Para mí esto es algo nuevo, una emoción que traspasa todo lo que he aprendido, y lo que me he negado a aprender. Puede que en alguna de esas clases la anciana me explicara lo que significaba excitarse, el juego de placer cuando uno se toca a sí mismo. Y es que acabo matando el tiempo evocando las sensaciones que Estevian me transmitía anoche, y yo a él, ese instante en el que atravesó mi piel y me profirió esas sacudidas que me hicieron llegar al final. Le echo de menos, le extraño, necesito tenerle cerca, necesito repetirlo.

Me estoy dando un baño cuando escucho la puerta de la habitación cerrarse. Esta vez he sido

cuidadoso, no he mojado la zona seca de la estancia y eso facilita que mis piernas aparezcan de nuevo. Me cubro con el albornoz de terciopelo gris y camino, con una sonrisa de oreja a oreja, esperando ver al *stoker* de nuevo.

—Buenos días, Cirigh—y mi corazón se detiene en un segundo. No veo el flequillo de punta, ni los ojos oscuros de Estevian. El vampiro que tengo delante es rubio y tiene los ojos azules.

—Ulfred...—pronuncio con la ilusión de un niño que ha perdido el dulce más apetecible de la tienda.—. ¿Y el príncipe?

—El señor Ilia está en una audiencia con el duque.

El miedo a que sea castigado por haber dormido en sus aposentos se apodera de mí. Lo primero que hago es ponerme la mordaza, después sostengo el albornoz para que el chófer no descubra ni un ápice de mi desnudez. Soy un *ilota* y nadie puede verme desnudo sin el consentimiento de mi amo.

—Tranquilo, ha llegado un cuervo desde el norte. La realeza de Pestet está a dos días de llegar a palacio—entonces comprendo la cantidad de caballos que han llegado a Plagen—. El que estés en sus aposentos privados ya carece de sentido.

Ulfred se mantiene apoyado en la puerta, aprieta su mandíbula y me mira con indiferencia. Me explica que con la stirpe Shayk a punto de llegar a palacio, los *ilotas* y sirvientes de placer no están permitidos allí. Eso me hace sentir completamente prescindible, como un cero a la izquierda. El temor de no saber dónde ir se me debe de notar en la cara porque el vampiro acaba diciendo:

—Tengo órdenes expresas para llevarte a Orio durante unos días. La *stoker* Enfi se ha encargado de prepararlo todo para que no te falte de nada. Dejarás de ser un *ilota* mientras no estés en el castillo.

—Entonces ¿Qué hago? —mi ignorancia no conoce límites, más aún cuando no sé qué debería ponerme ni en qué momento vamos a partir.

—Vístete y nos vamos, te estaré esperando fuera.

Acabo por escoger una camisa de lino azul, unos pantalones de seda y unas botas de montaña. Pienso en la ruta hacia el pueblo de Orio, la pequeña montaña que tenemos que cruzar y la nieve. Eso es lo que me incita a coger mi capa impermeable y acudir al reencuentro con el chófer.

Ulfred no dice nada, se limita a guiarme hasta los establos y abrirme la puerta de su carruaje. Tal y como esperaba, todo el castillo está a rebosar de sirvientes estresados por dejar la infinidad de estancias en perfectas condiciones, ahora más que nunca. En ocasiones los escucho susurrar que la princesa del norte es algo exigente y necesita la habitación más grande, o que los sirvientes de los Shayk suelen preferir las estancias más frías.

Salen varias partidas de caza, grupos de jinetes armados con arcos y flechas para traer el mejor género para los invitados. Incluso veo carruajes de los que bajan humanos cuyo único interés es donar su sangre y regresar a casa. Supongo que es así como funciona el ganado de Plagen, los mortales ponen sus cuellos como si eso fuera su trabajo y aceptan el diezmo como recompensa. Un intercambio de intereses.

Los caballos inician su galope una vez nos alejamos de los dominios Ilia. Realmente me pregunto cómo cruzaremos las montañas por la ruta que los *stoker* me enseñaron la primera vez que viajé a Orio. Es imposible que podamos subir escaleras, no sin dejar el carruaje atrás. El nerviosismo brota dentro de mí cuando en mi cabeza se plantea la idea de ir a pie. Si los necrófagos me atacan de nuevo, esta vez no tendré ninguna posibilidad.

—¿Te has equivocado?—le pregunto a Ulfred cuando se aleja del camino entre árboles que yo conozco.

—No, tranquilo. Este es el camino real—me explica con una sonrisa de oreja a oreja al ver que estoy más nervioso de lo normal.

Nos adentramos en un túnel iluminado por antorchas y repleto de soldados que hacen guardia. Una cueva eterna que atraviesa la montaña de extremo a extremo. El eco de los cascos se propaga como una melodía suave y segura. Cada vez que pasamos por delante de un vampiro vestido con armadura, esté golpea el suelo con su lanza en señal de saludo.

Y antes de que pueda darme cuenta hemos llegado a Orio. Me sorprende ver el pueblo en plena calma, sin música ni toros de fuego. Deduzco que, cuando vine con los *stokers*, se estaría llevando a cabo algún tipo de festividad. El carruaje se detiene y alguien abre la puerta sin que Ulfred suelte las riendas de los caballos.

—Buenas noches, Cirín—una cara conocida me sonrío de oreja a oreja y me invita a acompañarle.

—Ho... hola Jasper—respondo sin intenciones de querer corregirle. Sé que mi nombre es complicado para la gente de Tierra firme. El único que lo ha pronunciado bien hasta el momento ha sido Estevian, incluso en sirénido, algo que no deja de sorprenderme.

—Enfi me pidió que cuidará de ti estos días, ya sabes, hasta que la gente del norte regrese a sus tierras.

—Está bien.

En el momento en el que el humano me guía a través de las calles de su hogar, Ulfred se aleja sin siquiera despedirse. Parece que tiene prisa para perderme de vista, eso o la llegada de las estirpes le tiene estresado.

—He reservado una habitación en la posada—él me señala un edificio de dos alturas del que cuelga un cartel en el que se puede leer *La Herradura*—. Los dueños son amigos de mi padre y no han tenido ningún problema en dejarlo todo listo.

—Eres muy amable, Jasper,... pero ¿Cuánto tiempo tendré que permanecer aquí?—y ahí dejo claro mi incomodidad por haberme alejado de palacio.

—Cuando viene la Corte de la Niebla suelen quedarse unos pocos días, una semana quizá. Si pasan más tiempo en palacio seguramente sea para tratar algún tema serio—me quedo mirándole como el que mira a un ashloxmante y se queda hipnotizado con sus llamas sin llegar a comprender el verdadero poder de la magia—. Ya sabes, negociaciones de armamento, reparticiones de tierras y asuntos de la corona. Puede que incluso, las brujas del aquelarre despierten al Antiguo para pedir consejo.

—El Antiguo...

—¿No te lo ha dicho Chacal?—me sorprende que Jasper se dirija al *stoker* de esa manera y no por su nombre. Niego con la cabeza, lo que me hace sentir sumamente estúpido—. El Antiguo es el primer vampiro conocido de Valhía, se cree que es hijo de Illythia. Al ser tan poderoso no puede mantener su cuerpo mortal despierto durante mucho tiempo, por lo que permanece en su sepulcro, bajo Plaguen. Pero el Antiguo está vinculado al mundo así que se cree que lo sabe todo.

—Y las brujas son las única que pueden despertarle...

—Algo así, no termino de entender yo estos asuntos de los inmortales.

Jasper abre la puerta de *La Herradura* y la música acalla nuestras palabras por completo. Hay más humanos allí, se mantienen despreocupados bailando y bebiendo de sus jarras de cerveza. Un par de bardos, con un laúd y un tambor, hacen que la pequeña multitud disfrute de la noche eterna del Midna.

—¡Buenas noches Brody!

—¡Hola Jasper! ¿Qué tal estás mi niño? — le responde el posadero con gracia en sus palabras.

Mis ojos recorren el local con atención, me sorprende como todos los humanos lucen grandes sonrisas y expresiones de alegría constante. Siempre pensé, o más bien, siempre me dijeron, que la raza mortal de Valhía adoraban al sol como si fuera una deidad. Bryarthe, que así es como llaman a su diosa, la luz dorada que baña sus dominios. Si es así ¿Por qué estos humanos viven felices lejos del calor del amanecer? Quizá es por el alcohol, o quizá es que han aprendido a vivir sus vidas fugaces como si cada día fuera el último.

—Este es mi amigo, Cirín. Del que te hablé.

—¿Cómo estás, hijo?—Brody es un hombre bonachón, regordete y con gran bigote.

—Viene de muy lejos y está agotado—Jasper me justifica en el preciso instante en el que mi gesto se retuerce extrañado. Me cuesta comprender que ese hombre no me considere su hijo de verdad, y que es una expresión común entre los humanos cercanos.

Así que esa es mi nueva historia, mi nueva mentira. Me llamo Cirín y provengo de algunas de las islas que están situadas al sur del Continente de la Banshee, sureños que sirven a la corona de Plaguen. Me esfuerzo por sonreír, pero no se me debe de dar muy bien, debo de parecer un tiburón desesperado por comer.

—Descansa, mañana vendré a buscarte—Jasper se muestra encantado de ayudarme en todo momento. Como si esta fuera la misión más importante de toda su vida. Quizá sabe que porto a un caído en mi *aurane*, o puede que sea tan ignorante que solo cumple las órdenes de un *stoker*.

—No—niego con la cabeza al ver como todos los humanos de Orio disfrutan de la música que se propaga bajo el techo de la posada—. ¿Por qué me voy a ir a dormir tan pronto si la fiesta aún no ha terminado?

22

—¡Eso es lo que esperaba oír!—celebra Jasper a tiempo de encargar dos jarras de cerveza y arrastrarme hasta las mesas más céntricas de la posada.

Hay hombres y mujeres subidos a la madera y bailando al ritmo de una melodía que me es agradable. En cuanto nos acercamos, la pequeña multitud empieza a chocar sus bebidas con la mía como si esa fuera su forma de darme la bienvenida. Estoy cansado sí, pero no creo que pueda dormir sabiendo que Estevian está tan lejos. A una montaña de mí, más bien, a un túnel de Orio.

El sabor de la cerveza me resulta desagradable, al menos al principio, pues después su espuma me acaba gustando tanto que termino por beberme la jarra de un trago para que me sirvan otra. Me descubro a mí mismo subido a una de las mesas y bailando con una chica cuya falda acaricia mis piernas con cada vuelta que damos. Aprendo con cada minuto que paso con los humanos, copio los pasos de baile o la manera de reírme. De alguna manera mi naturaleza me obliga a adaptarme al cambio.

El paso más común es dar golpes con el talón sobre la madera mientras se agitan las manos con la intención de evocar aplausos. Intento hacerlo en un par de ocasiones, pero no me termina de salir bien. Aun así, la gente me vitorea y me invita a seguir bebiendo.

—¡Dale, Cirín!—me grita Jasper motivándome a beber toda la jarra de un trago.

El resto de los presentes le hacen coro mientras yo me centro en cumplir mi misión, engullir la cerveza como si fuera vital para seguir encajando en esta sociedad. Y lo hago, lo que lleva a la multitud a repetir mi falso nombre. Se me hincha el pecho y continúo bailando sin ponerle especial interés al extraño mareo que surge en mi cabeza. De pronto una extraña felicidad me embriaga, una sensación que me empuja a ser extremadamente sincero. Ni siquiera me preocupa el qué piensen de mí, solo quiero gritar lo que llevo tantos días ignorando:

—¡Me he enamorado de un vampiro!

—¡Y yo también!—me secunda Jasper lo que provoca que otros tantos también lo repitan.

De repente siento un fuerte ardor en mi estómago, una sacudida que me recuerda que el *aurane* tiene que alimentarse. El mareo regresa en el momento en el que quiero bajarme de la mesa lo que provoca que me caiga de bruces sobre el suelo.

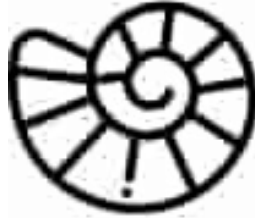
—¿Estás bien?—un hombre extiende su mano para ayudarme a incorporarme. En el momento en el que rozo su piel, su fría temperatura me cala muy adentro. Lo que

solo puede significar una cosa: estoy delante de un vampiro.

—Sí, sí, gr...gracias—respondo con lentitud mientras me doy cuenta de que hay más caídos entre nosotros, no demasiados, quizá dos o tres. El escozor del *aurane* me obliga a acercarme a Jasper y susurrarle de manera desesperada—. Sangre...

—¿Qué? Ah, claro—no se extraña, solo se limita a acercarse a la barra y traerme una copa con plasma—. Aquí tienen de todo.

Bebo sin cuidado, hay gotas que se deslizan fuera de mis labios y saltan desde mi barbilla. Siento la calma de nuevo mientras el mareo empieza a crecer de manera desmesurada. Mis ojos se ponen en blanco justo antes de que mi cuerpo se desplome de golpe hacia atrás.



Me despierto envuelto en sábanas de tela, sobre una cama individual en una habitación austera. Lo único que hay allí es un escritorio y un arcón. Ni armarios, ni vestidores, y menos aún grandes cuartos de baño. Nada que ver con la comodidad de palacio. El cielo, nublado casi en su totalidad muestra ápices de luz que recuerdan una y otra vez que el sol no tiene poder aquí. Un estandarte que ondea constantemente sobre todos los vampiros, un manto cuya tormenta permanece expectante hasta que estalle una guerra.

Llevo puesta la misma ropa de ayer, prendas que huelen a vómito y alcohol. Alguien se ha tomado las molestias de dejar otro conjunto sobre el arcón, lo que me salva de no quedarme horrorizado todo el día. La camisa cambia a un chaleco de piel negro, y los pantalones largos a unos con el corte en la rodilla. Parezco un marinero primerizo, un inocente a punto de ser encandilado por el cántico de mis hermanas y servirles de alimento.

Desciendo las escaleras que conectan las habitaciones con la parte de taberna que tiene la posada. Cuatro personas se mantienen apoyadas en la barra pagando sus consumiciones con monedas de oro y plata. Me miro los bolsillos y me doy cuenta de que no tengo nada para pagar a Brody y apoyar su negocio, aun así él me señala una mesa con un cartel donde veo escrito mi nombre, bueno, el falso, Cirín.

Me siento solo en un reservado con cuatro sillas y reviso todo lo que *La Herradura* ha dispuesto para mi desayuno. Hay una copa con plasma, una sopa caliente de algas, varios langostinos asados y tostas de pan. No sé si saben que soy un tritón, pero Estevian les ha debido de informar de mi dieta. Como con tranquilidad, como el *stoker* me ha enseñado, utilizo la cuchara para la sopa y el resto me lo como con pan. Los langostinos los devoro con cáscara incluida, no creo que exista otra manera de comerlos. Y del pan solo dejo la corteza, imagino que lo único comestible es la miga blanca del interior, esponjosa y suave.

—Yo... yo no tengo como pagarte—pronuncio con nerviosismo cuando Brody se acerca a recoger los platos de mi desayuno.

—Oh, no, no... no te preocupes. El alcalde Gazzei tiene todo pagado, los amigos de Orio son amigos de *La Herradura*.

—Gracias, supongo—añado a tiempo de dirigirme a la puerta sin que nadie me detenga.

De alguna manera camino con rareza, y no porque extraña el movimiento de mi aleta, sino más bien porque nadie me vigila. Nadie está pendiente de mí, nadie me persigue y nadie me exige que me ponga la mordaza. Al contrario, salgo a la calle de Orio sin ningún tipo de impedimento

y camino a través de sus calles de adoquines y tierra, respiro el aire fresco de la libertad.

—¿Dónde te apetece ir?—digo para mis adentros, más que eso, realmente estoy hablando con el *aurane*.

A los pocos minutos de caminar me encuentro con la plaza del pueblo, la misma donde se llevó a cabo el espectáculo de los cazaflamas. Veo como desmontan las gradas y apilan los palés y los hierros a un lado del edificio principal. Hay banderillas rojas colgadas de tejado a tejado formando una curiosa tela de araña.

—Buenos días—me dedica una señora y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír.

—Bienvenido al mercado de Orio ¿Estás buscando algo en especial o solo quieres dar una vuelta? —me dice un hombre con un sombrero de copa y un bastón bailoteando alrededor mío—. Lunaela tiene pociones de todos los tipos, Teodric trae fruta y verduras de todas las regiones, Sarah vende piedras que dice tener propiedades mágicas,...

—Gracias, pero solo quiero pasear por el mercado—pronuncio con una gran maestría en mi terrestre, casi parezco natal de Plagen.

—¡Me parece perfecto!—celebra él con una alegría envidiable—. Yo soy Nycolas, clama mi nombre si necesitas algo.

Asiento con la cabeza a modo de agradecimiento y avanzo a través de las casetas que forman el mercadillo. Persigo a las personas que se mueven en su interior, algunas simplemente miran y otras mantienen largas conversaciones acerca de los diferentes productos que hay a la venta. Todos son amables y cercanos, incluso sin conocerme, me ofrecen oler sus flores o probar sus dulces artesanales.

Entonces da comienzo mi pesadilla. Las primeras gotas de lluvia empiezan a golpear las casetas del mercadillo. Una de estas me salpica la cara y muestra un pequeño brillo azul bajo mi piel. Nadie se percata de ello, no cuando los mercaderes se dedican a cerrar las carpas a tiempo de que algunas de las personas que me rodean abran sus paraguas de seda impermeable. Comprendo que ese objeto es algo costoso y que no todos los presentes se lo pueden permitir.

Yo emprendo una carrera infame hacia el primer resguardo que me encuentro, en este caso, una sastrería. Las campanitas que cuelgan de la puerta anuncian mi llegada lo que llama la atención de una mujer de gran escote que acude a mí en cuestión de segundos. La humana es extremadamente elegante, lleva un vestido sin vuelo y unas botas de tacón. Su cabello marrón se mantiene ondulado y suelto por debajo de sus hombros. El lunar que tiene sobre sus labios me resulta extrañamente familiar, es hipnotizante cuando habla.

—Buenos días, cariño ¿Vienes a por tu fajín? —pronuncia con sensualidad mientras sus tacones resuenan sobre la madera clara de su local.

—Oh, no, solo me estaba resguardando de la lluvia—respondo con total sinceridad—Me voy ya, perdona las molestias.

—Ay, no, cielo. No te preocupes—la mujer me da un beso en cada mejilla justo antes de que roce el pomo de la puerta. Un olor se clava en mi nariz, el perfume de la muerte más hermosa del mundo. Mis ojos se abren de par en par al descubrir que la extraña es una vampira—. Soy Ralva, de las pocas inmortales que vivimos en Orio.

—Un placer, yo soy Cirín—me anticipo a que vayan a pronunciar mal mi nombre—. Estoy unos días de visita aquí. Soy amigo del alcalde Gazzei.

—Pues un placer, guapo. ¿Te apetece un té?

—Claro.

Me sorprende la facilidad con la que se entabla una conversación lejos de la gran ciudad. La vida en los pueblos debe de ser siempre así de cercana, con personas que se conocen de toda la vida y

una simpatía que convierte cualquier espacio en hogar. Ralva me invita a sentarme en una mesa con dos sillas y sirve un par de tazas de té de flores. Le cuesta poco explicarme que es la dueña de *La Tejedora*, la sastrería del pueblo. Y que su familia lleva confeccionando los trajes y los vestidos de Orio durante toda su vida. No pierde ni un momento en alardear de la gran fama que tiene en la capital, que incluso Lady Enfi ha encargado varios de sus vestidos.

—Perdona, parece que solo hablo yo ¿Tú de dónde eres?

—De las islas del sur—mantengo la historia que han creado para mí, lo hago con la certeza de que no estoy frente a una Ilia, lo que significa que Ralva no puede detectar mis mentiras.—. Vine a la ciudad para buscar trabajo.

—Ay que bien, tienes que extrañar el mar. Aquí en el norte no tenemos ni una gota de agua salada—le da un sorbo a su taza de té—. Yo llevo un par de años solidarizada con el pueblo, ya no bebo sangre de humanos ahora aprovecho la caza de corzo y liebre para poder alimentarme. No sabe igual, obviamente. Pero tengo que fomentar este tipo de vida.

—Eso dice mucho de ti—en tan solo una hora hay una gran confianza entre nosotros.

Las campanitas de la entrada resuenan con delicadeza anticipando los pasos toscos de tres personas. Ralva se incorpora rápidamente y se apresura a llegar a la entrada. Curioso, le sigo sin querer robarle más tiempo, la vampira ya ha hecho suficiente por mí al dejarme resguardarme de la lluvia en su sastrería. De algún modo siento que debo marcharme.

—¿Qué ha pasado?—grita ella mientras tres humanos cargan con el cuerpo de un cuarto.

—No lo vimos venir—responde uno de manera apresurada y nerviosa—. Creo que fue un lobo, apareció de la nada y atacó a Grant sin previo aviso. ¿Puedes salvarlo?

—Lo intentaré—Ralva se arrodilla frente al herido y utiliza su fuerza sobrehumana para romper su camisa.

Son cazadores, lo sé porque llevan arcos, flechas y ballestas además de unas cuantas liebres colgadas boca abajo de su cinturón. Sus botas han dejado el establecimiento lleno de barro y lluvia. El agua arrecia con fuerza al otro lado de la puerta, incluso los rayos han iniciado su espectáculo. Si pongo un pie ahí afuera mi aleta saldrá a la luz y no tendré otra cosa que hacer que arrastrarme hasta la posada.

—Esto no es un mordisco de lobo—explica ella mientras se mueve de un lado a otro cogiendo vendajes y viales con extraños contenidos en su interior—. Bebe esto, cielo. Calmará el dolor.

—¿Qué haces ahí parado Dragos, ayúdala?—se queja uno de los hombres, el más mayor, cuando me ve petrificado ante la tormenta.

—¿Acaso te has quedado ciego, Fikrol? No es mi marido, es Cirín un amigo que ha venido a pasar unos días desde la gran ciudad.

—Hay disculpa, joven.

—No pasa nada. Tampoco puedo hacer mucho, soy muy aprensi_ vo—utilizo las palabras con maestría evadiendo toda responsabilidad de tener que acercarme a ellos y arriesgarme a que el agua de sus ropas me empape.

Me ignoran por completo mientras Ralva intenta ayudar al cazador heri_ do. La vampira no solo utiliza todo lo que tiene en su mano si no que hace gala de sus colmillos para convertirse a sí misma en un método de curación. Más allá de ser la sastre del pueblo, la caída es la sanadora.

—Diosas, Cirín ¿Estás ahí?—Jasper aparece al otro lado de la puerta completamente empapado—. Pensé que te habías perdido.

El chico ignora todo lo que está sucediendo en *La Tejedora*, más que eso, es como si estuviera acostumbrado a ver escenas así. Se acerca a mí y me cubre con mi capa impermeable, después

me conduce hasta la salida. Cuando hecho la última mirada atrás me encuentro con los ojos rojos de Ralva clavados en mí, su expresión no es otra que una mezcla entre sorpresa y preocupación. —¡Nos veremos pronto!—me despido de ella con la misma simpatía con la que me ha tratado. Ralva solo se limita a sonreírme.

23

—Menos mal que has aparecido, JP—pronuncio aliviado una vez llegamos a la posada. Sus ojos se alegran al escuchar el apodo con el que Estevian le llama—. Espero no tomarme demasiadas confianzas.

—No, no, me parece genial. Ya no pareces un cordero asustado—dice sirviéndonos un poco de costilla a la brasa y vino dulce—. Me encargaron que te cuidara, pero por lo visto se te da muy bien hacerlo.

—Lo llevo en la sangre...—me jacto dándole un gran sorbo a la copa. El sabor es más agradable que el de la cerveza, aunque intuyo que si sigo bebiendo acabaré igual que anoche—. Llevo toda mi vida sobreviviendo.

—Pensé que la vida en las islas era más tranquila que en el Continente de la Banshee.

—Si tu supieras...—y aquí pecho de no saber callarme. Creo que es el aire de Orio que me hace confiar en quienes me rodean, sobre todo en aquellos que darían la vida por los *stokers*.

—Pues me encantaría conocerte más. Enfi dice que eres una gran persona y que proteges muchísimo a Estevian. Que ella hable tan bien de ti significa que podemos ser grandes amigos.

—Quizá más adelante, no quiero volverte loco con mi historia.

—Venga, Cirín... ¿Estamos tontos? —Jasper es tan cálido que es imposible no sentirse seguro a su lado—. Te recuerdo que vivo entre vampiros, que al otro lado de los límites del pueblo hay animales tan corrompidos por la noche del Midna que amenazan con alimentarse con todo lo que pase frente a sus ojos rojos. Que he vivido una guerra, no técnicamente porque ni siquiera había nacido, pero esas historias pasan de generación en generación. Y que a pesar de todo eso, estoy enamorado de una inmortal sabiendo que mi vida se esfumará sin que ella pueda darse cuenta.

La voz del humano suena melancólica, dolida y pesarosa. Aun así no abandona su toque divertido y dicharachero, una cualidad propia de Orio. Jasper tiene una barba oscura incipiente y recortada, su piel está ligeramente bronceada, supongo que una herencia familiar ya que el sol no toca estas tierras. Aunque sin duda lo que mas me sorprende es descubrir pequeñas partes blancas en su cabello oscuro, un toque que engrisece su expresión. Sin duda esas son las marcas más notorias en la mortalidad de los hombres, el paso de la edad, las canas. Calculo que tendrá unos treinta años y que aún le quedan unas seis décadas por delante. Algo fugaz para especies como la mía, pero sin duda una vida por delante para las razas mortales de Valhía.

—¡Buenas, Jasper!—le saluda una mujer con el cabello rubio y los ojos azules. Una humana con

la belleza de una inmortal.

—¿Qué pasa Evelynn?—le responde él, más que preguntarla es una forma coloquial de decir “Hola”. Me sigues debiendo cinco monedas de plata. Que esas cabras no se consiguen solas.

—¡Cómo te gusta negociar!—le responde ella lanzándole una bolsita de piel que resuena dinero—. Pero ya sabes que nunca dejo deudas.

Las palabras, que son fugaces como el viento y con tendencia a ser olvidadas, me dan una idea de la que jamás dejaré de estar orgulloso. De nuevo el recuerdo de una lección que creía olvidada, una historia tallada en piedra, bajo las profundidades del mar, que Jasper y Evelynn acaban de corroborar. La anciana siempre dice que los humanos, desde el origen de su nacimiento, han sido codiciosos, algo que no les diferencia mucho de los vampiros de Valhía. Pero más allá de todo eso, la raza mortal es incapaz de rechazar una negociación, están acostumbrados a hacerlo. Lo he visto durante mi paseo en el mercado de la plaza y lo acabo de ver delante de mis ojos.

—Te propongo un trato—me dirijo a Jasper con la tranquilidad de haber escogido bien mis palabras.

Los ojos del chico se abren de par en par, me pregunto si reaccionaría de la misma forma si escuchase mi canción. Más allá de un simple juego, mi mente trabaja bajo la intensa presión de la desesperación y las dudas. Sé que Estevian y yo tenemos un vínculo por encima de cualquier poder, una unión que mantiene nuestras vidas atadas en un hermoso nudo inmortal. Pero parece que mi mala fortuna insiste en no darme las respuestas que quiero, en poner obstáculos y más obstáculos que impiden que las aguas se calmen. Loba le pedía la sangre a Kathleen para descubrirme, si lo que habita en mi *aurane* me profiere una pizca de ese poder, quizá yo también pueda desentrañar esos secretos que el destino oculta bajo sus garras.

—Consígueme sangre de Estevian y te contaré la verdad de porqué estoy aquí.

—¿Enserio?—y no suena alarmado, más bien tentado a cumplir el reto—. Pero el precio es demasiado caro ¿no te parece?

—No necesito nada más, Jasper.

—Entonces tendrás que compensarme con alguna comisión.

Aunque parezca que he nacido en Tierra firme, al menos mientras estoy lejos del agua, hay palabras que se escapan a mi entendimiento. Mi frente se arruga intentando comprender, en su totalidad, las condiciones del humano, pero me es imposible. Al menos hasta que añade:

—Te conseguiré la sangre del *stoker*, no me será fácil, pero para mí no existen imposibles—en el fondo sabemos que hay un imposible en su vida—. A cambio me contarás tus orígenes y tendrás que convencer a

Estevian de que me convierta.

—Trato hecho—y cerramos la negociación con un apretón de manos.

—Que lo que sella nuestra piel se mantenga en secreto para el resto—pronuncia a modo de plegaria, después me mira esperando a que diga algo.

—Que lo que sella nuestra piel se mantenga en secreto para el resto—repito y eso parece convencerle.

—Encantando de conocerte, Cirín.

—El placer es mío, Jasper.

Decidimos pasar el resto del día en la posada, llueve tanto que salir ahí afuera significa perder todo tipo de movilidad en tierra. Me pregunto si Jasper sabe mi verdadera naturaleza, algo tiene que intuir, porque acudió a mí con la capa sin ningún tipo de miramiento.

—¿Por qué me resguardaste de la lluvia?—me atrevo a preguntarle mientras él extiende una

baraja de cartas sobre la mesa.

—Enfi me dijo que tienes cierta alergia a las tormentas y que era de vital importancia mantenerte seco. Que, si te pasaba algo, Chacal me rompería el cuello.

—¿Por qué lo llamas así?

—Bueno,...—intenta evadirme pero yo soy más rápido, he ganado agilidad con las palabras y ahora no se me escapa ni una.

—Sé lo de la Orden—le digo en bajo y él mira hacia todos los lados intentando advertir algún oído curioso.

—No los menciones, no aquí. Ven—me advierte y me arrastra a mi dormitorio donde se asegura que nadie nos escucha—. Yo trabajé para ellos durante mi adolescencia. Me escapaba de Orio para ir a ver a su hermana con la excusa de estar trabajando en algo importante. Los mortales somos los criados en las guaridas de los rebeldes, algo ilegal pero bien remunerado. Un día le vi sin la máscara y prometí guardar su secreto si él guardaba el mío. Si el duque Ábsolem supiera que su hija está con un humano el castigo sería indescriptible.

—¿A qué se dedica la Orden?

—Nadie lo sabe, solo los altos cargos y no suelen contarlo. Yo los he visto traficar con objetos prohibidos y cartas cuyo mensaje nunca pude leer. Eso se lo tendrás que preguntar a tu amo.

No me molesto en explicarle que no soy el *ilota* del *stoker*, no exactamente. Acabamos bajando de nuevo al salón y dejo que Jasper se entretenga enseñándome alguno de los juegos de cartas con los que la gente de Orio se apuestan grandes fortunas. Así van transcurriendo los días, incluso las semanas. Mi vida en el pueblo se convierte en una divertida rutina que consigue hacerme olvidar el transcurso del tiempo. La comodidad es un lujo del que no me puedo quejar, tengo cama y alimento totalmente gratis.

Durante los primeros días, donde la tormenta no cesa, Jasper me viene a ver a la posada y me cuenta todo lo que ha hecho a lo largo del día. Me explica que es el hijo del alcalde Gazzei y que su cometido es encargarse de que el pueblo esté bien. Los vampiros de la corte acuden al ayuntamiento para extraer la sangre de los seleccionados, más bien de la gente a la que le toca. Los humanos organizan sus donaciones por fechas que hacen referencia a las diferentes familias que viven allí. Aunque haya más inmortales ninguno de ellos es Estevian. No saber de él durante días me acaba provocando un nudo en el estómago, más allá del crecimiento del *aurane*, que cada vez exige más plasma, las ganas de ver al príncipe de la Corte de la Noche se convierte en necesidad.

Para mí suerte el *aurane* tiene propiedades mágicas que evita que mi vientre crezca, podría contener todo el firmamento y nadie lo notaría. Eso me facilita mucho las cosas, no tengo que dar explicaciones de nada, más allá de decir que bebo plasma porque me ayuda a cuidarme de mi alergia a las tormentas. Todo lo que me rodea se une para formar mi gran mentira, una segunda vida donde estoy completamente desvinculado de las sirenas de Valhía. En cierto modo me gustaría que eso fuera verdad, en Tierra firme no hay caribdis ni otros peligros, incluso puedo ponerme en riesgo durante las largas partidas de cartas.

Continúo visitando a Ralva, que no tarda en confirmarme lo que ya sabía, es la médica principal de Orio. Me cuenta que su marido, Dragos, trabaja para la milicia de Plaguen y que solo viene al pueblo durante sus vacaciones. Nos hacemos verdaderos amigos, compartiendo tardes de té y divertidas conversaciones. Sin quererlo acabo sabiendo que personas están enrolladas a escondidas de sus parejas y cuales fueron *ilotas* de vampiros buscando el placer de los inmortales.

Entonces llega el día en el que le veo, no como habría esperado. Estevian está ahí frente a mí, su

tez blanquecina se mantiene recubierta por una barba azabache y recortada. Sus labios me invitan a querer besarlos, o al menos soñar con ello, pues lo que estoy viendo es un cartel pegado en el tablón de la plaza donde se puede leer: Fiesta de Santa Illythia.

—Pues ya es oficial. Voy a tener mucho trabajo—comenta Ralva cogiéndome la bolsa de hilos que llevo cargando toda la mañana. Ella lleva un bolso lleno de telas de diferentes tipos y colores.

—¿Santa Illythia?—mi inocencia me hace parecer estúpido.

—Cada año la corte de Plaguen hace una fiesta para todos los que habitamos en sus dominios. Hay diferentes artistas y actividades para que la gente celebre el liderazgo del duque Áboslem y la duquesa Ágatha. Ya sabes, cazaflamas, juglares y mucho alcohol. Suele ser a final de temporada, pero este año se ha adelantado. Deben de querer dar alguna noticia importante.

El cartel no solo muestra a Estevian, con sus rasgos apuestos y marca_ dos, si no que le acompañan otras tres figuras. Reconozco a Lady Amari por su cabellera rubia y su nariz delgada, a Lady Enfi por su expresión divertida y traviesa, pero el cuarto vampiro me es completamente desconocido. Se trata de un hombre, de edad similar al resto, con la cabeza rapada y mandíbula pronunciada, quien lo haya dibujado se ha encargado de resaltar la gran musculatura de sus brazos.

—¿Quién es?

—Lord Darius, el esposo de Lady Amari.

—De la estirpe Cárpasot—secundo.

—Una vez se casa con la hija del duque, se convierte en un *stoker* más.

—¿Y por qué están en cartel? ¿No deberían estar Áboslem y Ágatha?

—Ay, no, cariño. En Santa Illythia los lores y ladies demuestran su poder superando diferentes pruebas. Aunque el pueblo espera ansioso a la última, la del minotauro. Siempre acaba trayendo escenas de lo más grotescas.

—¿Qué crees que van a anunciar?

—Quizá las *adastas* de Lady Amari vayan a dar a luz, aunque creo que es muy pronto para eso—y eso es algo de lo que no he dudado en ningún momento, pues en mi *aurane* el bebé sigue creciendo.

—Puede estar relacionado con la visita de la Corte de la Niebla ¿No?

—¡Ah, claro! Se me había olvidado. Entonces anunciarán el matrimonio entre Lord Estevian y Lady Alia. Ya se extendió el rumor en el Santa Illythia anterior, pero nunca llegaron a acuerdos. El pueblo tiene muchas ganas de ver a los Ilia y a los Shayk unidos de una vez por todas.

Mi corazón se detiene de golpe, siento como las escamas bajo mi falsa piel se erizan a modo defensivo. Mi cuerpo reacciona como si algún enemigo estuviera cerca, incluso mis piernas están listas para salir corriendo. Pero no lo hago, al contrario, me quedo completamente paralizado mientras mi respiración se agita.

—¿Estás bien, cariño?—Ralva me acaricia la frente como si quisiera asegurarse de que no estoy enfermando.

—Sí, algo nervioso. Quiero participar en alguna actividad y no sé por dónde empezar—improvisado a la velocidad de mis latidos.

—Ay, si es por eso tienes infinidad de torneos. Tiro con arco, carreras de caballos, juegos de azar, ...

Pero ya no la estoy escuchando, mis ojos no pueden apartarse del semblante perfecto de Estevian. El artista ha sabido congelar cada uno de sus rasgos con la misma pasión con la que yo le miro. Incluso sus hermanas, bellas como el cántico de las ballenas, no lucen tan fieles como lo

hace él.

—Necesito ir—admito con la decisión fijada en mi mente—. Tengo que ver al *stoker*.

24

Los siguientes días son una amalgama de sensaciones. Jasper me explica que es demasiado pronto para volver a Plaguen, que no podré acceder a palacio hasta que las fiestas dedicadas a los gobernadores de la noche no terminen. Solo pensar que se anunciará el matrimonio entre Estevian y Lady Alia me reconcome por dentro. Necesito hablar con él antes de que eso ocurra, si ambos se casan no habrá lugar para mí cerca de él, no podré seguir fingiendo que soy su *ilota*. Estar junto al humano me ayuda a pensar con claridad. El hijo del alcalde es sumamente cercano, divertido y jocoso. Por no hablar de que el pueblo de Orio le adora, siempre que hay ocasión se acercan a él para saludarle o dedicarle un abrazo. Me gusta imaginar que los Gazzei y los Ilia pueden unirse más allá de un mero trato político entre humanos y vampiros.

Estar tanto tiempo en Tierra firme me ayuda a comprender la importancia del matrimonio en la sociedad. Casarse significa firmar un trato de por vida en el que dos personas juran permanecer unidas hasta el final de los tiempos. En la cultura submarina no existe nada parecido, ni siquiera en la corona de huesos y espinas, ya que el rey promete dar su vida por la reina en vez de amor eterno. Quizá por eso todo mi ser se sacrificaría por Estevian si fuera necesario.

—Aquí enviamos la correspondencia en el Continente de la Banshee—señala Jasper cuando llegamos a un gran torreón de madera oscura con innumerables ventanas que dan paso al reptar continuo del viento.

—¿Vas a mandar una carta?

—Claro ¿Cómo pretendes que cumpla mi parte del trato si no? ¿No creerás que voy y vengo de Plaguen como si fuera un vampiro? —se mofa mientras atravesamos el arco abierto que nos da acceso al edificio—. A ver si tengo los colmillos y no me he dado cuenta.

—Más quisieras, JP—no pierdo la oportunidad de bromear, una habilidad que creo haber aprendido en este instante—. Eso significaría que tendrías que aprender a morder correctamente. Tienes unos incisi_

vos muy buenos para comer lechuga.

—¡No seas cruel, Cirín!

Recorremos unas escaleras en forma de caracol que ascienden hasta el infinito. No sé cuánto tiempo llevamos caminando cuando llegamos a lo alto del torreón. Ahí hay dos tipos de animales, por un lado, los cuervos con su plumaje negro y sus ojos rojos, una señal más que sufi_ ciente para entender que son tan inmortales como los vampiros. Y por el otro:

—¿Y estos que son?

—Son de la familia de los murciélagos, les llamamos zorros de noche.

Un nombre más que acertado, pues son animales de tamaño mediano con pelaje granate, blanco en la punta de orejas y cola. Además, disponen dos grandes alas, que los envuelven a modo de pepino de mar. Jasper Gazzei se sienta en un escritorio impregnado en cera petrificada en el tiempo, como si las velas que se han consumido se pudieran reconstruir de nuevo.

—Gracias...—leo siguiendo el curso de su pluma. El humano escribe tan rápido que me es imposible entender más—. ¿Por qué lo escribes?

—Tiene que estar al llegar—responde él enrollando el pedazo de papel—. ¿Quieres enviar algún mensaje a palacio?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Yo?—mis piernas llegan a temblar con tan solo pensar que puedo tener un mínimo contacto con Estevian. Sin perder ni un segundo me siento frente al escritorio, cojo la pluma y extendiendo el pedazo de papel. De repente mi mundo empieza a dar vueltas, como si estuviera a bordo de *La Llorona*, el navío que me arrebató de mi hogar. Estoy tan nervioso que ni siquiera me he dado cuenta de que realmente no sé escribir—. ¿Lo haces por mí?

—¿Qué quieres poner? Tiene que ser algo conciso, no hay demasiado espacio.

—A Lord Estevian...—empiezo sin ningún tipo de vergüenza—. Te echo de menos.

—Te...echo...de...menos—escribe él sin hacer ninguna pregunta—. Cir...

—Espera... escribe mi nombre bien, por favor—y lo digo como si mi vida dependiera de ello.

—¡Ah! A ver...—le repito mi nombre unas dos o tres veces hasta que acaba escribiendo en su propio idioma. Y esa es la primera vez que lo veo escrito en terrestre—. Cirigh.

Jasper anuda los papeles en la pata de uno de los cuervos, después lo posa en su antebrazo y deja que vuele por una de las ventanas. El ave agita sus alas formando una figura que, poco a poco, se va difuminando en el horizonte. Lo último que se puede ver es el brillo rojo de sus ojos.

—¿Y ya está?—pregunto esperando algo más.

—No, no,... hoy llega mi pedido.

El humano señala a la noche de Valhía mientras una silueta, mucho más grande, mucho más esbelta y mucho más peluda, se dibuja sobre los árboles que rodean el pueblo. A los pocos minutos puedo ver a un zorro

nocturno cuyas ondas sonoras me provocan cosquillas en los oídos.

—Utilizan la ecolocalización para no chocarse con nada, es un sonido imperceptible al oído humano.

—Si, si, ya veo—disimulo el cosquilleo que se empieza a convertir en picor.

Jasper extiende su brazo y, a los pocos segundos, el mensajero se posa en él. El animal es tan agradable que restriega su rostro peludo con el del humano. Más que un murciélago, o un zorro con alas, tiene la actitud de un perro domesticado.

—¿Qué me traes aquí, bonito?—le dice él mientras le desata una pequeña bolsa de piel de la pata—. ¿Enfi se ha portado bien con nosotros? ¿A qué sí?

El zorro nocturno no tarda en utilizar sus patas y los espolones de sus alas para llegar a uno de los descansos donde se coloca boca abajo y se echa a dormir. Jasper me mira con una sonrisa de oreja a oreja mientras sostiene un pequeño vial de sangre, un objeto que me corta la respiración y me incita a abrir los ojos de par en par.

—Eso es...

—El favor más caro de mi existencia—bromea dándome a entender que tiene una deuda muy grande con Enfi.

—La sangre de Estevian...

—Y es toda tuya, Cirigh—pronuncia con claridad, un hecho que me roba una sonrisa torcida.

Cojo la poción como si fuera el último resquicio de vida en el mundo, como si yo tuviera la respuesta a todos los conflictos del mundo. Estoy a punto de quitar el corcho y de beber su contenido cuando el humano me detiene.

—Es mejor que lo hagas en un lugar tranquilo, si verdaderamente puedes ver el curso de la sangre, el tiempo en el que entres en trance puedes correr un gran peligro—por un momento deja de ser el hombre bromista y jocoso para convertirse en el sabio del pueblo—. Te llevaré a tu habitación, te dejaré solo unas horas y luego cumplirás tu parte del trato.

—Gracias...—él se limita a responder con la cabeza—... solo espero que funcione.

No tardamos nada en dejar atrás a los cuervos mensajeros, los zorros nocturnos y el gran torreón que les da cobijo. Recorremos las calles de Orio repleta de un gentío que no recuerdo haber visto con anterioridad. Contemplo varias carrozas de las que bajan varias doncellas inmortales, diez mujeres con características completamente diferentes. Algunas son rubias, morenas o pelirrojas, hay otras que han tintado sus cabellos de colores más propios de mis hermanas en agua dulce que de las caídas que habitan Plaguen. Hay cuerpos esbeltos y cuerpos anchos. Con más o menos pecho, incluso distingo diferentes tonos de piel. Todas y cada una de ellas se dirigen a *La Tejedora*.

—¿Qué está pasando?—pregunto ignorante sin soltar el regalo de Enfi en ningún momento.

—Son las futuras *adastas* de la corte. Las *stokers* no pueden arriesgar sus vidas con embarazos, por lo que necesitan a otras que ocupen su lugar.

—¿Y van a dar su vida por la corona?

—Para ellas es un honor al que llevan esperando durante toda su vida. Solo tienen que agradar a Lady Alia después de su matrimonio...

—Con Estevian...

—Me temo que sí, amigo.

—¿Y sí Enfi se casara con un inmortal?—mis palabras atraviesan el pecho de Jasper y llegan a su corazón, lo sé porque su mirada se engrisece y sus labios intentan esbozar una sonrisa que nunca llega.

—Haría lo imposible por hacerla feliz—me siento tan responsable de ese pesar que siento la necesidad de animarlo.

—Bueno, siempre podemos pensar que el inmortal seas tú—pero no parece surtir efecto.

—Debería tener sangre real para que fuera tan solo una opción. Y ya no hablo de morir como hombre y renacer como vampiro. Si no que debería tener el legado de alguna estirpe en mi sangre.

—¿Por qué es tan importante todo eso de las estirpes?—contemplamos el paseo de las futuras *adastas*, caídas con el paso firme y las cosas claras. Dispuestas a todo por serle útil a la corona de Plaguen.

—Porque cuando dos inmortales celebran el Rito de la Unión sus sangres confluyen en una sola dándole a ambos el poder de ambas estirpes—ahora el matrimonio cobra un sentido completamente diferente, mágico, milagroso e infinito—. Por eso tanto Lord Darius como Lady Amari pueden utilizar los dones de las dos estirpes. Pero su descendencia creará un nuevo poder, como la descendencia del duque Ábsolem y la duquesa Ágatha formaron un nuevo don para los vampiros.

—Entonces... ¿Qué poder tienen los líderes de Plaguen?

—Los tratados más antiguos hablan de que el duque escupió fuego durante las guerras de

sangre....

—¿Y la duquesa?

—De la duquesa no se sabe nada, nunca ha entrado en conflictos bélicos—Jasper emprende, de nuevo, el camino hacia la posada—. Pero yo no me creo ni la mitad de esos textos, a los escribas les encanta ponerle emoción a la historia de estas tierras. Hasta que no lo vea, no me lo creo.

Tardamos unos pocos minutos en entrar en *La Herradura*, rodear las diferentes mesas de apuestas y evitar las dos o tres camareras que nos ofrecen cerveza. Por mucho que me guste el oro líquido que se destila en Orio, no puedo arriesgarme a que mi mente sea adulterada antes de consumir la sangre del *stoker*. Necesito tener claro que, todo lo que vea al beber de él, es completamente real. Hay tantas preguntas en mi interior, que me es imposible no ponerme a temblar al abrir la puerta de mi habitación.

—Mira, nunca he visto a Enfi lanzar lenguas de fuego, ni siquiera las veces en las que la he enfadado, que no han sido pocas—por mucho que intente sonar serio, Jasper no puede evitar sonreírme—. Los *stokers* solo saben hacer eso de detectar las mentiras. Quizá tengan algún poder más, pero nada que ver con lo que mis antepasados han escrito sobre ellos.

—Gracias por todo—le repito una vez más, y estaría toda la noche haciéndolo. Sé lo difícil que ha sido para él conseguir el tesoro que tengo entre mis manos.

—Nos vemos en unas horas.

La puerta de mi dormitorio se cierra tras de mí acallando las voces de la fiesta que se está llevando a cabo en la planta inferior. Todo adquiere un aire más tranquilo e íntimo cuando decido tumbarme sobre la cama, abrir el frasco y beber de él.

Los primeros sabores que recorren mi paladar son los del metal y la sangre. Podría estar bebiendo el plasma de cualquier persona, una duda que se esclarece cuando el rojo adquiere un tono dulce y amargo al mismo tiempo. Un sabor que me es extrañamente familiar. De pronto el *aurane* se sacude con lentitud, al mismo tiempo que mi cabeza empieza a arder. De nuevo ese dolor, esa migraña y esa tortura.

—*Intenta recordar, aunque duela, y entenderás cuál es tu verdadero cometido*—las palabras de Angélika resuenan en mi interior a tiempo de que mis párpados pesen tanto que no tengo fuerzas para mantenerlos abiertos.

Las imágenes aparecen en mi cabeza al ritmo del golpe de un tambor, un instrumento cuya música es constante y cada percusión es un latigazo de migraña y dolor. De pronto veo la playa en la que me encuentro completamente desnudo. Mi piel acaricia la fina arena blanca mientras la luna llena ilumina la figura de un niño, ataviado con un trajecito negro, que me mira con dos ojos brillantes y rojo.

—¡Cirigh, no!—grita Jasper al otro lado de la puerta, pero no puedo verlo, estoy demasiado perdido en las visiones de la sangre.

Justo cuando siento unas manos inmovilizando mis tobillos y muñecas consigo abrir los ojos, se me cierran de nuevo sin poder resistirme. Entonces la veo, la misma mujer que intentó separarme de Kathleen. Loba está frente a mí, con el mismo corsé ajustado y las trenzas castañas enraizadas en su cabeza. La vampira tiene el rostro cubierto por su máscara de plata, a su lado un hombre con una joya muy similar. Deduzco que es Coyote, el tercer general de la Orden de los Condenados.

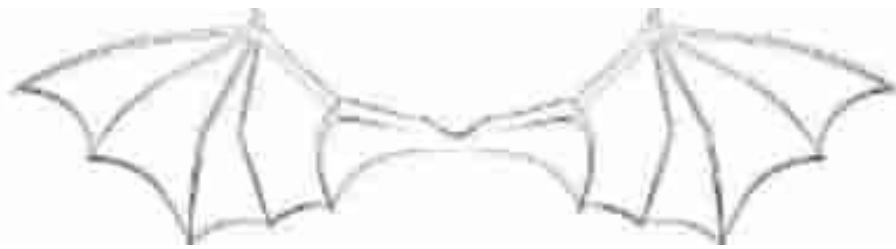
—¿Estás segura de que es él?

—No te puedes hacer una idea de cuanto, cariño.

Identifico su voz instantáneamente, no me hace falta ver lo que se oculta bajo la máscara para

saber a quién tengo frente a mí. La inmortal se encarga de sacarme fuera de la cama y su acompañante le ayuda a cargar conmigo. Antes de que mi mente se pierda en el interior de las visiones consigo pronunciar:

—¡Suéltame Ralva!

***Estevian Ilia***

La Corte de la Noche se mantiene llena de criados y sirvientas, personal cuya única misión es hacer que todo esté perfecto. Por eso es por lo que no hay ni una mota de polvo, ni una vela apagada. Hay un grupo encargado de cambiar y encender los candiles que se van extinguiendo. Estoy al tanto de ello, después de todo fue idea mía.

Me mantengo sentado en la gran mesa redonda de la sala de reuniones, frente a mí hay un hombre cuya piel segrega el aroma del poder. Con tan solo mirarlo sé que es mucho más fuerte que yo, por no hablar del don que le confiere su estirpe. El duque Krishan ha venido de muy lejos para esto, siento la responsabilidad de que mi reputación no decaiga en ningún momento.

—Son buenísimos ¿Dónde has aprendido a elaborarlas? —pregunta con seriedad mientras ojea los cuadernos que llevo preparando para él desde hace años.

—En la escuela de guerra, señor.

—¿Has valorado la opción de tomar el control de algún ejército?

—Eso le quitaría el trabajo a mi padre—una sonrisa torcida se dibuja en mi rostro. Él no se inmuta y sigue con la mirada fija en el papel.

—Has planteado defensas contra enemigos que nunca hemos combatido. Las tropas del sol nunca han cruzado este lado del Midna, pero nosotros ya estamos preparados si fuera necesario. ¿De dónde has extraído la información de sus magos y hechiceras? No conozco a nadie que haya visitado las Tierras Doradas.

—Tengo buenos informadores, señor. Los humanos no son solo nuestro alimento.

—Y ese es un pensamiento que inculcarás en el norte, después de que te cases con mi hija.

—Sí, señor.

No puedo negarme, no cuando mi vida ha sido planificada desde el mismísimo día en el que la *adasta* de mi madre dio a luz. Así como mi hermana mayor, Amari, ha firmado nupcias con Darius Cárpasot, yo lo tengo que hacer con Alia Shayk. Incluso mi hermana Enfi tiene un gran listado de pretendientes para su trato matrimonial. Los cinco hijos de la estirpe Hadid aguardan el momento en el que mi padre decida cerrar el contrato y así todas las estirpes nocturnas estarán completamente unidas.

No puedo negarme porque eso significaría una insurrección para el imperio vampírico. Desde que los Dynevor fueron derrocados, los acuerdos entre la realeza se habían paralizado. Al menos hasta que Amari se casó hace dos temporadas. Y ahora es mi turno.

—Ordenaré a mis escribas que transcriban tus ideas para que se tomen de enseñanza en nuestras escuelas de guerra. Vas a ser un gran *stoker* de Pestet, Lord Estevian.

Asiento con la cabeza a tiempo de que la puerta resuene y mi reunión dé por finalizada. Mi padre

atraviesa la habitación sin prisa, con elegancia. Él, el vampiro que lo ha dado todo por el Continente de la Banshee, el duque Ábsolem, uno de los líderes más poderosos bajo las noches de Valhía.

Mi progenitor es alto, si nos parecemos en algo es en el peinado, el flequillo peinado eternamente de punta. Su cabello, del color de las tinieblas, resalta sobre su tez pálida y su expresión seria. A diferencia de mí, que ya tengo barba después de un mes sin afeitarme, él ha ordenado a los barberos que eliminen todo rastro de vello de su rostro. Sus ojos son pequeños y negros, en su frente luce la brillante corona de oro negro y rubíes de sangre engastados en ella. Lleva una saya marrón oscura a través de la cual se puede ver su pantalón de tela y sus zapatos de palacio.

—Tenemos que hablar de los preparativos para la noticia del enlace—proyecta su voz por todo el salón—. La Fiesta de Santa Illythia ya ha sido anunciada por todos los pueblos aledaños a la gran ciudad, vendrá gente de todo el territorio.

Me despido con una pequeña reverencia y salgo de allí antes de que pretendan enredarme con alguna de las largas conversaciones que se van a llevar a cabo durante el resto del día. Los coperos aparecen tras de mí para servir la sangre de reserva, el mejor género para los líderes que mantienen todo el continente a salvo.

Recorro la larga balconada que da al patio interior, paso desapercibido bajo cada uno de los arcos de piedra mientras me apresuro a llegar a mi cuarto. Cuando llego allí puedo saborear el aroma de la soledad, un gusto refinado y agri dulce que me recuerda que no puedo salir de aquí. La cama sigue donde mis criados la montaron hace aproximadamente un mes. Me han pedido en innumerables ocasiones que pueden retirarla, pero tengo miedo de que sacar las sábanas de mi dormitorio signifique alejarme más de Cirigh.

Le extraño tanto como lo hace mi paladar cuando llevo largas horas sin alimentarme. Estar con él me ha mantenido tan ocupado que había olvidado por completo la llegada de la Corte de la Niebla. Si me hubieran dejado un poco más de tiempo le hubiera podido aclarar todo. Tenemos tanto de lo que hablar que ver las calles de la ciudad teñidas de blanco y granate me arde por dentro. No quiero continuar con este festejo, no cuando por fin lo he encontrado. No ahora que hemos estado tan cerca, no ahora que necesito sus besos para mantener a raya mi bestia interior.

Entro completamente desnudo bajo las aguas de mi cuarto de baño privado. Dejo que el vapor del agua roce cada centímetro de mi piel, cada músculo y cada extremidad. Ya no huele a pescado, hace meses que Cirigh dejó de oler a mar para empezar a oler a Plaguen, por eso lo extraño más aún. Ojalá supiera toda la verdad, pero sé que habérsela dicho desde un principio haría que su cabeza colapsara. Jamás me perdonaría verle sufrir.

No tengo mucho más tiempo para mí, me visto con una casaca color vino y unos pantalones de cuero negro. Me apresuro a recorrer los pasillos de mi hogar, bajar al vestíbulo y reunirme con mis hermanas y mi cuñado. Todos están listos para saludar al pueblo.

—Ya he enviado los viales de sangre al Aquelarre del Cuervo para que se aseguren de que estamos bien—explica Enfi, aún recuerdo los dos frascos que extrajo de mí. Minutos después estamos subidos a la carroza que emprenderá nuestro desfile por las calles de la ciudad.

Darius lleva un conjunto muy similar al mío mientras que mis hermanas visten vestidos voluptuosos propios de la alta realeza. Amari brilla con luz propia complementando su mirada azul con la seda gris, mientras que Enfi ha decidido vestir completamente de blanco, como si quisiera hacerles honor a nuestros aliados del norte.

—Aprovecha estas sedas, hermana—habla la mayor—. Mañana utilizaremos pantalones para la arena.

—No sabes las ganas que tengo de superar las pruebas y demostrarles a los Shayk que los Ilia

somos dignos de nuestro estatus.

—Lo único que quieren ver es a Estevian lucirse, después de todo te vas a convertir en un lobo blanco ¿verdad, cuñadito? —Darius se mofa de mí mientras acaricia las manos de su esposa.

—Solo será unos años, luego volveré para ocupar mi lugar en Plaguen. Así que no te acomodes. A mi nuevo hermano no le falta razón, en cuanto se celebre el matrimonio entre los Shayk y los Ilia tendré que marcharme a Pestet para vivir una larga temporada y conocer sus costumbres. Diez años lejos de todo lo conocido para poder afianzar la alianza y engendrar la próxima estirpe de la Corte de la Niebla. Un cometido que detesto pero que tengo la obligación de cumplir.

El pueblo nocturno estalla en aplausos y vítores cuando nuestra carroza recorre sus calles y nosotros nos limitamos a sonreír y saludar. Hay niños inmortales gritando de felicidad mientras sus padres nos recuerdan que en los bajos fondos no hay dinero para contratar *adastas*. La gran tasa de mortalidad de vampiras es un hecho que todos hemos aprendido a normalizar, al menos en apariencia, pues en el fondo todos los nocturnos de Valhía portamos una herida incurable.

Jamás imaginé que los tritones disponían de un poder tan grande como para engendrar vida sin sacrificar nada a cambio. Cuando busqué a Cirigh nunca pensé que podría ser la llave para solucionar todos los problemas que me atormentan. Si el don natural de los ahogados es eficaz con la prole nocturna, puede que el orden del mundo cambie para siempre.

—¿Cuántos de ellos vendrán a vernos mañana?—pregunta Amari con el corazón en la mano—. Me encantaría que todas esas niñas vieran lo buenas que somos en el combate, podríamos ser un ejemplo para ellas.

—Pues vendrán todos los que se lo puedan permitir, ya sabes que las entradas para ver a la realeza en combate siempre tienen un coste muy elevado—responde Enfi casi a modo de protesta—. Los primeros sitios están reservados para la alta nobleza, ya sabes lo que dice padre siempre...

—Hay que demostrarles a los poderosos que no tienen opción para ocupar el trono—decimos Darius y yo a coro.

—La noche eterna lleva funcionando así desde tiempos inmemoriales, no te esfuerces por intentar cambiarlo, querida—añade mi cuñado consiguiendo que mi hermana pequeña se cruce de brazos.

El camino de vuelta es mucho menos ajetreado, hay menos gente ya que la multitud se dirige hacia el concierto que da *Los Soles Negros*, la troupe más reputada de estas tierras. Un grupo de músicos que convierten las exigencias del pueblo en letras para sus canciones.

—Nos vemos mañana, cielo—mis hermanas se despiden de mí con un beso en la mejilla mientras que mi cuñado lo hace con un apretón de manos.

—Suerte con ella, Estevian—dice él.

—No le va a hacer falta, Alia es un partidazo.

—Un partidazo forzado...—susurro lo suficientemente alto como para que ellas puedan escucharme, después me marchó.

Así es como funcionan mis días desde que Ulfred se llevó al tritón lejos de palacio. Mi trabajo no solo consiste en saludar al pueblo y demostrar que soy un buen heredero para las cortes vampíricas, si no que, cada noche, tengo que pasar tiempo con Lady Alia.

—Buenas noches, milord—me saluda ella con una voz frívola y apagada, como si dentro de su cuerpo albergara el tornado más destructivo del mundo. Su tono habitual.

—Buenas noches, miladi—le hago una pequeña reverencia, tomo su mano entre las mías y le dedico un suave beso sobre esta.

—¿Cómo estás?—pregunto con la intención de romper la incomodidad que aparece entre nosotros durante la primera hora de nuestras citas nocturnas—. ¿Qué has hecho hoy?

—He estado con los sastres para ultimar los detalles del vestido de boda, he leído la agenda de actividades para el pueblo de Plaguen y me he estado dando un baño de agua helada.

Una respuesta que se me antoja repetitiva. Todos los días hace lo mismo, a veces en diferente orden, pero lo mismo, al fin y al cabo. Odio la rutina y me temo que en Pestet me espera una pesada rutina, una sensación muy similar a la de caminar con la nieve cubriendo mis rodillas.

Alia es hermosa, eso es algo que no puedo negar, quizá el lado positivo de todo esto, el único. Tiene una piel brillante y suave, su cabello es una media melena platina con corte bob. Se dice que su peinado es la herencia de todas las gobernadoras del norte. Aunque sin duda lo que más me inquieta es su mirada azul hielo, soy su presa y pretende asfixiarme.

—¿Cómo te gustan las *adastas*?—lanza de improviso, como si solo pensara en el matrimonio más allá de querer conocerme. La razón principal por la que la tradición marca encuentros entre los *stokers* de ambas cortes es para crear una confianza natural que reduzca la sensación de que todo forma parte de un contrato. Pero ella no parece buscar ni siquiera una amistad—. ¿Rubias, morenas o pelirrojas? El resto de los colores podrían causar demasiado caos en el Palacio de la Niebla.

—La que tu elijas estará bien...—contesto sin ánimo de continuar con esta conversación. Sé que en el norte las mujeres no tienen mucho poder de decisión, por eso, y quizá por pena, dejo que esto corra de su mano.

—Entonces escogeré la que más se parezca a mí, así puedes imaginar que estamos yaciendo juntos.

—Me parece bien, miladi.

Continuamos hablando de cosas nimias como flores que se usarán en nuestro enlace, el plasma importado desde el norte y los vestidos que llevarán las damas de honor. Alia me cuenta que su hermano mayor, Lord Kayal, está muy orgulloso de sus cuatro hijos. Tengo que ahogar una carcajada para no ofenderla, pues recuerdo a su hermano visitando los prostíbulos de Plaguen hace apenas dos temporadas.

—Las criadas hablan, ¿Lo sabes verdad?

—Le encantan hablar, no las culpo, están todo el día trabajan_ do—respondo con seriedad, no busco molestarla. Después remuevo el contenido de mi copa y añado—. ¿Alguna novedad?

—Dicen que tu *ilota* era muy apuesto—no le llevo la contraria lo que le agrada, lo percibo en su rostro congelado y perfecto—. También que te gustaba tanto que incluso lo llevaste al ala real del castillo, a tus propios aposentos.

—Hubo un altercado en su dormitorio y no podía dejarlo desprotegi...

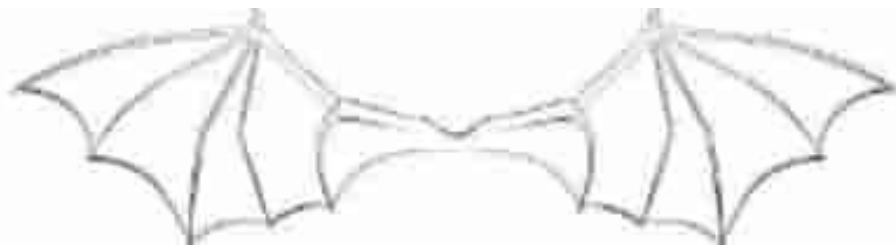
—Eso en el norte se considera alta traición y es pagado con la quema—me interrumpe de golpe. Su mirada se mantiene fija en mí, es como si pretendiese leerme la mente—. Los sirvientes no pueden dormir en los dormitorios de sangre real.

—En la Corte de la Niebla los sirvientes sexuales están prohibidos ¿No es así? —intento pagarle con su misma moneda—. Me tendrás que enseñar esas formas tan diferentes que tenéis para divertirlos.

—Sí...

Y suelta una incómoda carcajada, como si estuviera obligada a reír mis gracias. Las campanas del reloj de la sala suenan y yo respiro aliviado. Nos despedimos con la promesa de vernos la noche siguiente, yo solo deseo que esto termine cuanto antes. Casarme, darle descendencia y volver a mi hogar, ese es mi único cometido. Aunque primero necesito reunirme con Cirigh de

nuevo, serle sincero y abrazarle.



26

Las nubes resplandecen con debilidad ante la mañana de Plaguen. La noche ha transcurrido con lentitud, pues las conversaciones con Alia nunca son dinámicas. Mis hermanas están en el comedor, el desayuno está preparado, en esta ocasión hay una mezcla de dulces y leche fresca, además de la ración matutina de sangre.

—Tu prometida se acaba de marchar a darse su baño real—anuncia Enfi al ver como la busco con la mirada.

—Sí...—Amari se mantiene recta y elegante, con el porte propio de una duquesa—. Edana está haciendo una gran labor congelando las aguas de su bañera. Le diré a la Tríada que le den un buen reconocimiento.

La Tríada, las líderes del Aquelarre del Cuervo, tres brujas de inmenso poder que han servido a la corona desde el origen de los tiempos. Ellas son las encargadas de seleccionar a las vampiras jóvenes con el *toque* para adiestrarlas en el manejo de la magia. Dicen que el estudio de las mancias es mucho más duro que memorizar largos tomos de historia, estrategias militares, movimientos de combate o modales sociales. Agradezco el simple hecho de que mi *adasta* tuviera un bajo porcentaje de aptitud mística en su sangre, no me puedo ni imaginar que hubiera sido de mí si mi padre hubiera decidido encomendarme a la magia. Aunque no acabaría en la guarida de las brujas, si no que me destinarían a la aburrida vida de los sacerdotes de Santa Illythia, la religión que se profesa en Plaguen.

—Ya es la hora—Darius entra en la estancia sin previo aviso, le da un mordisco a un bizcocho dulce y da varios golpes sobre la mesa—. No hagamos esperar al Antiguo.

No perdemos más el tiempo, nos apresuramos a recorrer el castillo y dirigirnos hacia las catacumbas ocultas bajo el castillo. Cada vez que pasamos junto a algún sirviente o criada, estos se apartan y hacen una reverencia en señal de saludo. Esto facilita que nadie nos entorpezca el paso, no mientras nuestras zancadas se muevan con agilidad y prisa.

Ignoramos la presencia de las escaleras para acceder a los pasillos secretos ocultos a ojos de los principales. Rutas utilizadas solo en época de guerra para proteger a las estirpes de los rebeldes. Giramos a un lado y al otro a través del laberinto que forma las arterias de mi hogar, hay puertas ocultas tras cuadros desgastados, de no escoger el camino correcto podríamos acabar completamente muertos. Pues esa es la primera línea de defensa para la Corte de la Noche, si el enemigo pretende perseguirnos su destino será fatal. Al final de nuestro camino, y detrás de una librería de tomos viejos, se encuentra una puerta enrejada cuyo interior se mantiene a la vista.

Nos situamos en la pequeña estancia, apretamos el botón y escuchamos los mecanismos entrando en acción para movilizar el ascensor. Las cadenas, las tuercas y los engranajes se ponen en marcha para conducirnos a través de las entrañas de la tierra. Cuanto más

descendemos, más fría es la temperatura de la roca, es como si la vida no estuviera permitida allí abajo. Por suerte para nosotros, no estamos del todo vivos.

—Buenas noches, majestades—dice la voz de una mujer cubierta por un velo negro—. Acompañadme por favor.

La bruja es una figura misteriosa cuya figura representa a un alma tenebrosa. Hay calaveras iluminadas con llamas azules que flotan en su interior, las catacumbas irradian magia, un tipo de poder que dista mucho de lo que hemos visto en el exterior. El pasaje subterráneo se retuerce sobre sí mismo trayendo consigo el olor a incienso, almizcle y humedad.

Amari sostiene la mano de su marido con fuerza, desde niña ha detestado todo lo relacionado con el aquelarre, sus rituales y su misterio. Puedo oler su nerviosismo, más que miedo es inquietud. No la culpo, la potencia mágica de Plaguen es cruel y depravada, aunque se nos prepare para esto, nadie puede comparar los escritos con lo que estamos a punto de vivir.

Aun no comprendo cómo los duques y duquesas del Continente de la Banshee se han acostumbrado a esto. Preferiría poner la mano bajo el sol antes que situarme frente a la Tríada. Dicen que en Pestet hay algo parecido, un aquelarre de menor tamaño dedicado a la protección de la descendencia real. Por eso estamos aquí, porque necesitamos sus hechizos antes de tener contacto directo con mi ancestro. Si un vampiro de mi generación mirara directamente al Antiguo se convertiría en piedra, pues se dice que sus ojos sostienen tanto poder que nadie puede contemplarlo sin ninguna protección mágica. Ni siquiera mis padres son dignos de entrar en su presencia sin ayuda del Aquelarre del Cuervo.

—*Que la noche eterna sea con vosotros...*—se escucha un coro femenino invisible en las sombras

—*Y que el cielo sin estrellas guarde vuestros secretos*—respondemos nosotros sin alzar la mirada del suelo.

Casi es como si acabáramos de dar los primeros pasos de un ritual. El pasillo se ha abierto en una estancia circular en cuyo centro puedo ver una brillante estrella de ocho puntas. Cada una de ellas sostiene una llama azul que nos deslumbra tanto que es imposible distinguir cuantas brujas nos rodean. Pensé que el aquelarre no era numeroso, pero las voces y los susurros convierten nuestra compañía en una gran multitud.

—¡Hijos de Plaguen!—anuncia una mujer cuya voz resuena con la experiencia de mil noches—. ¡Vuestra existencia cumple la voluntad de nuestros antepasados!

Un par de botas se cruzan frente a mis ojos, cuando alzo la mirada puedo ver a una bruja cubierta por el mismo velo negro que el resto, así mantienen su identidad oculta.

—Ay...—susurra Enfi a modo de sorpresa, es imposible no asustarse con tanta tensión.

Cada *stoker* tenemos un alma tenebrosa frente a nosotros, brujas que susurran encantamientos que se propagan por la inmensidad del ritual. Por mucho que intente comprender qué es lo que están diciendo, me resulta completamente imposible. Sus murmullos son palabras que se pisan unas con las otras mientras que la fría piedra de las catacumbas cruje en señal de respuesta.

—Coged la mano de la progenie que os sirve y aceptar la bendición del cuervo.

En el momento en el que la mujer extiende su mano y muestra sus uñas perfectamente pintadas en rojo, me doy cuenta de que la bruja que me cuida es Kathleen. No me hace falta ver al resto de brujas para saber que es la única que cuida su manicura de esta forma.

En el momento en el que mi piel roza la suya mi cuerpo se recubre por un manto de sombras y la estrella de ocho puntas desaparece. Más bien somos nosotros los que ya no estamos en las catacumbas. En su lugar nos encontramos en un patio abierto rodeado de arcos de piedra y suelo de adoquines pintados con la constelación ashlox, la cabeza de toro. Hay enredaderas

encaramadas a la edificación gris, no hay mucho más allí, nada más salvo una casa del tamaño de una despensa.

—Bienvenido a mi *Hideout*, Estevian Ilia, hijo de Ábsolem Ilia y Ágatha Lient—el alma tenebrosa camina alrededor de mí sacudiendo sus dedos con desgana.

—Déjate de formalidades, Kath—digo poniendo los ojos en blanco.

—Sí, milord—y procede a quitarse el velo de la cabeza y dejar escapar su cabello salvaje, rizado y rojo—. Tienes suerte de que me hayan encargado tu preparación, Selena se moría de ganas por ser elegida por la Tríada. No sé qué les haces, cariño, pero las tienes locas.

—Supongo que tengo una imagen clínica e impoluta, no he pisado un burdel en mi vida.

—Cómo Estevian quizá no...—ella me guiña el ojo y yo me dedico a mirar, de manera desesperada, a todos lados buscando algún detalle que me indique que estoy siendo observado por la Tríada. Si el duque supiera que trabajo para la Orden mi cabeza se convertiría en cenizas. Pero allí solo hay árboles meciendo sus copas a voluntad del viento. Una noche nublada sin luna ni estrellas—. Tranquilo, tranquilo... Los *Hideout* son santuarios mudos a oídos ajenos que no sean la bruja que te ha traído. Nadie que venga aquí podrá vernos ni escucharnos.

—Me dejas más tranquilo—ironizo.

—Siéntate ahí y desnúdate—Kathleen señala un banco de piedra en la parte más céntrica de la plaza.

—¿Cómo?

—Si prefieres lo hago yo. Pero no tenemos mucho tiempo y tenemos mucho de lo que hablar.

No cuestiono sus palabras, me limito a desnudarme por completo y sentarme en la fría piedra. La bruja saca un cuenco de barro con esencias de flores, una mezcla que unta en sus dedos y empieza a rociar sobre mi piel. No lo hace de manera agresiva o grotesca, al contrario, lo hace con delicadeza. Sus dedos dibujan extraños símbolos en mi piel, letras de un lenguaje que, aunque no sepa leer, soy consciente de que es la lengua muerta de los nocturnos.

Veo “t” invertidas, “u” torcidas y “o” cortadas. También hay triángulos, rombos y otras formas geométricas que se van expandiendo por mi piel. Si ella tuviera que dibujar letra por letra tardaría una eternidad, para su suerte la tinta es mágica y las letras se van escribiendo a su voluntad. En un abrir y cerrar de ojos mi piel se convierte en un pergamino antiguo.

—*Así como Illythia bendijo a sus hijos con el abrazo de la muerte, yo te otorgo la inmortalidad de la noche. Que la oscuridad guíe tus pasos y la luna guarde tus secretos.*

Y de pronto la tinta se fusiona con mi piel y el ritual se lleva a cabo. Cada extremidad y cada músculo se mantienen impregnados en un poder que jamás he sentido. Me siento fuerte, más que nunca, me siento protegido, más que nunca, y me siento invulnerable.

—¿Y ahora?

—Vístete—jadea Kath agotada—. Lo he hecho lo suficientemente rápido como para que podamos hablar.

—¿Qué está pasando?

—La Orden me mandó un comunicado hace apenas unos días—en el momento en el que me levanto para taparme con mis ropas, ella toma mi lugar en el banco de piedra—. El Maestro dice que tiene el arma definitiva para derrocar a las estirpes de Plaguen.

—¿El arma definitiva? ¿Atacarán durante la fiesta?

—Lo dudo mucho, ahora hay demasiados soldados, del norte y del sur. Lo harán cuando todo termine. Quiere reunirse esta noche en la guarida, afirma que los tres generales comunicarán la estrategia que se llevará a cabo.

—No podré ir—suspiro sopesando todo el peso que se deposita sobre mis hombros—. Estaría faltándole el respeto a la Corte de la Niebla. Si faltó a la cita con Lady Alia...

—El norte se lo puede tomar como una ofensa a su corona... podrías generar una guerra política entre reinos—Kath acaba mi frase—. Yo tampoco puedo alejarme demasiado tiempo de la Triada. Su tela de araña se extiende por todas las brujas y nos mantienen controladas mientras nos transfieren su poder.

—¿Y qué hay de tu hermano?

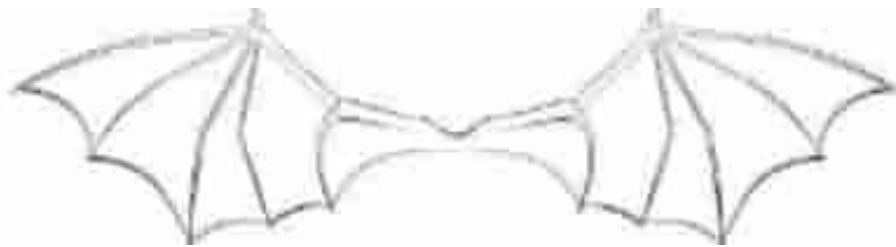
—Malik ha huido de la ciudad, casi lo descubren cuando me confirmó que el ataque en el palacio fue fruto de los hombres del Coyote.

Contengo tanto el aire que podría llegar a asfixiarme si no estuviera muerto ya. Mi mundo se desmorona por momentos, todas las enseñanzas para las que me han preparado carecen de sentido cuando la sombra de un atentado rebelde se cierne sobre mi familia. Me uní a la Orden de los Condenados con la esperanza de controlarlos y destruir a su líder, pero el Maestro es tan escurridizo que nadie lo ha visto en persona nunca.

Mis ojos se clavan en Kathleen y resplandecen rojo intentando atisbar las mentiras de sus palabras. Pero no las hay. No es que no confíe en ella, le encomendaría mi corazón si fuera necesario. Es solo que la desesperación intenta buscar cualquier razón para quedarme tranquilo.

Camino alterado por todo el *Hideout*, recorro los arcos que nos separan del bosque e inicio una carrera para sentir el viento fresco golpeando mi rostro. Necesito pensar en algo rápido, generar una estrategia lo suficientemente elaborada como para salir impoluto de todo esto. Ni el proyecto militar que le entregué al duque Krishan fue tan complicado. No tengo otra opción.

—Chacal asistirá a esa reunión.



Las sombras nos envuelven de nuevo y nos llevan de vuelta a las catacumbas. Mis hermanas y mi cuñado están allí frente a mí. A pesar de no ver la lengua muerta tatuada en su piel, puedo sentir el poder manando de ellos. Ya estamos listos para conocer a nuestro antepasado, el primogénito de Illythia, el Antiguo.

—Continuad, *stokers* de Plaguen—anuncia una de las líderes de las brujas ocultas en las sombras.

La piedra se abre para dejar mostrar una escalera que desciende a la oscuridad infinita. Allí no hay antorchas, velas, menos aún llamas azules. Por lo que mis hermanas y yo tenemos que utilizar el fulgor rojo de nuestros ojos para ver a través de la penumbra. Ocho esquivas de rubí descendiendo hacia los confines del reino.

Nuestras botas crujen ante el tacto de la tierra y la roca. Toda la parte subterránea de Plaguen es una infinidad de estalactitas, estalagmitas y el goteo incesante del agua. Avanzamos forjando huellas en un mapa imaginario, un camino que nos obligaron a estudiar hace años. Hay runas en las paredes rocosas de la gran cueva, pistas para llegar al Descanso del Antiguo.

—¿Listos?—pregunta Enfi a tiempo de apoyarse en las anillas doradas de una puerta de metal.

—Qué remedio...—suspiro justo antes de continuar.

Parece mentira el simple hecho de que, en mitad de una caverna con cientos de millones de años de antigüedad, haya un salón cuya riqueza resplandecen en la oscuridad. No hacen falta más que un par de zancadas para discernir la figura que hay sentada en el trono de piedra, iluminado por la suave luz que penetra una pequeña apertura del techo. A su lado hay una infinidad de estatuas que parecen formar la corte del rey del inframundo.

—*Y así como las tres hermanas engendraron a sus primogénitos, la descendencia de estos continuó con su legado*—el vampiro tiene una voz ronca y apagada, como el siseo de mil serpientes reptando a través del viento—. *¿Qué buscan aquellos cuya sangre permanece pura al cambio?*

—La noche nos trae ante ti, Antiguo—habla Amari mientras todos clavamos la rodilla en el suelo y mantenemos la mirada baja. La tradición expone que solo los primogénitos pueden hablar con el vampiro primigenio—. Se van a unir estirpes de diferentes reinos y necesitamos tu bendición.

El ser se incorpora y empieza a caminar por el lugar. A pesar de no poder verle sé que va cubierto por una capa granate que arrastra por el suelo. Lo hemos visto infinidad de veces retratado en los libros y pergaminos más conservadores. El Antiguo no tiene un olor desagradable, algo que me llega a sorprender. Se podría decir que su perfume no es otro que el

de las flores a punto de marchitarse. Lo que sí puedo percibir con claridad es el inmenso poder que recorre sus venas, una magia tan ancestral como destructiva, una presencia que me obliga a mantener el silencio sin inmutarme. Un efecto muy similar al que tiene mi padre con la alta nobleza de Plaguen, el poder de un alfa, pero mucho más infinito.

—*Stokers...*—pronuncia casi como un insulto—... *vuestras vidas son tan insignificantes como la del resto de inmortales de Valhía. El simple hecho de albergar el poder de una estirpe en vuestra alma no os hace mejor que los demás. Podéis morir tanto como lo puede hacer un simple granjero.*

—Lo sabemos, Antiguo—la voz de mi hermana titubea mientras los nervios la delatan.

—Amari Ilia, tu cometido está a punto de cumplirse. Tres chiquillos germinan con fuerza en el vientre de tus *adastas*...

Mis ojos se abren de par en par mientras la respiración de mi hermana se agita. Tres *adastas* eran las que tenía, una fue ejecutada por alta traición, lo que significa que el Antiguo considera a Cirigh un vientre más. Mi hermana está tan confundida que incluso se plantea interrumpir a nuestro antepasado, pero no lo hace, cualquier insurrección podría significar la muerte. Todos hemos sido advertidos desde el origen de nuestras vidas, corremos más peligro frente al primigenio que en el campo de batalla.

—... *pronto los reyes de Plaguen cumplirán con su ciclo y pasarán a formar parte del Hall de la Sangre.*

—Sí, Antiguo.

El ser se detiene frente a mí, lo sé porque estoy mirando directamente a sus pies grises y moribundos. Siento la presión de sus ojos en mi nuca, podría morir en este preciso instante si eso le complaciese. Más que respirar simplemente gruñe, es como si detestase el silencio y necesitase hacer ruido para alejar a sus propios demonios.

—*Se fraguan alianzas...*—continúa hablando y en ese instante sé que conoce todos mis movimientos—. *La sociedad nocturna está frente a un gran cambio, uno que marcará la diferencia.*

—Sí, Antiguo—repite mi hermana con la intención de quitármelo de encima.

—*El mundo tiene un corazón que yo mismo puedo escuchar. Percibo el latido de todos los seres vivos bajo la noche del Midna, incluso los dominios del sol no conocen límites a mi poder. Primogénita Ilia, te concedo una única pregunta.*

—¿Qué futuro nos depara a la raza nocturna de Valhía?—Amari no pierde ni un solo momento, pues sabe que exceder el tiempo en el inframundo significaría perder las protecciones que evitan que el Antiguo nos devore.

—¿Conoces la historia de las tres hermanas, primogénita?

—Sí, Antiguo.

—¿Sabes cuál fue la primera raza del mundo?

—Los vampiros, Antiguo.

El ser chasquea su lengua y se aleja de nosotros para sentarse en su trono de nuevo. Sus zancadas son lentas y arrastra sus pies por el frío suelo. De pronto siento un fuerte mareo, pierdo toda mi voluntad y empiezo a subir el mentón sin poder oponer resistencia. Lo único que guía mis movimientos son las palabras que pronuncia el vampiro primigenio:

—*Stokers, miradme...*

Mis hermanas, mi cuñado y yo alzamos las miradas con el fulgor rojo resplandeciendo frente a nuestro antepasado. Por primera vez en mi existencia inmortal contemplo la imagen que tantas veces he visto retratada. El ser carece de pelo, todo su cuerpo ha adquirido el color gris de un

cadáver a punto de descomponerse. Es delgado, con las costillas marcadas bajo su piel y un gesto serio e impasible.

Junto a él hay decenas de estatuas de mármol blanco, vampiros petrificados en el tiempo y formando el Hall de la Sangre. Ahí están mis abuelos, y los padres de estos y así generación tras generación. Todos los que han ocupado el trono de Plaguen ahora forman parte de una colección infinita. El Antiguo es tan poderoso que no puede mantenerse vivo con la sangre de nuestro ganado, ningún mortal es suficiente como para saciar su sed eterna. Pero en cambio la sangre pura, el plasma de los vampiros de las estirpes, le da la vitae que necesita para mantenerse en pie. Sin él nuestra sociedad estaría completamente extinta, él lo sabe todo, incluso mucho antes de que pase, es el consejero de la corona de oro negro y rubies. Se cree que es él el que lo maneja todo, el que influencia nuestras decisiones. Se dice que el ser mueve los hilos de los que vivimos en el Continente de la Banshee para otorgarnos la supervivencia que necesitamos.

El agua, que gotea detrás del trono, cae a una profunda charca que consigue rodearnos en completo silencio. Toda la humedad de la cueva se congrega allí, en una espesa miasma de líquido oscuro cuyo interior es una incógnita. Pero hay algo viviendo ahí, pequeñas criaturas que brotan del Antiguo como si este fuera el resultado de su esencia atemporal. Seres viscosos que se arrastran desde el trono hasta el agua. Los podría comparar con lagartos, quizá pequeños pulpos o puede que incluso algún tipo de cría de cocodrilo.

—Valhía brotó del universo cuando la oscuridad de la nada y la luz de unas pocas estrellas convergieron en nuestro hogar— comienza a narrar y mis labios se mantienen completamente sellados—. *La magia le dio forma y vida al mundo, y creó la primera raza del mundo: los humanos.*

Todo lo que he creído se desmorona en pedazos al escuchar la historia del Antiguo. Desde niño siempre nos habían contado que los vampiros surgieron bajo la noche del Midna y que los humanos llegaron después, con los primeros albores del sol. Y las sirenas, bueno, ellas simplemente aparecieron cuando los cimientos del mundo se sacudieron con las primeras guerras entre razas.

—Los mortales se asentaron en tres grandes reinos cuyos tronos fueron repartidos entre las tres hermanas— continúa diciendo mientras sus ojos rojos nos mantienen hipnotizados en una prisión sin cadenas. No hace falta que nombre a las deidades de Valhía pues todos sabemos quiénes son—. *Pero los humanos son codiciosos y cuando las hermanas tuvieron asentados sus dominios, el conflicto trajo la Primera Guerra.*

“Las tropas mundanas tenían el mismo nivel y los combates se resolvían con el mismo número de víctimas sin alzar nunca un bando vencedor. Pero las tres hermanas, que siempre se habían visto atraídas por la magia, decidieron recurrir a los poderes más oscuros. Entonces se forjaron tres objetos, tres reliquias que marcarían la diferencia.

Bryarthe forjó el Cetro Radiante, un arma de oro con el poder del sol concentrado en él, recurrir a su magia significaba calcinarlo todo sin dar pie a defensa alguna. Illythia creó el Grimorio de los Muertos, un libro con los conjuros necesarios para alzar un ejército infinito que se levantaba una y otra vez sin importar las veces que cayeran. Y Rysantha, la tercera hermana, bendijo una perla de almeja gigante convirtiendo la joya en el Orbe de las Mareas, con el que podía controlar el azul presente en todas partes.

La Primera Guerra duró años y años, se destruyeron civilizaciones y se extinguieron especies solo por el conflicto de las tres hermanas. Sin saberlo, y gracias al poder que la hechicería les había conferido, las tres alcanzaron la divinidad. De las civilizaciones caídas surgieron nuevas razas, nuevas oportunidades de victoria. Allí donde las islas fueron hundidas, nacieron los

ahogados. Allí donde las tierras fueron quemadas, nacieron los caídos. Y al final solo quedaron en pie los dominios dorados de los humanos, los cuales se autodenominaron: prestigiosos.

La codicia trajo la guerra, y la guerra vino acompañada por la devastación. Aunque una de ellas había vencido, la destrucción que habían provocado en Valhía hizo que cayera la primera lágrima. Eso fue suficiente como para que se reconciliaran como familia, de nuevo, aunque la magia las había cambiado, nunca olvidarían sus orígenes.

Como ofrenda de paz, las tres hermanas decidieron unificar el poder de sus tres armas, de tal manera que no funcionaban por si solas, si no que dependían tanto como se necesitaban sus dueñas. Así nadie más podría utilizarlas para crear el caos. El libro no se podría leer sin el orbe, y el cetro no activaría su poder sin el libro. Los prestigiosos, los caídos y los ahogados custodiaron esos objetos para siempre. Años después llegaron las guerras que todos ya conocemos, y el Pacto que hizo del mundo una paz frágil.”

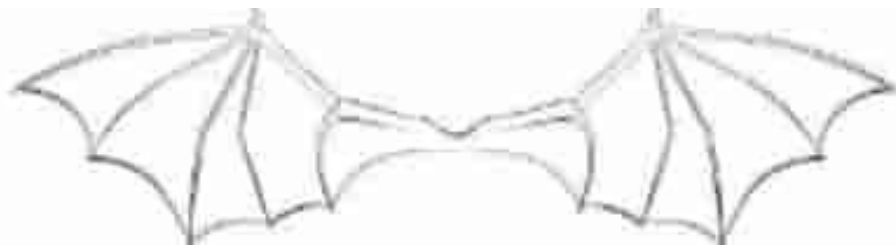
El primigenio termina su narración de forma orgullosa, si pudiera moverme estaría mirando a Enfi con cara de gilipollas. No entiendo nada, la sabiduría a veces se torna un delirio mental y empiezo a pensar que el ser que tengo enfrente ha pasado demasiado tiempo aquí abajo.

—¿Por qué nos cuenta esto, Antiguo?—mi hermana mayor verbaliza lo que los otros *stokers* estamos pensando.

—Porque se avecina una guerra, Amari Ilia. Y no podemos olvidar que humanos, caídos y ahogados fuimos hermanos una vez.

El Antiguo alza su mano y nos invita a irnos, supongo que esa es su manera de darnos la bendición para que continuemos con la unión entre estirpes. Esperaba, de alguna manera, que mi antepasado me dijera que no me puedo casar con Lady Alia, que tengo que permanecer cerca del tritón y dar mi vida por él si fuera necesario. Pero no lo hace, parece que tiene prisa para quitarnos de encima.

—Nos veremos antes de lo que esperáis. Pronto formaréis parte del Hall de la Sangre—sus susurros me estremecen de tal manera que se me eriza la piel. Entonces comprendo que nos echa de su guarida porque no quiere tener la tentación de devorarnos.



—He estado con los sastres para ultimar los detalles de tu traje de boda, he leído las leyes de ejecución para los traidores a la corona y me he estado dando un baño de agua helada. La bruja que me habéis asignado, Edana, me está resultando encantadora. Sabe mantener los silencios cuando yo se lo pido—me cuenta Alia mientras remueve la sangre de su copa—. ¿Te pasa algo, Estevian? No has dejado de mover la pierna en toda la noche.

—Sí, sí... debo de estar nervioso por los juegos de mañana—miento con la certeza de que no se va a percatar.

—Entiendo...—contesta de manera desinteresada, luego comenta algo que me enfría completamente el corazón—. En Pestet es común que las *stokers* contemplemos a las *adastas* durante el coito conyugal.

—¿Ah sí?

Mis ojos se abren de par en par mientras ella me mira fijamente, sin inmutarse, como si fuera algún tipo de estatua automática sin muestra alguna de sentimientos. La sociedad vampírica tiene tradiciones muy estrictas con la supervivencia de la especie. Durante la noche nupcial se celebra un rito donde la novia da de beber su propia sangre a sus adastas. Después es el novio quién se las lleva a la Sala de Cortejo para llevar a cabo la danza que traerá consigo la próxima generación de inmortales. El proceso se repite hasta que las *adastas* se quedan encinta, después se habilita el Cubil de Cría donde las *adastas* y la novia conviven hasta el final del proceso.

Lo más común es que las gestantes y su dueña forjen hermosas amistades con fecha de caducidad. Por eso a mi hermana le dolió tanto ejecutar a Lahmia, pero la ley de la noche es una obligación que nadie puede incumplir. Y ese es mi mayor temor, si no celebro el matrimonio con Lady Alia mi función en la Corte de la Noche habrá terminado.

—Si me disculpas—comento a tiempo de levantarme del sofá. Me acerco a ella, sostengo su mano con la mía y le dedico un suave beso sobre la fría piel—. Debo revisar los cuadernos que el duque Krishan pretende llevarse al norte, mañana no tendré tiempo para nada.

—Ah, si... está bien—parece que el tacto directo le incomoda—. Nos veremos mañana.

—Si salgo con vida del minotauro.

Alia asiente con la cabeza mientras yo aprovecho la excusa para huir. Tardo menos de diez minutos en cambiar la vestimenta de la corte por un conjunto más callejero. Escojo una camisa gris, un chaleco negro y una larga gabardina a juego. Los pantalones de tela son los más cómodos para emprender una larga carrera y las botas de montaña son necesarias para coger el atajo que me llevará directo a mi destino.

Cierro la puerta del vestidor después de asegurarme de que nadie más está en mi dormitorio. Aparto la ropa de montar y aprieto un pequeño botón oculto en el rodapié, un detalle invisible

entre el azulejo del suelo y el papel de pared. Al instante se abre un compartimento al lado contrario de la estancia, una puerta secreta de la que extraigo una brillante máscara de plata con la forma de un chacal. Una joya que guardo en mi gabardina para no llamar la atención.

Aprovecho el cambio de turnos en la guardia real para escabullirme por los pasillos y el jardín hasta salir lejos de los límites de palacio. Por mucho que me duela, dejo atrás a *Airman*, mi querido corcel, mi compañero fiel, llevarlo conmigo significaría delatar mi identidad y llamar la atención de los ojos más curiosos.

El camino por el desfiladero es fácil de recorrer, más aún cuando mi velocidad es tan sorprendente que apenas dejo huellas. No escojo la ruta que me lleva a la zona alta de Plaguen, si no que me precipito al barranco cuyo único final es el mar de árboles.

Desciendo a gran velocidad, el aire golpea mi rostro y sacude mi gabardina. A los pocos segundos caigo ileso sobre la hierba y el barro. Es ahí cuando me pongo la máscara y continúo con mi carrera. No quiero llegar tarde, no ahora que he conseguido eludir a la *stoker* Shayk para cumplir con mi propósito personal.

Entré en la Orden de los Condenados con la única misión de proteger a mi familia. Los rebeldes llevan caminando bajo la noche eterna desde que tengo uso de razón, pero nunca habían conseguido tanto poder. Empezaron con ataques sencillos, pequeños robos a las reservas de plasma de los nobles o secuestros temporales para advertir a los líderes vampíricos que los anarquistas existen y se mantienen en la sombra. En ese momento no llamaron mi atención, pero todo cambió cuando algunos nobles de la alta sociedad de Plaguen empezaron a morir en extrañas circunstancias, siempre marcados con el sello de la Orden. El escudo del fantasma vengativo que hace referencia a todos los miembros que murieron en su misión de cambiar el funcionamiento de la sociedad.

Si alguien me observase corriendo a través del mar verde que rodea palacio, vería a una figura que aparece y desaparece de manera intermitente. A un hombre con la barba recortada, el flequillo de punta y gabardina prácticamente imperceptible a miradas no entrenadas. La tormenta descarga su lluvia y sus rayos sobre los dominios de mi familia. Si hay algún animal salvaje acechándome, no tiene el valor suficiente como para atacarme, pues siempre huyen de mi fulgor carmesí antes de que puedan cruzarse en mi camino.

Atravieso un túnel construido en las rocas sobre las que se alza la ciudad. Una ruta descuidada y maloliente, el antiguo camino real antes de que el exceso de humedad lo medio derruyera. Aun así es un trayecto accesible, siempre y cuando a los cimientos del mundo no les dé por volver a temblar.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando recuerdo los cuentos que utilizaba mi madre, la duquesa Ágatha, para justificar la furia de la tormenta. Aunque seamos criaturas inmortales, también sentimos miedo y durante nuestra niñez somos tan inocentes como lo pueden ser las crías de otras especies. Así pues, para que no nos asustáramos por los rayos y los relámpagos, mi madre nos contaba que el Antiguo, nuestro vampiro de la guarda, era el encargado de mantener el cielo nublado y descargar las tormentas para protegernos. De algún modo esos cuentos me calaron hondo, y se me pone la cara de idiota cada vez que me imagino, al ser que habita los confines de la ciudad, cubriendo mis huellas con la lluvia y la tormenta.

Al cabo de una hora estoy saltando por los tejados de Plaguen y camuflándome en sus calles hasta llegar a la guarida de la Orden. El edificio es un viejo teatro cuyos artistas decidieron abandonar el oficio ya que descubrieron que se sacaba más dinero con el comercio del placer que con el del arte. No les culpo, hace falta ser excepcional en lo que haces para llamar la atención de la alta sociedad vampírica. Viscardi de Razol sigue manteniendo su galería de arte abierta,

incluso mi madre ha celebrado varias fiestas en ella.

Cuando accedo a través de los portones de madera reconcomida, mis pasos vuelan a través de la alfombra roja mohosa que recorre los pasillos principales. Paso desapercibido frente a la recepción, donde alguna vez se vendían entradas y aperitivos. Ignoro el ropero, cuyas perchas de madera han perdido su utilidad. Después asciendo por unas escaleras de escasa longitud, cruzo una puerta de metal forjado con filigranas que evocan la presencia de un rosal espinoso y todo cambia frente a mis ojos. El olor a humedad es inexistente en esta parte del edificio, la alfombra, ahora de un color dorado, presenta un cuidado envidiable y varias arañas de plata iluminan todo con intensidad.

La Orden de los Condenados es lo suficientemente inteligente como para hacer de sus guaridas lugares poco sospechosos, al menos a primera vista. Por lo demás les gusta alardear de riqueza y lujo, después de todo siguen siendo vampiros.

Mi entrada debe de ser espectacular porque todo el mundo se gira para mirarme. Los rangos más bajos están sentados en las butacas de terciopelo negro mientras que el Maestro, la Loba y el Coyote permanecen encima del escenario. Hay asistentes sirviendo plasma y canapés por toda la sala, en su gran mayoría humanos que se han unido a la causa. Así es como conocí a Jasper Gazzei cuando servía a la Orden, gracias a él pudimos encontrar a Malik, el hermano de Kathleen, el cual se había endeudado tanto que les prometió su eternidad a los anarquistas.

—Te estábamos esperando, Chacal—habla el líder a través de la máscara mágica que distorsiona su voz. Un hechizo que funciona en el resto de los generales.

—Disculpad la demora.

—¡E aquí el arma definitiva!—celebra él mientras Coyote sostiene una espada con la hoja de acero puro—. Un arma forjada en el norte del continente y con el poder suficiente como para repeler el poder de las estirpes. ¡E aquí *Colmillo Abdicador*!

La sala estalla en aplausos mientras el vampiro hace movimientos per-

fectos de esgrima. Da una voltereta, se desliza y muestra la belleza. Loba chasquea los dedos y los sirvientes cargan con carros llenos de réplicas exactas. La Orden trabaja a gran velocidad, desde que alguien robó la fórmula del arma, los herreros aliados no han perdido el tiempo a la hora de abastecerlos.

El verdadero potencial de los rebeldes reside en el simple hecho de que no se sabe quién está de su lado. Cualquier individuo puede pertenecer a la Orden, desde la florista de la plaza central hasta el bardo que toca la guitarra en las tabernas para sacarse algunas monedas. Tuve la suerte de unirme a los Condenados cuando mi padre aun no me había presentado en la alta sociedad. En los suburbios ya me había encargado de presentarme yo, pero como *Airman*, el nombre de mi caballo.

En Plaguen es común presentar a los *stokers* cuando son bebés o niños. Es un orgullo para los vampiros alardear de su descendencia, después de todo ha habido una *adasta* que ha dado su alma por alumbrar a un niño. Al contrario que cuando alcanzamos la pubertad, que nos confinan en palacio para adiestrarnos en todos los campos necesarios para sobrevivir en la alta sociedad. Para mi fortuna, aprendí a escaparme durante las horas de estudio y disfruté de todos los placeres que la noche eterna tenía reservados para mí.

Airman, el maleante huérfano. Nadie nunca me preguntó dónde me metía el resto del día. Y fue fácil hacerse de notar, huir de los guardias por traficar con sustancias ilícitas o incluso refugiarme en los burdeles de la ciudad. Por llamarlo de alguna manera, porque fue allí donde realmente se forjó mi personalidad. Una doble vida que me ayudó a afrontar mi existencia con más fuerza. Por un lado, estaba el príncipe, galán y educado, un especialista en las estrategias de

guerra. Y por otro lado, la ciudad temblaba al ver llegar al huérfano.

Y así fue como llegué hasta aquí, un día me topé con miembros de la Orden haciendo alguno de sus encargos, les seguí movido por la curiosidad y acabé atrapado en las garras del Maestro. Después llegó la revolución contra los Dynevor, el asesinato del duque y mi recompensa como Chacal. Ya por el camino fue recogiendo almas perdidas como a Kathleen y a Jasper.

—¡Ataquemos ahora mismo!—grita una mujer de cadera ancha, creo haberla visto antes pero no recuerdo dónde.

—¡Eso!—grita otro y el teatro se convierte en un caos.

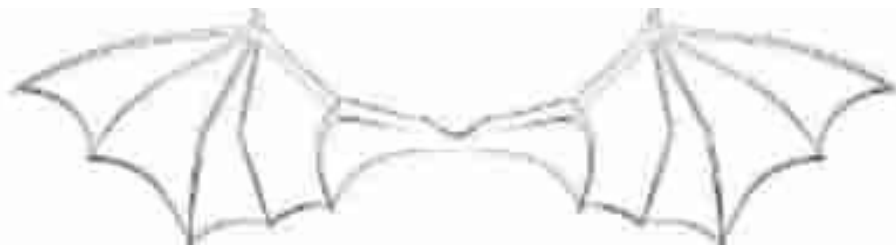
—¡Derroquemos a las estirpes!

—¡Ya lo hicimos una vez!

—¡Silencio!—ordena el Maestro y nadie le lleva la contraria—. Lo haremos durante el enlace entre cortes. Antes de que puedan engendrar una nueva abominación.

Así es como nos llaman a todos los que hemos nacido con sangre real. Tan sencillo como determinar que aquellos con talentos excepcionales son una amenaza para la sociedad. Los Condenados creen que si se elimina todo vestigio de poderes que no comprenden, se conseguirá una raza más fuerte e igualitaria.

—¡Utilizaremos a los *stokers* para la rendición de los duques!



29

El agua se desliza por mi piel y serpentea en mis músculos. La ansiedad palpita en mi pecho mientras el recuerdo de las palabras del Maestro me atormenta. La Orden pretende utilizarnos, a los *stokers*, como arma contra nuestros padres, pero dudo mucho que lo vayan a conseguir con simple palabrerío. Hay algo que se me escapa, una amenaza que he dejado pasar durante demasiado tiempo.

Suspiro impotente mientras la imagen de Cirigh relajado en mi bañera me calma. Si él estuviera aquí no habría nada que perturbara mi calma. Necesito abrazarle de nuevo, sentir su cálida piel y besar sus labios. Sin duda sus técnicas de seducción fueron más que espléndidas, dudo mucho que haya aprendido a hacer todo eso en unos pocos días. ¿Acaso entrenan a las sirenas y tritones de Valhía en el arte de la seducción? Siempre pensé que hacían gala de su cántico para hipnotizar a los marineros. Está claro que la información que tenemos de los ahogados es incompleta.

El calor brota de mi entrepierna como el fuego de los ashloxmanten en el espectáculo de los cazaflamas. Evocar la sensación de estar dentro de él me excita tanto que tengo que taparme con la toalla para que nadie vea mi erección al salir. No suelo recibir visitas, pero si así ocurriese llegaría a darse una escena bastante violenta.

Estoy terminando de abotonar mi camisa cuando alguien toca la puerta. Ulfred está al otro lado, sus manos sostienen un pergamino de pequeño tamaño. Sus rasgos son impenetrables, su cabello rubio y su mandíbula apretada hacen de él mi mejor aliado. Su familia ha servido a la corona desde generaciones y siempre ha sido más que un simple criado. Ulfred es un gran amigo, me ha acompañado en toda mi vida, tanto en la corte como en la Orden.

—Llegó un cuervo hace un par de días—me comenta con una sonrisa de oreja a oreja—. Tienes un mensaje de Orio.

—Te lo agradezco—respondo con amabilidad sin tener mucho tiempo para detenerme. Guardo la carta en mi bolsillo y recorro los pasillos del palacio mientras Ulfred me sigue el ritmo.

—¿Estás nervioso? ¿Sabéis algo de la arena de este año? ¿Escogerás las espadas media luna?

—Estás más alterado tú que yo—bromeo descendiendo peldaño a peldaño—. No sabemos nada, la verdad es que esto es una mera tradición, en cuanto acabe llegará “mi gran momento”, un enlace que no puedo rechazar.

—Nunca he visto a nadie tan emocionado por su propia boda—se jacta él ridiculizando todo el tema del acuerdo entre estirpes—. Pero allí estaré yo, viendo encadenar al gran Lord Estevian Ilia—Ulfred me saca una sonrisa con sus comentarios, tiene una lengua afilada y eso siempre ha sido una falta de respeto para los nobles de Plaguen. Por suerte es algo que se reserva solo para mí, sabe que no le mandaré ejecutar por eso—. ¿Quieres que vaya

contigo a la Corte de la Niebla? Supongo que podrás llevar a tus propios criados.

—No creo que los Shayk me dejen llevarme a nadie, tienen costumbres muy extrañas y no quieren a nadie que puedan romper su calma. Yo voy porque les tengo que dar descendencia—nos detenemos en la puerta del comedor y prometemos vernos después de todos los tradicionalismos nocturnos.

—No dejes a ninguno en pie—él me abraza y me da una palmadita en la espalda—. Si lo haces mal te lo estaré recordando por toda la eternidad.

—Pues lo tendré que hacer perfecto. Todo sea por no aguantarte.

Cruzo las puertas con una pequeña carcajada mientras Ulfred se dirige a las cuadras. Tomo el asiento que hay junto a Enfi y empiezo a desayunar de manera automática. La incertidumbre brota dentro de mí cuando el comunicado del Maestro flota en mi cabeza. Ni siquiera me percató de las tres copas de sangre que me trago de golpe. No tengo hambre de otra cosa, no cuando mi cuerpo se prepara inconscientemente para la guerra.

—Deberías comer huevas de noctívago—mi hermana me pasa un pequeño bol con caviar de un brillante color blanco—. Hoy va a ser un día muy largo.

—Nunca me han gustado—admito viendo como Amari y Darius hablan entre ellos al otro lado de la mesa.

—Yo las odio, de hecho, hasta hace unos meses siempre vomitaba cuando las comía. Pero ya sabes que son energéticas.

—Qué remedio...—suspiro dándole un buen bocado a la ración.

El sabor no es para nada agradable, una mezcla entre pescado, especias y vinagre. Pensar que esto es el oro de la alta sociedad vampírica me hace plantearme seriamente fingir la muerte del príncipe y aferrarme a mi falsa identidad, Airman.

Antes de que pueda darme cuenta los *stokers* de Plaguen estamos vestidos con conjuntos ajustados de cuero negro. Prendas idóneas para facilitar nuestros movimientos durante el combate que se llevará a cabo en menos de una hora. Estoy tan descentrado que he pasado la carta de pantalón a pantalón por pura inercia.

Nos encontramos en la armería de la arena, una sala llena de estanterías donde la variedad de armas es casi infinita. Hay espadas, lanzas, hachas, dagas... todas ellas con las hojas forjadas con acero puro. Por no hablar de las flechas de brillante punta blanquecina que mi hermana mayor carga en un carcaj de cuero.

Amari tiene dos trenzas que surgen desde su raíz rubia y caen por sus hombros. Nunca la había visto sin sus vestidos voluminosos ni su joyería. Parece más una guerrera de la guardia que una princesa de la Corte de la Noche. Siento la presión en sus ojos azules, se está esforzando por demostrarles a toda la sociedad nocturna que es digna de criar la próxima generación de *stokers*.

—¿Las espadas curvas otra vez?—se queja Darius cargado con su hacha de dos manos—. ¿No tuviste suficiente cuando te gané durante los entrenamientos?

—¿Pensabas que me lo estaba tomando en serio?—ironizo colocando alguna daga en mi cinturón—. Era solo un calentamiento.

—¿Crees que estamos en guerra?—le dice Amari a nuestra hermana mientras todos nos quedamos boquiabiertos.

Enfi introduce dos espadas cortas en las aljabas atadas a su espalda, después se equipa con más dagas arrojadizas de las que puedo contar. Utiliza cinchas en su cintura, tobillos y muslos. Está claro que quiere lucirse y pedir una audiencia con el duque Ábsolem cuando todo esto termine. Va armada hasta los dientes.

—Por lo visto no vamos a dar un espectáculo—comenta Darius sin coger nada más—. Está claro

que esto es una competición entre *stokers*.

Lo último que cogemos es un vial de sangre de gran reserva, una pócima que nos dará el apoyo suficiente como para soportar todo lo que se avecina. Ser un vampiro significa depender de la vitae, sin ella no seríamos más que bestias salvajes y hambrientas. Todo en nuestro día a día consume una pequeña fracción del plasma que ingerimos. Caminar, correr, saltar, ver en la oscuridad, luchar e incluso algo tan simple como parpadear. Pero sin duda lo que más consume nuestras reservas inmortales son las hazañas más sobrenaturales. Saltar grandes distancias, sobrevivir a caídas imposibles, respirar bajo el agua (o más bien no respirar), correr a velocidades fugaces o percibir el latido de los corazones. Entre otras muchas cosas, una lista casi infinita que se mantiene registrada en el Tomo de las Tinieblas y que, como era de esperar, me ha tocado estudiar durante mi niñez.

—Allá vamos—comento soltando todo el estrés con cada respiración.

—¿El gran Estevian está nervioso?—Darius me golpea en el hombro justo antes de que nos coloquemos en la plataforma que nos llevará hasta la multitud.

—Recordad que somos inspiración para muchos—Amari proyecta la presión que siente en su pecho.

—Pues yo me voy a centrar en disfrutar de todo esto, dudo mucho que volvamos a vernos en otra así en muchos años—sentencia Enfi a tiempo de que las cadenas del ascensor inicien el movimiento de sus eslabones.

Cuando salimos al aire libre el estruendo de la multitud nos eriza la piel y nos motiva a continuar con todo esto. El público se mantiene a trece metros sobre nosotros, las gradas de piedra forman un círculo alrededor de la gran arena. A diferencia de los coliseos donde nuestros antepasados se batían en duelo o lucían sus habilidades de combate frente a su pueblo, la arena actual tiene un diámetro que se podría comparar con el de un lago inmenso.

Todo fue un avance por parte del duque Idris, mi tatarabuelo, la estatua con los brazos cruzados a la derecha del trono del Antiguo. Un vampiro que determinó que la fuerza bruta no era tan importante a la hora de ganar un combate. Fue en esa época en la que se reformó la arena y se dio versatilidad a los combatientes dando pie a que cualquier arma fuera válida. Si mi antepasado no hubiera cambiado las leyes, el único válido en la actualidad sería mi cuñado Darius.

Y esa es la misma razón por la que la arena no es un círculo de arena y roca, si no más una representación en pequeña escala de un pueblo nocturno. Hay aproximadamente diez casas de baja altura y cinco de tres plantas, una librería, una hoguera en la plaza central e incluso una torre del reloj. Un trabajo espléndido por parte de los obreros que han estado trabajando durante todo el año. La estampa es maravillosa, deduzco que las brujas han ayudado a acelerar el proceso. El Aquelarre del Cuervo, cuyas líderes están situadas detrás de mis padres conjurando barreras invisibles para proteger al público de cualquier imprevisto.

No solo están los duques de la Corte de la Noche, sino también los de la Corte de la Niebla, la princesa de Pestet incluida. Alia está ahí inmóvil, sin ningún sentimiento a la vista, con sus ojos abiertos de par en par mientras las personas que la rodean vitorean nuestros nombres. El padre de Darius, el general Rhain, da una palmada y las gradas comienzan a enmudecerse poco a poco.

Otro mecanismo resuena en la arena, un segundo ascensor que provoca un escalofrío en mi columna vertebral. La plataforma no se detiene a la altura del suelo, si no que asciende por encima de nosotros formando un escenario que se eleva poco más que la torre más alta del pueblo.

—Le han puesto hasta nombre...—Enfi señala una placa de metal donde se puede leer—. Villa

Masacre.

—Sí señor... esto va a ser divertido—pronuncia mi cuñado con cierta incomodidad a tiempo de que veamos al minotauro sobre el torreón de madera.

El minotauro no es un toro antropomórfico, nada que ver con la imagen mitológica que aparece en nuestros libros. El minotauro es una bruja de élite del Aquelarre del Cuervo, una vampira que ha estado apartada de la sociedad durante siglos para prepararse para esto. Sí, puede que lleve un tocado con cuernos en la cabeza y que su túnica sea marrón en vez de negra, pero no tiene nada que ver con un animal. El minotauro es el título que se le otorga a aquellas mujeres con aptitudes mágicas que han aprendido a controlar plenamente el arte de la invocación. Claro que las miembros de la Tríada pueden hacerlo, pero se dice que controlar invocaciones requiere tanta concentración que tendrían que ser destituidas de su cargo de líderes.

—¡Os presentamos a Debra, la invocadora de lunas!—anuncia mi padre leyendo un pergamino que el propio aquelarre ha redactado para él. Incluso se ha puesto de pie para que podamos verlo—. Nuestra querida chiquilla de la noche. Ha superado nuestros exámenes en un tiempo récord y está preparada para demostrarnos, a todos los caminantes de la noche, que los conflictos se pueden resolver sin sacrificar a ningún inmortal más.

Si la bruja supera a los *stokers* en esta competición, seguramente reciba el reconocimiento de las cortes y se le encargue algún tipo de misión. Recuerdo una vez, cuando tan solo era un niño, que una bruja, Magnolia, ganó mucha reputación durante las exhibiciones de poder y fue destinada a las islas del este para limpiarlas de las criaturas salvajes que habitaban en ella. Se decía que era una invocadora de tormentas y se cree que es uno de los talentos más destructivos que existen en Valhía. En mi adultez deduje que las cortes se la habían querido quitar de encima para poder evitar cualquier tipo de conflicto con ella. Debía de ser una mujer difícil de tratar.

—¡Hoy se llevará a cabo el verdadero arte de la guerra!—continúa el duque Ábsolem con las manos abiertas de par en par mientras Lord Rhain le sujeta el pergamino—. ¡Magia contra acero puro! ¿Quién ganará? ¿Los herederos de las estirpes o los poderes ocultos bajo los cimientos de Plaguen? En esta edición de la Jauría Carmesí, hay dispuestas tres gemas ocultas en Villa Masacre. El bando que antes los consiga ganará.

Darius me mira con cara de estúpido mientras comprendemos que la elección de nuestro armamento nos entorpece el movernos con velocidad. Diría que Enfi es la única con la ligereza suficiente como para emprender la búsqueda que se nos presenta en el juego. Algo que no parece importarle a mi hermana Amari, ella sigue con el mentón en alza, no sé va a dejar amedrentar por nada, y el resto deberíamos de tomarla de ejemplo.

Nuestro padre explica las normas más comunes de la Jauría Carmesí. El asesinato no está permitido, si alguno de los participantes resulta herido de gravedad, la guardia se encargará de sacarlo de la arena para que continúe el espectáculo. También nos permiten la opción de abandonar con la palabra “retirada”, que funciona como la activación por voz de las runas que se ocultan en los cimientos de la arena y que evita que nadie pueda atacarnos mientras nosotros salimos del juego. Normas sencillas que facilitan la supervivencia de nuestra especie sin quitarle el morbo del peligro al espectáculo.

Aunque la repetición de las reglas no es más que un entretenimiento para dejar que Debra inicie su ritual de invocación. De otra manera sería un combate injusto, una bruja contra cuatro guerreros. Por ello es por lo que la vampira se pone a bailar mientras golpea unos palos de madera y atrae los flujos de la magia.

El público se queda absorto contemplando la danza de la invocadora, mis hermanas y cuñado también. Y yo hubiera evocado los recuerdos de mi infancia si no hubiera rozado el papel de mi

bolsillo. Lo saco por inercia, lo despliego sin querer y mis ojos se clavan en cada una de las palabras escritas en la carta:

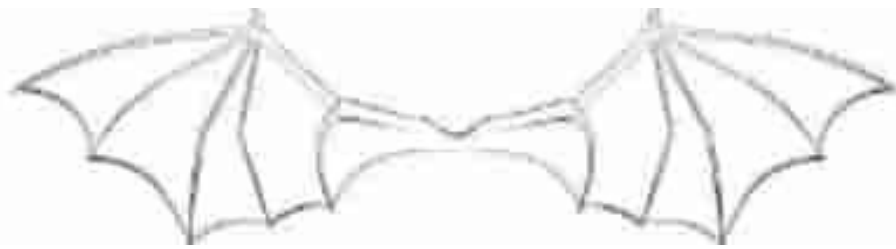
“—*Te echo de menos.*

Firmado: Cirigh”

El pecho se me infla con la inspiración de alguien que ha encontrado su razón de ser. Atesoro el trozo de papel en mi bolsillo, lo hago como si fuera el amuleto más poderoso del mundo. Mi propia reliquia de poder.

—Y yo también...—digo para mí mismo justo antes de que mi padre de por finalizado su discurso.

¡Qué dé comienzo la competición!



30

El baile de Debra, la invocadora de lunas, llega a su final cuando varias figuras encapuchadas se alzan a los pies de su torreón. El público ahoga un grito de sorpresa mientras que nosotros, con el fulgor carmesí en activo intentamos entender a que nos estamos enfrentando.

—¿Son elementales de hielo?—pregunto al ver el brillo azul bajo las capas negras.

—Mantequilla para mi hacha.

—En eso tienes razón, el acero puro puede contra ellos—secunda Amari cargando una flecha en su arco.

—No os distraigáis, recordad cual es nuestro objetivo—Enfi le pone cordura a nuestro equipo—. Buscad las gemas y terminemos cuanto antes.

Cinco hombres de hielo se dispersan por las calles de Villa Masacre, un número más que suficiente para darle juego a la competición. Debra tiene pleno control de ellos, es como si su consciencia estuviera dividida. Amari y Enfi se ponen a discutir acerca de cuál es la mejor estrategia para localizar las piedras y Darius no deja de insistir en que quiere encargarse de los encapuchados, que no son rivales para él.

—Separémonos, tenemos que encontrarlas y ellos ya se han movilizado—insto cuando me doy cuenta de que estamos perdiendo el tiempo.

—¿Esa es tu gran estrategia?—comenta mi cuñado a modo de provocación.

—Tiene razón, moveos.

Las palabras de Enfi le ponen fin a la conversación. Ella es la primera que se disgrega del grupo, propina un salto y se mueve a través de las azoteas de los edificios. De un momento a otro está entrando a través de la ventana de la torre del reloj mientras yo empiezo a moverme hacia la primera casa. Darius y Amari toman la iniciativa de ir juntos ralentizando su búsqueda, pero aumentando su poder de combate.

Así como el exterior de las edificaciones son una réplica fiel a cualquiera de los pueblos que conforman la noche eterna del Midna, el interior no es más que un atrezo pobre y sin detalle. Apenas hay una mesa con sillas, algún utensilio oxidado de cocina y una cama roída.

—Menos mal...—pronuncio aliviado al ver que no tengo que rebuscar entre cajones o arcones llenos de porquería.

En cuanto termino la primera visita utilizo el filo de mis espadas para marcar una cruz en la madera de la puerta. Y así lo hago con las dos siguientes, hasta que me detengo en mitad de la calle, observado por las zonas de la grada que pueden verme, y reflexiono en que este método va a ser realmente una pérdida de tiempo.

—¡Esto no funciona!—le grito al aire esperando que alguien pueda responderme.

Y allí está Enfi, pasando de tejado en tejado sobre mi propia cabeza. No dice nada, solamente se

limita a mirarme con una seriedad que solo puedo interpretar como un: *Cállate y continúa*. Así pues suspiro aburrido y continúo. Y es entrando en la cuarta casa, justo cuando abro la puerta, cuando veo como un encapuchado está destrozando todos los muebles buscando el rastro de una gema.

Aprovecho su confusión para agacharme y moverme en sigilo para colocarme a la espalda de mi enemigo. En ningún momento parece percatarse de mi presencia, sus manos se mantienen golpeando una cómoda de madera cuyos cajones ha vaciado de serrín. Empuño mis espadas curvas y apunto a su nuca. El golpe final se lo asesto antes de que pueda reaccionar, un tajo rápido y seco capaz de seccionar arterías sin ningún tipo de sufrimiento.

La creación de Debra se desploma en mil añicos de hielo que comienzan a derretirse. Esbozo una sonrisa torcida al comprobar la facilidad con la que vamos a superar esta prueba. Si esto es todo lo que nos tiene preparado el minotauro, me temo que su participación será olvidable.

—Pero ¿Qué coño? —advierdo sorprendido mientras el agua que forma el cadáver del encapuchado empieza a brillar con una intensa luz blanquecida.

Algo en mi interior me grita que corra, y eso es lo que hago, me lanzo desde la ventana a tiempo de que un rayo caiga desde el cielo al instante. Y no hablo de un rayo de tormenta, sino más bien uno de magia radiante y helada. Como si la luna irradiara esa energía en contraposición del sol.

—¡No los matéis!—grito recorriendo los tejados del pueblo—. ¡Explotan cuando...!

Pero no puedo seguir hablando, más y más rayos empiezan a surgir en Villa Masacre. Desde lo alto puedo ver a mi hermana Enfi huyendo de la consecuencia de haber derrotado a dos soldados de hielo. Por suerte para Darius, Amari desentrañó la técnica de Debra con una de sus flechas.

Observo a la invocadora, está en pleno éxtasis esotérico, un sinfín de sensaciones que le provoca el baile del ritual que está llevando a cabo. Y de un momento a otro ya no son cinco los soldados que aparecen bajo su torreón, si no diez, no, veinte. Un ejército entero a su servicio, una prueba más de que, lo que estaba utilizando hasta ahora, era una pequeña porción de su poder. Sin ninguna duda, estaba dándole al público el espectáculo que se merecían.

—¡Tengo una!—anuncia Enfi con una gema azul entre sus dedos. Mi hermana no ha perdido el tiempo, ni siquiera se ha dejado llevar por el pánico de la sorpresa. Ella es la más rápida de los cuatro, y eso es una ventaja que está aprovechando al máximo.

Las tornas del juego cambian en el mismo instante en el que los *stokers* vitoreamos ante la primera muestra de que podemos ganar la competición. Pero Debra no nos lo va a poner nada fácil, lo sé porque los soldados de hielo no solo se dedican a buscar el resto de las piedras, si no que esta vez también atacan y lo hacen sin ningún tipo de piedad.

—¡Maldita sea!—protesto al ver como tres encapuchados se abalanzan hacia mí con las manos convertidas en lanzas.

Doy una voltereta hacia atrás, después salto por encima de ellos y utilizo mis espadas por inercia. Primero un cuello, luego el segundo y después el tercero. Uno de ellos consigue rozarme provocando una pequeña hendidura en mi pecho, nada alarmante. Pero que se intuya parte de mis pectorales provoca que la multitud de las gradas grite emocionada. Quieren ver violencia, quieren ver sufrimiento, quieren ver sangre real.

Soy demasiado lento a la hora de apartarme de los tres rayos que arremeten contra el agua en un compás de poder y destrucción. Mi cuerpo sale despedido por encima del nivel del suelo, pero consigo estabilizarme en el aire clavando mis armas en la pared de uno de los edificios más altos. Tengo que estar atento, no puedo titubear, no ahora que la amenaza es tan clara.

A pesar del pitido en mis oídos y mi cabeza aun zumbando ante la explosión, aprovecho la oportunidad para continuar con la búsqueda. Al principio me topo con una habitación sin apenas mobiliario, un escritorio mohoso y una estantería sin libros, nada resaltable. La verdadera dificultad aparece cuando la siguiente habitación es una estancia llena de armarios. Voy abriéndolos uno a uno y es del cuarto del que sale otro soldado de hielo y se abalanza sobre mí.

Me desarma en un instante, clava sus lanzas en mis hombros y me ruge con fuerza. Estoy a punto de defenderme como sea, incluso de utilizar mis colmillos para quitármelo de encima. Pero Darius salta desde la ventana y le decapita de un solo tajo.

—¡Este era mío!—se queja mientras el agua salpica la estancia y el rayo surge del techo.

Mi cuñado es lo suficientemente rápido como para cogerme entre sus brazos, recubrir su cuerpo de una capa negra con la consistencia de la roca y saltar por la ventana a tiempo de soportar la explosión. Veo como los escombros golpean su cuerpo sin que él se inmute, la dureza del don de su estirpe se empieza a resquebrajar, como la piel de las serpientes durante su muda.

—Te debo una...—digo entre jadeos mientras empuño dos dagas arrojadas de mi cinturón dando por imposible recuperar mis armas bajo las ruinas.

—Espero que puedas devolvérmela—ironiza él justo antes de coger la pócima de plasma e ingerirla de un sorbo.

Sé que está agotado, que utilizar el poder de los Cárpasot le consume más sangre de la que puede utilizar, y que, si sigue abusando de ello, acabará siendo dominado por la bestia y convirtiéndose en un verdadero

problema.

—¿Qué hacéis ahí?—se queja Amari accionando las explosiones de nuestros enemigos a golpe de flechas certeras—. ¿Ya habéis terminado?

—Recuérdame que la próxima me haga con uno de esos—me refiero a su arco. Segundos después propino un salto sobrenatural y me encaramo al tejado de lo que parece ser el ayuntamiento.

Seguimos dando el espectáculo guiándonos por una organización nefasta. Doy gracias que Darius le había echado el ojo a mi oponente antes de que este me eliminara. Desde la ventana puedo ver el resplandor dorado, es una gema. Me muevo con velocidad, la tomo entre mis dedos y me dispongo a anunciarlo cuando algo me paraliza el corazón.

La estancia en la que se encontraba la segunda gema no era más que una pequeña herrería. Aunque más que lucir cuatro muebles de dudosa calidad lo que hay en el yunque es una espada que me es extrañamente familiar. Y a escasos metros de esta, otras tres.

—*Colmillo Abdicador*...—susurro a tiempo de coger el arma entre mis manos y sentir su verdadero poder.

—Estevian...

La hoja, con una aleación entre acero puro y runas mágicas, pronuncia mi nombre. Lo hace como si guardara más secretos de los que estoy preparado para desentrañar. Su voz es elegante, lenta y sibilante como las lenguas de las serpientes. Tocarla conlleva recibir un pequeño chispazo de poder, una magia que está tan vinculada a mí como a ella.

—Irialmancia...—pronuncio con el fulgor rojo escrutando los encantamientos del filo—. La mancia que anula al resto de mancias...

La Orden de los Condenados ha crecido tanto que ha conseguido robar la receta de esta hermosura. El Maestro nos la mostró a todos los miembros, con razón estaba orgulloso, habían sido capaces de imitar el verdadero potencial de la forja del norte. Siempre se ha dicho que la Corte de la Niebla está en contra de la brujería, que en sus cortes ni siquiera hay un aquelarre o

algo parecido. Que ellos son más espirituales, que disponen de sacerdotes que le rinden culto a la Sombra de Illythia. La historia de las tres hermanas llevadas a otro nivel, a una religión que roza lo sectario, a una espiritualidad que determina quién es castigado y quién absuelto en los delirios constantes de nuestra existencia.

Lo que está claro es que hay magia en las tierras heladas al norte del Continente de la Banshee, quizá ellos les llamen de otra forma, pero no deja de ser brujería. Puede que incluso sus sacerdotes y sacerdotisas canalicen las mancias como lo hace nuestro aquelarre. Da igual el nombre si el cometido es el mismo. Y encima disponen de irialmantes, una mancia poco común, la misma que recorre por mis venas gracias a la mujer que me dio a luz.

—Estevian...—sibila de nuevo, y yo no hago otra cosa que guardarme

la gema en el bolsillo y saltar por la ventana dispuesto a probar la efectividad de la mejor creación de mi futura esposa.

La gente me aplaude cuando me subo al tejado y apunto con el arma hacia el duque Krishan, él me responde con una sonrisa, está claro que estaba deseando que encontrara su regalo. Automáticamente la Jauría Carmesí se convierte en una exhibición del poder de la invocadora, una muestra de supervivencia por parte de los *stokers* y un alarde de la reputación de los Shayk.

Les doy lo que quieren, me enfrento directamente a los soldados de hielo mientras la hoja imbuida en antimagia anula cualquier atisbo de explosión lunar. Así es como voy seccionando las cabezas de una en una. Primero cinco, después diez y a continuación doce. Debra continúa invocando a sus guerreros y yo veo en su baile mi oportunidad para lucirme. La misión de encontrar la tercera gema pasa a un plano completamente secundario.

Cada minuto que paso con el arma entre mis manos, cada tajo que arremeto a mis oponentes, siento un chispazo de poder, una inyección de adrenalina y una brisa de superioridad. Si esto es lo que sienten los dioses es una sensación adictiva. El chute es tan fuerte que me veo capaz de enfrentarme directamente con el Antiguo.

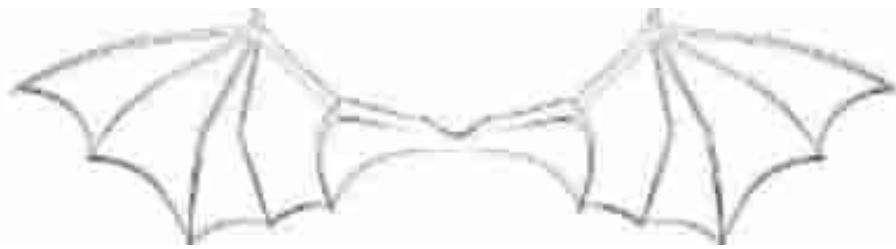
—¿Qué significa todo esto?—la Tríada se incorpora de golpe cuando varios soldados las apuntan con sus espadas.

La Jauría Carmesí se queda en pausa mientras mis hermanas y yo contemplamos lo que está ocurriendo. Pero todo pasa demasiado rápido, todo se vuelve impredecible y caótico. Los soldados atraviesan el corazón de las brujas en un único movimiento, mis padres gritan y la arena estalla en pánico. La gente intenta huir, pero hay más traidores entre ellos, miembros de la Orden dispuestos a dar el golpe final al espectáculo.

Debra, invocadora de lunas, está a punto de actuar cuando una flecha vuela rauda hacia su frente haciéndola caer de su torreón sin vida. Cuando dirijo mi mirada hacia el arquero, descubro a un hombre cubierto por la máscara del chacal. A su lado, la Loba y el Coyote. Mi corazón se detiene en un suspiro, mi respiración se entrecorta y las cosas empeoran.

De repente siento la boca seca y la sed intensificada por cien. Mi bestia interior se despierta sin darme tiempo a buscar mi pócima y detener su avance. En el reflejo de la espada puedo ver mis globos oculares completamente rojos y sangrantes, la mirada de un cazador en estado de frenesí. Antes de perder la cordura entiendo que lo que tengo entre mis manos no es el arma pura del duque Shayk, si no la modificación de la Orden. Mi humanidad se desvanece comprendiendo que cada chispa de poder era el arma bebiendo de mi propio ser. Así es como pretendían utilizar a los *stokers*:

—Hijos de puta...



31

Me convierto en un animal encerrado en un cascarón con apariencia humana. Dejo de moverme a dos patas para hacerlo a cuatro, me apresuro a recorrer los tejados de Villa Masacre o incluso de caminar por sus paredes. Ignoro los gritos de caos que se expanden por las gradas mientras los generales de la Orden inmovilizan a los líderes de las cortes vampíricas. Yo solo puedo pensar en alimentarme.

Mi vista está completamente nublada, allá donde miro no veo personas, si no entidades con venas que brillan a través de la carne. Me acerco al cadáver de Debra, invocadora de lunas, y utilizo la fuerza de mis garras para descuartizarla. Mi bestia interior la ve como una amenaza y no puede permitir que se levante de nuevo. La sangre sale despedida por los aires, empapa mi ropa y salpica mi cara.

Soy espectador directo de mis propias acciones, movimientos de los que no tengo ningún control. Por más que intento detener mi cuerpo, no puedo, no hay nada que pueda detenerme. No hay ningún ancla en mi corazón que pueda atar a la bestia y domarla de nueva. Mis hermanas ni siquiera lo intentan, se mantienen unidas aguardando el momento en el que les tocará enfrentarme.

Los inmortales tenemos un gran poder que carga con una condena infinita. Somos vampiros, sí, somos fuertes, ágiles y mortíferos, pero disponemos de una maldición que nos impide vivir con libertad. Una maldición que se divide en dos. La primera es el simple hecho de no poder caminar bajo la luz del sol, algo tan sencillo como contemplar un amanecer nos convertiría en cenizas. Y la segunda es la peor de todas, la sed insaciable que se anida en nuestra alma durante las noches eternas de Valhía. Tenemos que alimentarnos de sangre, tenemos que calmar la bestia que dormita bajo las mejores telas o las joyas más caras. Un monstruo ansioso por tomar el control y acabar con todo lo que nos rodea. Esa es la única manera de escapar del estado de locura en el que me encuentro, del frenesí.

Y no se puede controlar, al menos no siempre. Los hijos e hijas de Illythia hemos aprendido a emparejarnos para sobrevivir. Pues se dice que si nuestro corazón está vinculado a otro el frenesí de la bestia se detiene en cuanto nuestro amor verdadero está en peligro. Cuando no tenemos esas relaciones tan fuertes nos vinculamos a la familia, somos parásitos que no pueden subsistir sin estar anclados a un ser vivo.

Amari, Enfi y yo disponíamos de un vínculo inquebrantable cuando éramos niños. Una unión que no solo nos protegía de las duras reprimendas de nuestros padres, sino que también nos ayudaba a combatir a la bestia que bramaba en nuestras almas. Pero las cosas se comenzaron a torcer cuando Amari se enamoró de Darius y Enfi de Jasper. Ellas habían encontrado su nueva ancla y yo no tenía razón alguna para permanecer allí.

La primera vez que perdí el control fue durante la unión entre las estirpes Ilia y Cárpasot, durante la boda de mi hermana mayor. Fuimos atacados por la Orden y yo no podía permitir que Amari lo pasase mal durante el día más feliz de su vida, así que me enfrenté a los rebeldes incluso por encima de mis posibilidades. Y la bestia me dominó y puso en peligro a todo y a todos. Las brujas consiguieron inmovilizarme a tiempo de que mi madre me diera de beber su propia sangre. Cuando regresé en mí vi como todos me miraban con horror, los Condenados estaban descuartizados por todo el salón de baile, junto a sus cadáveres había criados y sirvientes que no tenían culpa de nada. Lo peor de todo es que casi acabo con la vida de mi hermana Enfi. Me prometí no perder el control de nuevo, pero esa promesa se quebró cuando los mortífagos nos atacaron en el paso hacia Orio.

Aun así, ninguna de esas dos ocasiones fue como esta. Esta vez la bestia se mueve poderosa, como si el *Colmillo Abdicador* me hubiera inyectado magia a tiempo de drenarme la sangre. Nadie hace nada por detenerme, no mientras la Orden mantenga a mis padres completamente inmovilizados.

La duquesa Ágatha está allí, su cabello rubio cae sobre sus hombros mientras sus ojos lloran impotentes. El falso Chacal mantiene el filo de una espada en su cuello, cualquier movimiento significaría su muerte. Mi madre pretende moverse, leo sus intenciones en su rostro de desesperación, está claro que no le va a importar sacrificarse si con ello puede detenerme. Quizá ella sea la única ancla que me queda en la vida, si la matasen, no habría nada que pudiera hacerme regresar en mí. La Orden no debe saberlo, si no ya le habrían rebanado la cabeza como han hecho con las brujas más poderosas de Plaguen.

Me dirijo hacia mis hermanas a gran velocidad, soy como un sabueso descontrolado, como un demonio a punto de absorber las almas de la arena. Doy un brinco y me abalanzo sobre ellas, Darius se interpone con la piel cubierta de rocas negras.

—¡Inmovilizarlo!—grita él mientras yo levanto sus protecciones a golpes de zarpa—. ¡Aprovechad que está distraído conmigo!

Amari se mueve con inteligencia, pone en práctica el don que adquirió cuando su sangre se entrelazó con la de su marido. Por primera vez en toda su vida, mi hermana utiliza el poder de la estirpe Cárpasot para recubrir su piel con la dureza negra. Me agarra por la espalda y sostiene mi cuello mientras yo lanzo mordiscos al aire. Es Enfi la que utiliza sus dagas para clavar mis manos y pies al suelo. El acero puro me debilita y me hace gritar.

—¡Lo vamos a matar!—grita mi hermana mayor con lágrimas en los ojos.

—¡Hazlo, Amari!—le ordena la pequeña.

La vampira tensa la cuerda de su arco y dispara una flecha tras otra para seccionar los tendones de mis brazos y piernas. La imagen es tan depravada que es imposible no sentir el dolor de mi familia al ver a su propio heredero crucificado en el suelo. Inutilizado, mis hermanas se quedan a mi lado mientras Darius se dirige a las gradas con el hacha en sus manos.

—¡Detente!—Coyote proyecta su voz por todo el coliseo y amenaza con que sus espadas acaben con los duques y duquesas—. ¡Suelta el arma!

Mi cuñado hace lo que le piden, mientras maldice por no poder hacer nada para detener a los rebeldes. En mi salvajismo observo como mis hermanas se convierten en un mar de lágrimas, están intentando calmarme con su propia sangre, pero mi organismo las rechaza. Saben que lo único que les queda es acabar conmigo.

—¡Hijos de la noche!—habla Chacal y entonces me doy cuenta de que es el Maestro el que lleva mi máscara—. ¡Hoy cambiará el orden de todo!

Siempre me pregunté porque el Antiguo nunca interfiere en los conflictos de sus inferiores. Mi

padre siempre me decía que no puede salir de las catacumbas de la ciudad, que sentir un ápice de luz solar podría destruirle por completo. Que, aunque nosotros no lo veamos, hay energía solar al otro lado de las nubes que amenazan con tormenta, un hechizo que nuestro antepasado mantiene para protegernos de la extinción. Más allá de todo esto, siempre he pensado que el Antiguo permite que su descendencia se mate entre sí porque el mundo está obligado al cambio.

—¡Os damos la oportunidad de unirnos a la Orden de los Condenados!—continúa mientras los rebeldes se movilizan hacia el centro de la arena.

Hay veinte hombres y mujeres, veinte inmortales cargando con dos carros cubiertos por mantas negras con el escudo del fantasma vengativo, el lema de los Condenados. Los rebeldes permanecen allí inmóviles esperando a que su líder termine su discurso. No hay ninguna duda de que es el Maestro, reconocería su afán de tertuliano incluso en mi peor locura. Siempre he detestado las reuniones de grupo, la narrativa sectaria que mantiene el inmortal cuya identidad es una incógnita.

—No habrá duques ni duquesas, solo un líder que traerá la igualdad a todos los habitantes de la noche del Midna. Y como promesa legítima os he traído una prueba de que conmigo no habrá nada que podáis temer.

—¡Asesino!—protesta una mujer situada en uno de los extremos de las gradas, acto seguido su cabeza sale despedida por los aires. Una acción que les indica al resto de alta nobleza vampírica que no es buena idea llevarle la contraria.

Loba se mueve junto a los asientos con total elegancia, pasa desapercibida detrás de Kathleen y las otras brujas que se mantienen con las manos encadenadas para que no puedan lanzar ningún hechizo. Reconozco a mi amiga porque es la única que se ha quitado el velo negro de la cara. La general chasquea sus dedos y varios de sus soldados se levantan movilizándose a unas quince mujeres inocentes. Reconozco a las

adastas de mi hermana y a las futuras damas de Lady Alia.

—¡No!—grita Amari cargando una flecha directa a las gradas. Sus ojos se inyectan en dolor y rabia. La última oportunidad de preservar su legado pende un hilo a punto de romperse—. ¡A ellas no!

—En esta nueva era no se sacrificarán más vampiras para preservar nuestra especie—continúa Chacal a tiempo de que Loba chasquee sus dedos para que sus soldados lancen a las mujeres por el precipicio. Algunas de las inmortales caen de pie, otras no consiguen estabilizarse en la caída y acaban estampando sus caras contra el suelo. Poco a poco se van incorporando mientras su sangre salpica la arena—. ¡La Orden de los Condenados tiene la solución a todos nuestros problemas!

Amari y Darius se apresuran a socorrer a las *adastas*, el rostro de preocupación de los *stokers* es un poema cuando se aseguran de que su legado está intacto. Primero ayudan a las vampiras embarazadas y después al resto. Es ahí donde se ve el clasismo que los Condenados quieren erradicar.

—Oh no...—Enfi ahoga un grito de sorpresa cuando los rebeldes destapan el primer carro.

Incluso en mi locura mi cuerpo reacciona. Mis ojos, rojos como el fuego más intenso, sin ápice de blanco ni humanidad, se abren de par en par para observar con detenimiento lo que se mantiene preso bajo el manto negro. Cirigh está allí, sus manos le mantienen encadenado al interior de una pecera repleta de agua dulce. Su forma, llamativa y hermosa al mismo tiempo, brilla en mitad de tanto caos. Ahí está su aleta de escamas azules y sus ojos penetrantes. Han colocado una mordaza rúnica en sus labios para que no utilice la Voz Azur.

—¿Qué le han hecho...?—mi hermana sigue dándole a mi bestia más

razones para zafarse de sus ataduras.

La Orden ha torturado al tritón, lo sé porque su cuerpo está lleno de moretones y heridas. Tiene el rastro del azote de un látigo, cortes de puñales por toda la cara, le faltan escamas en algunas partes de su aleta. Han utilizado los peores métodos para sacarle la información que querían.

—¡Los tritones de Valhía pueden almacenar nuestros chiquillos sin poner en peligro ninguna vida!—anuncia Chacal mientras las gradas ahogan un grito de sorpresa.

—¡Yo no voy a poner a mis hijos en el vientre de un monstruo marino!—protesta un hombre justo antes de que Coyote atraviere su corazón con una flecha.

—Sin exponer a nuestras vampiras al peligro de la descendencia, solo nos queda arreglar nuestro último problema—sus hombres destapan el segundo carro y dejan mostrar una jaula en donde se mantiene preso un necrófago—. ¡Los malditos de Makabria!

—¡Se ha vuelto completamente loco!—grita un grupo de nobles situados en las gradas opuestas a los duques.

—¡Nos va a matar a todos!—protestan unas mujeres maquilladas de manera excéntrica.

El público estalla en caos y empiezan a correr pisándose unos a otros. A nadie le importa que los soldados de la Orden vayan acabando con ellos, prefieren mantenerse lejos del peligro del necrófago por encima de todas las cosas. La multitud se convierte en una estampida y ni siquiera los rebeldes pueden frenarles. De repente llegan los accidentes y parte de la alta nobleza de Plaguen se desmorona hacia el interior de la arena.

Uno a uno los inmortales bien vestidos van cayendo desde la parte más altas. Los primeros que sobreviven acaban sepultados por los siguientes que caen, hasta que al final se amontonan unos cincuenta individuos entre vivos y muertos.

El olor a sangre es tan insoportable que mi cuerpo utiliza toda su fuerza para zafarse de las dagas y las flechas. Mi piel atraviesa las armas como si el dolor no existiera, estoy completamente herido, pero no me importa, no a la bestia que corre a cuatro patas hacia el banquete que la Orden me ha preparado.

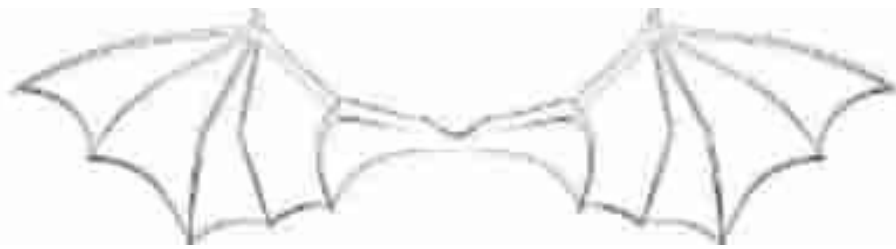
—¡Estevian, no!—chilla Enfi como si su propia vida estuviera en peligro, pero mi cuerpo no se detiene.

La bestia empieza a morder y descuartizar a los inocentes que se han desmoronado desde las gradas. En ningún momento bebe sangre, pues no le interesa saciar su sed, es más como si lo hiciera por pura diversión, como si el depredador estuviera aburrido de sus presas.

—*Stoker* no...por favor—escucho la voz de Angélika, la sirena que vive entre vampiros. Veo la pócima gris en sus manos, la misma que le regaló a Cirigh la noche que los presenté. Está tan débil que apenas puede beberse.

La descubro allí bajo alguno de los cadáveres que se han apilado sobre ella. La mujer intenta incorporarse, pero no puede, no con el cazador más despiadado de todos en frente de ella. La bestia abre las fauces para mostrar sus colmillos y estoy a punto de desangrarla, pero alguien me detiene:

—Hueles... a... hueles a aliento de ballena—pronuncia el tritón con tanta debilidad que solo yo puedo entenderle.



32

Mis ojos pierden la intensidad del rojo y adquieren su color oscuro natural. La bestia se duerme de nuevo, a pesar de estar sediento, puedo mantener la cordura. Entonces me doy cuenta de que nunca he estado solo y que siempre he tenido un ancla que mantiene mi humanidad estable por encima de mi frenesí. Una persona a la que llevo buscando desde que lo conocí, hace cincuenta años en la Isla Hueca, el lugar de vacaciones de mi familia.

—Bebé de mí, *stoker*, sana tus heridas—pronuncia Angélica emergiendo de entre la pila de cadáveres—. Sálvate, acaba con ellos.

Hago lo que me pide, no tengo otro remedio que regenerar mis heridas y saciar mi sed. Muerdo la muñeca de la sirena y bebo tanto como puedo, me detengo a tiempo de no quitarle la vida. Sé en qué momento parar para no drenarla por completo, y ella lo agradece.

—Estamos en deuda...

—Acaba con esto y me daré por saldada.

Me incorporo con el cuerpo fuerte y los músculos apretados. Me giro para mirar a Cirigh y descubro a Enfi sacándole de la celda. Están rodeados por rebeldes tirados por el suelo con el cuerpo atravesado por sus dagas.

—¡Ese tritón lleva al hijo de Lady Amari y Lord Darius!—anuncia Chacal y todos los ojos se clavan en Cirigh—. ¡Por eso el palacio lo ha estado protegiendo!

—¿Qué está diciendo?—mi hermana mayor carga una flecha y apunta directamente al ahogado. Tengo que emprender mi mejor carrera para colocarme frente a ella con los brazos abiertos—. ¡Es él! ¡Por su culpa Lahmia fue ejecutada!

—Es bueno, Amari. El bebé late fuerte en su vientre—le intento explicar, pero mi cuñado no puede controlarse—. Es su poder natural, un don que tienen todos los ahogados de Valhía.

—¡Es nuestro enemigo!

—¡No!—protesto y me muerdo la muñeca para extenderla hacia mi hermana—. ¡Míralo tú misma!

Por primera vez en mi vida no me importa que sepa todos mis secretos y que vea todo lo que he hecho durante este tiempo. Hubo una vez en la que éramos uña y carne, que nos lo contábamos todo. Amari me clava sus ojos azules, primero con furia y luego con pena. Entonces baja el arco, se acerca a mí muñeca y bebe de ella. La transfusión de recuerdos dura un instante, a pesar de que ella esté viendo meses y meses de vivencias, todo transcurre en apenas unos minutos. Cuanto más tiempo

beba, más recuerdos verá, pero no lo hace.

—Es tu ancla...—murmura ella parpadeando para recuperarse de todas las visiones. Sé que no ha visto el día en el que lo conocí, pero no hace falta, solo ha tenido que sentir todo lo que siento

por Cirigh—. Esto cambia las cosas.

—Confía...

—¿Qué estás diciendo?—la paciencia de Darius es inexistente.

—Amor...—pronuncia Amari y lo hace en un tono que es innegociable.

—Está bien. Ya me lo explicarás en otro momento.

—Rescatad a las brujas, proteged a las *adastas*, vamos a enfrentarnos a los generales de las máscaras—ordeno con la mente de estrategia a flor de piel.

—¿Y el necrófago?—dice Darius mientras los rebeldes abren la celda de la criatura.

—¡Tenemos las armas para protegernos de nuestros enemigos de Makabria!—anuncia el falso Chacal mientras sus soldados lanzan varias espadas desde las gradas—. ¡Ahora luchad!

Enfi coge a Cirigh en brazos y propina un salto a tiempo de alejarse del necrófago. La criatura comienza a danzar con sus garras acabando con todos los rebeldes que no han tenido tiempo para huir de aquí. La carne y la sangre tiñe la arena mientras el miedo nos invade a todos los presentes en su interior. Estamos frente a nuestro enemigo más mortal, y no estoy dispuesto a liberar a la bestia para protegernos, no cuando he puesto tanto en peligro.

—¡No toquéis las espadas!—advierto a tiempo de detener a mi cuñado en su intento por cambiar su arma—. ¡Os drenará la sangre!

Pero algunos de los nobles que cayeron desde las gradas están tan deses-

perados que empuñan varias hojas y se lanzan contra el necrófago. La lucha está bastante desigualada, y no lo digo porque el *Colmillo Abdicador* no sea poderoso contra el monstruo, de hecho, los vampiros de la alta sociedad consiguen asestar algún que otro tajo. Pero carecen de entrenamiento militar y la Orden se ha asegurado de que el necrófago esté bien alimentado.

—Ve con él—me señala Amari señalando al tritón—. Protégelo.

Y no sé si lo dice porque sabe que es el *adasta* de su hijo o porque realmente lo valora por ser mi ancla. Yo me limito a asentir con la mirada y moverme con velocidad. Recorro los tejados de Villa Masacre y alcanzo a Enfi antes de que los nobles acaben desangrados sobre el suelo.

—Está débil...—comenta ella a tiempo de dejar al tritón apoyado sobre la pared—. Le han...

—Le han torturado...—mi voz suena seria y vengativa. Después se torna cercana, no puedo verle así, no puedo verle sufriendo—. Cirigh,... estoy aquí... estamos juntos.

—Est...Estevian—pronuncia con torpeza, le cuesta respirar. Le quito la mordaza para que respire con tranquilidad—. Yo...

—Tranquilo, no hables—lo recuesto sobre mi regazo, me muerdo la muñeca y le dejo beber con calma.

—He...podido...recordar...algo

—Sshhh. Bebe.

Cirigh bebe de mí, lo hace despacio, débil, al menos al principio, porque luego empieza a drenarme con fuerza. Poco a poco sus heridas empiezan a regenerarse, se cierran con lentitud, como si las armas de los Condenados tuvieran algún tipo de veneno que ralentiza la regeneración sobrenatural. Está funcionando, solo necesita un poco de tiempo.

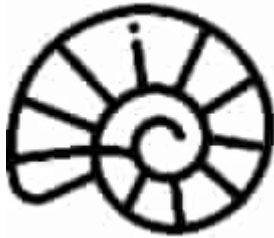
—Protege a las *adastas*—le ordeno a mi hermana—. Que no se acerque a ellas.

Enfi empuña tres dagas en cada mano y emprende una carrera fugaz. El

necrófago se mueve hacia las vampiras embarazadas, lo hace relamiéndose sus labios grises.

Actúa como lo hicieron los que atacaron a Cirigh en la montaña, busca sangre pura, limpia y virgen. Si consigue matar a una de las *adastas*, si consigue beber de su vientre, será mucho más poderoso, será imparable.

Mi hermana lanza sus dagas, apunta a los puntos de movilidad: los tendones de los talones, de las rodillas y de los brazos. Su puntería es tan certera que no falla ni una sola vez. Amari le apoya desde la distancia, carga sus flechas y se centra en la cabeza y en el corazón. Finalmente es Darius el que aprovecha la oportunidad para cortar su cuello con su hacha de dos manos.



Pero no es suficiente, igual que lo derriban, el necrófago se vuelve a incorporar. Las flechas y las dagas caen de su piel mientras sus heridas se regeneran. La Orden mantiene a nuestros líderes inmovilizados, al resto de nobles aterrorizados y a las brujas presas. Tenemos que utilizar a *Colmillo Abdicador*, si no lo hacemos no podremos derrotar al monstruo.

Cirigh de Laneth

La sangre de Estevian recorre mi paladar y se pierde en mi organismo.

Siento como mis músculos se fortalecen, mi piel recobra su temperatura natural y mis heridas se reconstituyen. El dolor sigue presente en cada centímetro de mi cuerpo, cada corte, cada azote no son nada comparado con el sufrimiento de haber desvelado mi más profundo secreto.

La Orden me atrapó cuando más indefenso me encontraba, estaba intentando ver a través de la sangre del vampiro cuando Ralva arremetió contra mí. Loba, la misma mujer que luchó contra Kathleen buscando mi rastro. Ella, la misma que fingió ser mi amiga, o quizá lo llegó a ser, hasta que descubrió que era el tritón que llevaba buscando durante tantos meses. Ella y Coyote me interrumpieron en mi intento por descifrar la realidad de mi unión con el *stoker*, solo conseguí escuchar una única frase:

—Hueles... a aliento... de b...—intento decir, pero estoy tan débil que no puedo.

—Por favor...—una lágrima desciende por la mejilla de Estevian, se coloca en la hendidura de su barbilla y se deja caer sobre mi rostro. Siento como las escamas surgen levemente bajo mi falsa piel—. Recu_

pérate, Cirigh.

Cierro los ojos y continúo bebiendo. Cada gota que se desliza por mi garganta me incita a ver los recuerdos de la vida del vampiro. Y cuanto más lo intento más dolor siento en mi cabeza, como si mi propia mente intentara segar una barrera de arrecife de coral rojo, el más venenoso de todos. Me arde, me quema, me hace sudar. La voz de Angélika surge en mi interior, las palabras que la sirena veía a través de Rysantha.

—*Intenta recordar, aunque duela, y entenderás cuál es tu verdadero cometido.*

Cojo aire, continúo bebiendo y dejo que las visiones se apoderen de mí. Más que ver los recuerdos de Estevian, lo que revivo en mi interior son los recuerdos de mi propia infancia. El dolor me invade, pero no grito, no cuando el dolor que estoy sufriendo es por voluntad propia. Algo muy diferente a la tortura que he recibido, encerrado en una estancia húmeda y mal oliente, un lugar donde la muerte me asolaba desde las sombras.

Durante los trayectos largos, las sirenas de Laneth utilizamos el favor de las ballenas azules, las cuales se prestan para transportarnos. No es como si hablásemos con ellas, más bien, es el liderazgo que proyecta mi madre, como reina y depredadora alfa, que somete la voluntad de otros animales marinos.

La realeza de Laneth había viajado hasta Aerial en una mera tradición marcada por las ancianas de las tribus. La Reina Velra había sido la protectora de la reliquia de Rysantha, un orbe de inmenso poder utilizado como amuleto para que el pueblo subacuático de Valhía preserve su especie. Así como mi madre consiguió depositar sus huevos en mi padre, el Rey Trogh, las otras tribus llevaban siglos sin conseguirlo. Por eso era el momento de que la reliquia ocupara el templo en las profundidades de otro reino. Así fue como emprendí el viaje que cambiaría mi vida para siempre.

—Agárrate fuerte, Cirigh—los chasquidos de mi hermana Sarra suenan tan protectores como un padre y tan feroces como una guerrera—. Tu aleta aún es débil y no tienes fuerza para nadar largas distancias.

—Lo sé—respondo con seriedad.

Me mantengo amarrado a la aleta de una de las ballenas azules que nos sirven de transporte, lo hago con todas mis fuerzas observando cada yarda que recorreremos. Las aguas se tornan más claras cuando entramos en los dominios de Laneth, los peces disponen gran variedad de colores y hay tiburones que evitan cruzarse en nuestro camino.

Las ballenas azules, por su gran tamaño y su personalidad tranquila, son un buen medio de transporte para nosotros. No solo nos ayudan a recorrer grandes distancias si no que nos ocultan de los ojos más curiosos. Junto a los reyes de Laneth viajamos sus catorce hijos, entre sirenas y tritones. Además de las cinco *clamamareas* y las diez guerreras. Una manada de ocho ballenas es suficiente como para movernos por las vastas aguas del mundo.

Aunque hay un peligro que habitan los mares de Valhía, unas criaturas que han ido ganando inteligencia, fuerza y poder con el paso de las eras. Y parece que un único individuo de este depredador nos está esperando, pues de repente la caribdis nos ataca antes de que podamos llegar a las protecciones mágicas de nuestra anciana. Surge de la oscuridad del océano, sin avisar. Su tamaño es mucho más grande que el de nuestras acompañantes. Abre sus fauces en flor y parte a la mitad al cetáceo madre.

Es en ese momento en el que estalla el caos y las ballenas empiezan a soltar aletazos hacia todos lados. Sarra se interpone en el primer golpe y acaba quedando inconsciente. Pero nadie me protege del siguiente y eso provoca que mi cuerpo, pequeño y débil, salga despedido incluso por encima del agua.

El impacto contra el mar arremete contra mí de golpe. Cuando empiezo a nadar me arde la cabeza y me sangran los oídos. Nado sin rumbo, avanzando guiado por el eco del cántico de la Voz Azur de mi madre. Me veo obligado a aprender a sobrevivir sin ni siquiera haber recibido enseñanza de ello, pues soy demasiado pequeño para saber siquiera de la existencia de mi propio *aurane*. Descubro que las sirenas no son la raza más peligrosa del océano, no para un tritón en su fase de cría.

Todo lo que me rodea se convierte en mi propia condena, todos aquellos que respetan la corona de huesos y espinas se acaban convirtiendo en mi peor enemigo. No les culpo, pues los que han vivido sometidos durante toda su vida ahora me ven como una venganza. Lo primero que me ataca es una barracuda que me muerde las manos y me rasguña el pecho.

—¡Suéltame!—mis dientes crujen mientras lamento no haber aprendido a cantar aún.

Consigo zafarme de su ataque con un golpe de aleta, el más fuerte que he dado nunca, y huyo de ella a tiempo de encaminarme en una ruta sin carreteras ni señales. No hay adoquines ni senderos que marquen el camino de vuelta a casa, solo el mar en furia azotando sus mareas contra mí.

Podría ocultarme en las profundidades del océano, utilizar mis escamas grises para esconderme de los otros depredadores. Pero sé que eso ralentizaría mi nado, me agotaría demasiado y me haría tardar semanas en llegar a casa. Esa es la razón que me hace seguir bajo el agua clara. Me alimento de algún que otro pez con el que me voy topando y dejo que mi mano se regenere gracias a mi naturaleza inmortal.

Parece que todo se ha calmado cuando de repente aparece un tiburón blanco y arremete directamente contra mí. No sé si es el rastro de la sangre que han ido desprendiendo mis oídos, o que quizá los depredadores más peligrosos del océano han difundido el rumor de que una cría de tritón está por ahí nadando solo. Da igual el porqué, pero la bestia se abalanza directamente contra mí. Sus dientes, afilados como espadas, atraviesan mis escamas y, justo cuando van a reducir mis huesos a la nada, su mandíbula deja de ejercer fuerza alguna.

Cuando abro los ojos observo a un barco pesquero atravesando el cuerpo del tiburón con un arpón. Intento zafarme de las fauces del animal, pero no puedo, estoy completamente atascado. Por eso, cuando los pescadores tiran de él hacia el barco, me veo en la obligación de esconderme en su estómago.

Nadie mira dentro del escualo, lo dejan ahí colgado como si fuera un gran logro. Intento no moverme mientras los marineros hablan en un idioma que comprendo a duras penas. A veces gritan, otras veces canturrean y al cabo de unas horas se hace el silencio. Saco la cabeza y contemplo el cielo nocturno de Valhía. El horizonte es una línea repleta de olas en el mar infinito. Es la primera vez que estoy en la superficie y no puedo negar que es hermosa.

Tengo que esconderme de nuevo cuando otro barco navega al mismo ritmo que este. Este segundo tiene la madera oscura y ondean velas granates en lugar de blancas. Entonces me doy cuenta de que son piratas caídos aprovechando la noche del Midna para robar y asesinar a los humanos que han pescado al tiburón. Oigo gritos y golpes de espadas. Entre los dientes del animal puedo ver hechizos volando de un lado a otro, primero una bola de fuego, luego un rayo. Distingo a los mortales por su tez de piel morena y a los caídos por su palidez nívea, por no mencionar esos ojos rojos que tanto me aterrorizan.

El barco de los humanos empieza a tambalearse ante tal batalla. Es ahí cuando veo la

oportunidad de escapar. Aprovecho el instante en el que uno de los diurnos proyecta un rayo de luz solar sobre un caído y lo reduce a cenizas. Es ahí cuando salto de la boca del tiburón y me zambullo en mar abierto.

No sé dónde estoy, solo quiero escapar de todo lo que insiste en acabar conmigo. Me prometo a mí mismo aprender las técnicas de guerra de las sirenas de Laneth, los hechizos de las *clamamareas* y los consejos de la anciana. Una promesa que no tardé en romper, de alguna manera pensaba que los habitantes del océano éramos tan poderosos que nada podía hacernos daño. Estaba muy equivocado.

No hay nada alrededor, solo la línea del Midna que separa el romance de los dos amantes, el día y la noche. Nado, lo hago como puedo, débil y con el cansancio insistiendo en que debo parar. La guerra de los navíos es tan brutal que acaba surgiendo una explosión de hielo y fuego, una reacción que provoca una onda expansiva tan grande que me hace perder el conocimiento y flotar hacia algún lugar.

34

Despierto desnudo sobre la arena fina de una playa. No tengo aleta, ni dientes, ni garras, solo las heridas que me recuerdan todo lo que he vivido en mi soledad. Miro hacia el océano infinito cubierto por una capa de oscuridad y noche, no me hace falta entrar para sentir que hay algo ahí abajo esperándome. No sé si un tiburón, una barracuda o algo peor. El temor al pensar que una caribdis aguarda mi llegada para devorarme me hace arrastrarme hacia el interior de la isla buscando el amparo de la hierba alta que crece al final de la playa.

Duele, escuece, arde, es insoportable. Mis heridas no se regeneran, no fuera del agua, todo es tortuoso y me incita a clavar las uñas en la tierra. Tengo que volver a casa, volver con mis padres, sobrevivir. La impotencia hace que grite y que patatee sobre el suelo sin tener ninguna posibilidad de levantarme. Nunca he salido del agua, nunca he caminado por Tierra firme, nunca he estado solo.

—¿Te has perdido?—pronuncia una voz infantil.

Una figura de pequeño tamaño surge de la hierba alta con dos ojos tan rojos como la sangre. Me quedo completamente inmóvil, paralizado ante la simple sensación de que no puedo escapar. Es un caído, lo sé porque su cuerpo segrega un fuerte aroma a muerte y podredumbre. De la misma especie que atacó el barco de los humanos y provocó que todo explotara en magia. Intento arrastrarme al mar, pero el dolor es tan insufrible que acabo con la cara hundida en la arena blanca. Me quedo así durante largos minutos, si va a hacerme daño que lo haga ya, no quiero sufrir más.

—Bebe, te encontrarás mejor—alzo la mirada y me encuentro con su muñeca sangrando a través de dos pequeños orificios. Mi rostro se contrae en rechazo mientras siento su perfume golpear mis fosas nasales.

—Puagh...

—No le tengas asco, va a hacer que te encuentres mejor, ya verás—comenta el caído y su voz suena simpática y agradable. Tenemos la misma estatura, puede que incluso la misma edad—.

¿Van

a venir tus padres a buscarte? Los míos no creo que tarden demasiado.

—Yo...—pronuncio con torpeza, hablo tan lento que el niño vampiro llega a suspirar impaciente—. Tengo la aleta demasiado débil como para nadar.

—No pasa nada—responde con gracia—. Yo puedo quedarme hasta que me riñan.

Accedo a su ofrecimiento y bebo de su sangre como última oportunidad en mi corta vida. El sabor tiene un dulzor muy especial, cálido y con cierto toque agrío, aun así, no es nada desagradable. No tiene el toque metálico y frío de los peces del océano, es diferente. Automáticamente mis heridas se empiezan a cerrar y el dolor se esfuma a gran velocidad.

—Gracias...—digo con una “r” fuerte y sonora.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Estevian—le respondo en mi propio idioma y él intenta repetirlo con suma torpeza—. ¿Así?

Estallamos en risas mientras el caído lo intenta una y otra vez consiguiendo decir infinidad de palabras en sirénido, pero no mi nombre. Acabo ayudándole a decirlo en terrestre, al menos la forma más cercana a pronunciarlo.

—Cirigh—dice al fin y yo asiento con la cabeza—. ¿Dónde vives? Nosotros hemos venido a Isla Hueca por las vacaciones de verano. ¿A qué la luna es muy bonita? En mi ciudad el cielo siempre está nublado y no se puede ver, ni tampoco las estrellas.

La luna nos ilumina desde la fina línea del Midna, de noche es casi imperceptible, lo que favorece la unión de las dos mitades del cielo. La luz blanquecina proyecta nuestras sombras con suavidad mientras Estevian se sienta a mi lado y comienza a hablar. En ocasiones no le entiendo porque lo hace muy rápido, pero debe de percibirlo en mi cara porque acaba repitiéndolo.

—¿Vives en el mar? Entonces tienes que ser un ahogado—yo asiento con la cabeza sin ser consciente de lo que él se refiere es a un tipo de monstruo marino.

—Y tú un caído—el niño sonríe inocente.

—No entiendo porque tenemos que ser enemigos—Estevian parece estar emocionado de conocer a alguien como yo.

—Marr... y noche—le divierte mi forma de hablar bruta y salvaje.

—¿Y qué? Pero todos somos hijos de Valhía ¿no? Tenemos que compartir el mundo si queremos cuidar de él.

Nos quedamos juntos durante largas horas, en ningún momento sus padres parecen venir a buscarlo, y los míos dudo mucho que vayan a hacerlo. El niño trae un par de palos de madera y me enseña a dibujar sobre la arena, jugamos a crear nuestros propios monstruos y a enfrentarlos en combates sin heridas ni sangre. Nos reímos, y eso es algo que aprendo a hacer, porque Estevian afirma que parezco un cocodrilo cuando quiero mostrar los dientes como él.

—¡Ya sé!—improvisa sobre la marcha, se le da genial—. Si cuando seamos mayores nos encontramos en la guerra tenemos que tener un código que nos haga acordarnos de que somos amigos ¿A qué si?

—Sí,... código... amigos.

—Yo te diré—de pronto pone su voz grave, hincha el pecho y me apunta con el palo como si fuera una espada—. Ey tú, ahogado: ¡Hueles a pescado!

—¡Y tú a aliento de ballena!—le grito con torpeza golpeando su madera con la mía.

—¡Eso, eso!—Estevian se tira para atrás y se echa a reír mientras sacude las piernas como si estuviera recibiendo el ataque de una anguila ursulina de los mares del oeste—. Pues ¿sabes qué? En mi ciudad es típico que bebamos la sangre uno del otro para forjar relaciones. Lo vi en el matrimonio de tío Rhain y tía Vanessa. Ahora estarán juntos para siempre—le escucho con los ojos abiertos de par en par—. Tu ya has bebido de mí ¿Puedo beber de ti?

—Clarro.

Estiro mi brazo y coloco mi muñeca bajo sus labios. El golpe de sus colmillos es como el mordisco de una piraña. El tacto de su saliva debe de tener alguna propiedad mágica, porque me

alivia mientras me succiona la sangre y me produce cierto placer. Es agradable sentir sus labios entorno a mis heridas, cada trago es como un beso que calma mi temor y me ayuda a verlo todo con claridad. Experimento el éxtasis del mordisco de un vampiro por primera vez, mi rostro muestra una sonrisa

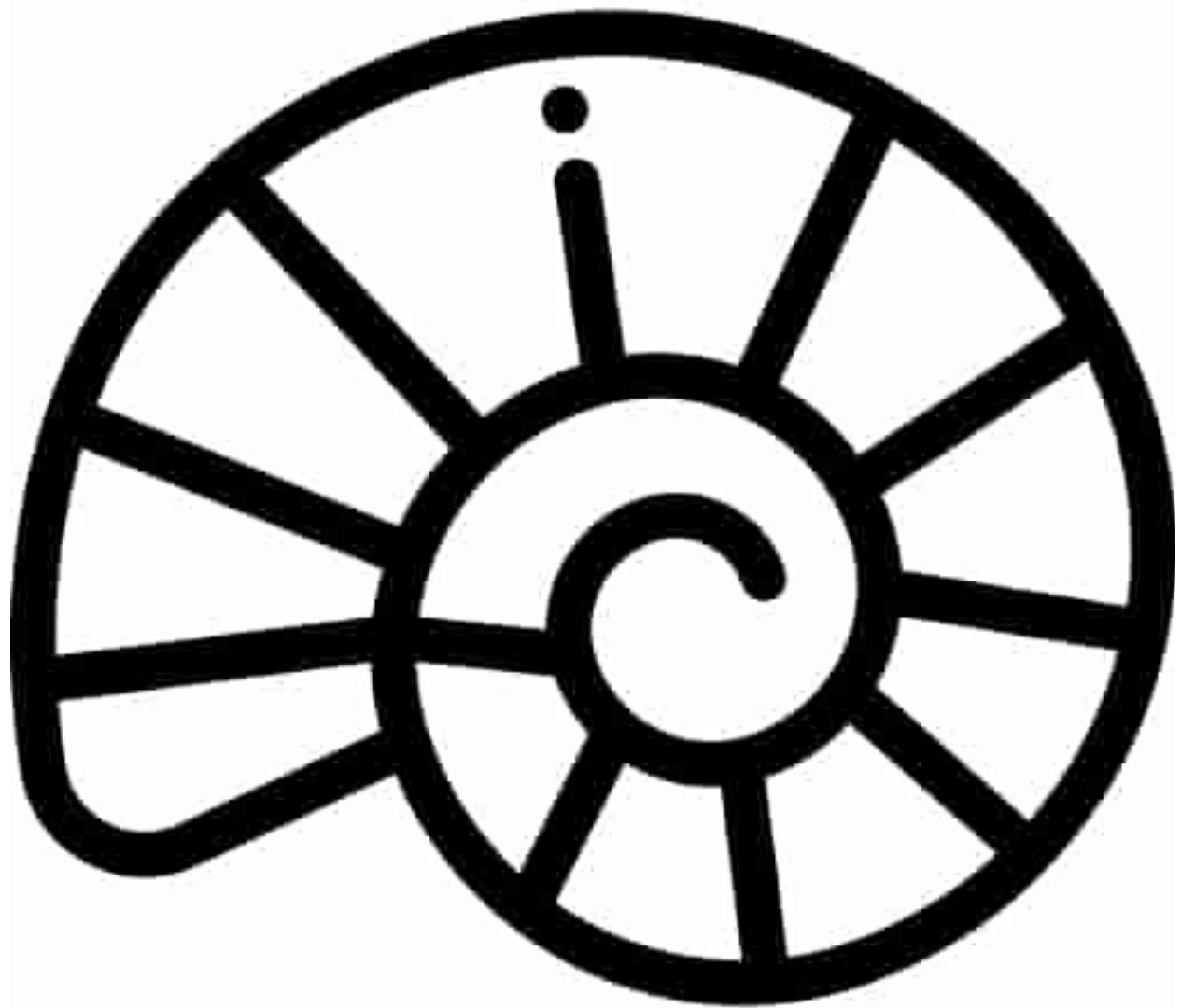
de oreja a oreja cuando Estevian se detiene.

—Amigos—comento a tiempo de ver como el mordisco se cierra sin dejar ni rastro.

—¡Hijo! ¿Dónde estás?—se escucha a una mujer en la lejanía.

—Tengo que irme, Cirigh. Espero que podamos volvernos a ver—el niño señala unas rocas situadas junto al mar—. Escóndete ahí, creo nadie te verá.

Estevian se despide de mi agitando su mano, yo le imito y nos dedicamos una última sonrisa. Me arrastro hasta las piedras y me quedo allí tumbado, a pocos metros del mar nocturno que oculta los peligros más mortales para mi raza. O al menos las que conocía hasta el momento.



Despierto con el sol golpeando mi cara, me doy cuenta de que la Isla Hueca está situada en los

límites de la noche eterna del Midna. La línea que separa el mundo de los iluminados de los caídos finaliza en la hierba alta. Me sorprende encontrarme tapado por una suave manta de lino, sin duda el vampiro no se quedaba del todo tranquilo. Sonrío al mirar hacia la oscuridad de la isla y recordar al amigo que he hecho, el único diría yo.

Cuando estoy preparado me zambullo de nuevo en el mar, adquiero mi aspecto más feroz. Nado con más fuerza, con más empeño y con más coraje. De alguna manera siento que Estevian está conmigo, que me ha prestado su vitalidad para protegerme y que me ha hecho más fuerte.

Juego a cruzar la línea del Midna para nadar entre el día y la noche, ahora que no le temo a nada siento la verdadera libertad que me regala el mar abierto. Bajo el cielo tormentoso me topo con una pesada ancla clavada en el suelo. Las mantas rayas han tenido mala suerte y se han visto en la obligación de huir. Asciendo dando vueltas alrededor de la cadena que me conduce hasta un barco. Allí se está llevando a cabo una calurosa conversación.

La curiosidad se apodera de mí y me incita a trepar por el metal. Es entonces cuando mis ojos se quedan clavados en la escena más macabra que jamás he visto. Hay una mujer desnuda, su cabello morado resalta entre las prendas negras de los caídos que la rodean. Es una sirena, de eso no tengo duda, una en su forma terrestre, a su lado hay otras dos, una con el cabello verde y la otra en un tono coral.

—Que el trato de sangre salada se forje aquí y ahora—dice la primera con majestuosidad mientras las otras dos se arrodillan a su voluntad.

La mujer introduce sus dedos en la garganta de una de la más joven.

Veo el sufrimiento de ambas sirenas, siento su dolor, aunque no haya ni rastro de lágrimas o gritos. Sé que son guerreras, lo tengo claro porque su disciplina solo es comparable con la de mis hermanas. Entonces extrae un fino hilo dorado, un filamento de magia pura.

En cuanto la brisa marina roza la cuerda dorada surge una melodía que solo los habitantes del océano podemos entender. Es una canción antigua, sin letra y con el poder suficiente como para destruir grandes civilizaciones.

—Hazlo Angélika y únete a la noche eterna de Valhía—le dice el vampiro situado a su lado, el capitán del barco.

La sirena de cabello morado asiente con la cabeza, toma un puñal con la otra mano y corta de golpe el hilo dorado. En ese momento resuena un alarido de dolor, un grito de desesperación y un lamento de tortura. Pero no surge de la chica con el cabello verde, sino más bien del filamento de poder puro que le acaban de arrebatarse.

Me quedo completamente bloqueado, inmóvil y con la vista clavada en el sufrimiento de mi propia raza. Angélika repite el proceso con la segunda guerrera y yo llego a comprender, sin estudios ni entrenamientos, que lo que está haciendo la líder es cortarles de cuajo la verdadera esencia de la Voz Azur.

Huyo, lo hago como puedo, me zambullo en el agua y nado a gran velocidad. Hay peces que intentan atacarme, de nuevo con la idea de derrotar a la cría de la raza dominante. Pero estoy tan obcecado en volver a casa que impacto con ellos con tanta fuerza que no consiguen hacerme daño. Al final las mareas me conducen hasta mi hogar, veo a las primeras guerreras protegiendo las innumerables rocas que forman el reino de Laneth y siento el orgullo de haber sobrevivido a alta mar.

—¡Estás vivo!—chasquea una de ellas, se acerca a mí y me da la mano—.

Tus padres se alegrarán, pensábamos que las caribdis habían acabado contigo.

—Me perdí, pero Rysantha me guió hasta aquí.

Atravesar los corales que marcan los límites de mi hogar significa ver a mi familia sufriendo el

ataque del monstruo. Hay sirenas y tritones heridos siendo tratados por los remedios naturales de la anciana. Veo al rey ayudando en todo lo que puede, utiliza una mezcla de veneno de pez globo y tentáculos de medusa para aliviar los mordiscos de la caribdis. Algunas de las *clamamareas* han perdido sus brazos, otras se mantienen tumbadas sobre camas de piedra mientras las plegarias de mi madre calman su sufrimiento.

Los recuerdos de lo vivido me azotan la mente con tanta fuerza que me obligo a olvidar. Olvido los mordiscos de la barracuda, las fauces del tiburón y lo más traumático de todo. Ver como una sirena les arrebató la Voz Azur a sus iguales. Fue en ese momento en el que mi mente se quedó bloqueada por completo, lo vivido tras la muerte de las ballenas se perdió en una profundidad oscura capaz de ocultar todo el sufrimiento de mi especie. Aunque con ello encerré mis primeros recuerdos con Estevian, su voz y su sabor. Sin saberlo siempre estuve incompleto, aburrido, esperando el momento de encontrarle de nuevo.

35

Mi cuerpo, completamente desnudo, permanece lleno de arena y tierra. Cuando despierto estoy tumbado en el suelo del coliseo, Estevian ya no me sostiene si no que me protege de tres Condenados de la Orden que pretenden arrebatarme de su lado.

—¡Entrega al tritón, *stoker*!—grita el falso Chacal mientras aprieta su cuchillo contra el cuello de la duquesa Ágatha.

—Te recuerdo...—susurro con debilidad mientras me recupero de las visiones de su sangre. Después aclaro mi garganta y digo con claridad—. Ahora lo entiendo todo, Estevian.

—Necesito tu ayuda, Cirigh—habla él mirándome de reojo—. Necesito que me ayudes a proteger a mi familia.

—Sí.

Me incorporo en mi entera desnudez y observo el campo de batalla con detenimiento. El necrófago está luchando contra Lady Amari y Lord Darius, los cuales mantienen su piel con la consistencia de la roca. Enfi escolta a las *adastas* lejos del monstruo que busca devorarlas, las oculta en una de las casas, pues no hay más opciones en esta gran prisión. De pronto me encuentro con la mirada morada de Angélika, en la lejanía me sonríe mientras agita sus dedos para hechizar la poción gris que rueda hacia mí.

—Esto...—mis palabras surgen solas de mis labios cuando el cristal golpea mis pies. Entonces leo un mensaje escrito con las uñas de la sirena—. Bébelo y protege lo que amas.

No pierdo el tiempo, cojo el frasco y me bebo todo el contenido de golpe. El sabor es agradable, una mezcla entre pescado y frutas, un licor adictivo y con la capacidad de arder en mi garganta. De repente mi cuerpo experimenta el cambio. Mis escamas surgen grises por encima de mi falsa piel, con ellas también aparecen pliegues en los dedos de mis manos y pies, las garras y los dientes. No pierdo la movilidad en tierra en ningún momento, más bien me transformo en una nueva versión de depredador.

Salto, lo hago con tanta fuerza que no me puedo controlar. Desgarro al primer rebelde, luego al segundo y después al tercero. Emprendo una carrera por encima de los tejados de la réplica de la ciudad. Ignoro al necrófago, pues sé que no soy rival para él. Me abalanzo de golpe sobre las paredes del coliseo y trepo, a través de su piedra, hasta las gradas.

La gente estalla en caos al verme, ignoro a los nobles y me dirijo directamente hacia el falso

Chacal. Emito una melodía suave, un alarido de guerra, un grito de poder. Proyecto la onda sonora como un torrente hacia el general. El sonido es tan fuerte que fragmenta su máscara y descubre su rostro a la multitud. Entonces le reconozco, sus ojos azules y su cabello platino.

—Ulfred—pronuncio con la voz ronca que surge de esta forma de tritón de tierra.

Los miembros de la Orden de los Condenados se quedan tan bloqueados como los líderes de la Corte de la Noche. La reacción de sus congéneres delata a Ulfred como el Maestro de los rebeldes. Un momento impactante para toda la sociedad nocturna.

El duque Krishan y Lady Alia aprovechan el momento para hacer uso del poder de su estirpe. Sus ojos centellean rojos y varios graznidos surgen del cielo. Aparecen cuervos, buitres y zorros nocturnos, todos con la intención de proteger a los Shayk. Los animales atacan a los rebeldes y ayudan a que los nobles puedan huir. Loba y Coyote salen de la escena antes de que su Maestro sea apresado por los guardias de la corte.

Los ojos del duque Ábsolem y la duquesa Ágatha se clavan en mí, yo los miro con una expresión que mezcla mi parte humana y el monstruo marino en el que estoy transformado. El rey de Plaguen me sonríe y asiente con la cabeza, aprueba lo que estoy haciendo y empuña su espada para unirse a mi lucha.

Mis garras atraviesan el torso de los rebeldes que me atacan sin saber cómo actuar mientras Ábsolem me protege de aquellos que me disparan con sus ballestas. De pronto escuchamos gritos de auxilio en el interior de la arena. El necrófago ha conseguido derribar a Lord Darius y Lady Amari y nadie puede detenerle en su afán por acabar con las *adastas*.

—¡Ve! ¡Ayúdales, por favor! —me grita Ágatha con lágrimas en los ojos—. ¡Detén esto y estaremos en deuda contigo!

Me lanzo desde las gradas hasta el campo de pelea, hay más rebeldes allí abajo luchando contra Estevian. El *stoker* utiliza las espadas de sus enemigos para derrotarles, me mira y me sonríe, lo que significa que está bien y puedo continuar.

—¡Cirigh!—grita Angélika apoyada en los hombros de un noble, está tan débil que apenas puede caminar—. ¡No te queda mucho tiempo!

Pero no la escucho, no mientras me meto a través de la ventana de un edificio y me topo directamente con Enfi y las *adastas*. Han conseguido bloquear la puerta con muebles para que el necrófago no pueda entrar.

—No va a resistir mucho—me advierte la *stoker* empuñando un montón de dagas. Las otras vampiras me miran aterradas, como si yo fuera el monstruo del que están huyendo.

De golpe y porrazo el necrófago entra en la habitación y yo me abanzo sobre él para hacerle retroceder. Le muerdo el cuello, los hombros y los brazos. Nos rebozamos contra el suelo mientras él intenta atravesar mi pecho, pero yo le esquivo con agilidad. Es entonces cuando siento mis escamas grises desaparecer, el efecto de la poción se está disipando y ya no puedo hacer mucho más. O eso creo, porque se me ocurre la idea más descabellada de toda mi vida.

—¡Dadme tiempo!—les suplico a los *stokers* que se reúnen en torno a mí.

Lady Amari y Lord Darius se unen a la lucha, sus respiraciones son agitadas y ya están superando sus límites, pero no se detienen en la misión de proteger su legado. Estevian y Enfi se reagrupan con nosotros para luchar contra el necrófago.

—¡Cuidado!—grita Lady Alia desde las gradas, pero es demasiado tarde. Un montón de rebeldes, subidos a las cornisas del coliseo, descargan sus flechas contra nosotros.

El cielo se cubre de proyectiles y nosotros no disponemos de ninguna protección para defendernos. Ni siquiera Darius puede invocar el poder de la estirpe Cárpasot para protegerse de este ataque. Estamos completamente perdidos.

Justo cuando vamos a ser atravesados por las puntas de acero puro, las flechas se detienen en el aire. Una figura flota hacia nosotros, una figura cuyo cabello rizado es tan rojo como su mirada. Kathleen aterrizo a nuestro lado con las manos imbuidas en magia, en las gradas puedo ver varias brujas apoyando su hechizo.

—¡Kath!—grita Estevian casi a modo de celebración.

—¿No ibais a invitarme a la fiesta?—dice ella con sensualidad mientras sus labios sonríen mostrando sus colmillos.

—Gracias, bruja—Amari se dirige a ella como una completa desconocida.

—¿Tengo que haceros una reverencia?

—Ayúdanos y estaremos en deuda contigo—y comprendo que las palabras utilizadas por Darius son una especie de juramento entre los caídos. Las mismas que la duquesa utilizó conmigo.

—Conseguidme tiempo—comento y al instante un conjunto de tela azul me cubre por completo. Miro a la bruja y ella me guiña un ojo.

—¡Por Plaguen!—grita Enfi y el resto repetimos a coro—. ¡Por Plaguen!

Cuando inicio la carrera sé que el necrófago me ha marcado como su objetivo, lo tengo tan cerca que es imposible no percibir su perfume a carne podrida. Los *stokers* luchan con una formación envidiable. Darius y Estevian le golpean cuerpo a cuerpo y se apartan a tiempo de que Amari y Enfi les asesten con sus flechas y dagas. Kathleen nos cubre de los ballesteros e intenta atar a nuestro enemigo con cadenas de sombras que este rompe al cabo de unos segundos.

La arena de Plaguen se mantiene en una guerra política. Los duques defienden su supervivencia a golpe de espada y colmillos. Los animales que atraen los Shayk les aportan la ventaja necesaria para matar a aquellos que ponen en peligro la corona de los nocturnos. Yo sigo corriendo, cruzo la puerta de la casa y me acerco a las *adastas* como si las conociera de toda la vida.

—Tranquilas, vengo a ayudaros—digo con tranquilidad mientras veo como tiemblan de miedo.

—Nadie puede ayudarnos, vamos a morir—dicen las dos portadoras de la estirpe Ilia y Cárpasot. Entonces cojo aire, cierro los ojos y entiendo

las palabras que Angélika me dijo al despedirme de ella.

—*Intenta recordar, aunque duela, y entenderás cuál es tu verdadero cometido. Eso es lo que siento, pero no consigo entender por qué*—recuerdo para mis adentros y después digo en alto—. Yo si lo sé.

No sé muy bien como ocurre, solo sé que soy capaz de hacerlo. Coloco ambas manos en el vientre de las *adastas* y me concentro en sentir la vida al otro lado de su fría piel. Percibo los latidos a mi derecha, después los de mi izquierda. Una sonrisa se dibuja en mi rostro justo antes de comenzar a hablar:

—Tenéis que cederme vuestros embriones, dejadme a mí ser su portador...

—Pero...—dice la primera.

—Dejaremos de contar con el favor de palacio—dice la otra rechazando mi petición.

—Salvaréis vuestras vidas—continúo—. El necrófago dejará de perseguiros.

Una luz surge del vientre a mi derecha, utiliza mi mano como conducto y se deposita en mi *aurane*. La otra, en cambio, se resigna a cederme a su hijo, se niega a perder el título de *adasta* y todo lo que eso significa.

—Hazlo Krista ¿Quieres morir? —la primera me ayuda mientras los gritos de la lucha que se está llevando a cabo en el exterior llegan hasta nosotros.

—¡Sin esto no soy nadie!

—Serás la segunda *adasta* viva que cedió su embrión a un tritón.

—¡Dejaremos de vivir en palacio!—continúa protestando, está

desesperada y no la culpo. Estevian me contó que las vampiras más pobres venden sus vientres, y su vida, por darle a su familia una vida mejor.

—No te preocupes, hablaré con los *stokers* y te prometo que seguirás viviendo en la corte.

—¿Podrás hacer eso?

—Llevo a la descendencia de las estirpes en mi vientre. Podré conseguir lo que me proponga ¿no?

Las chicas se echan a reír y la segunda luz pasa a través de mi cuerpo para refugiarse en mi vientre. No siento nada extraño dentro de mí, ni siquiera más peso. Ayudo a las vampiras a incorporarse y ellas me dan un abrazo que me pilla completamente por sorpresa.

—Gracias—susurran a coro y siento la calidez de su cercanía. Algo raro porque están más frías que el hielo—. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Cirigh!—y Estevian responde en mi lugar—. ¡Corre!

El necrófago arremete contra la puerta de nuevo y mantiene sus ojos fijos en mí. Una vez más salto por la ventana y emprendo una carrera hacia ningún lugar. Lo he conseguido, el monstruo ha ignorado por completo a las antiguas *adastas*. Ahora tengo que sobrevivir.

—¡Sal de aquí! ¡Rápido!—grita Lady Amari mientras me señala una apertura en el suelo de la arena—. El ascensor está activado.

La batalla contra los rebeldes ha cesado, los que permanecen con vida están siendo atrapados por la guardia real. Los *stokers* están allí completamente agotados mientras Kathleen me empuja con su magia para acelerar mi carrera. Salto sobre la plataforma que desciende hacia el interior del suelo, acto seguido el techo se cierra a mi paso.

La soledad me invade mientras recorro el subsuelo del coliseo. Paso desapercibido por la armería y otra estancia llena de ropas de cuero y armaduras. Me detengo en la sala médica, la cual está repleta de pócimas con plasma en su interior. Bebo una, luego otra y después diez. Los vampiros del *aurane* necesitan alimentarse, lo siento porque me provocan tanta sed que casi parezco insaciable.

De repente escucho un rugido, de pronto sé que no estoy solo, el necrófago ha conseguido entrar aquí. Tengo que huir antes de que me cace, esconderse no es una opción pues el monstruo percibe a las tres criaturas cuyos corazones palpitan en mi vientre.

—Ahogado...—pronuncia con una voz ronca, como si se hubiera colado el viento procedente de la tormenta—. Dámelos y saldrás con vida.

36

Los pasillos se extienden como arterias bajo los cimientos del coliseo. Un laberinto repleto de habitaciones relacionadas con el combate, la competición y las armas. Corro, lo hago sin saber hacia dónde. Me detengo frente a una multitud de madera, estatuas que han sido diseñadas para algún tipo de práctica relacionada con el arte de la guerra. Cierro la puerta de metal reforzado, la bloqueo con un palo de madera y recupero el aliento.

—Ahogado...—rugen las paredes—. No puedes escapar de mí, percibo sus latidos.

Me apresuro a llegar a las estatuas de madera y esconderme detrás de ellas. Necesito ganar tiempo, pensar en algo que pueda ayudarme a escapar de aquí. Quizá podría utilizar la Voz Azur, el filamento dorado latente en mi interior, pero no sé si hay algún aliado cerca, podría hacerles daño. Como me gustaría tener la mente estratégica de Estevian, él sabría lo que hacer, o mejor aún, se desangraría para sacar la bestia que tiene dentro. Yo no puedo, no sin la pócima de Angélika. En Tierra firme estoy indefenso, sin mi aleta soy inútil.

La puerta resuena con golpes bruscos, primero una vez y después otra. El necrófago está al otro lado, su fuerza es tal que no creo que aguante mucho. La madera se resquebraja, suelta sus astillas y se rompe por completo. Mis ojos se abren de par en par, la puerta está completamente abierta pero no hay nadie al otro lado.

—Ahogado...—escucho y de pronto lo tengo detrás de mí.

Está a punto de atraparme, tiene sus frías garras moribundas rozando mi pecho, cuando se me ocurre canalizar la Voz Azur como lo hice en las gradas. Proyecto una melodía, una agresiva y sin letra. Es más, un grito que una canción, pero lo suficientemente potente como para hacerlo retroceder. El monstruo se cae al suelo y yo aprovecho la oportunidad para emprender una nueva carrera.

Los pasillos están perfectamente iluminados por antorchas, giro a la derecha y encuentro una forja cuyo fuego está encendido. Veo ahí la oportunidad de protegerme, las tenazas cuyos extremos están al rojo vivo son el arma que necesito. Permanezco allí sin temor a encontrarme con mi enemigo. La luz se extingue como si el alma del invierno hubiera entrado aquí. Una a una las antorchas se van apagando, después lo hace la fragua. La única iluminación que tengo es la de las tenazas candentes.

Mi rostro, pálido y descompuesto, es como un faro en mitad del océano. Un foco que llama a los extraños, una diana para aquel que busca alimentarse de mí. Le escucho cerca, como si su aliento

estuviera pegado a mi nuca, asesto un golpe al aire y ahí no está. Camino despacio, a la defensiva, dispuesto a repetir mi ataque sonoro si fuera necesario. Lo siento a un lado, agito las pinzas y ha desaparecido. Está jugando conmigo, lo sé porque lo percibo tan cerca que es imposible no verlo.

—¡Son míos!

Su rostro aparece frente a mí, sus ojos morados, su piel entre gris y verde y el tacto de su aliento nauseabundo. El necrófago muestra todos sus dientes y yo no puedo hacer otra cosa que colocar las pinzas en su cara y salir corriendo mientras escucho su lamento. Para mi fortuna, el pasillo sigue iluminado y puedo ir mirando las diferentes estancias que se ocultan allí.

El coliseo es como un palacio de pequeño tamaño, tiene más habitaciones de las que podría imaginar. Incluso hay zonas de descanso con libros y sillones cuyo lujo no es para nada cuestionable. De pronto vuelve a hacerlo, la iluminación de los pasillos se empieza a extinguir. Una a una cada llama se esfuma, es como si la oscuridad me persiguiese.

Al principio paso desapercibido, voy a tanta velocidad que paso de largo, pero después me doy cuenta de que Rysantha siempre está conmigo. Hay una zona de baños, una piscina, el agua surge de una estatua de Illythia y se pierde por un sumidero situado en la parte opuesta. Ahí veo la oportunidad de huida, mi última carta para escapar del monstruo que me persigue.

En cuanto entro el monstruo aparece interrumpiéndome el paso. Es como si supiera en todo momento cual es la decisión que voy a tomar. Incluso antes de que yo lo sepa. Mi respiración se agita al verlo, está ahí de pie impasible, incluso parece estar sonriéndome victorioso. Me tiene donde quiere, soy un montón de almejas que se le ha servido en bandeja.

Coge aire y, cuando sopla, las antorchas del baño se apagan.

Improvisado sobre la marcha, muevo las manos y recuerdo mis prácticas con la nolmancia. Si él utiliza la oscuridad como arma, yo utilizaré el agua como la mía. Utilizo la magia para rodearme con el chorro que surge de la estatua de la diosa vampira. Refuerzo el líquido hasta convocar un escudo en torno a mí. Un campo de fuerza lo suficiente_ mente grande como para protegerme del monstruo.

Camino hacia la piscina sintiendo el ataque constante del necrófago. Sus garras golpean mi burbuja y se ocultan en las sombras buscando el punto flaco de mi hechizo. Pero es perfecto, no sé si es por la desesperación o por pura supervivencia, pero he conseguido convocar mi mejor escudo.

En el momento en el que mis pies tocan el agua de la piscina surge mi aleta. De escamas azules tan brillantes que iluminan a mi alrededor. Si pretendía esconderme no lo voy a conseguir. Nunca hubiera imaginado que esto pudiera ocurrir, pero no me sorprende. Después de todo la forma de agua dulce está hecha para atraer la gente de Tierra firme, seducirlos con un encanto natural y arrastrarlos hasta las profundidades del río para ahogarlos. Así es como se alimentan aquellas sirenas que han decidido huir de la salina y se han ocultado en los ríos y lagos de las tierras de los humanos. Aunque sin duda, las sirenas que viven entre los caídos han sabido adaptarse mejor. Sí entre los prestigiosos, las sirenas se ocultan lejos de su sociedad, entre caídos las sirenas han aprendido a convertirse en ladies. Solo hay que ver a Angélika.

Mantengo mis manos extendidas para concentrarme en el escudo que me protege de mi enemigo. Sé que no ha entrado en el agua, de hecho, puedo intuir su figura en la oscuridad. Me está mirando, observa cómo me escapo sin ser capaz de perseguirme. Me detengo un momento y estiro mi aleta para iluminarle. Está ahí, sonriéndome mientras sus ojos morados no se apartan de mí.

El necrófago empieza a sorber aire, lo hace de tal manera que su pecho se infla ligeramente. Las

antorchas del baño, las mismas que antes ha apagado, producen un gran chispazo y forman una corriente roja hasta su boca. Su piel, verde y mugrienta, resplandece en un tono carmesí.

De repente escupe una llamarada que me obliga a zambullirme en el

agua. Las lenguas de fuego son tan potentes que provocan que el agua empiece a hervir. Mi escudo se disipa cuando comienzo a nadar a través del sumidero. Y de pronto surge una explosión que me quema la aleta, el brazo derecho y la espalda. El agua sale a presión adquiriendo una velocidad que me hace perder el control. Me golpeo con las paredes y el techo. El sumidero se bifurca en dos, pero no tengo el poder de decisión pues es la corriente la que decide por mí. Las aguas claras se mezclan con otras con un olor desagradable. Hay espinas de pescado, huesos y copas rotas. Todo lo necesario para hacer de mi huida una verdadera tortura.

Al cabo de unos minutos mi cuerpo impacta contra unos barrotes. No tengo el tamaño suficiente como para poder pasar y la basura se acumula de tal manera que me empieza a impedir respirar. Hay una puerta redonda incrustada en el techo, una alcantarilla que está completamente cerrada. Dos pequeños orificios me indican que el exterior de Plaguen está ahí. Utilizo la magia para lanzar espinas, huesos, restos de carne y los cristales que se empiezan a incrustar en mis escamas.

El oxígeno me falta provocando que mis ojos se cierren. Mi cuerpo se empieza a hundir cuando de pronto veo la luz de la ciudad. Estevian está allí con un palo de metal, una especie de caña de pescar que los limpiadores de Plaguen utilizan para quitar la basura del agua. Él tira de mí y me saca de allí.

—Estoy aquí, estoy aquí—dice acelerado mientras se apresura a quitar los cristales de mis escamas—. Te vas a poner bien, ya verás—se muerde la muñeca y me da de beber.

—¿Lo he hecho bien...?—pregunto justo antes de sentir su plasma deslizarse por mi garganta.

—Sí, sí...—el vampiro está tan nervioso que le tiembla la voz—. Lo estás haciendo genial, Cirigh. Todos han visto de lo que eres capaz. Mis padres no dejan de hablar de ti—y no sé si me lo dice por tranquilizarme o porque realmente es verdad. Ojalá tener su poder para percibir las mentiras—. Ahora tienes que preocuparte de sanarte.

Cuando abro los ojos le descubro llorando, nunca le había visto quebrar su semblante, no de esa manera. Su mirada se mantiene fija en las heridas de mi aleta, las escamas inexistentes que mantienen mi piel al rojo vivo. El fuego del necrófago era demasiado poderoso, de haberme quedado allí ahora no seguiría con vida, eso lo tengo claro.

—Jugaba conmigo...

—Shh, no hables. Ya me lo contarás luego con una buena copa de vino ¿sí?—por mucho que intente sonar tranquilo, por mucho que pretenda animarme, su rostro quebrado le delata. Está roto, destrozado, su alma sangra a través de sus ojos. Todo lo que ha pasado esta noche le ha dejado una herida que nunca sanará. Solo espero que no bloquee su mente como hice yo, que no olvide todo lo que hemos vivido juntos, que no me borre de sus recuerdos—. Te curarás y nos daremos un buen baño.

—Bésame...—le digo a modo de súplica, no hay otra cosa que necesita que no sean sus labios.

—No puedo—pronuncia y siento mi corazón detenerse.

De repente llega la guardia real, los duques y los *stokers*. La sangre de la batalla empapa sus vestimentas y armaduras. Ábsolem se arrodilla al lado de su hijo, después Lady Amari, que se preocupa más por sus hijos que por mí mismo. No hace falta ser muy inteligente para percatarse de sus ojos azules clavados en mi vientre.

—Todo va a salir bien, hijo—por primera vez en mi vida el duque se dirige a mí. Lo hace de manera cercana y afectuosa, casi puedo sentir que es un padre para mí—. ¡Lléváoslo a la

enfermería!

Kathleen y las brujas emergen de entre la multitud. De pronto mi cuerpo se eleva en el aire y siento como sus hechizos calman el dolor de mis heridas y quemaduras. Antes de alejarme de allí puedo ver a Estevian con la mirada rota y a Lady Alia abrazándole por la espalda.

Entonces entiendo cuál es mi lugar en la sociedad vampírica, idiota de mí por haberme imaginado en una mejor posición como lo que consiguió Angélika.

—Nos veremos pronto—consigo leer en los labios del *stoker* y yo solo puedo sonreírle.

Abro los ojos al cabo de dos días, las brujas me han estado administrando una serie de mezclas para aliviarme el dolor y sanar mis heridas. Kathleen ha estado conmigo en todo momento, incluso cuando no tengo constancia del tiempo, siempre que levanto los párpados ella está aquí. A veces lee algunos de sus libros, siempre pensé que se trataban de grimorios de magia, pero me acabo dando cuenta de que son novelas románticas. Otras, está meditando sobre el sofá individual situado a un lado de la cama. Da igual el cuándo, la vampira con el cabello de anémona roja me protege.

—¿Cómo te encuentras, Cirigh?—Kathleen está impecable, a veces se me olvida que los vampiros no necesitan dormir para estar energéticos.

—Ya no me duele, no como antes—esbozo una suave sonrisa y bebo de la copa de sangre. Hay fruta dispuesta en la mesita de noche, sobre todo manzanas y cerezas—. Pero me siento muy cansado. Los brazos y las piernas me pesan más de la cuenta.

—No podrás moverte con naturalidad hasta dentro de unos días. Pero esa recuperación no tiene que ver con la brujería, solo depende de ti.

—¿Qué me pasa?—ella se incorpora, deja el libro en su sofá y se apoya en la ventana con vistas directas al mar.

—Te has sobreexcedido—seguimos en la zona alta de Plaguen, el edificio está situado en un mirador que deja los suburbios a mucha altura bajo nosotros. Una casa desde la que se puede ver el horizonte recubierto de aguas oscuras y noche. Aunque a lo lejos, más allá de lo que un ojo humano puede percibir, se puede intuir la línea del Midna y el calor del sol. Se me estremece el corazón al sentir que extraño la sensación de nadar bajo la luz dorada, cálida y serena—. La poción de la tormenta llevó tu cuerpo al límite. Si a eso le sumas que has utilizado mucha magia sin estar entrenado y que has experimentado grandes emociones que han acelerado tu corazón.

—¿Estoy enfermo?

—Tienes agujetas—sonríe y lo hace mostrando sus colmillos blancos como la nieve.

—Aguj...—mi lengua se enreda de tal manera que me acabo atragantando—. En Tierra firme tenéis demasiadas palabras.

—Y las que te quedan por aprender, cariño.

La puerta se abre de par en par y un cuarteto de brujas entran sin avisar. Dos de ellas son morenas, con el cabello liso, una con un moño y la otra en una coleta baja. Pero sin duda la que

me llama más la atención es la vampira de cabello rubio y ojos grises. Tenerla cerca es recibir una brisa

de aire invernal, su piel está mucho más fría que la de un caído normal.

—El duque quiere que lo traslademos a palacio, Kath—y es ella la que habla con liderazgo y cercanía.

—Es pronto—mi amiga es cortante, se cruza de brazos y carga todo su peso sobre su pierna izquierda—. Necesita al menos un día más de recuperación. Ni siquiera puede caminar y en palacio no están permitidas las mancias.

—Nuestras majestades tienen razón—la bruja continúa mientras las otras dejan mis nuevas ropas sobre una silla de madera—. Tenemos que preparar la ceremonia para despedir a la Tríada. El Antiguo nos está esperando para tener una audiencia con el aquelarre.

—Edana, ninguna de nosotras está preparada para hablar con nuestro ancestro—la negatividad de Kathleen es innegociable.

—Los cursos del destino son así, no disponemos del poder para decidir. Ahora es tiempo de que las brujas nos retiremos de la sociedad vampírica, necesitamos hacernos más fuertes.

Tal y como han entrado se van dejando un aire de tensión y desilusión en la estancia. Kathleen recoge su libro, se sacude el cabello e intenta esbozar su mejor sonrisa. Pero no puede, y por más que lo intente no lo consigue. Me ayuda a vestirme sin ningún pudor y tarda unos segundos en colocarse el velo de lino negro que oculta su rostro, una prenda tradicional que llevan las brujas cuando tienen contacto con la Corte de la Noche. Sé cómo funciona porque se parece a la mordaza de los *ilotas*. Eso solo puede significar una cosa, las brujas tienen el mismo rango que un simple esclavo sexual.

—Nos veremos pronto...—sus palabras suenan tan poco convincentes como su sonrisa.

—No tienes la culpa de lo que ha pasado, Kath—me incorporo sobre la cama, dejo mis pies colgando y me estiro para alcanzar sus manos. No sé muy bien porque lo hago, quizá porque he visto a algún vampiro hablando con otros de esta manera. Sus ojos marrones resplandecen con suavidad, es como si tuviera el dolor contenido en su interior. Un firmamento sin estrellas que amenazan con una tormenta—. No pudiste actuar antes y cuando tuviste la oportunidad lo diste todo por nosotros.

—Yo...—ella se desmorona, se sienta a mi lado y empieza a llorar. No me hace falta verlo para saber que el agua recorre su piel, es como si pudiera percibir la voz de Rysantha en ella. Aunque eso signifique escuchar un suave susurro, una melodía muda—. No pude hacer nada...

—Lo sé y está bien—pero es como si mis palabras no sirvieran de nada. Después de todo no pertenezco a este mundo. En mi hogar los lamentos se curan con entrenamientos, con duelos o con la caza. De alguna manera los vampiros se han conformado con el contacto físico, los diálogos inútiles y los juegos sociales sin sentido. Quizá por eso recurra a frases que ya conozco, utilizo a Angélika como si hablase a través de mí—. No podemos cambiar el pas...

—Me pusieron las cadenas rúnicas incluso antes de iniciar la revolución—Kathleen aprieta mis manos con rabia, como si eso fuera a sanar las heridas de su corazón—. Fue uno de los recepcionistas del coliseo, lo hizo sin que nadie se diera cuenta y me advirtió que si decía algo les cortarían la cabeza a mis hermanas.

—Nos pillaron por sorpresa, pero conseguimos muchas cosas buenas—me limito a ser sincero, sin rebatir ni negociar.

—Se abrió una grieta en la sociedad nocturna. Hubo muchísimas muertes, los nobles demostraron no estar preparados para una guerra. No sabemos quién puede pertenecer a la Orden

en Plaguen. Nadie está seguro ahora mismo, ni siquiera los que vivís en palacio. Si Ulfred pudo llegar hasta los *stokers* ¿Quién dice que las cabezas de los duques pueden aparecer clavadas en una pica mañana?

—Pero todo se acabó, descubrimos al Maestro de los Condenados y me llevé el reconocimiento de la corte.

—¿Ulfred? ¿El Maestro? —sus palabras tienen el efecto de la Voz Azur en mi corazón. Por un momento detiene mis latidos y le hacen tanto daño que casi pienso que voy a morir. Kathleen deja de llorar, sonríe bajo el velo que cubre su rostro. Pero no lo hace con alegría si no de otra manera—. No lo tengo tan claro.

—¿Por qué estas tan segura?—mis dedos levantan la tela negra para observarla con detenimiento, intento entender lo que proyecta su gesto, pero de pronto Kathleen es indescifrable—. Ulfred era el falso Chacal y todos le seguían. Era el Maestro, no podemos dudar en eso.

—Ulfred no puede ser el líder de los Condenados, Cirigh. Lo tengo tan claro porque yo bebí del Maestro hace mucho tiempo.

La bruja me deja completamente paralizado. De pronto mis labios se quedan sellados, como si alguien los hubiera cosido con rabia. Peor que eso, es como si alguien hubiera tirado del hilo dorado oculto en mi garganta y me lo hubiera cortado de cuajo. Como lo hizo Angélika con sus guerreras para firmar el tratado de sangre salada y ganarse su pase directo a Tierra firme.

—¿¿Qué viste?! ¿Qué viste en sus recuerdos? —consigo decir al cabo de unos segundos, lo hago casi escupiendo, vomitando las palabras como si fueran una cascada. Ya no soy un ignorante del mundo exterior, sé cómo funcionan las cosas en la noche eterna. Cuando un vampiro bebe la sangre de otro puede ver sus recuerdos. La solución a nuestros problemas no está tan lejos—. Cuando bebiste de él ¿Cuál fue tu visión?

—No lo recuerdo, es como si no hubiera visto nada... Eso es lo que más miedo me da.

—¿Cómo que no viste nada? ¿Es eso posible?

—Los únicos que pueden denegar una Revelación de Sangre son los vampiros de sangre pura...

—Los miembros de las estirpes—recalco y ella se limita a asentir con la cabeza—. ¿Pero entonces quién es el Maestro? Todos los *stokers* de Illia y Cárpasot estaban en la arena. Y solo ha venido el duque Krishan y Lady Alia desde Pestet ¿no?

Ella asiente con la cabeza mientras se seca las lágrimas, admite que no tiene mucho tiempo, que al Aquelarre del Cuervo le espera mucho trabajo por delante. Kathleen me promete que llegará al fondo de este asunto, que descubrirá quién es el Maestro, que lleva investigándolo desde que entró en la Orden.

—¿Por qué te uniste a ellos?—me atrevo a preguntar con confianza. Ella me mira, suspira y se asegura de que la puerta está cerrada.

—Cuando naces en los suburbios de la ciudad lo único que te queda es la familia—comienza a decir sin apartar la mirada del suelo. Sus palabras invocan los recuerdos de la misma forma que lo hace la sangre cuando la bebe un caído-. Por eso siempre he estado muy unida a mi hermano Malik.

—¿Tienes un hermano?—ella asiente con la cabeza y yo no puedo hacer otra cosa que imaginarme a un chico con el cabello anémona de fuego.

—Nuestro padre era cazador, murió en una de las batidas y de mis madres ya te puedes imaginar su final—continúa—. Belladona me dio la oportunidad de darle a mi hermano un futuro mejor. Así es como entré en el *Lluvia de Polen* y me dediqué a satisfacer las necesidades de los bajos fondos—después me mira y aclara un punto que no había valorado hasta ese preciso momento—.

Las prostitutas de Plagen corremos el riesgo de quedarnos embarazadas en cada uno de nuestros trabajos...

—Le dais placer a otros exponiendo vuestra existencia al límite.

—Malik intentó sacarme de allí cuando se dio cuenta, pero si dejaba de trabajar nuestra vida se resumiría a vivir en las calles embarradas de la ciudad—su voz proyecta el dolor de una herida que, aunque cicatrizada, no deja de dolerle—. Illythia me sonrió cuando la Tríada descubrió mi potencial mágico. ¿Sabes como despierta una bruja, Cirigh?—yo niego con la cabeza ignorante—. Al principio surge una chispa, una pequeña porción de poder que, de no ser controlada, puede traer la muerte de todo lo que nos rodea.

—¿Cómo apareció tu chispa?

—Mi magia surgió con una serpiente de fuego ansiosa por devorarlo todo—me quedo en silencio, no quiero ahondar más en el dolor de la única caída a la que puedo considerar amiga—. Pero las líderes del Aquelarre del Cuervo lo vieron en los designios del destino y me salvaron de mí misma.

—Te llevaron a las catacumbas de las brujas.

—Y me alejaron de todo los que conocía.

—¿Y tú hermano? ¿Y Malik?

—Nunca perdí el contacto con él, en ocasiones me escapaba para visitarle, pero su mundo se había desmoronado de maneras que yo no podía comprender.

—¿A qué te refieres, Kath?

—A qué se vio solo en la noche eterna de Valhía. Sin el calor de una familia. Por mucho que nos viéramos a escondidas, mis huidas del aquelarre empezaron a ser menos frecuentes, tenía mucho que aprender si quería convertirme en una bruja digna de Plagen. Y eso es lo que le llevó a endeudarse con la Orden.

—¿Les pidió una fortuna imposible de pagar?

—Encontró en ellos el amor de una familia, aunque los Condenados siempre buscan algo a cambio y Malik no lo supo ver hasta que yo lo saqué de allí.

—¿Qué querían de él?

—Que fuera un peón en la guerra que se estaba gestando a la sombra de la corona de oro negro y rubies—un impulso me incita a agarrar su mano en silencio. Necesito demostrarle que estoy aquí de la misma manera que ella lo ha estado cada noche desde que fui atacado por el necrófago—. Que se sacrificara por el Maestro llegado el momento.

—¿Cómo supiste que tu hermano estaba en peligro?

—Lo soñé, la magia me lo mostró y no pude hacer otra cosa que infiltrarme entre los anarquistas. Pensé que nunca lo iba a sacar de allí, pero entonces apareció Chacal y lo cambió todo.

—Estevian...

—Jasper me encontró escondida en una de las reuniones del Maestro, vio en mí a una aliada y consiguió que Chacal me convenciera para ayudarles a detener la rebelión.

—¿Y cómo llegaste a Malik?

—Un lacayo no puede negarse a las peticiones de sus generales y mi hermano era un fiel seguidor de Chacal. Así que cuando él le llevó hasta mí y le expliqué que lo iban a utilizar en la guerra, Malik despertó.

Kathleen se incorpora lentamente, los dos sabemos que se tiene que ir. No me suelta la mano en ningún momento, entonces comprendo que entre nosotros ha surgido un vínculo, una unión tan inquebrantable como los azares del destino. La amistad que surge entre la caída y yo es un milagro comparable con la magia.

—¿Conoceré a Malik algún día?

—Sí, ahora vive en Torre Salamandra, uno de los pueblos abanderados de Plaguen. Te llevaré allí cuando todo se calme—me sonrío, suelta mi mano y se despide—Nos veremos pronto.

—Te echaré de menos.

—Y yo, cielo. Pero tú también vas a estar muy ocupado. La corte va a estar muy pendiente de ti—ella se mueve con elegancia mientras sus palabras se jactan de mí. Antes de desaparecer añade—. Ahora todos los ojos estarán posados en el tritón de Plaguen.

Cuando Kathleen se marcha varios guardias de palacio entran tras ella. Llevan una camilla de madera y cuero, un invento que no tardan en utilizar para llevarme a cuestas. En el pequeño trayecto entre la cama y el carruaje me siento como si verdaderamente no tuviera piernas y mis funciones para andar en Tierra firme fueran limitadas.

Echo de menos no ver a Ulfred a las riendas del vehículo que me conduce cuesta arriba. De alguna manera pensé que podríamos llegar a ser grandes amigos. Me pregunto qué le estarán haciendo los guardias, si realmente estarán consiguiendo sacarle información. Aunque sin duda lo que más me reconcome por dentro han sido las palabras de Kath. Creí que todo lo relacionado con el Maestro se había solucionado, pero por lo visto va a ser un tema que me va a traer dolor de cabeza.

—Es usted noticia, señor—el guardia sentado frente a mí es agradable—. Menos mal que la Dama Muerte, Santa Illythia, cuidó de ti durante la persecución del general Rhain y sus sabuesos. Está claro que la diosa tenía un gran plan para usted.

Me encantaría decirle que no, que no hubo ninguna diosa protegién_ dome mientras huía de los guardias. Pero hablar del *stoker*, de su falsa identidad como Chacal y de su implicación en el exterminio de la estirpe Dynevor me parece mucho más complicado de explicar que dejarle simplemente hablar.

Los barrios bajos de Plaguen se mantienen en una extraña calma. Hay vampiros que andan de un lado a otro, pero sin prisa y sin ningún ambiente festivo. Más bien es como si estuvieran de luto, cabizbajos y sin fuerzas siquiera para sonreír. Saco la cabeza y me miran, saben quién soy y no parece importarles. Eso me hace sonreír, no me tengo que ocultar, puedo ser yo mismo sin necesidad de fingir ser un *ilota*.

—¿Qué les pasa?—me atrevo a preguntar.

—Hubo muchas muertes durante la revuelta—su voz no se debilita al hablar lo que me indica que, o no ha perdido a nadie importante o es un guerrero muy profesional—. Pero sin duda la pérdida más importante para el reino ha sido la de la Tríada. Las brujas son ciudadanas muy importantes en los dominios de la Corte de la Noche— continúa, es como si llevara callado un montón de días y necesitara hablar sin parar. Lo agradezco, porque me ahorra el preguntar—. Plaguen es el único reino conocido que cuenta con un aquelarre como potencia de guerra. Ni Pestet, menos aún la antigua Makabria, contaban con una potencia así. Pero el Aquelarre del Cuervo no se creó para protegernos de los necrófagos o los peligros del continente—me limito a mirarle y aguardo su respuesta con intriga—. El aquelarre se formó para futuras guerras contra los humanos del Continente del León. O incluso...

—Las sirenas de las profundidades—le interrumpo y él repite.

—Las sirenas del mar—el soldado se coloca las hombreras y señala con el mentón a un montón de niños, de los barrios bajos, cargados con mochilas bandoleras. Observamos como los caídos más pequeños venden montones de papel mientras él me explica que son periódicos con las noticias del reino. Después sigue con su charla mientras yo le presto una vaga atención.

—Pero sin las mantes más poderosas, el aquelarre perderá el núcleo y las brujas carecerán de

organización alguna. Por ello, los duques hablarán con el Antiguo y nombrarán a la nueva Tríada. Aunque para eso las vampiras dotadas con el don tendrán que hacer innumerables pruebas, puede que incluso no sobrevivan. Solo cuando se solucione todo el tema de las brujas, la corte seguirá con sus planes—yo sigo mirando por la ventana mientras emprendemos el camino mortal hacia el palacio. El mar verde sigue ahí, sus árboles son titanes dormidos cuyas copas mecen al ritmo del viento. Me mantengo ausente hasta que el vampiro dice algo que me devuelve a mi realidad—. La noticia del enlace entre Ilia y Shayk se pospondrá unos meses.

—Lo que significa que los *stokers* permanecerán en palacio hasta nuevo aviso ¿no?

—Sí... una pena porque la ciudad necesita una fiesta así—algo que para mí carece de importancia, creo que a eso le llaman egoísmo—. Las cortes y los nobles suelen invertir gran parte de sus ganancias al pueblo. Decoran las calles, reforman las zonas más viejas y yerguen estatuas y fuentes en honor al matrimonio. También reparten comida,...

Empiezo a pensar que los habitantes de Tierra firme son sumamente transparentes. En alta mar estudiamos los movimientos de nuestras presas para poder intuir sus siguientes acciones y poder cazar con facilidad. Esa es una enseñanza que, sin saberlo, estoy aplicando con los vampiros de Valhía. Les estudio observando las expresiones de sus caras, en muchas ocasiones se puede deducir qué es lo que van a decir o hacer. Le pongo especial interés al tono de voz que utilizan para ver si están en una actitud defensiva o atacante. Sin quererlo, estoy volviéndome un gran depredador. Lo que me da más seguridad al hablar, o quizá sea el simple hecho de que ahora estoy protegido por la corona de oro negro y rubíes.

El soldado joven y hablador, cuyo nombre no conozco, y que ni siquiera me he molestado en preguntar, me ayuda a bajar del carruaje. Al otro lado hay un grupo de sirvientes cargados con una silla situada sobre dos tablas de roble negro y un dosel granate sobre esta. Un invento al que los habitantes de Tierra firme llaman palanquín.

—¿Está cómodo, señor?—pregunta el vampiro situado justo debajo de mí cuando me elevan en el aire.

—Sí, gracias, espero no caerme.

—No se mueva, simplemente disfrute del trayecto.

De pronto mi entrada en el palacio es una procesión donde los guardias, los sirvientes y las criadas forman pasillos que llenan con aplausos y vítores. Me siento importante, valorado y querido. Los vampiros no están solo situados en los jardines, sino también en el interior del castillo formando una ruta perfecta hacia algún lugar. No subimos por las escaleras, nos dirigimos a una estancia que desconozco, un lugar coronado por dos grandes puertas de madera blanca con forjados en metal y plata.

—¡Bienvenido, Tritón de Plague!—dice una voz masculina, solemne y majestuosa. Utilizan esa expresión, no para nombrarme, si no como un título, como si yo también fuera un lord.

La estancia tiene los techos altos con grandes ventanales que dejan entrar la suave luz al otro lado de la tormenta que empieza a descargar su lluvia sobre el palacio. Hay balcones cuyo acceso parecen ser escaleras secretas, gradas que apuntan directamente a dos asientos grandiosos y de gran valor.

—¡Este es el Salón del Trono!—anuncia el duque Ábsolem con la corona situada sobre su cabello negro—. Un lugar reservado para todos los que pertenecemos a la Corte de la Noche.

—Gracias—respondo con timidez cuando los sirvientes se detienen a escasos metros de él. Me bajan con delicadeza para que mi altura no esté, en ningún momento, por encima de la de su líder—. Para mí es un honor estar aquí.

El rey de los caídos tiene un porte elegante, recto y tan cercano como el de un padre. Su mandíbula está trabajada, tiene la barba incipiente y recortada y dos ojos rojos que obliga a que el resto se arrodille ante él. Viste un conjunto de tela negra y una capa granate con surcos dorados sobre ella. A su lado está su esposa, la duquesa Ágatha, una mujer de gran belleza y ojos grandes. A diferencia de él, cuyo cabello es como una noche sin estrellas y su flequillo parece

representar las montañas que protegen Plaguen, ella luce una melena rubia peinada a modo de un voluminoso moño. Su tiara es mucho más pequeña que la del duque, aunque también parece estar hecha de oro negro con rubies engarzados en ella. Si Ábsolem tiene un gesto trabajado, fino y serio, Ágatha tiene una cara redondeada y una expresión alegre. Cuanto más los miro más veo las similitudes con sus hijos, los *stokers*.

—¡Eres un regalo de la Dama Muerte!—celebra el rey mientras abre sus brazos y mira hacia los balcones de los nobles de la ciudad. Aunque hay bastantes ausencias, se nota las grandes pérdidas que ha tenido el reino—. Luchaste fervientemente en la rebelión, pusiste en riesgo tu vida por nosotros y salvaste a nuestras *adastas* del necrófago.

El Salón del Trono estalla en aplausos y yo me acabo ruborizando. El duque se aclara la garganta y eso parece ser señal suficiente como para que el servicio de la corona abandone el lugar y me dejen solo con la alta sociedad de Plaguen. El general Rhain se sitúa junto al duque, se queda firme y con una expresión inquebrantable. Los únicos que se quedan son los guardias que protegen los portones y vigilan las ventanas.

—La protección de la Corte de la Noche está contigo—continúa el duque—. Como el Tritón de Plaguen se te otorgará todo lo que pidas. Desde las mejores comodidades hasta el mejor pescado. Además, gozarás de un miembro de nuestro consejo para que te mantenga al tanto de todo lo que ocurre en la ciudad.

—No sé qué decir...

—Lady Angélika será tu consejera—anuncia y señala una de las gradas desde la cual la sirena de cabello morado me saluda con elegancia. Sonrío, lo hago como si me hubieran hecho el mayor de los regalos.

—Su majestad—pronuncia ella para que todo el mundo pueda escucharla—. Sus lores y ladies queremos dar las gracias Cirigh—hace hincapié en pronunciar bien mi nombre, pero parece que la multitud no la entiende, por ello acaba diciendo—, el Tritón de Plaguen, por todo lo que ha hecho por nosotros. Por eso hemos enviado nuestros presentes a sus aposentos.

—Ese es un gran gesto, Lady Angélika—responde Ágatha con alegría caminando directamente hacia mí. Después coloca sus manos sobre mis hombros, un gesto que me transmite tanta paz que es imposible no sentirse como un hijo para ella—. Yo también quiero hacerte un regalo,...—por un momento se queda en silencio, no sé si está intentando pronunciar mi nombre o es que en su interior hay una tormenta silenciosa que amenaza con salir—. Lo haré llegar cuando esté preparado.

—Gracias, su majestad.

Me siento estúpido sin poder decir mucho más, no es que no sepa hablar en terrestre, es que directamente creo que cualquier cosa que diga de más puede ser una falta de respeto a la corona de los vampiros. Me ha costado llegar hasta este punto y, por eso, quiero mantenerme aquí. La anciana no se creería lo que he conseguido hacer en Tierra firme, he llegado hasta sus líderes y ahora formo parte de su corte.

Los tronos han sido creados con suma sutileza, la madera está cubierta por terciopelo granate y lino dorado. El respaldo, mucho más alto que la altura de los duques, terminan en dos alas de murciélago perfectamente forjadas en plata oscura y oro brillante. No sé cómo funciona exactamente el dinero de los caídos, pero puedo afirmar que vender una de esas butacas da ganancias suficientes como para comprarse un par de casas en el centro de la ciudad.

—Nos veremos pronto, Tritón de Plaguen. Para entonces esperamos que estés completamente recuperado de tus lesiones de la batalla.

El duque se despidе y el resto de la sala estalla en aplausos mientras los

sirvientes me elevan de nuevo y me alejan del lugar. Me sorprende cruzar una puerta trasera que nos conduce directamente a los jardines de palacio, unos jardines completamente diferentes a los que ya conozco. Ni siquiera son los rosales donde vi a Lady Amari y sus *adastas* pasear, diría que estoy muy alejado de las vistas de mi antigua habitación.

Hay una gran charca llena de peces por la cual cruza un puente de piedra con farolillos colgados de postes. Viendo la complejidad que hay a la hora de atravesar el agua, los sirvientes optan por rodear el pequeño lago para llegar a una zona del castillo completamente nueva para mí. Se trata de una casa baja construida con piedras grises a juego con el puente que hay en la charca, como si ambas piezas formaran parte del mismo puzle. A pesar de estar pegado al castillo, y diste mucho de la riqueza de este, el lugar no deja de ser tranquilo y encantador.

—Esta es la casa del prado—anuncia uno de los sirvientes de la parte trasera del palanquín.

—La hemos estado preparando estos días para ti—secunda otro—. Los lores y ladies encargaron habilitar este lugar para que te sintieras más acorde con tu hábitat.

—Ah...—intento buscar lanzas de hueso, agua salada o piedras con escritos tallados en ellas. Pero no hay nada de eso.

—La charca será abastecida de nuestros mejores peces cada día para que pueda bañarse y alimentarse con total libertad—aclara el primero.

—Ah,... sí, entiendo. Gracias—pero no veo ni una pizca de mi hogar aquí, al menos lo han intentado.

Abren la puerta de la casa y me muestran el interior. No es demasiado grande, es mucho más pequeña que mi antiguo dormitorio. Hay una cama de matrimonio, una mesa redonda con cuatro sillas, un armario, un aseo de pequeño tamaño con una letrina, una estantería con tres libros y un gran arcón.

Y se marchan dejándome sentado sobre la cama, solo y con la sensación de haber recibido el peor de los castigos. Me quedo allí mirando a la pared durante largos minutos que parecen horas. Intento caminar en dos ocasiones, pero me siento tan débil que acabo por tumbarme y quedarme dormido.

Mis ojos se abren de par en par cuando el *aurane* se sacude hambriento. Tengo tanta sed que no puedo hacer otra cosa que tirarme al suelo y arrastrarme clavando mis uñas en el suelo de madera. Abro la puerta como puedo, y utilizo la poca fuerza que me quedan en los brazos para llegar hasta la charca. Me meto de lleno en ella, la aleta azul suple mis piernas y empiezo a nadar sin control. En ese momento, y aunque no tenga las armas que mi raza me otorga en alta mar, empiezo a cazar peces como si fuera mi última misión en la vida. Cada segundo que transcurre sin consumir sangre se traduce en sentir un fuerte ador en mi estómago, como si los vampiros que estoy gestando se estuvieran alimentando de mí a falta de plasma.

Utilizo mis manos para agarrar peces, morderlos, beber de ellos y descuartizarlos a tiempo de ir a por el siguiente. Cuando siento que hay alguno lo suficientemente cerca de mí, le golpeo con la aleta para dejarlo inconsciente y después lo marco como mi próxima presa. La charca se tiñe de rojo con la sangre de las carpas que han metido allí, desde fuera no se puede ver otra cosa que el agua sacudirse con cada aletazo que doy. Al principio solo sacio el hambre de las crías de caído, luego acabo comiendo el pescado crudo sin ningún tipo de pudor. Todo me hace sentir mejor, y no hablo solo de las agujetas.

De alguna manera llego a pensar que toda la rabia que he contenido, por los supuestos regalos de la Corte de la Noche, lo he pagado con los animalitos que nadaban felizmente aquí. Me siento engañado, estafado por una raza que se cree mejor que yo y que, después de dar todo de mí por ellos, me han exiliado lejos de palacio. Quizá me tengan miedo, quizá lo hacen por temor a que

utilice mi Voz Azur para acabar con todos sus soldados. Lo que está claro es que no me conocen. Emerjo de la masacre que he provocado en el agua, me siento en la orilla y muevo mi aleta sobre la sangre, como si eso, de alguna manera, calmara mi ira. Es entonces cuando la veo, nuestro encuentro es muy similar al de la primera vez. La niña vampira está apoyada en el puente de piedra, mirándome con dos ojos verdes como esmeraldas. Su cabello dorado se mantiene peinado en dos coletas que caen sobre cada uno de sus hombros. Lleva un vestido blanco y una sonrisa macabra se dibuja en su rostro.

—Ala ¿Lo has hecho tú solo? —dice con una voz inocente e infantil.

Recuerdo a esa niña, la vi por primera vez cuando desperté en la pecera en la fiesta de vampiros. Aunque en ese momento tenía los ojos rojos y no verdes no he podido olvidarla. Cuando te han repetido tantas veces que nos estamos extinguiendo porque las sirenas no consiguen generar huevos para depositarlos en los tritones, el rostro de un niño, una niña en este caso, se te queda clavado como las llamas en un campo lleno de flores.

—¿Y tú quién eres?—pregunto sin ningún tipo de formalidades, estoy desesperado por no sentir soledad en mi exilio.

—¿Pues quién voy a ser? Soy una *stoker* de Plaguen—ella se incorpora y empieza a caminar por el borde del puente, lo hace con gracia, primero a pata coja y luego dando pequeños brinquitos—. Ya tenía ganas de conocerte, azulito.

—¿Una *stoker*? ¿Eres hija de los duques?—me quedo totalmente quieto, como si no quisiera espantarla.

—No, no, no...—canturrea. No sé qué edad tiene pero entiendo que no es más mayor de la edad que yo tenía cuando conocí a Estevian—. Soy la hija del general Rhain.

—¡Ah! Entonces ¿Eres hermana de Darius, verdad?—adquiero un tono más infantil para dirigirme a ella.

—No exactamente—su voz es una melodía constante, está aburrida y ha encontrado su juguete nuevo—. Aunque los nobles crean que sí.

La niña se me queda mirando mientras las escamas desaparecen y regresa mi desnudez. Se queda completamente boquiabierta, creo que es porque nunca ha visto a un tritón adquirir su aspecto terrestre. Me dirijo a la casa, la misma que me han asignado como prisión, y abro el armario para descubrirlo lleno de prendas sencillas. No hay telas caras, menos aún sedas o terciopelos. Todo son camisas, pantalones, algún chaleco y un par de pares de botas. Me visto sin ponerle especial interés y cuando voy a salir al jardín, la vampira ya no está.

—¡Ay!—grito cuando de repente la encuentro del revés frente a mí. Se ha subido al tejado y su cabeza cuelga con las coletas sueltas al aire. Ella se empieza a reír mientras sus ojos, que brillaban rojos, se apagan adquiriendo su tono esmeralda—. ¿Y cómo te llamas? ¿Lady...?

—Ah, no, no soy una lady—se lo había puesto lo suficientemente fácil como para que completase la frase, pero parece que la niña se está divirtiendo a mi costa—. Me llamo Seylah, ¿Y tú azulito?

—Cirigh—ella tuerce el gesto y me pide que se lo repita. Cuando lo hago le pone especial atención a mis labios.

—¿Puedo llamarte Azulito?—y yo pongo los ojos en blanco, al final acabo asintiendo con la cabeza.

Seylah se deja caer y lo hace con agilidad y gracia. La niña entra en la casa sin pedir permiso y se pone a bailar en la parte más céntrica de la estancia principal. Me siento en una de las sillas y me quedo mirándola. Si ella es uno de mis regalos, empiezo a estar agradecido.

—Oye Seylah, ¿Vives aquí en palacio?

—No, vivía abajo con el aquelarre. Pero mis tutoras han sido asesinadas durante la rebelión—lo cuenta sin miramientos, como si se tratase de un cuento en vez de una catástrofe—. ¿Sabes? Esta casa era mía, la señora Hope cuidaba de mí hasta que mostré aptitudes de bruja.

—¿Sabes hacer magia?

—Aún soy una aprendiz—sigue dando vueltas hasta que se detiene y se cae de bruces en el suelo. Me incorporo de golpe con intención de ayudarla, la verdad es que alimentarme me ha hecho sanar con velocidad—. ¿A qué es divertido?

—¿Estás bien?

Ella se incorpora de un salto y se sienta en una silla frente a mí. De pronto parece ser una niña de lo más tranquila, apoya su cabeza sobre la mesa y cierra los ojos. Escucho su respiración calmada, parece que se está quedando dormida. Me relaja verla así, en una actitud desenfadada, relajada y casi ausente. Me quedo mirándola, no tengo nada mejor que hacer.

—¡Ah, ya sé!—Seylah se incorpora de golpe y me pilla por sorpresa. Doy un brinco sobre la silla y observo como se acerca al arcón y saca una cajita verde—. Ven azulito, ven a jugar.

Y sale por la puerta de la casa, se acerca al jardín y se sienta junto al

huerto situado a un lado de la casa. Me quedo mirándola mientras abre la caja y saca unas semillas de su interior. Antes de que pueda darme cuenta está enterrándolas en la tierra y canturreando lo feliz que es siendo una jardinera.

—¿Qué estás haciendo?

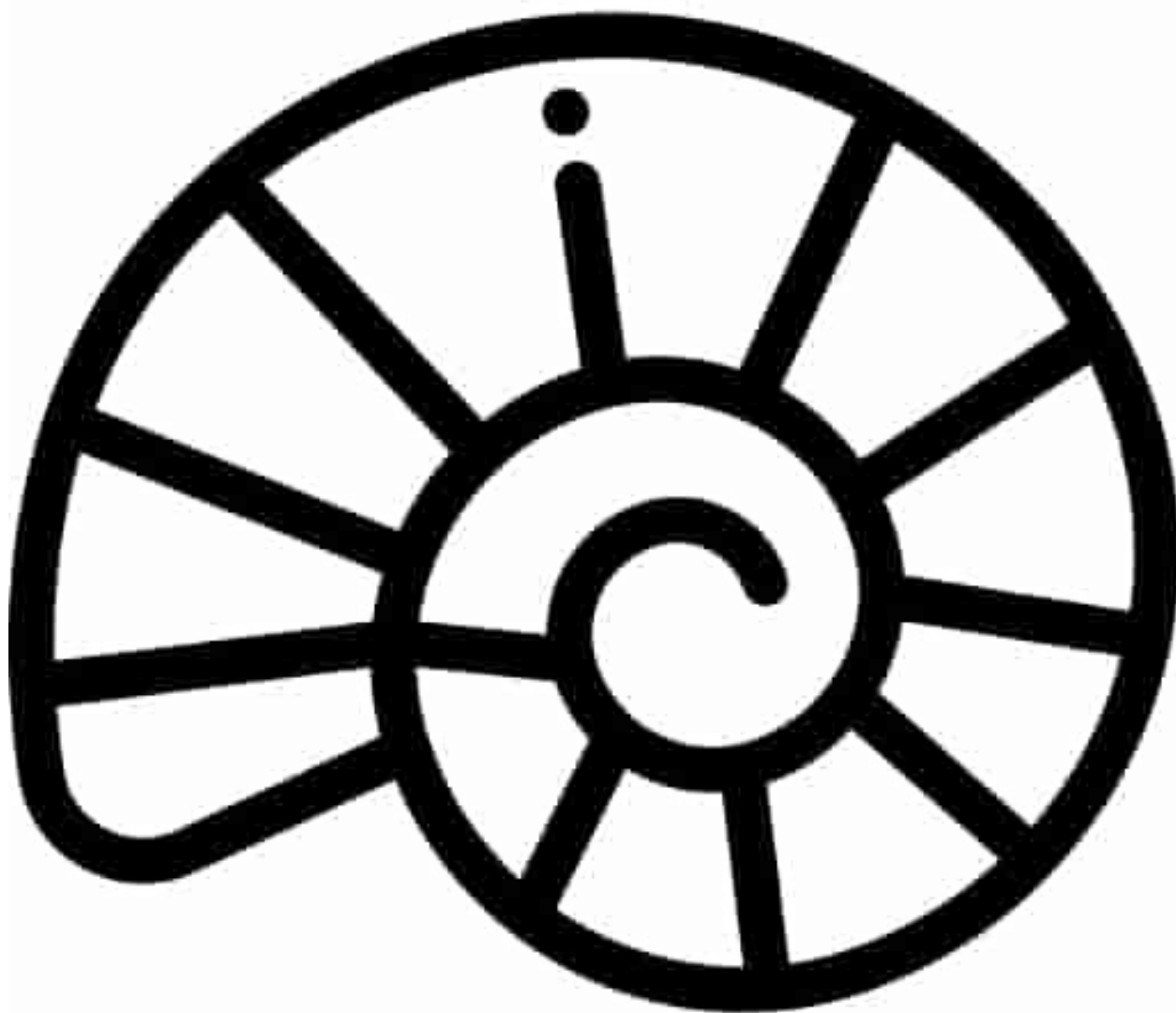
—¿No lo ves? Hago magia—responde ella justo antes de invocar el fulgor rojo de sus ojos y empieza a susurrar—. Dama Muerte dame el poder, Dama Muerte hazlas crecer.

La tierra se mueve para hacer crecer un brote verde. No entiendo como puede haber vegetación en Plaguen, deben de ser especies muy complejas para que crezcan sin ayuda de la luz solar. O puede que quizá estas tierras tengan una magia que las hace muy especial.

—Ves ¿A qué es divertido? —yo asiento con la cabeza, estoy totalmente sorprendido, las mancias son verdaderamente milagrosas sorprendentes.

—Vuelve a hacerlo—pronuncio de manera divertida, esto es más entretenido que estar sin hacer nada.

—Ven, Azulito, ayúdame. Vamos a sembrarlas todas.



Estevian Ilia

El carruaje se mueve con lentitud a través de las calles de la ciudad. Mis hermanas, Darius y yo hemos decidido visitar a todas las familias de los bajos fondos para transmitirles que todo va a estar bien. La revuelta ha causado tantos estragos que los vampiros del reino están alterados, nerviosos y preocupados. Algunos afirman quererse mudar a las islas del sur o incluso a Pestet. Como hijos de las estirpes es nuestra labor tranquilizarles y demostrarles que seguimos fuertes.

—¿Y ahora qué?—pregunta Enfi con un tono de voz de puro aburrimiento—. ¿Visitaremos los pueblos que pertenecen a Plaguen?

—No, a los humanos ya les hemos mandado mensajeros—comenta Amari llenando su cuaderno de notas—. Con los Alak ya hemos terminado.

—¿Os hace una copa?—Darius verbaliza lo que todos estamos pensando.

—No podemos ir a ningún antro, cariño. Somos los *stoker*, no podemos

ir por ahí poniendo en peligro nuestra reputación—mi hermana mayor está tan metida es su papel de princesa que nadie puede hacerle cambiar de opinión, al menos hasta ahora.

—¿Nunca le habéis hablado de *El Rincón de Dorian*?—Enfi hace que nuestros ojos se posen en ella.

—¿Qué? ¿Tú también, hermana?—Amari no da crédito a lo que está escuchando.

—¿Quién? ¿Ella?—Darius se echa a reír mientras yo mantengo la firmeza para no convertir el trayecto en un estruendo de risas. Se supone que el pueblo tiene que pensar que las acciones de la Orden de los Condenados nos han afectado, y no mentimos cuando nos acercamos a ellos para hablar de lo preocupados que estamos por la situación de la ciudad. Pero la presión de la corona nos mantiene tan atados, que cualquier distracción es una oportunidad para dejar salir a los vampiros que realmente somos, los que no tienen que demostrar día a día que son dignos de vivir en palacio—. Pero si fue Enfi la que nos enseñó ese lugar. ¿Siguen trabajando los amigos de Jasper ahí?

—¿Quién es Jasper?—la rubia se queda completamente perpleja—. ¿Y que se supone que es *El Rincón de Dorian*?

—¡Caleb!—mi puño golpea el techo del carruaje con suavidad para llamar la atención del cochero—. Llévanos a la Plaza del Jinete.

—Sí, señor—y el vehículo empieza a girar para alejarse de la calle principal y recorrer otras mucho más estrechas y con las casas más bajas.

—¿Al Jinete?—mi hermana pone los ojos en blanco y casi puedo leer el asco en cada centímetro de su gesto, fino y blanco, como la de una reina—. Llevo sin ir desde que era niña. Ese barrio está lleno de mierda de caballo y tíos borrachos.

—Ay, cariño. Te va a encantar—sentencia Darius antes de que la carroza se pare en seco.

Cuando Caleb abre la puerta del vehículo los *stokers* nos encontramos frente a una plaza comercial en cuyo centro resalta la estatua de un caballo de piedra cuyos detalles se han perdido con el paso del tiempo. Los cuatro edificios principales son establecimientos cuya fama solo conocemos aquellos que nos hemos perdido en la noche eterna de Valhía, en su placer extremo, en su alcohol y en sus sustancias. Amari disimula su gesto de desaprobación mientras nos dirigimos a una taberna en cuya entrada se mantienen dos figuras imponentes. La primera es una mujer de largos cabellos rubios y la segunda es un hombre de gran musculatura, ambos visten trajes muy similares a los del servicio real y llevan dos máscaras de cuero.

—¿Qué es este lugar?

—Espera y ve, mi amor.

Nos adentramos en *El Rincón de Dorian* y atravesamos la entrada repleta de abrigo y chaquetas. Del vestíbulo se va a un gran salón repleto de músicos con arpas, violines y flautas que convierten el lugar en algo sutil y elegante. Hay sirvientes con trajes grises y máscara de cuero, tal y como los individuos de la puerta. Todos ellos llevan bandejas llenas de todo lo que sus huéspedes necesitan. La luz de las arañas es tenue, lo que hace que la gente sentada en las mesas tenga una identidad secreta. No hay prostitutas ni *ilotas*, algo que se esperaba encontrar Amari, al menos no en la primera planta.

—Es un honor tenerles en mi casa—saluda un vampiro de rasgos finos, media melena morena y una piel carente de vello alguno. Sus ojos, rojos como la joya más brillante, se tornan oscuros cuando se topa con nosotros—. Tenéis lo de siempre abajo.

—Gracias, Dorian—Enfi le ignora por completo mientras pasa de largo en dirección al fondo de la sala.

—¡Oh! Es una sorpresa tenerla aquí—el dueño del garito se queda

boquiabierto al ver a Amari allí—. Puede sentirse segura, los *stokers* no harán nada extraño, al menos no esta noche ¿Verdad chicos?

—Piérdete Dorian, que ahora estoy casado—Darius le enseña el anillo con retintín. El dueño mira con cara de pena, yo me limito a abrir mis brazos y añadir.

—A mí no me mires, llevo tiempo sin jugar con tus *ilotas*. Soy más de pescado.

Escucho la carcajada de Enfi, al fondo, mientras el resto nos dirigimos a las escaleras que descienden a la planta inferior. Los inmortales ignoran nuestra presencia, están demasiado ocupados y nosotros pronto lo estaremos también. El reservado es un lugar mucho más tranquilo, una estancia circular en cuyo centro se encuentra una fuente de mármol blanco cuyas luces se enfocan únicamente en ella. Pero lo que más le llama la atención a mi hermana no es la belleza y la delicadeza del lugar, si no la hermosa vampira que permanece sentada en el agua rasgando con suavidad las cuerdas de su arpa.

—Me encanta...—los labios de Amari hablan en un susurro mientras contempla los elegantes movimientos de la arpista.

—Se hace llamar *La Dama del Lago*—le explico yo con sutileza al oído, no quiero romper el ambiente del reservado—. Es la joya de Dorian, no se puede hablar con ella, ni tocarla.

—¿Es una *ilota*?—ella se asegura de que no todos los tugurios de Plaguen se resumen en el placer del sexo.

—Es una *musa*—me aclaro la garganta antes de dejarla ahí completamente absorta y dirigirme a nuestra mesa situada en uno de los cuatro pétalos que nacen de la estancia circular.

La primera vez que vinimos a *El Rincón de Dorian*, su dueño nos explicó que las salas circulares que emergen de cada punto cardinal de la principal se llamaban pétalos y que estaban reservadas para las grandes personalidades de la ciudad. Es decir, nosotros y algunos nobles que huyen de sus matrimonios de conveniencia.

—Buenas noches—dice un hombre de cabello corto y flequillo en tupé.

—Aún no estamos todos...—Enfi suspira de aburrimiento. Su dedo índice señala a nuestra hermana, a la cual pillamos soltando un pañuelo con sus iniciales sobre el agua de la fuente.

—Pues mira, nos vas a poner el mejor whisky de la casa ¿Tenéis Aullido de Lobo?—mi desparpajo y descaro no conoce límites cuando no tengo que fingir ser el hijo del duque de Plaguen.

—Sí.

—Pues ponnos dos botellas de whisky, una caja de opio verde y otro azul, dos cuencos de pipas de giraluna y...—miro a Enfi y a Darius.

—Trae también una botella de Licor del Sur, el rosado por favor—añade mi hermana antes de levantarse para ir a por Amari.

—¿Cuántos dolientes queréis esta noche?

—Yo creo que con dos es suficiente—le responde mi cuñado con una sonrisa.

—¿Alguna exigencia especial?

—¿Tenéis algún inspirador?

—No, los tenemos agotados. En la carta tenemos disponibles melancólicos, pesimistas, enfadados y adulterados.

—Pesimistas no, tienen la sangre demasiado espesa—apunta Darius a lo que yo le respondo.

—Y melancólicos tampoco que la tienen demasiado líquida.

—Entonces un enfadado y un adulterado ¿verdad?

—Adulterado no... ¿Qué quieres que mi mujer me mate?

—Venga, tío, si va a ser super divertido—él se queda pensativo y yo aprovecho para ordenarle al camarero que nos traiga lo que hemos pedido.

Cuando Amari se sienta a mi lado está sumamente animada, admite que no le parece tan malo este lugar. Mientras esperamos a que nos sirvan, le explicamos que Enfi y yo acudíamos a este lugar después de las largas clases de política y economía. Que mientras ella se quedaba estudiando, nosotros estábamos eludiendo todas nuestras responsabilidades. Darius nos cuenta que el descubrió el garito por oídas de la guardia real, que fue su salvación ya que en Plaguen no hay ningún otro lugar donde los *stoker* podamos ir sin levantar fanatismo y expectación.

Al cabo de unos minutos el camarero coloca las botellas de whisky sobre la mesa, con tan solo tenerlas cerca puedo apreciar el aroma a cebada o el sabor dulce del Licor del Sur. Lo primero que hace Darius es servir unos chupitos de ambas bebidas mientras yo cojo un cigarrillo de opio azul y lo enciendo con agilidad. La primera calada atrae un fuerte picor en mi garganta, más que molesto es agradable. Enfi en cambio pasa de todo y solo se dedica a beber lo único que ha pedido.

—Ugh, está demasiado fuerte—protesta Amari sacando la lengua al probar el licor, al final acaba optando por el vino—. Este me gusta más.

—Y por eso, caballeros, somos hermanas—celebra Enfi.

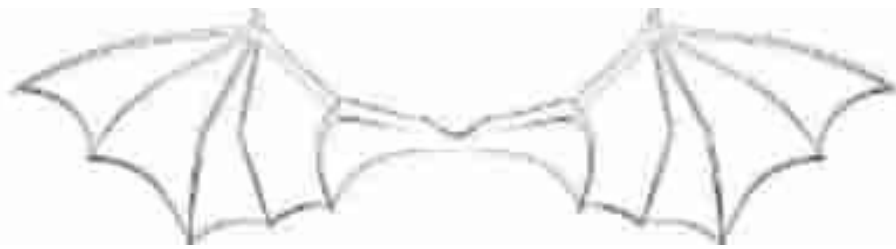
Acabamos hablando largo y tendido de nuestras labores en palacio. Los *stokers* no solo representamos el legado de los duques de Plaguen, si no que formamos el consejo real. Cada uno nos especializamos en un campo y es ahí en donde destacamos cada día. Yo soy el que organiza a los soldados por la ciudad, junto al general Rhain, que secunda cada una de mis estrategias. Amari es la encargada de las celebraciones en la alta sociedad, digamos que su labor principal es mantener a los nobles contentos para que sigan invirtiendo en la mejora de nuestro reino. Terminando con la estirpe Ilia, Enfi es la encargada de asegurarse de que todas las vampiras embarazadas tengan el mejor cuidado, no solo a nivel sanitario si no también en todo lo referido en comodidad e higiene. Y Darius, mi cuñado es simplemente mi cuñado, se supone que mi padre lo está enseñando a ser el próximo duque, pero como quedan siglos para ello al final acaban fingiendo que hablan de cosas importantes cuando en realidad apuestan a ver que jinete, o que cazaflamas reputado, van a ganar títulos este año.

—Buenas noches, lores y ladies—saluda un hombre con un pañuelo naranja en su cuello, junto a él hay una mujer con uno morado. Ambos visten igual y llevan las mismas máscaras que todo el servicio del lugar—. Somos su ganado para esta noche.

—¿Ganado?—pregunta Amari sabiendo a la perfección que es ilegal beber directamente de un humano.

—Llevo esperando toda la noche por este momento...—Enfi se incorpora, deja su vaso sobre la mesa y se acerca al hombre. A diferencia de nuestra hermana, ella si sabe lo que significa el color de los pañuelos. La *stoker* se acerca a él, le quita el pañuelo, abre sus labios para mostrar sus colmillos y le muerde el cuello. Permanece allí durante largos minutos mientras su garganta suena ligeramente con cada trago.

—Yo...—Amari se sonroja, mira a Darius y este asiente con la cabeza—. Está bien. Pero solo lo haré esta vez en mi vida.



El pañuelo naranja significa que el humano ha sufrido fuertes emociones relacionadas con la rabia o el enfado. El azul hace referencia a que ha pasado por un mal momento, seguramente ha estado en depresión o llorando. El rosa suelen ser individuos con enamoramiento reciente. El amarillo suelen ser personas dedicadas al arte, por lo que tienden a estar inspirados y motivados. Y el morado, el ganado más divertido de todos, es el que ha estado consumiendo flores alucinógenas antes de servirse sobre el reservado de esta noche. Dicen que cada mortal tiene un sabor diferente, Dorian descubrió que depende del estado emocional de cada individuo el matiz de la sangre tiene un regustillo u otro. El plasma destilado de los pueblos abanderados de Plaguen tienen un sabor muy similar, muy cotidiano. En cambio, la gente que trabaja para él, que aceptan contratos exclusivos cuando negocian su estancia en el garito, se esfuerzan cada día por dar el mejor servicio.

—Venga... dilo ya, hermanito...—después de una hora a Amari le cuesta hablar con claridad, tiene hipo y parpadea con tanta lentitud que es imposible no verla como una muñeca—. Ese ahogado te ha robado el corazón...

—Shhh...—Enfi insiste en que nadie hablemos, se mantiene con los ojos cerrados y con la botella de Licor del Sur vacía entre sus manos.

—¿Qué? ¿Te has enamorado de un pez?—pronuncia Darius comiendo pipas como si fuera el único alimento en el mundo. Yo le fulmino con la mirada y le echo el humo de mi cigarrillo—. Perdona, tío, sireno ¿no?

—Se dice tritón, oh gran futuro duque—me jacto de él—. Y a estas alturas la corona ya le habrán dado un título y grandes regalos.

—Ve a verle ahora que puedes...— Amari esboza una sonrisa torcida.

—No puede... tiene que asistir a su cita nocturna con Lady Alia...

Las palabras de la pequeña de los Ilia me producen un fuerte dolor de cabeza. Me quedo callado mientras apago el cigarrillo y dejo de beber alcohol. No quiero seguir disfrutando de la fiesta, no mientras esta sensación de agobio me oprima el pecho. Me incorporo de golpe, cojo una gran bocanada de aire y miro a los stokers.

—¿Podéis cubrirme?

—No sé si es buena idea, tío...—Darius sigue bebiendo—. El deber de las estirpes está por encima...

—Cállate, cariño—y pega un pequeño brinco fruto del hipo. No puedo evitar sonreír, la Amari borracha es mucho más divertida que la sobria—. Estevian puede estar de luto...—todos la miramos mientras intentamos entenderla... Sed un poco más inteligentes... no creo que haya otra rebelión... ¡hip!... que pueda afectar a los stokers de esta manera.

—¡Amari!—abro los ojos de par en par mientras me acerco a mi hermana y le doy un beso en la mejilla—. ¿Sabes que eres la mejor verdad?

—Vete a pasar tu luto antes de que pidamos otros dolientes y te entren ganas de quedarte—Enfi se levanta y pasa de largo junto a mí—. Yo voy a por otra botella... paso de todo.

A pesar de ser criaturas de la noche, inmortales nocturnos, monstruos chupasangre y todo lo demás, los vampiros también podemos emborracharnos. A veces solo nos hace falta unas cuantas copas, seguramente más de lo que a un humano de a pie, aunque sin duda lo más efectivo para alterar nuestro estado es beber sangre adulterada. El plasma de los pañuelos morados entra en nuestro organismo con tanta facilidad que es imposible reprimirla, más aún cuando tiene un sabor tan delicioso que acaba siendo adictivo. En verdad beber directamente del ganado conlleva un gran peso, la responsabilidad de parar solo depende del caído, pues el humano no puede resistirse al toque sensual de nuestros colmillos.

Recorro la Plaza del Jinete con grandes zancadas, me acerco al establo más cercano y llamo a la puerta. A pesar de que este tipo de servicios estén repartidos a lo largo de toda la ciudad, como *stoker* no suelo necesitarlos. Después de todo tengo chófer con solo chasquear los dedos.

—Buenas noches caballero—me saluda un hombre desde el otro lado de una ventana con barrotes. Su voz suena aburrida mientras sus manos se mantienen rellenando un montón de papeles.

—Hola, necesito un corcel rápido. No es necesario que sea un semental o una pura sangre—en cuanto escucha mi voz alza la mirada, se pone nervioso y acaba llenándolo todo de tinta.

—Oh,... su majestad...

—Esta noche no—le corrijo mientras dejo un par de monedas de oro sobre la mesa. El precio normal suele ser diez platas, pero hoy me siento generoso.

—¡Béthany!—grita hacia algún lugar—. ¡Trae a Yi!

—¡Pero papá!—le responde una chica joven—. Yi está descansando del entrenamiento de hoy.

—¡Por la memoria de tu madre! ¡Tráeme el maldito caballo!

A los pocos minutos aparece una vampira con el cabello rizado y castaño. Cuando la miro me doy cuenta de lo mucho que sufre la sociedad vampírica con la terrible maldición que nos hace sacrificar a nuestras hembras para preservar la especie. Este es el ejemplo más claro, una familia sin recursos económicos como para pagarse a una *adasta*, una familia rota con la pena constante de una gran pérdida.

Ella lleva las riendas de un corcel de crines blancas, uno de los animales más hermosos que he visto. Está incluso mejor cuidado que los de palacio. La chica no dice nada, me deja al caballo y se marcha. El dueño del establo me sonríe y se despide de mí. Acto seguido monto al animal y me alejo del distrito.

Yi galopa a gran velocidad, sus patas están fibrosas y son ágiles. Pasamos desapercibidos a través de las calles de la ciudad, atajamos por las partes más descuidadas y esquivamos a las personas que van de un lado para el otro.

No sé si es por el alcohol, por el opio o por el doliente morado, pero de golpe y porrazo siento la necesidad imperiosa de ver a Cirigh. No he podido hacerlo antes, no mientras los nobles de Plaguen lo mantenían reunido y la ciudad necesitaba a los *stokers* para transmitir la tranquilidad necesaria después de una guerra.

—¡Hiya!—grito y le azuzo con tanta fuerza que casi pienso que le voy a hacer daño. Pero el animal responde de una manera que no me espero, entonces me doy cuenta de porque es tan especial para Béthany, la hija

del mozo del establo.

Los ojos de Yi se tornan rojos mientras sus patas se propulsan en el suelo adquiriendo una velocidad sobrenatural, la carrera de un vampiro. Sin duda las competiciones de jinetes se han tornado de lo más retorcidas, alguien le ha dado de beber sangre de inmortal al animal, quizá para su entrenamiento. De repente nos convertimos en un borrón blanco que recorre Plaguen como una brisa maldita, el viento de un caído que busca el abrazo de su tritón.

No le temo al simple hecho de que Alia me vea en el palacio, de que se dé cuenta de que he faltado a nuestra cita. No le tengo miedo a que entienda que, para mí, nuestro matrimonio no es primordial.

En el momento en el que desmonto a Yi, espera a que yo me aleje de él y entonces desaparece. Los caballos de los establos de alquiler están adiestrados para volver a casa cuando terminan su servicio. Un verdadero arte para todos aquellos que pasan su vida entrenando animales para darle a los ciudadanos un medio de transporte más asequible que el de comprarse un corcel propio.

Lo primero que hago es ir al dormitorio de Cirigh, el que tenía cuando era mi *ilota*, más bien cuando fingía serlo. Pero no está, de hecho, está completamente diáfano, las criadas de palacio le están buscando otra funcionalidad. Hay sirvientes portando carros llenos de trajes de la corte y vestidos glamurosos completamente sucios. Deduzco que se dirigen al río para limpiar las prendas y ponerlas a punto para el próximo evento. Sin alarmarme, agarro el brazo de uno de ellos y le pregunto:

—¿Dónde está Cirigh?

—¿Quién?—acto seguido se da cuenta de a quién me refiero—. ¡Ah! ¿El Tritón de Plaguen?

—Sí, sí, eso, El Tritón de Plaguen—oculto mi sorpresa al descubrir el título que le han dado, solo puedo pensar lo ilusionado que está al haber recibido un reconocimiento así. Tengo que verle, tenemos que celebrar que por fin podemos vivir juntos sin necesidad de fingir lo que no somos. Bueno, al menos él, yo tengo una misión que cumplir, un cometido que me corresponde por ser hijo de la corona.

—Pues se supone que tenía que estar en el ala oeste, pero he estado allí limpiando las termas y aún no se ha instalado—su respuesta me provoca un escalofrío que recorre mi columna vertebral. De pronto me siento un completo imbécil por haberle dejado solo, por separarlo de mí, por pensar que mi familia iba a cuidar de Cirigh de la misma manera que lo he hecho yo.

—¿Dónde están los que han cargado con el palanquín?—reconozco las tradiciones de mi hogar, llevo viviéndolas desde que nací de una *adasta* a la que jamás podré conocer.

De nuevo esa presión en el pecho, un dolor que se traduce en ansiedad. Antes no me afectaba tanto, o al menos no me comprimía por dentro. Quizá el alcohol ocultaba esta sensación en lo profundo de mi ser, quizá las drogas y el sexo me ayudaban a asimilar la terrible condena de los inmortales de la noche de Valhía. Pero ¿Cómo se puede asimilar el simple hecho de que las vampiras están hechas para morir por dar a la luz a sus hijos? Supongo que se aprende a convivir con ello, después de todo nacer hembra es una terrible maldición a la que nunca me había parado a analizar.

Ojalá Cirigh pueda dar a luz sin sufrir ninguna consecuencia, ojalá el poder de los tritones sea suficiente como para ayudar a los vampiros a continuar con su legado. Si fuera así, si en un hipotético caso todo funcionara así de fácil, los nocturnos y los ahogados podríamos forjar una alianza. Si Angélika lo consiguió con Ignatius, quizá la corona de la noche pueda hacerlo con la de alta mar.

—Les han dado el día libre, seguramente estén en sus casas con sus familias—una criada pasa

por nuestro lado, se detiene frente a mí y pone los ojos en blanco.

—No, Francis. Están en el granero bebiendo como enfermos. Están celebrando la condecoración que les han dado por su buen servicio—después se marcha y sigue con su trabajo.

Antes de que el sirviente pueda disculparse por su ignorancia yo ya me he ido. Recorro el palacio con gracia, cruzo un par de salones vacíos para ahorrarme el largo trayecto de los pasillos. De pronto me detengo junto a la puerta abierta de la sala de citas. Alia está allí leyendo algún tipo de libro junto al crepitar de la chimenea. Podría dirigirme al cuadro de la duquesa Mira, mi abuela, la cual pasó a decorar la guarida del Antiguo hace cinco años. El mismo cuadro que forma una de las puertas a los pasadizos secretos del castillo, pero siento la obligación de justificarme delante de mí prometida. Algo que me hace maldecirme por dentro, no puedo permitirme perder el tiempo, no mientras no sepa que Cirigh está bien.

—Hola, querida—le digo con educación, me acerco a ella y coloco mi mano sobre su hombro. Ella alza su mirada azul y me mira sin transmitir otra cosa que no sea frialdad—. Llego tarde.

—Hoy no es una buena noche para nosotros—Alia baja la cabeza y continúa con su lectura. Me doy cuenta de que el libro es una novela romántica de Charlotte T. Loy, una de las vampiras más conocidas de Plaguen. Puede que de las pocas artistas que han tenido el privilegio de convertirse en condesa.

—Han sido unos días muy complicados. Nuestro enlace se ha tenido que posponer un tiempo.

—Dos meses, hasta que se encuentre sustitutas para la Tríada del aquelarre—dice sin alejarse del libro—. Tendré que aprender a comprender porque las brujas son tan importantes para vosotros. En Pestet los inmortales que tienen aptitudes para la magia acaban siendo reclutados por la Montaña de los Helados...

—Aquí es diferente, siento que tenga que ser así.

—No te veo muy interesado en lo nuestro.

—¿Cómo?—sus palabras me obligan a sentarme en el sofá situado frente a ella—. He venido cada noche aquí para conocerte.

—No me has regalado ninguna flor, y tengo entendido que al sur del Continente de la Banshee es una muestra de amor verdadero.

—¿Tu estas enamorada, Alia?

Mi pregunta le hace mantener el silencio. No tengo nada en contra de la hija de la corona de la Corte de la Niebla, pero tengo que admitir que no está siendo justa. Ella me mira, parpadea y se queda completamente inmóvil. Después suspira, creo que es la primera muestra de humanidad que veo en la *stoker*.

—En el norte no se nos permite amar, tampoco se nos enseña a hacer_ lo—se mantiene fría, entiendo que es su estado natural.

—¿Y esperas que yo me enamore de ti?

—No, solo espero que al menos tu actuación sea ejemplar. Al menos aquí. En Pestet no hará falta.

—Alia, cielo. Yo, yo te prometo que estoy intentando ser tu amigo—cojo aire y empiezo a hablar con total confianza—. Y si vamos a pasar el resto de nuestra inmortalidad juntos tenemos que ser sinceros. ¿Lo entiendes?

—Esperaba encontrar una historia de amor de verdad,...—cierra su libro y me señala la portada donde puedo leer *Amor Eterno de Charlotte T. Loy*—. Mi hermano tiene algo muy cercano a esto.

—¿Kayal?—pregunto y ella asiente con la cabeza. No puedo evitar soltar un bufido, una mezcla

entre risa y protesta—. Alia, tu hermano nunca quiso un matrimonio de conveniencia. Durante las visitas de los Shayk a Plaguen, yo era el encargado de controlar a tu hermano mayor. Se pasaba las noches visitando los burdeles y bebiendo como un descosido. Era yo el que le tenía que parar. Nos dio tiempo a hablar de infinidad de cosas y te puedo asegurar que su enlace con Lady Zoya no estaba en su prioridad. Al menos que algo haya cambiado en todo este tiempo.

—Sus *adastas* están embarazadas, esperando la próxima descendencia de Pestet. Los *stokers* están muy enamorados y tienen una historia de cuento. Los Hadid están muy comprometidos con la causa y algún día tu hermana se casará con uno de los cinco hijos del general Emil.

—¿Cuántos días sale tu hermano a cazar?—le desafío, a mí no me pueden engañar, y no hablo del don que me otorga mi estirpe. Es que conozco demasiado bien a las personas.

—Se suele ir meses enteros de cacería. Como *stoker* es su deber proteger el reino de los demonios blancos que se ocultan en la nieve. Son nuestra amenaza principal y pueden llevarnos a la extinción.

Los demonios blancos, cuentos para no dormir, leyendas que se creen que no son reales. Puede que haya una amenaza de muerte en el norte, seguramente las bestias salvajes que asolan las montañas y los bosques nevados, pero dudo mucho que existan algo como los demonios. Miro a Alia tan fijamente como lo hace ella conmigo, entonces parpadea y se da cuenta de que tengo parte de razón.

—Yo no quiero una relación así. Yo quiero que mi marido permanezca a mi lado por toda la eternidad. Pienso convertirle en mi ancla como lo fue mi madre para mi padre antes de ascender a los vientos—esa es su forma de decir que su madre murió en las guerras del norte. En Pestet piensan que cuando un vampiro de la Corte de la Niebla muere su esencia pasa al invierno.

—Yo no te voy a poder dar eso nunca, Alia—cojo aire, cierro las manos en puño y me abro en canal para ella. Creo que se lo debo—. Yo ya tengo mi ancla.

—Lo sé, es el Tritón de Plaguen. No preguntaré como ocurrió, pero sé que nunca me podrás dar lo que yo estoy dispuesta a entregarte—suena más coherente de lo que me esperaba—. Pero el matrimonio se tiene que llevar a cabo. Es necesario que nuestras estirpes generen nueva descendencia para que nuestro poder crezca y se creen nuevos dones—abre el libro y da por zanjado el tema—. Te guste o no es nuestra obligación.

—Lo sé y lo siento.

Me levanto, me quedo mirándola y espero algún tipo de respuesta por su parte. Algo que calme el sentimiento de culpabilidad que crece en mi interior. En el fondo me da pena, en el norte los vampiros son adiestrados de forma muy diferente, se centran más en la fortaleza de la mente antes que la del cuerpo. Puede que Alia no sea una guerrera capaz de enfrentarse a un ejército, pero tiene la capacidad suficiente como para conquistar reinos enteros. Más aun cuando el poder de su estirpe es el de convocar a las aves y las bestias.

Y tiene razón, estamos obligados a llevar a cabo nuestra unión nos guste o no. Así como mis padres se unieron para fortalecer los lazos de sangre, es mi deber hacer que mi familia siga teniendo el potencial para proteger Plaguen. Ábsolem nació en el seno de la familia Ilia, el apellido que se ha ido transmitiendo de generación en generación.

Los dones de las estirpes evolucionan con cada unión haciendo que el de los padres se pierda en las siguientes generaciones, por eso nosotros no escupimos fuego como el duque Ábsolem o no percibimos los hilos de unión como lo hace la duquesa Ágatha. Dudo mucho que algún día pueda entenderlo, me lo han explicado miles de veces y soy incapaz de simplificarlo. Es algo así como ver alianzas, sentimientos y futuras traiciones entre individuos. Por eso mi madre sabía que Cirigh era mi ancla incluso antes de traerlo al reino, aunque eso ya es una noticia que vuela de

boca en boca, pues fue él quien detuvo a mi bestia antes de cobrarme más víctimas.

—Si lo buscas está en la casita donde criasteis a la niña bruja—dice Alia antes de que pueda salir de la estancia.

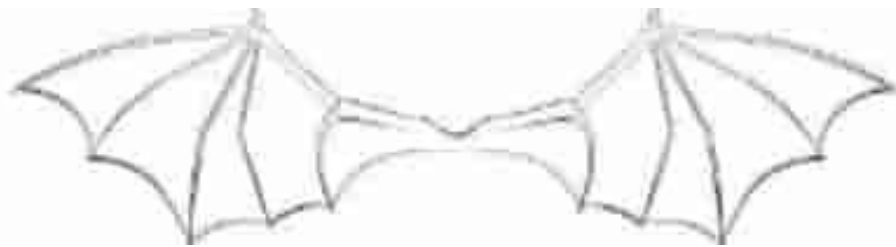
—¿Cómo has dicho?

—Le ordené a mi padre que sacarán al tritón de palacio, no quería ver a la criatura que me ha arrebatado lo que yo soñaba. Y como no puede estar lejos de Lady Amari lo llevaron a la casa del jardín.

—¿A la casa donde mantenían controlada a Seylah antes de que la cogiera la Tríada?—ella asiente con la cabeza y yo siento el fuego arder en mis puños. Estoy enfadado y estallaría contra ella si eso no conllevara a una guerra política entre estirpes—. Ya hablaremos tú y yo.

—Disfrútalo el tiempo que queda. Cuando nos casemos no volverás a verlo.

—Ya lo veremos—pronuncio con provocación a tiempo de emprender una carrera fugaz hacia el jardín.



41

Cuando llego a la casita de campo la preocupación presiona mi pecho con tanta fuerza que casi creo que voy a desmayarme. Y no es que me falte el aire, eso es algo que no necesito, es más bien la migraña que zumba en mi cabeza y me obliga a cerrar los ojos para mantener la cordura. La charca, que hasta ahora se había mantenido con sus aguas cristalinas y sus carpas de colores, ahora está impregnada en sangre y vísceras. El hedor a putrefacción es tan fuerte que se me revuelven las tripas, supongo que me he excedido a la hora de beber alcohol y fumar opio y la escena amenaza con provocar que vomite todo de golpe. Más aún cuando mi mente se imagina a Cirigh descuartizado en el fondo de la charca.

Me apresuro a mirar el interior de la casa y la veo completamente ordenada. La tristeza me embriaga cuando veo la cama y los cuatro muebles más que se mantienen en la estancia. Me da pena que el tritón haya pensado que esta es la recompensa que la corona de la noche le ha otorgado por sus logros. Pienso hablar con Alia seriamente, con mis padres y con quien haga falta.

—¡Esto es inadmisibile!—grito golpeando con mi puño la pared del edificio. La piedra se agrieta mientras que los cimientos tiemblan ante mi rabia—. ¡Joder!

Camino al exterior, ignoro el huerto listo para recolectar y me acerco a los límites del agua. Me quito la ropa, me quedo en bóxer y me preparo a zambullirme en sus aguas mugrientas y llenas de sangre. Estoy a punto de saltar de cabeza cuando escucho la voz de la niña:

—No, no, no...—de nuevo esa forma de hablar, ese canturreo que pretende ser inocente pero que oculta más oscuridad que cualquier criatura viva en Valhía—. Azulito no está ahí.

—¿Dónde está, Seylah?—me vuelvo a vestir—. ¿Qué le has hecho?

—¿Yo? Yo nada. Yo he sido buena, te lo prometo Estevi.

—Ay, por Illyantha, no me llames así—doy un brinco y me coloco frente a ella, que me mira sin inmutarse—. ¿Dónde está el tritón?

—Azulito estaba muy enfadado, estuvo llorando mientras sembrábamos el huerto—ella señala la frondosidad de la tierra mientras sonrío orgullosa—. ¿Has visto como ha crecido ya?

—No estoy para tus juegos...—cojo aire y recuerdo como tengo que tratar con ella—. Seylah, cariño... ¿Dónde está mi amigo pez?

—Se ha ido, estaba decepcionado por todo lo que ha hecho por vosotros y el cómo lo habéis tratado—sacude sus hombros en señal de inocencia—. Yo le he dicho que este era el mejor lugar del mundo. Mucho mejor que las catacumbas de las brujas.

La rabia se apodera de mí y me obliga a agarrarle el cuello y elevarla sobre el suelo. Seylah

desaparece en un pestañeo y luego aparece dando brincos a pata coja. No me tiene miedo, ni siquiera con el fulgor rojo en mis ojos. En realidad, debería de aterrarme enfrentarme a ella, es la vampira maldita, la bruja más poderosa que hay viva en Valhía. Su historia es tan retorcida como la de cualquiera de nosotros, con la única diferencia de que las muertes que la niña carga sobre sus hombros han sido por placer y no por necesidad.

—Azulito se ha ido al mar, ha vuelto a su hogar, el lugar del que nunca debió salir—y se va, no lo hace como una inmortal normal, no lo hace pegando un salto de infarto, si no que se teletransporta de nuevo.

—¡Argh Seylah!—maldigo para mis adentros mientras emprendo una carrera a algún lugar.

Seylah es la hija del general Rhain, hermana de Darius y por lo tanto una *stoker*. Su sangre no porta el don de ninguna estirpe, Lady Ysabel, su madre, murió meses antes por lo que el vínculo matrimonial se rompió y la *adasta* dio a luz a una descendencia quebrada. En cambio, su alma contiene magia pura, un poder tan grande que de no mantenerlo controlado podría arrasarse con todos y con todo. O al menos eso dicen las del Aquelarre del Cuervo.

Corro, lo hago como si me persiguiera el necrófago más poderoso del mundo. Me hubiera venido mejor seguir teniendo disponible a Yi, pero eso es algo de lo que no me puedo lamentar. Nunca me ha gustado darles demasiadas vueltas a los problemas, soy de ese tipo de personas que buscan la solución por encima de todo. Lo que significa que, si tengo que cortar cuellos, o sacarle los intestinos a cualquiera, o lo que sea, lo haré.

Podría coger uno de los caballos de los establos de palacio, pero eso me impediría lanzarme al bosque verde y saltar de copa en copa para atajar gran parte del camino hacia el centro de la ciudad. Con los ojos rojos mis sentidos se agudizan adquiriendo una percepción sobrehumana. Puedo escuchar el viento rasgando las hojas de los árboles, los búhos moviendo sus cabezas o los conejos dando brincos buscando alimento. Incluso percibo a mis hermanas y mi cuñado con dos corceles de alquiler recorriendo el puente sobre el barranco que precede al castillo.

Sería buena idea pedirle ayuda a Enfi, ella siempre ha sido una buena rastreadora, pero no quiero meterla en esto. Ella tiene sus propios problemas, su propio ruido y sus propios demonios. Yo no puedo pedirle más, bastante ha hecho por nosotros, por mí. Si no hubiera sido por Enfi, la Corte de la Noche hubiera sabido de la identidad de mi falso *ilota*. Le debo tanto que no sé cómo se lo voy a poder pagar.

Saltar por los tejados de las casas de Plaguen es la mejor opción cuando uno tiene prisa. Pero no es lo más apropiado para un príncipe, para mi fortuna he pasado largos años en la Orden de los Condenados y he aprendido a moverme con sigilo. Paso desapercibido por el barrio rico, la música resuena con tanta intensidad que me pregunto qué es lo que estarán celebrando esta noche. Para los nobles cualquier cosa es pretexto para juntarse, beber y festejar. A veces es simplemente una competición de opulencia, riquezas y apariencias.

Cuando me adentro a los barrios pobres, los que hay después de la Fuente de Illythia, donde se sitúa la iglesia y todo lo relacionado con la clase obrera de la ciudad, las casas son mucho más bajas. Me renta más correr por las calles que seguir saltando tejados. Sigo el curso del río, busco alguna muestra que me indique que Cirigh ha estado allí. Intento percibir escamas azules en la oscuridad, pero no hay ni un rastro que seguir.

Cada vez que avanzo la pena se apodera de mí y me dominan las lágrimas. Ya no por pensar que el tritón se va a ir de aquí, sino porque sé que si se aleja del territorio de los caídos morirá. La primera vez, cuando le ayudé a escapar, tenía claro que era él, pero no quería mantenerlo a mi lado en contra de su voluntad. Así que cuando se quedó pensé, tonto de mí, que se había

acordado de todo lo vivido y que había percibido mi esencia en mitad del caos. Por eso le estuve repitiendo “huelas a pescado” tantas veces, nunca fue por su olor, su perfume es el aroma más embriagador que he olido nunca. Esperé que me respondiera con “y tú a aliento de ballena”, pero esa respuesta nunca llegó.

—Maldita sea...me habías olvidado—sollozo secando mis lágrimas con la manga de la camisa—. Me habías olvidado y me volviste a recordar. No te vayas, Cirigh, por favor...

Entonces me detengo, lo hago en el mismo punto en el que le tiré el mapa improvisado cuando el general Rhain drenó el río para cazarle. Mis ojos se abren de par en par al saber, con toda la seguridad que guían mis pasos, donde puedo encontrarle. Por eso retomo la carrera, lo hago sabiendo que pronto alcanzaré mi límite. Estoy abusando de la potencia vampírica, del talento inmortal para moverme a velocidades milagrosas, eso consume mi energía, mi sangre, lo que significa que pronto tendré sed.

—¡Cirigh!—grito cuando le veo precipitándose desde el Salto de la Noche, el mismo precipicio que utilizó la primera vez para escapar.

Pero es demasiado tarde, su cuerpo cae a la oscuridad del mar mientras el ruido del viento le impide escucharme. No me detengo, no me importa qué pasará conmigo, tengo que hacerlo. Salto, lo hago detrás de él, me coloco en posición para caer en picado, veloz. Las ráfagas de aire me sacuden el cabello y desabrocha los botones de mi camisa. Veo como el cuerpo del tritón se desestabiliza y empieza a girar, está sufriendo, me hace falta una milésima de segundo para percibirlo en su rostro contraído por el dolor. No le duele los golpes incesantes del viento, el dolor es interno y desgarrador, se anida en su corazón y le obliga a hacer cosas que no quiere.

Ahora lo entiendo, lo hago como si la idea que ha tenido hubiera salido de mi mente. Si yo fuera el portador de la esperanza del reino, si me hubieran exiliado como agradecimiento, yo también les querría hacer sufrir hasta la eternidad. Yo también me lanzaría al mar sabiendo que, si me alejo de las tierras malditas de los caídos, me moriría acabando con todo lo que llevo en mi interior. Por eso me precipito a una muerte segura, aunque sea inmortal una mala caída acabaría conmigo. Corto el viento como una flecha y le rodeo con mis brazos.

—Estoy aquí, estoy contigo—le digo al oído para que pueda escucharme.

—¿Estevian?—pronuncia y entierra su rostro en mi pecho desnudo.

Le abrazo con fuerza, le coloco encima de mí y me preparo para amortizar el golpe. Sé que no tengo la energía suficiente para soportarlo, lo sé porque tengo la boca seca y la lengua me está pidiendo sangre. Mis impulsos por protegerle me obligan a morder su cuello y beber de él. Durante un instante el tiempo se detiene y el sabor de Cirigh inunda mi paladar.

Primero escucho su gemido, luego el torrente de plasma que entra en mi interior como un río bravo. Mis ojos centellean rojos, mis músculos se endurecen y mi piel adquiere un color más natural. Después llega el impacto y todo es agua, oscuridad y vacío.

Me hundo en la nada, mi camisa ondea ante las corrientes del mar. Cuando abro mis brazos Cirigh ya no está conmigo, se esfuma de entre mis dedos como lo hace la arena de playa. Mis ojos escrutan las profundidades intentando encontrar al tritón, pero no está, solo el recuerdo del sabor de su sangre en mi lengua.

No me hace falta respirar porque ya estoy muerto, aun así, prefiero nadar hacia la superficie. Lo primero que hago cuando saco la cabeza del agua es contemplar la inmensa caída a la que nos hemos enfrentado. El Salto de la Noche queda tan lejos que casi me parece imposible haber conseguido sobrevivir, de no haber estado alimentado está claro que mi cuerpo estaría hundido en la inmensidad del mar. Sin aire, sin oxígeno y sin poder moverse el organismo de los vampiros tiende a hundirse.

—¡Cirigh!—grito sacudiendo los brazos y los pies pero solo obtengo la furia del mar como respuesta.

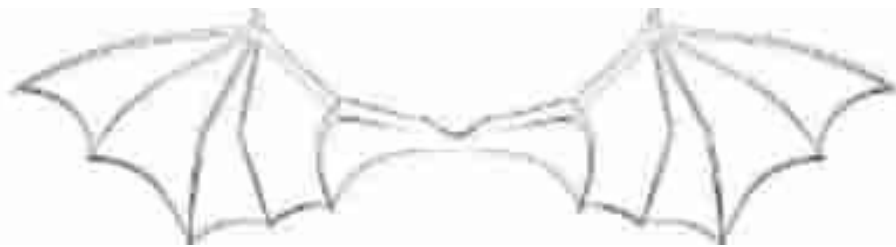
El agua golpea las rocas sobre las que se sitúa Plaguen, estoy lo suficientemente alejado de la corriente que se dirige hacia allí que no corro peligro. Al menos no un peligro natural, porque el mar no deja de golpearme la cara y empieza a meterse por mi boca provocando el azote de la salina en mi lengua.

—¡Cirigh!—repito y de pronto siento como algo roza mis piernas.

Entonces lo veo, más como una sombra que como el tritón que he conocido hasta el momento. Sus escamas grises le hacen camuflarse con la oscuridad del mar, su aleta le hace nadar a gran velocidad y sus garras, monstruosas y mortales, cortan la tela para llegar a mi piel. Siento la tajada de sus ataques, salvajes e incontrolables, mi propia sangre empieza a teñirlo todo de rojo. Tengo que salir del agua, tengo que huir de él.

—¡Joder! ¡Cirigh!—pero no razona, no cuando su forma de agua salada le domina.

Solo puedo pensar en lo mucho que me lo merezco. Es la deuda que tengo que pagar por todas las veces que mi bestia interior lo ha puesto en peligro. A pesar de que tanto vampiros como sirenas somos depredadores muy parecidos, uno de la noche y las otras del mar, hay algo que nos diferencia. Un detalle que me hace sentir el verdadero pavor en mis huesos, a diferencia de mí, la bestialidad de Cirigh no funciona con un ancla sentimental. Es decir, no puedo detenerle.



42

La criatura marina nada alrededor de mí sin darme opción a atraparle. Sus ataques desgarran mi piel y provoca que todo se tiña de sangre. Tengo heridas en el pecho, la espalda, los muslos, las piernas y los brazos. Es como si estuviera jugando conmigo, como si me estuviera preparando para comerme. Si esta es la forma de cazar de las sirenas es sumamente tortuosa y retorcida. Por mucho que intente nadar hacia la orilla, el tritón se encarga de hacerme retroceder. El cansancio amenaza con apoderarse de mí, lo que significaría hundirme hasta la oscuridad del agua.

—¡Detente joder!

Y mi voz se corta de cuajo, tengo tanta sed que no puedo ni seguir gritando. Entonces el tritón empieza a nadar por la superficie, muestra sus aletas dorsales, su aleta caudal, y lo hace sin sacar la cabeza del agua. Ahora le veo con claridad, veo la forma salada de Cirigh con sumo detalle. Estoy aterrado, no hay nada que hacer para detenerle. Sé que el ataque final está próximo y que no me queda otra que encomendarme a la muerte. Por eso miro hacia el cielo y pienso en reunirme con mis antepasados. Sé que mis hermanas podrán cuidarse por sí mismas, tengo claro que son más fuertes que yo.

Dejo de moverme y comienzo a hundirme, voy descendiendo a las profundidades del mar, de la oscuridad de agua salada que rodea el Continente de la Banshee. El tritón emprende un nado lento, de nuevo en círculos alrededor de mí. De pronto se pone a cantar, esa voz de nueva, esa canción mortal.

*Una rama en Valhía
Hacia tierra me arrastró
Vamos juntos a la orilla
Sigue el eco de mi voz*

Quizá debería de sentir algo en mi cuerpo, puede que incluso una tortura más cruel que sus ataques constantes, pero estoy bien. Todo lo bien que puede estar un vampiro a punto de morir. Aun así, me relajo y escucho la melodía de Cirigh, si esto es lo último que voy a escuchar en mi vida, que así sea.

*Ven conmigo criatura
Hazlo sin mirar atrás
No le temas a mis garras
No te voy a destrozar*

Las ondas sonoras que brotan de su voz provocan que el mar se sacuda con más fuerza. El fulgor rojo me permite ver lo que hay a mi alrededor, mucha menos distancia de la que puedo ver en la noche eterna de Valhía. Contemplo las figuras que nadan alrededor de nosotros, peces que se

resignan a acercarse a una muerte segura. No sé lo que puede provocar la Voz Azur en esos animales. Aunque algo me dice que pronto lo voy a descubrir.

*Una espada de acero
Mi aleta atravesó
Puedo caminar por tierra
Y conservo mi canción*

Una figura mucho más grande emerge de la oscuridad, un tiburón blanco guiado por el aroma de mi propia sangre. Su aleta le hace nadar con velocidad, sus dientes se abren mucho antes de entrar en el espacio circular donde Cirigh proyecta su canción. En cuanto la melodía del tritón roza el sistema auditivo del animal este empieza a retorcerse de dolor mientras inicia un baile donde vomita sus propias vísceras.

*Déjame darte un beso
No lo vas a lamentar
Lentamente en el agua
Vamos a su inmensidad*

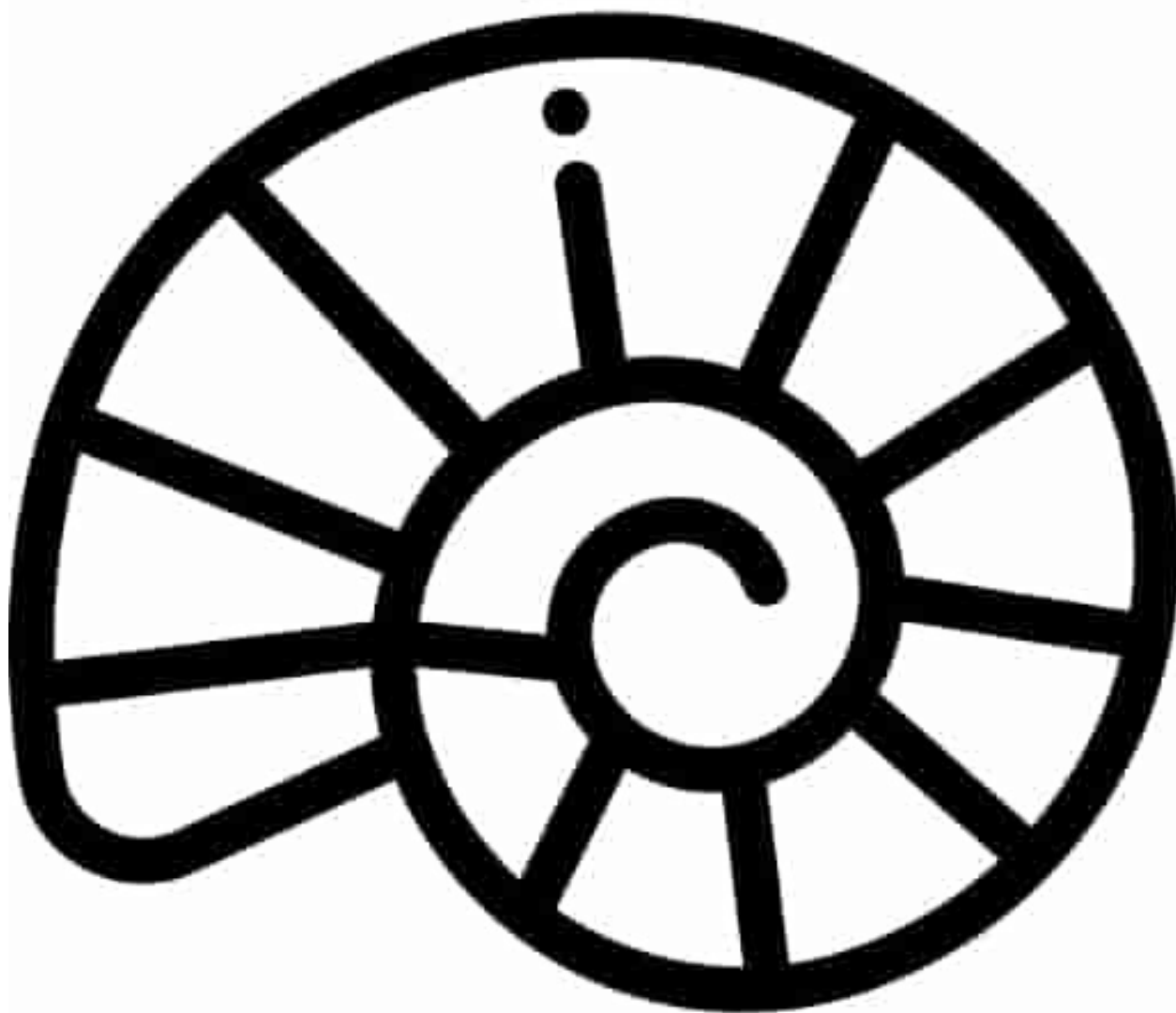
La canción llega a su fin y el tritón se dirige rápidamente hacia mí. Sus dientes emergen entre sus labios, un reguero de cuchillos afilados muy similares a la mandíbula del tiburón que acaba de matar. Abro los ojos, quiero verle por última vez cuando todo acabe. Esbozo una sonrisa al saber que mi asesino será el tritón del que estoy locamente enamorado. Cirigh, mi razón de ser, mi ancla.

De pronto se detiene a escasos metros de mí, su rostro se tuerce en un gesto de incompreensión. Me estudia con la mirada, lo hace como un animal salvaje que espera ver a su presa muerta. Pero se equivoca, estoy vivo y he superado su mayor poder: la Voz Azur.

—Bésame...—pronuncio sin la molestia de las burbujas, después de todo no tengo oxígeno en los pulmones. Hago especial mención a la última parte de su canción—. No lo voy a lamentar, ya estamos en el agua, ya estamos en su inmensidad. Soy tuyo, Cirigh de Laneth.

El tritón brama con fuerza, atraviesa mi hombro con sus garras y empieza a nadar con la velocidad de una flecha. Veo como las rocas, bajo Plaguen, se alejan dejándome claro que nunca más voy a volver. Cirigh me arrastra bajo las profundidades del mar y no le importa que me choque con las piedras marinas o los peces que lo esquivan para intentar huir de una muerte segura. En un instante tengo un sargo nocturno en la cara, aprovecho la oportunidad para inmovilizarlo con la mano que tengo libre y clavar mis colmillos en él. A pesar de que el sabor a pescado me repugna, es suficiente como para intentar regenerar mis heridas. Las más pequeñas se cierran, las otras siguen sangrando, dejando el rastro hacia donde sea que me está llevando.

Intento hacerlo de nuevo, pero llega un momento en el que los peces están tan lejos del tritón que pierdo mi oportunidad de sobrevivir un poco más. Mis ojos se comienzan a cerrar, me he desangrado tanto que no tengo fuerzas para seguir. Ni siquiera la bestia sale a protegerme, a pesar de que el hambre se apodera de mí, mi depredador interior sabe que aquí no tenemos posibilidades de victoria.



Recupero la consciencia al cabo de unas horas, cuando abro los ojos veo con claridad. Entonces me doy cuenta de qué es lo que me quiere hacer el tritón, y eso me obliga a intentar zafarme de las garras que atraviesan mi hombro. Pero no puedo, no tengo fuerzas.

La luminosidad va creciendo más y más mientras Cirigh agita su aleta para llevarme hacia la superficie. Los primeros golpes de calor me indican que ya no estoy en la noche del Midna, el tritón quiere matarme con la luz del sol.

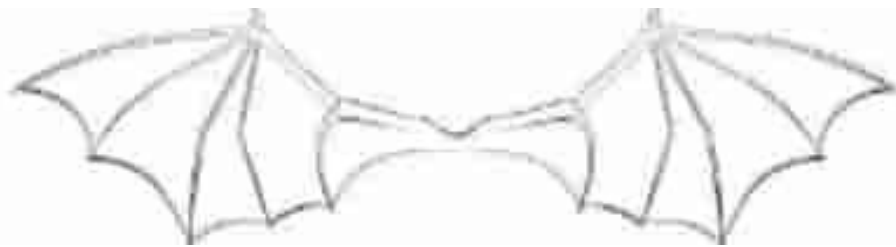
—Te amo...—consigo pronunciar antes de resignarme a la extinción y sentir como el cielo de Valhía me recibe con una intensa ola de calor.

El tritón se desprende de mí lanzándome hacia la superficie. Veo como su cuerpo se oculta en la oscuridad del mar, no quiere subir, entiendo que no quiere volver a ponerse en peligro. Después de todo fue en estas aguas donde los piratas de Plaguen lo atraparon.

Mi cuerpo sale despedido por los aires. Durante un momento salgo del mar y contemplo el agua cristalina, sus peces tropicales y el horizonte de océano infinito. La noche del Midna está tan

lejos que solo puedo intuirlo.

Me extraña no sentir como mi piel se desprende de mi cuerpo convirtiéndose en cenizas. No siento dolor, no siento el fuego rodeándome y condenándome al olvido. Al contrario, estoy bien, herido, pero vivo bajo la intensa luz del sol. No sé qué es lo que me está pasando, solo sé que necesito alimentarme.



43

Impacto de bruces sobre el agua, no puedo moverme para mantenerme a flote por lo que repito mi hundimiento. Las dudas afloran en mi corazón con tanta intensidad que no puedo ni pensar lo desgraciado que soy por haber llegado hasta este punto. Ni siquiera pienso en lo bien que estaba en palacio, no puedo, no cuando he contemplado la luz del sol directamente y sigo vivo.

Miro hacia arriba enamorado de la claridad del cielo y del regalo que me acaba de hacer el tritón. Pero lo bueno siempre acaba siendo fugaz y mi cuerpo no se detiene a la hora de perderse en la penumbra del mar.

No tengo fuerzas ni para activar el fulgor rojo de mis ojos por lo que me es imposible discernir las sombras que se ocultan allí abajo. En cambio, son mis oídos los que perciben algo, una melodía que dista mucho de una canción, un alarido de dolor, Cirigh está sufriendo.

—¿Dónde estás?—pronuncio con debilidad, pero los gritos se siguen propagando bajo el mar como el lamento de una banshee.

Poco a poco me voy acercando a él, lo sé porque lo escucho cada vez con más intensidad. En la oscuridad del abismo en la que se convierte las profundidades del mar, llego a tocar tierra. Camino con la esperanza de encontrarme con algún pez del que pueda beber antes de enfrentarme al tritón. He aceptado tantas veces mi muerte, que ya no me preocupa que acabe conmigo.

Me muevo débil, perdido en un desierto de agua y sombras. Sigo el rastro de sus alaridos hasta que finalmente lo encuentro tumbado sobre rocas al borde de la tenebrosidad del océano, allí abajo hay un abismo de oscuridad mucho más profundo de lo que imaginaba. Sus manos sostienen su vientre como si estuviera a punto de estallar. Cuando estoy lo suficientemente cerca sus gritos se detienen.

Ya no le tengo miedo, no temo la forma de agua salada de Cirigh, no hay nada más que me pueda hacer. Si solo me espera el ataque de sus dientes y garras, que así sea. Me acerco a él al mismo tiempo que se incorpora y me mira sorprendido, en ningún momento pretende atacarme. Sus labios pronuncian chasquidos y crujidos que no compren_

do, pero por el gesto que pone deduzco que está preguntándome cómo he sobrevivido al abrazo del sol.

—Eso tendremos que averiguarlo juntos—mi cuerpo se contrae en dolor y las últimas gotas de sangre me abandonan. De pronto nada hasta mí, coloca su cuello en mi boca y pronuncia algo en sirénido—. ¿Estás seguro?

Me tomo el silencio de Cirigh como una afirmación, así que saco mis colmillos y bebo de él con tanta desesperación que no creo que pueda detenerme a tiempo. No solo su cuerpo está transformado en un depredador de agua salada, si no que su sangre tiene un ligero toque a

pescado, algo que extrañamente no me desagrade. Me encanta tenerlo así, para mí, ser el único vampiro del mundo con el privilegio de poder beber de él. Me siento suyo cuando las dudas pasan a un segundo plano y mis heridas se regeneran. Entonces me detengo, lo hago antes de cruzar el límite que pondría su vida en peligro, soy capaz de lograrlo porque la bestia no se atreve a dominarme bajo el agua.

—Vámonos de aquí—le digo y él parece entenderme, porque me agarra por la cintura y empieza a nadar hasta la superficie.

Recorremos el agua oscura hasta llegar a el azul tropical. Cirigh nada a ras de la superficie para no perder velocidad. Al cabo de una hora llegamos a Tierra firme, me alivia sentir mis pies clavados en la arena de la playa. Lloro, lo hago sabiendo que he sobrevivido a los imposibles más mortíferos para mi especie. Primero por superar el ataque de un tritón salvaje y segundo por haber sentido, por primera vez en mi existencia inmortal, el abrazo del sol.

Tengo claro que Cirigh va a salir del agua, y así lo hace, se arrastra por la fina arena de la playa y deja que su aleta dé paso a sus piernas. De repente me mira, primero con cara de sorpresa, luego con alegría y después con pena.

—Lo siento, lo siento... perdóname por favor—me suplica mientras se abalanza sobre mí, desnudo. Sus brazos rodean mi cuello—. Estevian, no quería hacerlo, no me podía controlar. Tenía tanta rabia acumulada...

—Te perdono—digo y él se queda en silencio—. No podría no hacerlo.

El tritón se aparta unos milímetros de mi para mirarme a los ojos y asegurarse de que lo que le estoy diciendo es cierto. Pero él sabe que yo soy incapaz de mentir, no a él. Sus brazos siguen rodeando mi cuello mientras los míos sostienen su cintura. Entonces le beso, lo hago sin importarme todo lo que hemos vivido. No hay rastro del monstruo marino que ha intentado matarme en tres ocasiones. No hay rastro del ahogado que me ha intentado desangrar, torturarme con su canción o ejecutarme bajo los rayos del sol. Solo está él, mi querido Cirigh, mi razón de ser.

—Te amo—le digo con la certeza de que aquí fuera me puede escuchar con claridad—. Te amo por encima de mi existencia, no quiero volver a separarme de ti, ni en esta vida ni en la siguiente. Eres mi ancla, mi punto de cordura, las cadenas de mi bestia interior. Desde este momento mi corazón te pertenece, Cirigh de Laneth.

—Cuando dos personas se aman...—sus brazos se resignan a soltarme mientras sus labios pronuncian las palabras que le dije una vez. La memoria del tritón no conoce límites, tiene una capacidad de adaptación impresionante, más que eso, todo lo que aprende se le queda grabado en la piel—...deciden fundirse en abrazos eternos, comparten la intimidad de sus cuerpos y se vuelven como las nubes que guardan nuestros secretos, ...

—Inseparables...—terminamos a coro y después nos volvemos a besar.

Estamos en una isla desierta, sin nadie que pueda ver los cuerpos que se funden en un abrazo eterno. Mi lengua atraviesa las puertas del tritón, se une a la suya en un baile de saliva y pasión. Nos devoramos con lentitud, como dos románticos empedernidos que no ven el momento de que llegue el mañana.

Me desprendo de los pedazos de ropa que se han quedado enredados en mis extremidades, me uno a su desnudez mientras nuestras erecciones se restriegan húmedas ante el calor del momento. Y no es por el sol que proyecta nuestras sombras sobre la arena, es por el fuego que crepita en nuestros corazones y estallan en volcán anhelando poseernos por el resto de la eternidad.

Esta vez es Cirigh quién coloca sus nalgas, redondas y perfectas, sobre mi entrepierna y se ayuda

de sus manos para atravesar su ano con mi pene. Se me escapa un gemido de placer, un grito que me incita a agarrarle de los pezones y retorcérselos. Él apoya sus manos sobre mis pectorales, entierra sus dedos en el vello ligero que crece en mí pecho y empieza a mover su cadera con suavidad.

—Yo...—intento hablar, pero el placer es tan fuerte que no puedo hacer otra cosa que gemir.

—Ahora somos uno—dice él y yo no puedo hacer otra cosa que jadear de deseo.

Flexiono las rodillas para apoyar mis pies firmes en la arena y esta vez soy yo el que empiezo a embestirle con fuerza. El sol acaricia su piel blanquecina y dibuja el sombreado de sus suaves pectorales y su vientre plano. Le miro mientras él cierra los ojos y alza la barbilla para gemirle al aire. Nos volvemos irrefrenables, salvajes y pasionales. Le azoto las nalgas hasta que la rojez embriaga su piel, él me responde con puñetazos en el pecho. Me mete los dedos en la boca y yo se los chupo sin piedad, después se los muerdo con sutileza.

Me levanto haciendo gala de la fuerza sobrenatural que me otorga el fulgor carmesí de mis ojos. Le tumbo boca arriba sobre la arena y le embisto con fuerza mientras sacudo su pene para darle placer. No puedo mantener el silencio, no mientras lo escucho gemir y me veo en la obligación de hacerle los coros. Me aparta la mano de golpe y se empieza a masturbar por sí mismo.

—¡Joder!—grito a tiempo de estallar dentro de él.

—Sigue...—me exige y yo no puedo hacer otra cosa que obedecerle.

A pesar de haber terminado soy capaz de repetirlo otra vez para acompañarle mientras empapa la arena con el placer de su propia alma. Cuando salgo de su interior le abrazo, le beso en los labios y nos quedamos allí tumbados.

—Te amo, Estevian—pronuncia sabiendo a la perfección el peso de esas palabras—. No sé qué haremos a partir de ahora, pero...

—Shhh—le tapo la boca con delicadeza—. Piensa en el hoy y en el ahora. Deja los problemas para nuestros yos del futuro.

Nos quedamos allí dormidos, nuestras respiraciones se funden en una melodía perfecta, al menos para nosotros. Me despierto justo en el momento en el que el sol se pone y la luz de la luna llena ilumina nuestros cuerpos desnudos. Sonrío con Cirigh dormido en mi pecho, jugueteo con su cabello azulado y le beso rezando porque este momento no acabe nunca.

Pronto llegarán las consecuencias, y no hablo solo las de buscar alimento para saciar el hambre que promete venir a visitarnos. Más allá de todo esto pienso en la conversación pendiente con Alia y el cambio que el vientre del tritón traerá a la sociedad vampírica.

—Eres inmune a mi Voz Azur—pronuncia Cirigh cuando se despierta—. Y a la luz del sol. ¿Qué eres?

—No lo sé, cariño—le respondo—. Pero tendremos que guardar esto en secreto, por ahora.

—Me da igual, solo quiero estar contigo.

—En eso estamos de acuerdo—sonrío y nos incorporamos para escrutar la isla en la que estamos—. Bienvenido a nuestro reino.

El tritón observa con detenimiento el pequeño espacio del que disponemos. No hay cabida para muchas cosas, menos ahora que la noche ha hecho subir la marea. Quizá una casa humilde, mucho más grande que en la que le exiliaron, y puede que un poco de jardín. Cirigh me mira, sonrío y me abraza.

—Es perfecto.

—Tú te mereces más—comento besándole la mejilla y sosteniendo su mano como si fuera una extensión de mí—. Necesitamos un castillo. ¿Somos príncipes no?

—La Corte de Agua Carmesí—improvisa y no suena del todo mal, incluso me imagino una vida

de príncipes juntos—. Aunque deberíamos volver a Plaguen.

—Lo sé, pero déjame tenerte un ratito más.

—Soy tuyo—pronuncia él y después me deslizo por su cintura hasta llegar a su entrepierna. No quiero perder la oportunidad de que volvamos a fundirnos de nuevo, no ahora que nos tenemos el uno al otro.

**Kathleen Strauss**

El humo que emerge del caldero golpea el techo de piedra y se filtra por las grietas de las catacumbas de la ciudad. Estoy sola en la sala de alquimia, el Aquelarre del Cuervo se ha dispersado desde que nuestras mentoras, la Tríada, murieron en la revuelta de hace unas semanas. Apenas quedamos diez brujas bajo tierra, diez inmortales dispuestas a dar su vida por Plaguen. Las demás se han marchado, algunas han desertado a las islas, a los pueblos abanderados de la corona o incluso permanecen en los barrios bajos de la ciudad. No las culpo, el simple hecho de pertenecer al aquelarre nos pone en riesgo, por eso la alta sociedad pone tanto interés en mantenernos en el anonimato. De ahí la aburrida idea de obligarnos a cubrimos por la *niebla*, la túnica y el velo que utilizamos cuando acudimos a eventos oficiales o tratamos con la Corte de la Noche. Si supieran nuestra identidad, podrían acabar con la principal potencia militar del reino. Aunque pienso que es una estupidez, nadie fuera del aquelarre sabía quiénes eran las brujas madres y no han tenido protección alguna cuando esos rebeldes le rebanaron el cuello.

Por eso yo solo utilizo la *niebla* cuando es estrictamente obligatorio, por lo demás suelo ir vestida con mi propia ropa. Adoro los corsés de cuero, los pantalones ajustados y los vestidos con escote, siempre acompañados por zapatos o botas de tacón. Mis principales herramientas de trabajo cuando estaba en el *Lluvia de Polen*, el burdel en el que Belladonna me enseñó a sobrevivir aprovechando mis dotes de hembra. Y hubiera seguido encerrada allí si la Dama Muerte no me hubiera otorgado el poder de la oscuridad y el fuego.

—Está perfecta...—murmuro cuando mojo mis labios en la mezcla que se cuece a fuego lento.

Envaso las pociones en pequeños viales de cristal, una mezcla que resplandece azul bajo la tenue luz de las antorchas. Me doy por satisfecha al colocar veinte frascos en la estantería de brebajes realizados. Si se avecina una nueva guerra, las brujas que quedamos tendremos el poder de un aquelarre entero. Una medida desesperada para situaciones desesperadas, si fuéramos las cuarenta que hemos llegado a ser antes de la rebelión no necesitaríamos recursos de poder.

Camino por las rutas subterráneas del castillo, pasillos de fría piedra y humedad cuyo único cometido es darnos acceso a las diferentes estancias de las catacumbas. Aquí tenemos de todo: cocina, comedor, una biblioteca gigantesca, salas de todo tipo y las innumerables habitaciones privadas. Las runas mantienen las estancias perfectamente limpias y protegidas, una de las primeras lecciones que nos enseñan al entrar en el aquelarre.

—¿Dónde está la niña?—Calista no se molesta ni en levantar la mirada de los tomos antiguos que lleva estudiando desde que todo ocurrió.

Su piel es oscura, un rasgo propio de los vampiros de las Islas Senna, situadas al este del continente. La historia de los sennianos siempre me ha llamado la atención. Se cree que una vez fueron humanos de las tierras solares y que acudieron a la noche del Midna buscando refugio. El Antiguo les regaló la inmortalidad y ahora forman parte de los nuestros.

—¿Seylah?—camino despreocupada, me acerco a una de las grandes estanterías y deslizo mi dedo índice por el lomo de los grimorios—. No sé, estará por ahí jugando con las muñecas vudú.

—Se supone que tendría que estar contigo aprendiendo alquimia—sus ojos grises se clavan en mí, no me hace falta mirarla para sentir la presión en mi nuca.

—Se fue y no me dijo a donde.

—Sabes que nos tenemos que hacer cargo de ella—protesta cerrando el libro de golpe.

—¿Proteger a la Ocultista? Si tiene el poder para destruirnos a todos podrá defenderse ella sola.

—Kath...—y de repente la tengo detrás de mí. *Teletransportación, hechizo básico de rango bajo*—. Si se mete en problemas seremos las responsables de todo esto.

—Cali, tenemos que prepararnos para la decisión del Antiguo. Por no hablar de los rebeldes que se han escapado sin entregarse a las autori_

dades. Podría haber una revuelta de nuevo y no estamos listas.

La preocupación es un peso que me lesiona la espalda y me obliga a tener los ojos siempre abiertos. No sé cuánto tiempo llevo sin meditar, un estado mental que nos ayuda a recordar nuestras enseñanzas y hechizos. Como si pudiera leer el libro de mi niñez las veces que quisiera con tan solo cerrar los ojos y llevar mi subconsciente al momento exacto en el que lo hice. Un don natural para mis hermanas.

—Sabes que no puede estar por allí, menos ahora que los duques llevan días reunidos con nuestro antepasado...

—Su antepasado—le corrijo y ella se queja con un chasquido de lengua.

—¿Otra vez estás con eso?

—¿Has leído el tomo púrpura? ¿El de los orígenes de las brujas? —me defiende siendo consciente que soy una de las pocas que se han pasado sus horas muertas leyendo prácticamente todos los libros de la biblioteca.

—¿Cuál? ¿El que escribió Anya antes de convertirse en Tríada? —asiento con la cabeza—. Esos son cuentos para niñas. Nos tienen que alimentar de ilusión cuando llegamos jóvenes al aquelarre.

—Cali, cariño. Cuando la bruja madre me dio ese libro ya había perdido la cuenta de los hombres que habían pagado por meterse en mi cama.

—Argh... ¿Dónde está?

Muevo mis dedos como si estuviera raspando las cuerdas de un arpa, el fulgor rojo acude a mi mirada a tiempo de que un libro viejo, con la cubierta de piel de cerdo tintada con lirios nocturnos, vuele hacia sus manos. Un tomo antiguo escrito por nuestra querida bruja madre, una de las tres que han velado por nuestro bienestar por encima del de nuestra especie. *Telekinesis, hechizo básico de rango bajo*.

—Ahora que no hay mucho que hacer lo leeré, pero no prometo dejarme lavar el cerebro como lo has hecho tú—comenta mientras se aleja de la biblioteca.

—Vas a sorprenderte de la gran verdad que hay detrás de los cuentos—le reto a que se lo lea, aunque dudo mucho de que vaya a hacerlo tantas veces como lo he hecho yo.

—Si sigues intentando convencerme de que las brujas nacimos de los huevos de un pajarraco gigante acabaré por emborracharme antes de que me laves el cerebro.

Cuando Calista se va, los pasillos de las catacumbas se quedan comple_ tamente vacíos. Si,

puede que seamos diez brujas las que se han quedado a proteger la corona de oro negro y rubíes, pero estamos dispersadas. Hay algunas que permanecen en el palacio, protegiendo a la Corte de la Noche, en especial a los *stokers*. Otras están en la sala de entrenamiento practicando sus hechizos más ofensivos, cargadas con el remordimiento de no haber podido hacer nada durante la revuelta. Solo unas pocas nos hemos quedado al mando de todo esto, entre ellas Calista, Emery, Syllis y yo.

Mis manos cargan con tres libros a los que les tengo cierta repulsión. Son grimorios de invocación, textos densos que las invocadoras del aquelarre estudian noche tras noche. Quizá hubiera podido ser una, como lo fue Debra, la invocadora de lunas, pero eso me hubiera privado de toda libertad. Los hechizos de creación de compañeros mágicos son sumamente complejos, se requiere un aislamiento total para poder controlarlos. Pero necesito embarcarme en estas lecturas, necesito encontrar algo que me dé la esperanza suficiente como para poder proteger a mis hermanas.

Los necrófagos son nuestros enemigos más mortales, un simple mordisco es suficiente para convertirnos en polvo. Dicen que sus dientes tienen un veneno mortal, una sustancia corrosiva para los vampiros de Valhía. Necesito protegernos de eso, traer a nuestro lado un ejército con la fuerza suficiente como para velar por nosotras mientras conjuramos nuestras ofensas. Puede que, simplemente por intentarlo, me quede inutilizada durante días, pero es una baza que tengo que jugar.

Cuando llego a mi habitación cierro la puerta y activo las runas de protección. Me siento en el escritorio con la única iluminación de un fuego flotante que me obedece con cada chasquido. Justo cuando estoy inmersa en una aburrida lectura de símbolos y tatuajes necesarios para elaborar una invocación, una voz surge de la nada:

—Kathleen...—susurra a lo que yo me limito simplemente a levantar la mirada muy lentamente—. Kathleen Strauss...

La voz es masculina, cálida y extrañamente familiar. Me incorporo de golpe y levanto las manos intentando conjurar un hechizo de disipación de invisibles. Pero no hay nada ahí, nadie que se tenga que revelar, lo que significa que me está hablando desde mi propia cabeza.

—Déjame entrar...

—¿Quién eres?

—Ya lo sabes, pero no me recuerdas...

—Muéstrate...

—Déjame entrar...

—Las runas protegen este lugar de nuestros enemigos, si no puedes entrar eso quiere decir que no lo tienes permitido.

—¿Estás bien, Kath?—escucho la voz de Syllis desde el otro lado de la puerta—. ¿Con quién estás hablando?

—Sí, estoy bien ¡Tranquila!

En el momento en el que mi hermana se despide de mí la extraña presencia se esfuma. Las preguntas surgen en mi mente como una tormenta, la voz del extraño me es tan familiar que casi puedo percibir el aroma de su perfume. Pero no lo hago, es como si mis recuerdos estuvieran rotos, como si esa entidad hubiera tenido el poder suficiente como para borrarlos.

Respiro hondo, regreso al escritorio y me concentro en lo que estaba haciendo. No puedo perder el tiempo, no ahora que el caos se ha apoderado de Plaguen. Necesito encontrar un arma para exterminar a mis enemigos, un arma lo suficientemente poderosa como para evitar que nadie más nos vuelva a retar.

—Kathleen...—de nuevo la voz, pero esta vez suena mucho más fuerte, más intensa.

—Márchate, estoy ocupada—le insto sin tenerle miedo.

—Déjame entrar...

—Por Illythia, que pesado—me quejo y entonces extendiendo mis manos y empiezo a conjurar un escudo de sombras. Mis pies se elevan ligeramente por encima del suelo, la oscuridad surge de mis labios formando una serpiente que extiende su magia por toda la sala—. Estás en mi casa, si quieres algo tendrá que ser bajo mis reglas. ¿Lo has entendido?

—Siempre supe que eras poderosa, Kathleen...

—No sé si eres un ente, un alma en pena o un acosador con resquicios de bruja en su interior. Pero no voy a permitir que me molestes más. Di lo que tengas que decir y márchate. No vas a entrar en mi hogar, no voy a poner en peligro a mis hermanas y no me vas a manipular.

—¿Manipularte yo? Si estoy deseando estar contigo—la voz se queda callada mientras la serpiente de humo negro va creciendo más y más. El hechizo de akathmancia está a punto de llegar a su fin, en el momento en el que absorba el poder de las runas de la habitación y entre en mí, nadie podrá penetrar las barreras de mi mente, al menos durante las próximas horas—. ¿Quieres saber lo que quiero? Mejor te lo muestro.

De repente el dormitorio se empieza a estrechar, primero las paredes y luego el techo. Sé que es un hechizo mental porque no siento las perturbaciones de la magia en las catacumbas, si fuera así todas las brujas lo expulsarían al unísono. Una mano invisible me acaricia el rostro, un tacto suave y delicado, como los que me daban los hombres que suplicaban ser los únicos que se metieran en mi cama. Después llega un beso, el roce de unos labios cálidos y húmedos. No entiendo lo que está pasando hasta que mi poder se esfuma en un instante.

—Kaine...—pronuncio con la claridad de conocerle, su recuerdo se va vislumbrando en mi cabeza, una imagen que se va proyectando delante de mí.

Es entonces cuando lo veo, está de pie en mi habitación. Sus ojos verdes me miran con deseo mientras su cuerpo, esbelto y musculoso como el de un guerrero, se alza con una altura de dos metros. Tiene el cabello corto, un peinado de la milicia real, lleva puesto una camisa blanca que le queda grande y unos pantalones marrones. Está descalzo.

—Kath...—me dice mientras enreda sus dedos en mis rizos rojos—. No encontraba el momento de volver a verte. Tu mente estaba tan ocupada que no escuchabas mi voz.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado? —sacudo mi cabeza para zafarme de sus caricias, acto seguido le pego un puñetazo en el hombro—. ¿Por qué me borraste la memoria?

—Tuve que hacerlo, si te reunías con el Antiguo sabría que habíamos estado juntos—se excusa con la frente arrugada y una débil sonrisa en su rostro—. Ya sabes que mi existencia es un ultraje. Ni siquiera tengo permitido entrar en el aquelarre.

—Hay más mantes en Plaguen y lo sabes...—protesto molesta, me acerco a la puerta y le pido que mantenga el silencio mientras me aseguro de que Syllis ya se ha marchado—. Podrías haber pasado desapercibido como los ashloxmantas que participan en los *cazaflamas*, o los juglares que utilizan su magia para entretener a los nobles.

—Ellos no trabajan para la Orden y lo sabes—se aclara la garganta mientras se sienta sobre la cama—. Además, ningún otro caído puede leer y manipular las mentes ajenas.

—Pero la donmancia existe, algunas de mis hermanas la han practicado durante décadas...

—Kath... ¿Quieres que me maten?

—¡No! ¡Maldita sea! Pero no quiero que te vayas y me borres de la mente como si nunca

hubieras existido—me acerco a él y me siento en su regazo—. ¿Ulfred no era el Maestro, verdad?

—Me temo que no—responde acariciando mis manos con suavidad. No me sorprende, era algo que ya sospechaba—He venido a advertirte...lo de la arena ha sido una simple muestra de fuerza... los necrófagos y los Condenados están confabulando juntos...se avecina una guerra—su voz suena preocupada pero sus ojos son incapaces de alejarse de mis labios.

Entonces comienza a besarme, lo hace como una bestia salvaje. Le quito la camisa descubriendo lo mucho que le he anhelado durante todo este tiempo. Descubro sus pectorales suaves, sin vello, y clavo mis uñas pintadas de rojo como si fuera mi juego favorito. Llego incluso a hacerle sangrar, pero no me importa, no cuando Kaine me rompe el vestido con facilidad y conduce su lengua a través de mis pezones.

Lo que pretendía ser un encuentro romántico se torna la danza salvaje de dos serpientes. Saca sus colmillos para mordirme el pecho, atravesar mi piel y beber de mí. Por un momento no me importa que vea a través de mis recuerdos, no ahora que estamos juntos y lo tengo para mí solo. Él mueve mi cabeza para que yo beba de las heridas que yo misma le he provocado, desabrocho sus pantalones mientras espero tener algún tipo de Revelación de Sangre. Pero nunca ocurre, cuando su sangre se desliza por mi garganta lo único que veo es vacío.

—Sigue, por favor...—me suplica él cuando detengo mis labios a escasos milímetros de la punta de su estaca.

—Me niegas tus recuerdos...

Me incorporo de golpe, frustrada por estar siendo privada de su interior. Sí él puede ver lo que yo guardo dentro, lo más justo es que yo lo vea también. Pero no lo hace, lo que me hace entrar en razón. Entonces me doy cuenta de que Kaine es el Maestro de la Orden, lo sé porque recuerdo su sabor con tanta intensidad que es imposible que lo borre de mi mente.

—¡Basta!—grito y la serpiente de sombras acude a mí para protegerme.

De repente el vampiro desaparece sin dejar rastro. Toco mis labios para sentir los restos de su saliva. Las dudas afloran en mi piel con tanta fuerza que empiezo a preguntarme cuántas veces ha entrado Kaine en el aquelarre y no nos hemos dado cuenta. Comprendo la inmensidad de su poder, el como me ha estado manipulando para obtener información a través de mi sangre—. Hijo de puta...—pronuncio con decisión al interpretar sus palabras como una amenaza—. ¿La Orden y los necrófagos trabajando juntos?

Me apresuro a chasquear mis dedos para hacer que la llama, que ha iluminado la estancia hasta el momento, se solidifique y forme un cuenco. Escupo toda la saliva que me queda con el único pensamiento de analizarla, hay resquicios de su sangre y eso podría servirme. La magia me viste mientras las conjeturas se dibujan en mi mente. Ojeo los libros sobre hechizos de protección mental para mí y para mis hermanas. Si el Maestro tiene el poder de la donmancia, la magia de influenciar las mentes ajenas, esta vez no ha sido capaz de borrar mis recuerdos.

Mi poder está creciendo y él lo sabe, ha intentado manipularme de nuevo, pero no ha podido.

—Te has metido con la bruja equivocada, cariño.



45

—Reforzad las runas que protegen las catacumbas—le digo a una bruja joven para que transmita mi mensaje a todos los presentes—. Hay un donmante infiltrado en nuestro hogar. El aquelarre no puede flaquear, no ahora que el enemigo ha estado tan cerca.

—¿Llamo a todas las brujas de la corte? ¿Deberíamos advertir a los duques?

—No, nuestros reyes tienen cosas más importantes. Deja que yo hable con Edana, estará cuidando de la *stoker* de la Corte de la Niebla—mis palabras proyectan un liderazgo que nunca había sentido—. Reuniremos al pueblo en la plaza, que todo el mundo sepa a lo que nos enfrentamos.

—¿Y si hay rebeldes?

—Será un buen momento para saber quién está con la corona y quién no.

—Pero las brujas no deberíamos abandonar las catacumbas.

—El Aquelarre del Cuervo va a tomar el control de Plaguen mientras los duques estén ocupados. Si nos quedamos aquí de brazos cruzados nadie podrá proteger a la ciudad. ¿Lo entiendes?

—Sí, Kathleen—y la bruja se va, se teletransporta en un parpadeo para hacer lo que le he pedido. Recorro los pasillos a pie, no quiero consumir mi magia en teletransportaciones sencillas. No me importa hacerlo, no mientras mis pasos me conduzcan a una de las puertas que dan acceso a palacio. Memorizar los pasillos secretos de la Corte de la Noche es algo que se nos obliga a hacer desde que nos reclutan en el aquelarre. Aún recuerdo cuando Calista se dibujaba mapas en los brazos para no perderse.

Utilizo la puerta del duque Sandor, el portador de la corona de oro negro y rubíes de hace dos eras. Un inmortal de cabeza rapada y ojos grandes. Nunca lo conocí, pero se decía que le encantaba generar festines con la caza de la temporada, invitaba a todo el pueblo y velaba por la igualdad de clases. Un buen hombre, pero con ideas demasiado perfectas para una sociedad que se prefiere el conflicto a la paz.

Estoy en la sala del piano, una estancia completamente roja y llamativa.

Nada que ver con el tono granate común en palacio. El lugar está vacío, como si el sentimiento de celebración se hubiera esfumado igual que lo hicieron las brujas madres. Salgo de allí y me dirijo a la primera planta, paseo desapercibida a través de los pasillos vacíos, sin sirvientes. Un hecho que no deja de darle un toque agri dulce a la corte y todo lo relacionado con la corona. Aun así, sigo enfocada en mi misión y en mi objetivo de advertir del peligro que se cierne sobre el reino.

Me detengo frente a una puerta de mármol blanca con la manilla de oro, golpeo ligeramente y

espero una respuesta. Pasan los segundos y nadie viene a recibirme. El poder palpita en mi interior, una señal que me indica que algo no anda bien. Un sexto sentido, o quizá solo intuición femenina. No sé qué es lo que me impulsa a abrir la puerta y adentrarme en un dormitorio lleno de lujos y riquezas.

El papel de la pared es completamente blanco, los cristales de las ventanas están completamente cubiertas por cortinas de terciopelo negro. Tengo que utilizar el fulgor rojo para ver a través de la oscuridad, pues ni siquiera hay cabida para las antorchas. Hace frío, otra de las exigencias de los habitantes de Pestet. Muchas veces me pregunto si realmente podría vivir al norte del continente, a pesar de ser una vampira, las bajas temperaturas me incomodan.

Todo parece estar en su lugar. El sofá con las almohadas colocadas, el escritorio con los papeles ordenados y el féretro rúnico se mantiene completamente sellado. La caja de madera de pino siempre me ha llamado la atención, se dice que la nobleza nortea tiene uno, les facilita el viajar entre reinos sin necesidad de sumirse a temperaturas excesivamente bajas. Se cree que los miembros de la Corte de la Niebla enferman si su piel no mantiene unos límites de frío extremo. Puede que no crean en el poder de un aquelarre, pero ellos disponen de chamanes del invierno que bendicen a sus bebés para protegerlos de todas las amenazas relacionadas con la temperatura de sus cuerpos. De ahí que el duque Krishan y lady Alia puedan andar por Plaguen sin problema o incluso permanecer unas horas frente al fuego del hogar.

Me extraña que no haya nadie aquí, ni la *stoker*, ni mi hermana ni siquiera el murmullo del viento. Camino sabiendo que hechizo utilizar en qué momento exacto, odio tener razón y todo eso parece haber sido planeado por la Orden. Ellos han trabajado siempre así, en silencio, a las sombras de todos hasta que encuentran el momento de atacar. Así lo hicieron cuando organizaron la caída de la estirpe Dynevor, aguardaron el momento en el que estaban más débiles y atacaron.

Avanzo a través del distribuidor que divide el dormitorio en vestidor y cuarto de baño. Es en ese preciso instante en el que me percató de una extraña luz blanca que surge debajo de una de las puertas. El corazón me empieza a palpar con fuerza cuando veo que mis suposiciones pueden ser ciertas. Giro la manilla con una mano mientras la otra convoca una esfera de fuego negro. No lo pienso, simplemente actúo.

—¿Qué está pasando aquí?!—grito sin previo aviso mientras la escena que acontece frente a mí me deja completamente perpleja.

Lady Alia está allí, su cuerpo está desnudo y se mantiene rodeado por una extraña neblina blanca y brillante, la explicación de la luz que se colaba a través de la puerta. El agua de la terna se mantiene en un extraño estado entre líquido y escarcha. La *stoker* no está siendo atacada, no exactamente, tampoco lo está pasando mal.

—¡Kathleen!—grita Edana mientras extiende sus manos para invocar una ráfaga de viento que me hace retroceder varios metros.

Consigo equilibrarme en el aire, utilizo la levitación para caer con suavidad sobre la moqueta del suelo. La puerta se cierra tras de mí y yo no puedo hacer otra cosa que sacudir mis manos nerviosa mientras emprendo el camino para salir de allí. Sé lo que he visto, no ha sido ninguna extraña visión provocada por Kaine.

—Pues sí que protege bien a la princesa helada—pronuncio antes de aligerar el paso para que nadie pueda verme saliendo de los aposentos de la *stoker*.

La imagen se queda grabada en mi mente como lo hacen los herreros con sus espadas. Mi hermana estaba allí, Edana, la mejor conjuradora de zarianmancia, la magia del hielo y las tormentas. La bruja mantenía su mano encantada con un hechizo de frío invernal mientras sus

dedos se sacudían entre las ingles desnudas de Lady Alia. No sé qué extraños trabajos le obliga a hacer la vampira del norte, pero está claro que el beso que se estaban dando se podría considerar allanamiento mutuo.

Suspiro, lo hago sabiendo que ninguna regla permite la unión entre *stoker* y bruja, menos aún con un tritón. No sé dónde está Estevian Ilia, no percibo su esencia en palacio, pero no me hace falta haber nacido con el poder verdadero para saber que está en algún lugar del mundo dándole rienda suelta a su amor por Cirigh. Jamás imaginé que un inmortal podría encontrar su ancla en un miembro de otra raza. No hay libro alguno, en toda la sociedad vampírica de Valhía, que hable de un hecho así. Y puede que esto sea un cambio para todos nosotros, o más bien una condena. Si los inmortales empiezan a anclarse con personas fuera de su reino, eso puede significar que cuando llegue el momento de frenar a las bestias insaciables de los vampiros, sus anclas estén demasiado lejos para detenerlos.

No deja de ser un hecho sumamente curioso, por suerte las brujas no necesitamos a nadie que frene nuestros impulsos salvajes, pues nunca entramos en ese estado. Una ventaja más que digna que pone sobre el balance la verdadera realidad de nuestra naturaleza. Tal y como me dijo Anya, una de las brujas madres, nuestros orígenes se remontan a mucho antes de que las tres hermanas sucumbieran a la oscuridad de sus actos. Las brujas llevamos existiendo en Valhía desde que el mundo es mundo, es solo que la noche del Midna nos ampara a la gran mayoría. ¿Quién dice que no hay más brujas al otro lado del mar? Nadie ha podido caminar bajo el sol y ha vivido para contarlo. Dice la profecía que solo cuando la niña, Seylah, la gran Ocultista, traiga el fin de la noche eterna al Continente de la Banshee solo las brujas sobreviviremos al cataclismo. Un hecho que nadie quiere experimentar en sus propias carnes, pues no sabemos si la profecía es completamente real.

Cirigh de Laneth

La culpabilidad de haber perdido el control desgarrar mi pecho con cada momento en el que se hace el silencio entre nosotros. Nado con tranquilidad y me preocupo de cazar todo tipo de peces, intento escoger los más ricos, sobre todo jureles y cabezudos rojos, son mis favoritos. Bebo de los animales más grandes, lo hago para alimentar a los inmortales que crecen en mi *aurane*. Aprovecho mis momentos de soledad, esos en los que la preocupación se torna ansiedad y calmo ese ruido volviéndome despiadado.

Cuando el agua azulada se torna rojo sangre me preparo para mi siguiente movimiento. Le quiero dar una sorpresa a Estevian, demostrarle que en alta mar se puede vivir como lo hacen los habitantes del Continente de la Banshee. Sigo soñando con el ideal de crear un nuevo reino, la idílica Corte de Agua Carmesí que unirá los dominios de los caídos y de los ahogados.

Una silueta se mueve en la inmensidad del océano, un animal cuyos ojos se mantienen completamente negros y cuyas fosas nasales se dejan guiar por el aroma a muerte. Me hago el indefenso, nado más despacio, como si estuviera a punto de desmayarme. El tiburón se acerca a gran velocidad, abre sus fauces y muestra sus dientes, cuando cree que me tiene a su alcance se empieza a acelerar. Ese es el momento justo en el que aprovecho para nadar a máxima velocidad, esquivar su impacto y colocarme a un lado. Mi voz surge suave como onda apenas perceptible para los peces de alrededor, una canción privada para mi presa. Una melodía sin letras y prácticamente muda, pero con la capacidad de noquear a mi objetivo. Y así es como la presa se convierte en el cazador.

A los pocos segundos estoy cargando con el tiburón, sin cabeza, hasta la orilla y con la boca llena de sangre y vísceras. Estevian está allí en ropa interior, la única ropa que le queda, un lujo del que yo no puedo alardear. El sol acaricia su piel pálida mientras su cabello se mantiene completamente aplastado. Cuando le veo así no puedo evitar soltar un suspiro, estoy donde quiero estar y nada podría estropear este momento.

—¿Crees que podría broncearme?—pregunta mientras comprueba que su cuerpo no se haya tornado rojizo.

—No lo creo, eres tan blanco como el mármol—bromeo y él me dedica una sonrisa. Entonces se percata de lo que llevo entre mis brazos, un tiburón del tamaño de dos carruajes—. La cena está servida su majestad.

—Oh, muy amable mi sirviente—Estevian me sigue el juego y, aunque intenta fingir que todo es de su agrado, su cara se tuerce en asco.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—No es eso, Cirigh...—intenta encontrar las palabras adecuadas pero su mirada lo dice todo.

—Ya lo sé—suspiro, dejo al tiburón sobre la arena y me acerco a él para sentarme a su lado—. No es a lo que estás acostumbrado. En mi mundo la vida es así.

—¿Y cómo os divertís?—pregunta curioso.

—Buscamos la diversión en la caza, jugamos con nuestras presas para encontrar formas más ingeniosas de acabar con ellas—algo se enciende en mi interior, una idea sacada de los tallados en piedra de Laneth. Le dedico mi mejor sonrisa y añado—. ¡Ya sé!

Me levanto efusivo, cojo un par de piedras, palos de madera y hojas secas. Choco una piedra contra la otra, al principio lo hago con tanta fuerza que acabo por romperlas, repito el proceso con otras y a la segunda vez consigo encender una fogata. Me apresuro a cortar pedazos de carne de tiburón con mis propias garras, tengo que mojarme las manos en tres ocasiones para terminar con mi misión pues con agua salada mis uñas son como cuchillos. Atravieso los pedazos de carne con palos y los dejo al fuego durante largos minutos.

—Sé que la sangre de pescado no te gusta, pero también sé que la mía no te desagrada...

—¿Cómo dices eso? Tu sangre me encanta—se levanta, me agarra de las manos y añade—. Me encantas todo tú, tal y como eres. Tengas las escamas azules o grises, eres mi cordura, mi razón de ser.

—Pues bebe de mí—pronuncio y tuerzo el cuello para provocarle.

—No, no, no,... tú tienes que estar fuerte para poder buscar alimen_

to—el vampiro se acerca al cadáver fresco del tiburón y le hinca sus colmillos. A los pocos segundos se separa del animal con un pequeño hilo de sangre goteando desde su barbilla—. Si está riquísimo...

—Casi ni has bebido—pongo mis ojos en blanco.

—Es que estoy lleno de la pesca de ayer y de la de anteayer.

—Ayer no tocaste nada de lo que traje.

—Bueno es que...—y antes de que pueda seguir poniéndome excusas corto suavemente la piel de mi cuello provocando que los ojos de Estevian se abran de par en par—. No, espera... Cirigh...

No me hace falta ser un vampiro para percatarme de que la rojez de sus mejillas no está siendo provocada por el intenso calor del sol, sino más bien por el nerviosismo y la excitación de su cuerpo. Me acerco lentamente a él, es como si estuviera seduciendo a mi presa antes de darle caza, pero no es así, no exactamente. Entonces ocurre, el *stoker* deja de luchar por resistirse y acaba cediendo a la tentación y a la sed.

Sus colmillos atraviesan mi piel con elegancia, un fuerte pinchazo que es precedido por un quejido de placer. No sé si es por el tacto de su lengua, el de su saliva o simplemente porque me está drenando desde dentro. Pero el mordisco del vampiro me resulta excesivamente placentero, me obliga a quedarme quieto, a cederle toda mi voluntad y mi alma.

Confirmando mi teoría acerca de su sed cuando veo que no se separa de mí durante varios minutos. Bebe, lo hace acariciando mi piel desnuda con sus frías manos. Sus dedos recorren mi espalda con suavidad, dibujan formas sobre mi piel y juegan a bajar hasta mis nalgas, pero no lo hacen. Cuando termina evitamos el contacto con la fogata, nuestros cuerpos están demasiado calientes como para seguir quemándolos, por lo que terminamos por coger los pinchos de tiburón y comerlos como si fuera el mejor manjar del universo.

—¡Está buenísimo!—celebra él con los ojos embriagados en emoción—. ¡Sabe a entrecot!

—Ja,ja,ja,ja—no puedo parar de reírme, menos aun cuando le veo comiendo a dos manos. Si Estevian fue alguna vez educado en los modales de la sociedad vampírica, ahora los ha abandonado para vivir como las sirenas de Valhía.

Nos quedamos sentados contemplando el horizonte infinito dibujado por el juego de las olas y la fina línea del Midna. No vemos la noche eterna desde aquí, solo la intuimos y soñamos con que algún día podamos estar juntos sin importar las reglas. Estevian sostiene mi mano y la acaricia, lo hace por inercia, pero con una necesidad imperativa de no separarse de mí. No lo culpo, de alguna manera siento que nuestros corazones palpitan al mismo compás como si esa fuera la verdadera canción de mi Voz Azur. Tenerlo cerca significa sentir la calma del *aurane*, la tranquilidad del mar y la agitación de mi respiración nerviosa.

—Tenemos dos cosas claras—dice acariciando mi vientre—. Puedes salir de Plaguen siempre y cuando tengas a un vampiro cerca.

—Y tú puedes caminar bajo la luz del sol—continuo yo a tiempo de que el cielo acaricie su rostro pálido con los últimos rayos dorados del atardecer—. Quizá las brujas del aquelarre nos pueden decir qué es lo que te pasa.

—No, estarán muy ocupadas con todo el tema de la Tríada—de pronto lo noto, sacude sus piernas mostrando inquietud—. Tenemos...

—...que volver—le interrumpo sin esperar a que termine la frase. Él me mira apenado y yo le dedico mi mejor sonrisa—. Lo sé, eres el príncipe de la corona de oro negro y rubíes, el *stoker*. No puedes desaparecer así porque sí.

—No te merezco...—suspira justo antes de dedicarme un beso cálido y cercano. Lo cálido que puede ser el beso de un caído. Su voz se torna entristecida y apenada, como si su corazón ocultara un peso que no lograré entender—. No sé qué hubiera hecho si no te hubiera conocido... al final le voy a tener que dar las gracias al desgraciado de Péstegos.

—Pero lo hiciste, me encontraste—me acerco más a él, apoyo la barbilla sobre su hombro y le beso en el cuello—. Ya sea por Rysantha, Illythia o quién sea que rija el universo. Nos encontramos y ahora no nos vamos a separar...—entonces recuerdo todo lo relacionado con su enlace con Lady Alia, el acuerdo con la Corte de la Niebla y mi falsa reputación en la ciudad... bueno, hasta que te cases y tengas que ir al norte y a mí me toque vivir en una casa apartada de todo...

—No, no ,no...—Estevian sostiene mi barbilla y coloca su frente junto a la mía—. Vaya a donde vaya tú te vendrás conmigo, eso te lo prometo, Cirigh. Y lo de la casa fue un malentendido, ya está solucionado. Tienes una habitación enorme para ti solo, podré visitarte siempre que quieras. Te cuidaré, te lo juro por mi vida que voy a cuidar de ti. Darás a luz a esos chiquillos de la noche y estaremos juntos sea como sea. ¿Entiendes?

—Yo...—pronuncio lo inevitable, una realidad que choca una y otra vez con la vida idílica que Estevian ha estado describiendo—. Tendré que volver a Laneth, tarde o temprano tendré que ir a ver a mi familia y ayudar a que mi raza prevalezca.

De pronto las imágenes que vi a través del agua de la bañera me atormentan. Me pierdo en su mirada oscura y recuerdo la muerte de mi padre a manos de la caribdis, el cómo protegió a mi madre por encima de todo, incluso por encima de sí mismo. Una lágrima se desprende de mi azul, una sensación extraña porque no lo puedo controlar.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—su alegría se vuelve preocupación—. ¿He dicho algo malo?

—No, no es eso...—sollozo y mi voz tiembla—. Mi raza corre peligro, mi padre murió por salvar a mi madre y... pensarán que estoy muerto.

—¿Por qué no lo dijiste antes?—se levanta de un salto—. Ve, ve a verles—después me mira de arriba abajo se da cuenta de que no me puedo separar de él por el *aurane* y empieza a caminar en círculos. A los pocos segundos se detiene, me sonríe y añade—. Vámonos, los dos.

—¡Las guerreras te verían como una amenaza!—me sobresalto sacudiendo los brazos y provocando que la arena salga despedida por los aires.

—No me importa. Tienes que ir, es tu familia, tus hermanas y tus hermanos—apaga el fuego con la arena y me da la mano—. Vámonos ahora.

—No, de noche no, es peligroso. Si hay alguna caribdis no las veríamos llegar.

—Pues mañana, cuando amanezca nos iremos.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de nada, Cirigh.

Me abalanzo sobre él, le hago caer sobre la arena y empiezo a besarle. En unos pocos segundos Estevian agarra mi pene con su mano y empieza a acariciarlo hasta ponerlo duro. La excitación toma el control de nuestros cuerpos y empezamos a jugar a un juego que ya conocemos. Bailamos salvajes, desnudos y hambrientos el uno del otro. Su lengua se desliza por mi cuello, por mi torso y se anida en mis pezones. Lame cada centímetro de mi piel hasta llegar a mi entrepierna, no lo piensa, simplemente lo hace. Dejo que mi dureza se humedezca en el interior de su boca y empiezo a proferir pequeñas embestidas que él responde con gemidos. Antes de que pueda darme cuenta sube hasta mis labios y se coloca encima de mí.

Me quedo dormido cuando Estevian explota de placer salpicando todo mi cuerpo. Él permanece conmigo, aunque no duerma decide no separarse de mi lado, se tira toda la noche pensando. Ahora entiendo porque hace estrategias de guerra tan efectivas, tiene todo el tiempo del mundo, todo el tiempo para idear los mejores planos. Cuando el sol me desvela él ya está preparado para irnos. Ha cogido hojas de palmera para improvisarse unas prendas de ropa, una especie de pantalón verde con ramas finas como cinturón.

—¿Qué tal estoy?—abre sus brazos y luce sus músculos esculpidos por su diosa.

—Demasiado sexy—pronuncio con provocación.

—No te he fabricado nada porque lo romperías en cuanto te conviertas en tiburón—señala el mar y la casualidad hace que señale la cabeza flotante del tiburón que cenamos la noche anterior.

Los minutos pasan sin prisa, seguimos agarrados de la mano mientras contemplamos el humilde tamaño de la isla. Apenas hay cuatro palmeras, algunos arbustos y una pequeña inmensidad de arena. Si tuviera que compararlo con algo, diría que se podría hacer una bonita casa de jardín sin huerto ni jardines. Aunque me da igual, es nuestra isla, nuestro rincón, nuestra corte.

—Volveremos—me promete Estevian—. No sé cómo la encontraremos porque las islas tan pequeñas no figuran ni en los mapas, pero la encontraremos.

Caminamos por la playa dejando que el agua nos acaricie los pies descalzos. Con cada ola mis pies se cubren de escamas grises, pero no terminan de convertirse en aleta, al menos no hasta que mi cintura se mantiene completamente empapada. Entonces me transformo en el temor de las mareas, el depredador dominante, un tritón. En esta forma percibo los olores con más fuerza, no solo el aroma delicioso de carne fresca de Estevian, que se va deteriorando cuando no se alimenta. Si no también el perfume a través de la salina de todo lo que nos rodea: los peces, el coral, los animales ocultos en la arena...

Rodeo la cintura del vampiro con uno de mis brazos y comienzo a nadar con fuerza. No alcanzo mi mayor velocidad, pero nos movemos ágiles a través del agua. En alta mar no hay caminos ni rutas, solo el caos del océano y la vida salvaje. Las sirenas de Valhía sabemos movernos leyendo el curso de las corrientes, algo parecido a la lectura de las estrellas para los navegantes. Estamos lejos de Laneth, lo sé porque no reconozco nada de lo que estoy viendo. Sé que el mundo submarino está en constante cambio, pero tengo claro que este lugar es nuevo para mí.

Me mantengo a una altura media de la superficie, así tenemos facilidad para esquivar la

vegetación de las profundidades. Cuanto más lejos estamos de Tierra firme más intensa se hace la mirada de la oscuridad bajo nosotros. Sé que descender significa arriesgarse a toparse con las bestias más peligrosas, y no me refiero a los calamares gigantes, con ellos puedo lidiar. Lo que más temo son las caribdis que se mueven en las sombras, esa mezcla entre cocodrilo, tiburón y pulpo, la verdadera maldición de las sirenas.

La sociedad marina somos conscientes de que las caribdis son una gran amenaza. Lo he visto en dos ocasiones, una de ellas la había olvidado por completo. Se necesita un ejército para derrotar a una sola. Ni siquiera una reina sirena es suficiente como para acabar con uno de esos monstruos. Por suerte no quedan muchas vivas, se cree que solo hay cinco en toda Valhía, supongo que cuatro si contamos con el que derrotaron las sirenas de Laneth. No se pueden reproducir porque todos son machos, una contraposición con nuestra diosa protectora Rysantha. Solo hubo una caribdis hembra hace miles de años, fue derrotada por la alianza entre los cuatro reinos submarinos. Gracias a eso las ancianas de diferentes generaciones han podido recabar información sobre estas bestias. Yo he visto el dibujo tallado en piedra, se dice que las hembras son tan oscuras como los machos, pero que sus escamas refuljan cuando atacan. Las piedras afirman que ver a una de estas es un evento único y hermoso, es curioso saber que la muerte de mis antepasadas tuvo un momento de belleza antes de su final. Supongo que se podría acercar a contemplar el arrecife de coral más venenoso del mundo.

—Por aquí—emito entre un chasquido de lengua y un leve rugido de garganta.

Estevian no dice nada, lo que me incita a mirarle y descubrir su cara excesivamente alegre. No aparta la mirada del fondo marino en ningún momento, lo observa todo con detenimiento, como si fuera un niño ilusionado por los logros de sus padres. Los peces, aunque familiares para mí, son figuras de colores que no le dejan de sorprender. Todo en el mar tropical se podría asemejar con el cuadro más caro de la Corte de la Noche. No puedo evitar compararle conmigo cuando llegué a Plaguen y descubrí todos los lujos de los inmortales.

De repente empieza a gritar, lo hace con un gesto de horror y desesperación. Cuando sigo el curso de su dedo índice mi corazón se detiene en un intento por huir de mi cuerpo. La oscuridad de la inmensidad del mar se cierne sobre nosotros, lo hace despacio, pero con un bramido que reconozco a la perfección. Me esfuerzo en nadar con más fuerza, agito mi aleta sin descanso mientras las sombras toman la forma de cuatro tentáculos, no, de las fauces en flor de una caribdis.

—¡Joder!—consigo escucharle mientras sus ojos brillan rojos intentando defenderse de alguna manera. Pero aquí no tiene ninguna posibilidad.

No puedo permitir que Estevian muera aquí, no a manos del enemigo principal de mi especie. La criatura se coloca detrás de nosotros en un momento. Su velocidad de nado supera la mía por la que calculo que en unos pocos segundos nos devorará. Me siento estúpido por pensar que este plan iba a salir bien, inútil por no ser capaz de proteger al hombre al que amo, al inmortal que me ha devuelto la ilusión de vivir. No lo pienso dos veces, me detengo y extendiendo mis manos para invocar un escudo protector.

La burbuja nos rodea al instante y bloquea el ataque de la caribdis. Sus tentáculos repletos de dientes empiezan a presionar mi hechizo con fuerza, lo siento porque es como si mi creación fuera una extensión de mí. La adrenalina recorre mis venas de sangre salada y regenera las grietas que se van creando en nuestras defensas.

—¡Aguenta Cirigh, por la diosa!—grita Estevian, agradezco que los vampiros no tengan que respirar, de haber sido así este viaje hubiera

sido imposible.

La caribdis intenta tragarnos, pero la burbuja es demasiado grande, es como si intentara tragarse la perla de una almeja gigante. Aguanto cada sacudida, cada intento por tragarnos, cada esfuerzo por acercarnos a la muerte permanente.

Estevian se queda completamente bloqueado, sus ojos se mantienen fijos en la bestia que ve en nosotros una oportunidad de alimento. El monstruo tiene un tamaño colosal, dieciocho metros, el más grande que he visto hasta el momento. Sus escamas son negras como el petróleo con pequeñas motas blancas apenas perceptibles. Dispone de cuatro aletas, dos bajo el cuello y dos justo antes de empezar su larga cola. Sus ojos son pequeños, pero son tan amenazantes como su boca abierta en flor, fauces con la flexibilidad de los tentáculos de un pulpo, pero con dientes de tiburón. Su garganta es un túnel a través de los cuales los incisivos continúan hasta algún lugar. Es una criatura mortal, un depredador alfa que tritura todo lo que devora.

—Quizá pueda utilizar la irialmancia...—pronuncia el vampiro justo en el momento en el que sus manos empiezan a brillar blancas.

Entonces percibo como la presencia de su hechizo pone en peligro el mío, lo que me lleva a suplicarle que no lo haga, lo hago en sirénido, pero él parece entenderme. De un momento a otro se apaga y la burbuja empieza a agrietarse con más intensidad. No sé cuánto más podré aguantar, por lo que me quedo mirando a Estevian como si fuera lo último que fuera a hacer en mi vida.

Un estallido sacude mi corazón justo en el instante en el que mi resistencia se reduce a cero. El campo de fuerza se fragmenta en mil pedazos que se disuelven en el mar. Las fauces tentaculares empiezan a cerrarse entorno a nosotros, pero lo hacen sin fuerza. De nuevo otro estallido y la caribdis se aleja de nosotros soltando su tinta a modo de disuasión. No, puedo percibir el aroma que segregan sus escamas negras, no es su tinta si no su sangre. Una tercera explosión le deja completamente inerte y obliga a su cuerpo a flotar.

—¿Qué está pasando?—digo entre chasquidos de dientes y chillidos de delfín.

De golpe nos atrapa una red pesquera, Estevian me agarra para protegerme mientras mantiene su mirada carmesí para enfrentarse a lo que sea que nos está sacando del mar. Según vamos ascendiendo descubrimos un navío de madera clara con refuerzo de acero puro bañado en oro.

—Guarda tu aleta—dice el vampiro nervioso—. No sabemos quiénes son, pero guarda tu aleta, rápido.

—Ayúdame a secarla...—pronuncio en terrestre mientras utilizo la nolmancia para expulsar la humedad de mi piel.

Estevian se quita el pantalón de hojas, las sacude con fuerza y me las restriegas por las escamas. En unos segundos la falsa piel emerge en lugar de la aleta y tengo a un vampiro tapándome la entrepierna con un puñado de hojas. El sol nos deslumbra cuando nos dejan sobre la madera del barco y nos apuntan con varias espadas.

—¿Amigos o enemigos?—dice una voz, lentamente voy viendo con claridad y descubro a un hombre joven de piel oscura. Sus músculos sobresalen ligeramente a través de su camisa abierta. Tiene trenzas en el cabello negro y se esfuerza en mantener sus labios, extremadamente carnosos, en una posición entre enfado y frustración.

—Yaro, acaban de sobrevivir al ataque de una caribdis ¿Crees que son enemigos? —habla una mujer a la que no puedo mirar porque tengo el filo de una espada debajo de mi garganta—. Bajad las armas. ¿No veis que están desnudos?

Estamos rodeados de piratas, todos procedentes de las Tierras Doradas del oeste, es decir, son humanos. Su color de piel, negras como la noche, les delatan, por no

hablar de su aroma a especias y sudor. Aunque sin duda lo que más llama mi atención son sus ojos dorados, todos y cada uno de ellos tienen la mirada de color amarilla. Los piratas no hacen nada hasta que Yaro agita sus manos para que nos dejen respirar, lo que significa que él es el capitán.

—¿De dónde venís?—pregunta el hombre mientras me extiende su mano para ayudarme a levantarme.

—Naufragamos...—improvisa Estevian y la mentira parece ser convincente porque nadie nos pide explicaciones.

—¿Estabais muy lejos de aquí? ¿Queréis que intentemos buscar vuestras pertenencias hundidas?

—Se las comió ese monstruo—continúa mientras yo me limito a asentir con la cabeza.

—Malditos demonios—pronuncia Yaro a tiempo de que algo me haga quedarme completamente quieto.

A su lado hay una leona de gran tamaño, un animal cuyo pelaje blanco se sacude con la brisa marina. La felina me mira, me olfatea y me fulmina con la mirada. Está claro que las mentiras no le han calado hondo y sabe que no estamos diciendo la verdad. Ralentizo mi respiración para demostrarle que no quiero atacarle, que vengo en son de paz, una técnica que las sirenas utilizan para mostrar alianzas con otras especies marinas.

—Zera atrás, son aliados—le ordena Yaro al animal y se sienta para lamerse las patas—. Perdonad a mi amiga, es muy protectora.

—¿Tenéis hambre?—la mujer se dirige a nosotros, me doy cuenta que de todos los presentes, y quitando a la leona, es la única hembra a bordo—. A mi primo ya lo conocéis, yo soy Gia. Venimos de Hontir ¿Hacia dónde os dirigíais?

Ella tiene el pelo corto y rizado, al igual que a Yaro también le sigue un animal de pelaje albino y gesto imponente. Es un león macho, una bestia con una melena tan larga que casi parece que está haciendo un esfuerzo sobrenatural para mantenerse en pie bajo la intensa mirada del sol. No hay más animales allí, lo que me lleva a pensar que tanto Yaro como Gia son algún tipo de rango alto en su sociedad diurna.

Se hace el silencio entre nosotros mientras miro a Estevian esperando su respuesta. Pero no sabe que decir, lo que significa que no quiere delatar su procedencia nocturna.

Lo comprendo al instante, no podría explicar el porqué de que un vampiro pueda caminar bajo el sol, por lo que soy yo el que acaba respondiendo.

—De las Islas de Agua Carmesí.

—¿De dónde?—Gia nos mira sorprendidos, pero en ningún momento cuestiona mi respuesta.

—Unas islas pequeñas situadas cerca de la noche eterna.

—¡Ah! Pues estáis de suerte, porque nosotros nos dirigimos al Continente de la Banshee—las palabras de Yaro provocan que Estevian se quede completamente perplejo. Después añade algo que me produce un escalofrío—. A Plaguen concretamente.

—¿Cómo?—el vampiro intenta buscar una explicación pero el barco de los humanos tiene su propio objetivo.

—Cogerle los dientes al demonio, valdrán una fortuna en el mercado—ordena Yaro y sus tripulantes se ponen en marcha.

—Venid conmigo, creo que tenemos algo que os puede servir—Gia nos señala una puerta situada bajo la balconera con el timón—. Bienvenidos al Arca, nuestro pequeño hogar.

Me extraña ver a los leones seguir a sus dueños como si fueran sus sombras, en ningún momento parecen mareados o incómodos, como si hubieran sido adiestrados desde cachorros a una vida en alta mar. Algunos piratas se sitúan al mando de varios arpones mientras que otros se zambullen al agua con grandes cuchillos de oro para seccionar los

dientes de la caribdis. O demonio, que así es como ellos le llaman.

—Nos cae de camino—dice Estevian al fin, lo hace sonriendo y fingiendo una falsa simpatía—. De hecho, solemos ir mucho a Plaguen para donar nuestra sangre a la Corte de la Noche.

—Sí, somos conscientes del trato que mantienen unidos a los humanos de la noche eterna con los caídos que los gobiernan—Gia nos guía hasta un gran baúl lleno de ropa. Estamos rodeados de barriles de ron, fruta y carne fresca—. Coged lo que os valga, yo os esperaré arriba.

Y se marcha, aunque su león se queda allí sentado mirándonos, como si se fuera a asegurar de que no abusemos de la hospitalidad de su dueña. No todo es de nuestra talla, hay prendas sumamente pequeñas y otras excesivamente grandes, pero conseguimos vestirnos. Acabo utilizando una camisa holgada, unos pantalones cortos y unos zapatos de tela marrón. Estevian, en cambio, elige por inercia la ropa más oscura: un chaleco negro y unos pantalones azul marino, el calzado es similar al mío.

—¡Royen! ¿Qué haces ahí? —se queja la humana llamando la atención de su mascota—. ¡No seas voyeur!

La hospitalidad de los diurnos nos sorprende gratamente. En el momento en el que saquean a la

caribdis, el Arca se pone en marcha. Recorremos el mar de Valhía a una velocidad mucho más reducida que la de mi nado, pero teniendo claro que aquí estamos más seguros. Los piratas siempre tienen algo que hacer, si no están con las velas del barco, se encuentran hablando del largo trayecto que los ha traído hasta aquí.

A pesar de que Gia es la más simpática de todos, Estevian admite que no se termina de fiar de ella y que Yaro, en cambio, es mucho más transparente. No sé muy bien porqué lo sabe, no utiliza el poder de los Ilia por miedo a que descubran que nuestra historia es falsa. Por ello acaba manteniendo el fulgor rojo oculto mientras yo me limito a alejarme del agua.

Aprendo, casi como una lección forzada, como una afición, a alejar las salpicaduras de mi cuerpo con la nолmancia. A diferencia de los vampiros, las sirenas no delatan su verdadera naturaleza al hacer uso de la magia.

—¿Y a qué os dedicáis?—pregunto cuando Yaro se sienta a nuestro lado con un trozo de carne seca que utiliza para engañar al estómago.

—Perteneemos al gremio de mercaderes que hay en Valhía. Vendemos lo que nos vamos encontrando en alta mar y abastecemos algunos pueblos y ciudades con nuestras mercancías.

—No sabía que los prestigiosos tenían trato con los caídos—Estevian se encuentra contemplando el horizonte cuando se une a nuestra conversación.

—Oh, claro. Hay gran exportación e importación de productos entre las Tierras Doradas y el Continente de la Banshee.

—No debe de ser legal porque no hay ningún tratado sobre ello—el vampiro parece estar ofendido por la alianza oculta entre traficantes de diferentes razas.

—No lo hay, los reyes de ambos reinos ignoran todo esto. Y aquellos que lo han sabido han apartado la mirada. Entiendo que hay cosas que no se pueden producir en la noche eterna de Valhía.

—Trigo, verduras, hortalizas...—pienso en alto a lo que Yaro me responde con un golpe suave en la espalda y una gran sonrisa. Quizá es por su piel oscura, pero verle sonreír me es sumamente agradable.

—¡Eso es!—dice el humano y acto seguido me despeina el cabello azulado. Estevian le fulmina con la mirada, como si su acercamiento le estuviera poniendo celoso—. También hay otras cosas que con los ciclos solares no crecen bien en la Tierras Doradas. Las moradoras es lo que más éxito tiene.

—¿Las uvas negras?—dice el vampiro y el mortal se levanta para acercarse a él.

—Si se trabajan en la oscuridad salen vinos muy caros—de pronto hay un enfrentamiento silencioso entre el prestigioso y el caído, una lucha de miradas que acaba con sonrisas forzadas. Yaro sabe jugar sus cartas, después de todo es un pirata. Se desabotona su camisa y deja que el sol acaricie cada centímetro de sus músculos. Tiene más abdominales de los que puedo contar, y unos pezones que resaltan en sus pectorales esculpidos con barro mágico. Me quedo eclipsado mirándolo, lo hago sin querer, nunca he visto a alguien como él. Y Yaro lo sabe—. ¿No deberíais ponerte a la sombra? Te acabaras quemando con este calor.

—Estoy bien—contesta Estevian con sequedad.

El pirata empieza a ascender a través de una escalera de cuerda y madera hasta un puesto de vigilancia situado en lo más alto. Antes de dejarnos solos nos invita a bajar a los camarotes de la tripulación para protegernos del sol. Yaro se preocupa de nuestra palidez, sin saber que, en lo profundo de nuestro ser, somos criaturas peligrosas.

—¿Estás bien?—le pregunto a Estevian cuando se cruza de brazos sobre una de las innumerables hamacas que forman parte del descanso de los tripulantes.

—No me gusta cómo te mira—suspira él—. Se ha tomado demasiadas confianzas en muy poco tiempo.

—Es gentil ¿no?—sueno tan inocente que casi me siento estúpido.

—No, no me fio de ellos. ¿Quién salva a dos náufragos y ni siquiera le preguntan el nombre?

—Quizá los mortales viven de otra manera, con más intensidad. Después de todo sus vidas son efímeras—comento intentando buscarle la lógica a todo esto.

—No, Cirigh... no me hace falta utilizar mi poder para saber que hay algo extraño en todo esto. ¿Y por qué los vampiros comercian con los humanos? ¿No sé supone que estamos en época de paz?

Su respiración se agita, pero no con excitación, como estoy acostumbrado a ver, si no con ira y enfado. Me siento a su lado, con los pies colgando mientras otros humanos llegan para tomarse un respiro de las altas temperaturas del mar tropical de Valhía.

—Te quiero—susurro y al instante me mira. Su respiración se calma y yo encuentro la oportunidad para repetirle todo lo que siento por él. Me doy cuenta de que nunca lo he hecho—. Te quiero a ti y nadie va a cambiar eso. Lo que hemos vivido ha sido mágico y nos queda una vida eterna por delante. Si no te hubiera conocido sería una criatura salvaje cuyo único cometido sería portar los huevos de mi especie. Pero me has dado una razón más para vivir, no solo para descubrir este hermoso mundo en el que vivimos, si no para seguir tocando el alma que se oculta bajo tu fría piel.

—Yo... Cirigh...—intenta decir, pero hay algo en su garganta que le impide hablar—. Lo siento...los celos...

—¿Sentir el qué? Si ni siquiera entiendo cómo funcionan los celos. Dame un tiempo, aún estoy asimilando el simple hecho de que me he enamorado de ti y lo quiero todo contigo Estevian Ilia. Nos tumbamos abrazados en la hamaca y dejamos que el vaivén del barco nos relaje. Encuentro la facilidad para conciliar el sueño, es casi más un método de supervivencia, para amenizar el tiempo, que una técnica de descanso. Él se queda mirando el techo.

Transcurren los días hasta completar el ciclo de una semana, luego otra hasta que al final el cielo se cubre de nubes y trae consigo la noche eterna. Yaro siempre se acerca a hablar conmigo cuando me ve en la popa del barco observando el mar infinito. Me habla de lo feliz que es en alta mar y de la verdadera fortuna que se saca traficando con diferentes tipos de mercancías. Suele quitarse la camisa para que la brisa marina bese sus músculos y yo tengo que apartar la mirada para no ruborizarme. Estevian no vuelve a ponerse celoso, y si lo hace no tiende a exteriorizarlo.

—¿Por qué hacéis eso?—pregunta Gia cuando nos ve bebiendo sangre de los peces que pescan.

—La Corte de la Noche nos enseña a hacerlo para aumentar la producción de nuestro plasma—explica Estevian asegurándose de no abrir los ojos hasta que el fulgor rojo no se ha apagado.

—Que raros estos vampiros...—comenta ella a tiempo de servirnos pescado a la brasa con frutas. Un plato que sorprendentemente me encanta, aunque sigo prefiriendo el pescado crudo, eso sí que es un manjar. La tripulación come como salvajes, sin modales ni protocolos sobre la mesa.

El trayecto hasta Plaguen se extiende varios días más. Nos dan de comer cada día sin pedirnos nada a cambio y eso no deja de extrañarnos. Estevian le da mil vueltas a la hospitalidad de los piratas mientras yo los excuso con mi inocencia. Hay momentos en el día en los que Gia saca su laúd y empieza a cantar divertidas melodías que me atrevo a bailar junto a los tripulantes. En esos momentos son en los que me pregunto ¿Qué maldad puede tener esta gente tan divertida?

—¡Corre, Royen!—grito lanzando un pedazo de carne cruda para que el león de Gia vaya a

buscarlo—. ¡Atrápalo al vuelo!

49

—¿Por qué solo tú y Yaro tenéis leones?—le pregunto a Gia mientras Estevian y Yaro hablan de la situación exacta de las Islas de Agua Carmesí.

—Somos los primogénitos de nuestras familias, los *feralbas* son una bendición de Bryanthé—la chica es agradable, me enseña a cómo hacer que *Royen* me haga caso—El resto o no nacieron en las Tierras Doradas o no son los primeros hijos.

—Que interesante... en mi familia los primeros hijos no tienen ningún tipo de beneficio.

—Vivir en el Continente de la Banshee no debe de ser muy beneficioso para los humanos ¿verdad?

—No te creas. Los inmortales nos protegen de las amenazas de la noche a cambio de que les donemos nuestra sangre en los periodos de donación —miento con la información que tengo sobre el pueblo de Orio—. Además, tenemos acceso a sus fiestas y son de lo más lujosas.

—En Hontir los reyes viven junto al pueblo, no utilizan grandes castillos para diferenciarse de la realeza. Así que supongo que los hijos del sol disfrutamos de más humildad por parte de la corona de piel y oro que los hijos de la luna con la corona de oro negro y rubíes.

—Cuéntame más ¿Cómo es vivir con tanta luz? ¡Ay!—el león se acerca a mí después de comer y apoya su barbilla sobre mi hombro, pesa un montón pero no me incomoda. Yo le acaricio el pelaje albino, juego con su larga melena y golpeo suavemente sus grandes orejas.

—Nunca he visto a *Royen* tan a gusto con un desconocido. Le caes bien y a mí también.

—Cirigh, me llamo Cirigh—le digo con una sonrisa.

—Entonces es un placer conocerte Cirigh—lo pronuncia con maestría, como si el sirénido no fuera un idioma desconocido para ella. Después muerde la naranja que tiene entre sus manos y responde todas mis preguntas—. El sol ayuda a que la vegetación crezca con fuerza y los animales campen con libertad por los reinos mortales.

—Entonces convivís con la naturaleza ¿no?—mis palabras proyectan en mi mente recuerdos de mi hogar. Las cuevas repletas de algas, los peces recorriendo las rocas del fondo marino y las ballenas sobrevolando Laneth aprovechándose del pacto con las sirenas.

—Algo así, los elefantes no caminan por nuestras calles, pero no es raro ver liebres o aves cantoras en las puertas de nuestras casas—Gia contempla el infinito mientras su sonrisa delata la melancolía de alguien que lleva mucho tiempo lejos de casa.

—¿Por qué no regresas a tu hogar?—me atrevo a preguntar.

—No sé te escapa ninguna ¿eh? Soy incapaz de vivir en Tierra firme, mi vida está aquí, en alta mar, explorando el vasto mundo que nos rodea.

Tanto ella como el *feralba* bostezan a la vez, me sorprende verlos tan acompañados por lo que acabo preguntándome si la bendición de Bryanthé no va más allá de una simple unión entre compañero y amo.

—Deberíamos descansar, mañana llegaremos a Plaguen y me espera una larga noche—se despide Gia.

—Gracias por esta charla, ha sido muy divertida.

—Gracias a ti por traernos alegría al barco, estábamos pasando por una mala temporada y ahora parece que la fortuna nos ha sonreído.

Cuando Estevian y yo regresamos a las hamacas compartimos todo lo que hemos vivido por separado. Él me cuenta que ha conseguido ubicar nuestro falso hogar en Torre Salamandra, el pueblo en el que vive el hermano de Kathleen, Malik. También me dice que ha estado investigando los camarotes del capitán, que no ha visto nada raro, y que se ha asegurado de que no le pillaran. Yo le doy toda la información que he conseguido sacar de los humanos y al final acabamos tumbados aguardando el momento de llegar a palacio.

Cierro los ojos con la ilusión de viajar a las Tierras Doradas alguna vez en mi vida, no quiero morirme sin haber conocido todos los rincones que tiene el mundo. Me imagino caminando por una versión diurna de Plaguen, con liebres y conejos por todos lados, humanos de piel negra y música emergiendo de todas las casas.

—¡Soltadme!—grita Estevian a tiempo de sentir como alguien tira de mí y me aleja de él.

En el momento en el que despierto me descubro encerrado en una prisión, mis brazos y piernas están encadenadas a la madera del barco mientras a Estevian lo tienen atado al otro lado de los barrotes. La tripulación sostiene sus cadenas de acero puro y se encargan de que cualquier signo de resistencia se convierta en una tortura. Si se propusieran separarle en trocitos, no les costaría demasiado esfuerzo, solo tendrían que tirar hacia diferentes direcciones. Algunos piratas nos alumbran con las antorchas mientras Yaro sostiene un látigo de oro con intenciones de flagelar la espalda del inmortal.

—¿Quiénes sois exactamente?—pregunta en tono amenazante mientras sus ojos centellean dorados ante la tenebrosidad de la escena. Otro par de ojos amarillos me desafían directamente a mí. Su leona, *Zera*, me enseña los dientes en señal de ataque.

—¡Ya te lo hemos dicho!—protesta el vampiro pero los tripulantes tiran de sus cadenas para hacerle sufrir.

—¡Mientes!—y con su grito viene el primer latigazo. El caído grita desesperado mientras la tela se rasga y surge el arma de oro que se tiñe de sangre—. Te he visto husmear en mi camarote... ¿Sois espías de la corona de oro negro y rubíes? ¿Qué queréis de nosotros?

Entonces ocurre, Yaro abre los ojos de par en par mientras la herida del vampiro se regenera en un parpadeo. Estevian se mantiene con los ojos cerrados al mismo tiempo que la multitud ahoga un grito de sorpresa. Al ver que nuestra mentira ha caducado emito un pequeño rugido para hacer retroceder un paso a la leona.

—No sois humanos... ¿Qué sois?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?—Estevian abre los ojos lentamente y muestra el intenso brillo rojo de sus ojos. Los tripulantes retroceden temblorosos mientras sus manos se esfuerzan por no soltar las cadenas para huir despavoridos.

—¡Vampiro!—grita uno a lo que el caído responde mostrando sus colmillos en una sonrisa

divertida.

—No, no puede ser... estabais bajo la luz del sol...—Yaro suelta el látigo sin lograr comprender lo que está viviendo en su propia piel. En el momento en el que da un paso hacia atrás, *Zera* se aleja de mí y se coloca a su lado.

—¡Soltadme! No volveré a repetirlo—pronuncia Estevian, pero el capitán del barco no cede, coge el látigo de nuevo y vuelve a golpear la espalda del vampiro. Lo hace una y otra vez sin ningún tipo de piedad.

Percibo la humedad del Arca, las gotas caen por toda la parte inferior del barco. Me concentro en cada partícula de agua y las reúno encima de la cabeza de los piratas. El hechizo empieza a crecer tanto que corro el riesgo de llamar la atención de nuestros enemigos.

—¡No te recomiendo desangrarle!—grito a modo de advertencia, necesito que me miren, que ignoren lo que hay sobre ellos—. ¿Has visto alguna vez a un caído dominado por el frenesí?

—¡Cierra la boca, joder!—me grita un tripulante, coloca la antorcha en mi cara y me quema la piel. Estoy a punto de perder el control de la magia cuando me esfuerzo en mantener mi arma en secreto. No grito, si lo hiciera todo se esfumaría en un suspiro, lo que no quiere decir que el dolor sea insoportable—. Jefe, jefe... ¡Esté no es un vampiro!

A diferencia de los inmortales que viven bajo la noche eterna del Midna, las sirenas no disponen una regeneración de tejidos tan rápida, al menos no fuera del agua. Por ello todos se giran para contemplar la quemadura

de mi piel y cómo la rojez prevalece.

Durante un instante me imagino mil maneras en las que los humanos podrían morir. La primera, y más clara, es que el vampiro saque su bestia interior y los descuartice uno por uno. En la segunda soy yo cantando y contemplando sus cabezas explotar. Y la tercera, esa es la que estoy llevando a cabo.

Los dedos de mis manos se estiran y adquieren posiciones sumamente extrañas. No me importa, pues es lo único que necesito para ordenarle al agua que formen un círculo enorme sobre mis enemigos y adquiera la solidez de mis escudos. El tripulante se debe de dar cuenta porque acto seguido se gira para descubrir mi plan.

—¡Cuidado!—grita, pero es demasiado tarde pues el fragmento de escudo cae sobre sus aliados y se rompe en mil cristales que se vuelven líquidos al instante.

El choque es tan fuerte que los piratas se caen al suelo, aun sin soltar las cadenas Estevian consigue utilizar su fuerza para luchar. Utiliza la potencia de sus muñecas para hacer que sus captores vuelen unos contra los otros. Luego coge el látigo de oro y rodea el cuello de Yaro con él. La leona está a punto de abalanzarse sobre el vampiro pero de pronto se detiene:

—¡Un paso más y lo estrangulo!—advierde y *Zera* baja las orejas aterrada por la vida de su dueño—. ¡Soltad a mi chico!

El corazón se me detiene en un suspiro mientras mi cabeza repite una y otra vez: su chico. Los tripulantes hacen lo que le piden, me liberan de la prisión y las cadenas. Una vez fuera, camino con calma para colocarme detrás de Estevian, el cual me guiña un ojo en señal de que todo va a ir bien.

—Ahora nos vamos a ir y nos vais a dejar marchar ¿Lo habéis entendido? —pero los piratas no dicen nada, por ello el vampiro aprieta el látigo con más fuerza. Yaro se queja y sus hombres asienten con la cabeza—. No queremos problemas, os debemos la vida y por esto no os voy a matar. Pero si volvéis a intentar hacernos daño os aseguro que os sacaré el corazón con mis propias manos.

—Los caídos mueren al otro lado del Midna...—pronuncia Yaro con dificultad—. ¿Cómo has podido caminar bajo la luz del sol?

—Hay otras cosas que no conseguirías comprender—miente Estevian, pero el pirata no le cree.

—Eres una aberración para este mundo...—sentencia antes de que el vampiro le empuje y salgamos huyendo de allí.

Agarro la mano de Estevian y corremos hacia la proa para saltar desde el mascarón, el cual está tallado con la forma de una gacela dorada. Nuestros cuerpos caen en picado hacia el agua, una caída sumamente corta comparada con las veces que he saltado desde el Salto de la Noche. El contacto con el agua salada me otorga mi forma más fuerte y me ayuda a escapar del Arca a gran velocidad. Los piratas intentan dispararnos con sus arpones, al menos al principio, pues luego nos volvemos inalcanzables.

Llegamos a la playa de Plaguen antes de lo esperado. El navío está a lo lejos, sus antorchas lo delatan acercándose a puerto con lentitud. Nos

deslizamos por la arena fina y, en cuestión de segundos, vuelvo a estar completamente desnudo.

—Ya estamos a salvo...—dice Estevian mientras mi respiración aún permanece agitada. Me ayuda a levantarme, se quita la camisa para taparme la cintura y me rodea con sus brazos para cuidarme—. Siento que no hayamos podido ir a ver a tu familia.

—No pasa nada... ya iremos más adelante. Ahora tienes asuntos que atender...

—Sin ninguna gana. Me hubiera encantado tenerte un ratito más para mí.

—Y lo tendrás—sonríe mientras ascendemos por unas escaleras de piedra y madera que conectan la playa con la parte baja de la ciudad. Le doy la mano y añado—. Para siempre.

—Para siempre—responde antes de darme un beso en la frente y emprender nuestro camino a través de las calles con adoquines de Plaguen.

Estevian me guía a través de rutas alternativas a las zonas principales. Pasamos desapercibidos por calles estrechas y edificios menos cuidados. De un momento a otro nos encontramos caminando bajo grandes arcos de piedra en mitad de la ciudad, que evocan el recuerdo de un reino olvidado.

—Es el Barrio Antiguo—comenta percatándose de mis ojos abiertos de par en par para observarlo todo con detenimiento. Se detiene frente a una puerta de madera roja y da tres golpes con la aldaba—. Mis antepasados tenían el palacio aquí, luego llegó mi abuela y pidió que construyeran un castillo más grande y lujoso alejado de los ciudadanos de menor rango.

—¿Qué estamos haciendo?

—¿No pretenderás entrar así en palacio no?

La puerta se abre y aparece una mujer con el rostro arañado por el paso del tiempo. No tengo ninguna duda de que es humana, pues los inmortales no envejecen, lo que me hace comprender que en Plaguen no solo viven vampiros. La vetusta, palabra que utilizamos los ahogados para nombrar a las ballenas más viejas, mira a Estevian de arriba abajo y esboza una sonrisa pausada. En mi mente jamás utilizaría la palabra anciana para determinar la edad de alguien, para mí ese es un título mucho más importante, con más peso y poder.

—Vaya, sí que has crecido—pronuncia con la sabiduría guiando el movimiento de sus labios y la mirada gris pasando de pies a cabeza de mi acompañante. Después se da la vuelta, encorvada, y camina con ayuda de un bastón de madera de ébano. Desaparece al otro lado del umbral de la puerta—. Pasa guapo, pasa... no te quedes ahí. Y trae a tu amigo.

Estevian me acaricia la mano mientras caminamos por los pasillos de la vivienda. A diferencia de los colores granates y rojos, presentes en la bandera de Plaguen, la casa de la vetusta tiene tonos blancos y violetas. Hay cuadros donde puedo ver a dos mujeres felizmente casadas. Por un momento imagino que su historia es parecida a la de Lady Angélica y el Conde Ignatius. Pero en todos los cuadros la pareja envejece al mismo tiempo.

—¿Quiénes son ellas?—susurro percibiendo el aroma a antigüedad en cada paso que damos. Todo huele al pasado, la alfombra de terciopelo blanco que pisamos, el papel de pared morado, los muebles de madera carcomida... incluso las estatuas de mármol tallado con forma de bailarinas situadas sobre las estanterías.

—Lady Olivia y Lady Gayla—me responde con un tono de voz bastante normal como para estar

hablando a espaldas de alguien—. Y no te preocupes, están sordas como una piedra.

—¿Son humanas?

—Así es—canturrea Estevian abriendo una puerta con vidrieras en colores verdes y amarillos.

—¿Y ladies?

—Exactamente.

—Pero...

Y antes de que pueda hacer otra pregunta estamos en un pequeño salón compuesto por un sofá, una mesa con cinco sillas y un lienzo que ocupa todo el largo de la pared. Ahí están las dos vetustas. Olivia es la mujer que nos recibió en la entrada, tiene el cabello largo y blanco y los ojos grises como la tormenta. Utiliza el bastón porque padece cojera en su pierna derecha, un detalle que no le evita moverse con gracia a través de su casa. La otra debe de ser Gayla, su piel es oscura por lo que entiendo que es una humana de las Tierras Doradas, y si alguna vez tuvo la mirada amarilla, como Yaro y Gia, ahora es completamente blanca debido a su ceguera.

—Estevian ha venido a vernos, querida—dice la primera mientras se sienta en el sofá.

—¿El pequeño *stoker*?—contesta la otra, subida en una escalera mientras pinta el lienzo con sus propias manos.

—Ya no es un niño, mi amor, parece un príncipe de cuento, está guapísimo.

—Huelo a alguien más, mi vida—canturrea ella sin cesar en su intento por dibujar un paisaje sumamente real.

—Es el Tritón de Plaguen.

—¡¿Enserio?!—Gayla se emociona mientras pega un salto para llegar al suelo y abrir los brazos de par en par, sus manos están llenas de pintura verde—. Déjame abrazarte, pequeño. Déjame tocar a un tritón por primera vez en mi vida.

—Mi vida, tienes las manos sucias ¿No pretenderás manchar sus ropas? —Olivia me mira y se echa a reír. Lo único que oculta mi entrepierna es la camisa de Estevian, el resto de mi cuerpo está a la vista—. ¿Por qué no te aseas mientras ellos se cambian de ropa? Vienen de cazar y están hechos unos desparrajos. ¿Crees que la ropa de Lámar les valdrá?

—Eso lo tienes que decir tú, querida. Estoy ciega ¿No te acuerdas?

—Hola tía Gayla—Estevian se acerca a ella y le abraza sin importar manchar su torso desnudo—. Estás preciosa.

—Anda, calla—se queja ella con una sonrisa—. No digas tonterías, que estoy muy mayor.

—Estás perfecta—le dice con una labia divertida y agradable—. ¿No habéis valorado la opción de ser inmortales?

—¿Y quedarme con este aspecto de vieja toda la vida?—se jacta Olivia, que se ha levantado de golpe y se ha acercado a mí—. Ni lo quisimos en su día, ni lo vamos a querer ahora.

—Nos gustaría tomar el sol por lo menos una vez antes de morirnos, querido—Gayla le dedica dos besos en la mejilla antes de llegar a la puerta sin ninguna dificultad. Me pregunto si realmente es ciega, luego deduzco que se sabe la casa de memoria—. Dejarme ir a lavarme y os invito a una buena taza de té con bizcocho—después señala hacia algún lugar y añade—. Y tú, querido Tritón de Plaguen, déjame darte un abrazo.

—Será un placer—digo antes de verla marchar hacia donde sea que esté el baño.

No logro comprender nada de lo que estoy viendo. Estevian les llama tías, pero ellas son humanas. Al menos eso aparentan, después de todo han envejecido como mortales. Pero no tiene sentido, si conocen al vampiro desde que era un niño han tenido que vivir mínimo ciento cincuenta años y estoy completamente seguro de que los humanos, solares o lunares, no viven más de cien. Quizá tuve que estar más atento a las clases de la anciana, supongo que ese será un

peso que cargaré a mi espalda durante el resto de mi vida.

Cuando uno nace sabiendo que su último cometido en la vida es cargar con la esperanza de su especie, la ilusión por aprender el arte de la guerra submarina, la magia de las *clamamareas* o las costumbres de los habitantes de Tierra firme, pasan a segundo plano. Quizá si la anciana de mi tribu me hubiera dicho que me iba a enfrentar a un necrófago, por lo menos dos veces, le hubiera puesto más atención a todo eso. Pero no, decidí pasar de todo y de todos. Mientras mis hermanos, con el mismo cometido que yo, se entrenaban, yo me escapaba de Laneth para cazar mi propio pescado o ver como los tiburones devoraban a sus presas. Aún recuerdo cuando cogía cangrejos, les daba la vuelta y les ataba las patas con trozos de *algadenas*, las mismas algas que mis hermanas usan como látigos en la batalla. Me parecía divertido y me ayudaba a matar el tiempo, luego les soltaban y huían despavoridos.

—Esto creo que te queda perfecto—celebra Olivia cuando abrocha el último botón de la camisa de seda azul que me he puesto. Después rebusca en el armario de la habitación y saca una chaqueta negra y larga con hombreras de metal—. Y esto va a juego con tus ojos. El azul del mar tropical mezclado con la oscuridad de sus profundidades.

—Eres muy amable—apunto mientras me miro en el espejo y me veo como si fuera un caído más de la sociedad vampírica.

Estevian ya se ha vestido, ha decidido ponerse una camisa con el cuello alto y unos pantalones marrones. Está con Gayla hablando del tiempo que llevan sin verse. Me sigue extrañando la confianza que hay entre vampiro y humana, y eso es lo que me lleva a elaborar la siguiente pregunta:

—¿Sois las tías de los *stokers*?

—¿Qué? ¡No!—Olivia se echa a reír justo antes de conducirme hasta un tocador donde me ofrece asiento. Coge un cepillo y empieza a peinarme el cabello azulado con delicadeza. Moja ligeramente sus manos para ayudarse en su labor de prepararme para ir a palacio—. Es una historia muy graciosa, pero al final es lo que nos define como personas—me quedo callando aguardando el momento en el que la mujer calme la curiosidad que me reconcome por dentro—. Cuando la primogénita de los Ilia nació, sus llantos se escucharon hasta el horizonte más alejado del Continente de la Banshee.

—¿Estaba triste?—intento buscarle justificación.

—Ay, perdona, entiendo que en tu hogar las costumbres son muy diferentes. Cuando un bebé nace, ya sea vampiro o humano, llora para demostrar su fortaleza.

—En alta mar, si una cría de sirena llora se convierte en la siguiente presa de las bestias que nos rodean—le explico y ella tuerce el gesto entre risa y horror.

—Lady Amari lloraba con tanta fuerza que las brujas del aquelarre vieron en su futuro un destino glorioso—continúa, lo hace mientras nos miramos a través de nuestros reflejos—. No había sangre alguna que calmara su hambre y entró en estado de bestia en varias ocasiones. El duque Ábsolem y la duquesa Ágatha estaban desesperados por darla de comer, temían que, si no agasajaban su paladar, acabaría cayendo enferma y muriendo para siempre.

—¿Los niños caídos también pueden volverse despiadados?—la falsa piel se me eriza al imaginarme a un bebé actuando como una piraña hambrienta.

—Es la peor condena para una madre, aunque es fácil de dominar, pues los chiquillos de la noche no tienen la fuerza de un adulto—Olivia coge unas tijeras de plata y empieza a cortarme el cabello—. La Corte de la Noche invitó al pueblo a una fiesta donde se elegiría a los individuos con la sangre digna del paladar de la pequeña Amari. En esa época Gayla y yo éramos jóvenes y hermosas—se detiene un momento para atusarse el cabello y fingir ser una dama del *Lluvia de*

Polen—. Apenas llevábamos unos años en Plaguen y vimos en la cata una oportunidad de conocer a la realeza nocturna.

—¿Cómo llegaste aquí? Bueno, tu esposa es de...

—Paciencia, querido, aún no he terminado con tu primera pregunta—sonríe y después continúa cortándose el cabello—. Pues bien, resulta que de toda la sangre que se extrajo esa noche, la mía y la de mi amada Gayla, fueron las únicas que calmaron el llanto de Lady Amari. Nos invitaron a vivir en palacio y nos dieron nuestros más preciados regalos: nuestros títulos de noble y sangre de vampiro para alargar nuestra existencia mortal.

—Estevian dijo que se os ofreció ser inmortales...

—Sí, se nos ofreció convertirnos a la noche, pero nos negamos. Nacimos siendo humanas y así es como tenemos que morir. Aunque amemos a la Corte de la Noche y le debamos, literalmente, nuestra vida.

—Si no hubiera sido por vosotras, Lady Amari hubiera muerto.

—Y por eso estos grandes regalos—sonríe y continúa explicando toda su vida en Plaguen—. Al principio nos sacaban grandes cantidades de sangre, pero eso nos obligaba a quedarnos en cama durante semanas. Así que no les salía rentable, si moríamos, la *stoker* moriría con nosotras. Por eso empezaron a mezclar nuestro plasma con el que ellos consumían. Hasta que la pequeña adaptó su paladar.

—Ya era exigente desde que nació—bromeo y ella me responde con una risotada. Olivia saca un frasco de cristal y me rocía con su líquido para perfumarme la ropa y el cuello.

—Es un inmortal ejemplar, la única *stoker* de la que se han hecho muñecas de trapo para las chiquillas de la noche.

El espejo muestra a un Cirigh completamente diferente al que llegó, mi piel ha perdido un poco de su palidez, supongo que haber pasado varios días al sol ha ayudado a hacerlo. La mujer se ha encargado de que mi pelo se vea cuidado y majestuoso, como el de un príncipe. Aún tengo vello ligeramente en mi rostro, algo que en las profundidades del océano nunca había aparecido. La adaptación del pueblo submarino no deja de sorprenderme, no solo podemos cambiar nuestra forma en agua dulce, sino que también invocamos piernas y podemos llegar a correr como un terrestre más.

—¡Ahí está mi querido tritón!—vitorea Gayla cuando entramos en el cuarto de baño.

La mujer me abraza con fuerza, lo hace con tanta emoción que casi pienso que está llorando. Estevian está de pie, se seca la cara con una toalla mientras descubre su barba recortada. Había normalizado el vello de su rostro, ni siquiera le había puesto especial atención durante nuestros días en la isla, pero ahora, ahora verle significa calentar mi alma.

—Que guapo...—suspiro sin poder dejar de mirarle.

Jamás hubiera imaginado poder sentir todo esto que el vampiro evoca en mí. Y ya no es por su piel suave, sus músculos fuertes, sus pectorales poderosos o el suave vello sobre estos. Menos aún por su mirada, sin importar si es marrón oscuro o carmesí, la hendidura en su barbilla o su mandíbula trabajada. Es más que eso, un conjunto de todo, un mejunje donde hay que mezclar su personalidad, su alma y la calidez de su miembro. Si meto todo eso en un caldero y lo adrezo con el tacto de sus colmillos y el placer que me produce que beba de mí, tenemos una pócima mucho más poderosa que la que me dio Angélika durante el ataque de la Orden. Lo necesito cerca de mí, abrazado cada noche en mi cama. Lo necesito incluso cuando nado en agua salada y cazo un tiburón blanco para él. Le amo, creo que esa es la palabra indicada, la palabra que define la unión entre dos corazones. Le quiero con tanta fuerza que no podría permitirme perderlo. Si el sol lo hubiera calcinado por mi culpa, mi corazón estaría hundido en alta mar aguardando el

momento en el que alguien lo devorara.

—Ahora te toca a ti—pronuncia Gayla con una cuchilla entre sus manos—. Vamos a arreglarte esa barba antes de que le saques el ojo a alguien.

51

El filo acaricia mi piel con delicadeza llevándose el rastro del pelo que hay en mi piel. Poco a poco va recorriendo mi mandíbula, mi barbilla, la suavidad entre mis labios y mi nariz... hasta que no queda ni rastro. Los ojos blancos de Gayla me perturban de tal manera que temo por mi vida cada segundo que la veo con la cuchilla de afeitar. No está ciega, al menos no del todo, o eso es lo que quiero creer. La precisión de la mujer es tan sorprendente que no puede ser de otra manera.

—¿Qué eres?—le pregunto mientras extiende crema sobre mi frente, mejillas y barbilla.

—Humana, de los dominios solares del Midna—me aclara y lo hace con una sonrisa de oreja a oreja—. Una prestigiosa.

—¿Y por qué puedes ver si estás ciega?

—Es muy curioso—comenta Estevian a tiempo de ver cómo me ha dejado su tía—. ¿No le has podido dejar ni un poco de perilla?

—No seas zoquete, querido—Olivia está sirviendo el té en unas tazas y cortando un bollo de aspecto esponjoso y aroma a limón—. Los tritones no pueden tener vello en la piel, si no nadarían más lentos. ¿No es así, Cirigh?

—No lo sé, nunca había estado en Tierra firme.

—¡Por las hermanas! Eres adorable—Gayla me masajea el rostro mientras no deja de reír.

Nos sentamos a la mesa mientras bebemos del té de flores y comemos el bizcocho cuyo sabor se ha vuelto mi nueva adicción. La mujer diurna nos explica que nació en las Tierras Doradas, que sus padres eran marineros y que un ataque de caribdis les hizo naufragar. Así fue como acabó en el Continente de la Banshee y fue criada por los inmortales de las Islas Senna, vampiros cuya piel es tan oscura como la de los prestigiosos.

—Vine a Plaguen buscando trabajo, allí no hay mucho que hacer más allá que exportar pesca o confeccionar redes—continúa con cierta rabia al recordar su pasado—. Aquí pude trabajar de camarera en las tabernas e incluso empecé a pintar mis primeros cuadros.

—Nos conocimos en *La Sirena Morada*, una posada que hicieron en honor a Lady Angélica—apunta Olivia rellenando nuestras tazas de té—. La dueña anunció la exposición del arte de Gayla y yo no podía perdermelo. Desde que llegué de Ninfa Oscura nunca había visto algo igual—y deduzco que ese es otro de los pueblos abanderados de Plaguen. La mujer le agarra la mano a su esposa y empieza a mirarla con alegría—. Estabas preciosa, mi amor. Tus ojos

dorados se llevaban toda la atención mientras tus cuadros se vendían como si fuera arte de alto pincel.

—Me enamoré de ti el mismo instante en el que te acercaste a conocerme—dice la otra mientras yo no puedo hacer otra cosa que apoyarme en mis manos y contemplarlas obnubilado—. Empezaste a venir cada noche a la posada hasta que al final dejaste de hacerlo. ¿Recuerdas el camastro que tenía en mis aposentos?

—¡Apenas cabíamos las dos!—se mofa la mujer lunar.

—Solo abrazadas—secunda la solar—. Si no hubiera sido por ti no hubiera tomado la decisión de provocar mi ceguera.

—Ay, mi amor, que castigo más hermoso.

Mi rostro se tuerce en horror mientras Estevian me indica, con la mirada, que espere a seguir escuchando la historia de las mortales antes de sacar conclusiones precipitadas. Suspiro, bebo de mi taza y observo a Gayla mientras gesticula con intensidad. La mujer diurna me cuenta que nació siendo una orisha, una humana con el don de ver los designios del destino. Según dice, en las Tierras Doradas, las mortales con ese don son separadas de su familia para entrenarse en una montaña alejada de la civilización. Las orishas no pueden mezclarse con humanos de a pie, ni socializar, menos aún enamorarse. Sus padres nunca quisieron esa vida para ella así que la mantuvieron en secreto durante las largas temporadas de pesca.

—Llegó un momento en el que no podía discernir la realidad de las visiones, así que perdí la cordura y me encerré en mí misma—explica con pesar, después sonríe y añade—. Beberme esa pócima fue la mejor decisión de mi vida. Así pude vivir con normalidad y compartir una vida con mi esposa.

—Las brujas nos vendieron esa poción a cambio de todos nuestros aho_

rros. Así que nos quedamos sin nada, nos mudamos a una casa compartida hasta que la Corte de la Noche nos otorgó nuestros títulos y fortuna.

Mi *aurane* arde con tanta fuerza que me veo obligado a clavar las uñas sobre la mesa. Estevian se incorpora de golpe, se muerde la muñeca y me da de beber. Todo se calma en un instante, con cada gota que recorre mi paladar los tres chiquillos de mi vientre regresan a su sueño.

—Siendo mujeres humanas ¿No podíais ayudar a las *adastas*?

—No querido, gestar a un bebé inmortal nos arrebataría la vida antes de dar a luz. Necesitan más sangre de la que podemos ofrecer y no digerimos el plasma con facilidad—explica Olivia con amabilidad—. Y en palacio se valoraba más nuestra sangre que nuestro vientre.

Al cabo de unos minutos decidimos despedirnos de ellas. Las humanas son una grata sorpresa, la verdad es que no deja de asombrarme la unión de razas que hay en Plaguen. Vampiros, sirenas, humanas y, ahora un tritón, conviviendo en la misma ciudad. Si alguien me hubiera contado que el Continente de la Banshee permite tanta variedad, jamás me lo hubiera creído. Pero también es cierto que las piedras antiguas hablan de que los caídos son muertos vivientes despiadados, algo en lo que se equivocan, creo.

Gayla se acerca a la puerta y, justo cuando va a bajar la manilla, esta se abre de golpe. De pronto aparece un hombre de piel pálida y cabello gris. Sus ojos son azules y sus facciones están trabajadas. El extraño sostiene la llave de la casa en una mano y una cesta con frutas en la otra. En el momento en el que me mira sus párpados se abren de par en par, luego se fija en la placa de la fachada para confirmar que no se ha equivocado de edificio.

—Esa es mi ropa...—dice con una voz masculina, ligeramente ronca y poderosa. No es mayor que nosotros, pero su pelo tiene un color gris natural—. Mamás ¿Quiénes son...? ¡Espera! ¿Tú eres Estevian Ilia no? ¿El *stoker*? —acto seguido hince la rodilla en el suelo y baja la cabeza—.

Milord.

—Lánar, querido. Levántate, no ha venido como *stoker* si no como amigo de la familia—se queja Olivia desde nuestras espaldas.

—¡Ah! Es un placer conocerte—Estevian estira su mano para ayudarlo a levantarse—. Sabía que las tías habían adoptado a un hijo, pero no había tenido tiempo de venir a conocerte en persona.

—¿Sabías de mí? Que honor—el hombre se incorpora, me mira con el rostro nervioso y me da un apretón de manos. Un gesto que respondo con torpeza—. ¿El Tritón de Plaguen verdad?

—Sí, Cirigh. Encantado.

—Oh, no... el placer es mío—sostiene la cesta y me da una manzana roja—. No tengo otra cosa para darte la bienvenida a Plaguen. De haberme avisado...

—Está bien, Lánar. Muchas gracias.

—Déjalos marchar, cariño—apunta Gayla mientras tira de él hacia el interior de la casa—. ¿No ves que tienen asuntos de palacio que atender?

—Normal, disculpad—comenta él dándonos vía libre para salir—. La ciudad está muy alterada con todo el tema de la rebelión y la ausencia de los duques.

—¿Ausencia?—Estevian aprieta su mandíbula fruto de la preocupación.

—Ah, sí, querido. Los duques llevan un mes reunidos con el Antiguo. ¿No has hablado con tus hermanas? Ahora es Lord Darius y Lady Amari los que están en el trono como regentes sustitutos.

—Nos vamos—el vampiro se apresura a alejarse de aquí.

—¡Gracias por todo!—me despido de los humanos a tiempo de seguirle el ritmo al *stoker*.

Las calles de Plagen se tornan un laberinto de adoquines donde la tensión guía nuestros pasos. Estevian permanece callado, con la mandíbula apretada y los labios sellados. No es el momento de hablar, no mientras su familia se encuentra en un momento tan importante. Extrañamente no hay gente por la calle, ni un solo caído caminando bajo la tormenta eterna del Midna.

En cuestión de segundos mis manos rodean la cintura del vampiro mientras el corcel que ha alquilado nos aleja de la zona noble de la ciudad. Durante el trayecto por el precipicio cuya caída da al bosque de pinos, me planteo la opción de preguntarle sobre sus tías y Lánar. Intento hacerlo, incluso mis labios producen un hilo de sonido, después me callo. Entiendo que no es el mejor momento para hablar, no ahora que las cosas se han puesto serias de nuevo. Me aseguro de que la manzana roja se mantiene en mi chaqueta y me prometo a mí mismo comérmela como agradecimiento por el regalo del humano con cabello gris.

El palacio tiene escasez de personal, es como si todo el mundo estuviera tan ocupado que no tuvieran ni tiempo para recorrer los pasillos como siempre lo han hecho. Lo primero que hacemos al llegar es entrar en la sala del trono, a diferencia del día que me dieron el título de Tritón de Plagen, allí no hay nadie.

—¿Dónde está todo el mundo?—pregunto mientras Estevian continúa caminando como un toro que ha marcado al cazaflamas como su único objetivo.

—Algo no anda bien...—murmura al cabo de unos minutos.

Llegamos a otra estancia que desconocía, un lugar adornado por grandes estatuas de piedra con la imagen de hombres y mujeres con coronas. Hay guardias por todos lados, una gran mesa redonda en el centro y varios vampiros que mantienen una acalorada conversación.

—¡Las arcas reales escasean!—protesta un caído con el cabello rojo langosta—. La Orden arrasó con todo.

—Los nobles exigen rellenar sus bodegas, ya no tienen sangre—se queja otro, esta vez el cuerpo rechoncho y cara de morsa.

—Los barcos han regresado sin pesca, el pueblo está preocupado por el estado del reino—secunda el de chaqueta con piel de cocodrilo.

—¡Basta!—grita Lord Darius golpeando la mesa, me percató de que su mano se ha cubierto de la misma piedra negra que utilizó en la arena. El resto de los miembros del consejo acallan sus murmullos mientras prestan toda su atención en su nuevo rey—. Plagen tiene que aguantar ¿No

entienden que el duque Ábsolem y la duquesa Ágatha están buscando una solución para todos nuestros problemas? Incluso el duque Krishan está reunido con el Antiguo.

—Pero, milord, si no hacemos algo el pueblo abandonará Plaguen y Lady Alia afirma que no pueden abastecer a tanta gente en Pestet—habla el de pelo naranja como un pez payaso.

En un abrir y cerrar de ojos Estevian se propulsa en el suelo para propinar un salto sobrenatural y aterrizar al lado del otro *stoker*. Al verle, los diez vampiros sentados en la mesa se incorporan y le hacen una pequeña reverencia.

—Milord, no sabíamos que estaba en el palacio—se excusa la langosta—. Le hubiéramos avisado para la reunión.

—Sí, señor—secunda la morsa—. Pensábamos que había salido de viaje, eso nos dijeron sus hermanas.

—Utilizad las reservas de palacio para crear raciones para cada familia de los barrios bajos—Estevian comienza a hablar con seriedad mientras el resto se sienta y empiezan a escribir en sus pergaminos.

En el momento en el que Lady Amari ve a su hermano me busca desesperada con la mirada. Acto seguido se acerca a mí y me rodea con sus brazos. Percibo su respiración agitada, su preocupación y su cercanía.

—Gracias a Santa Illythia que estás vivo—me susurra mientras la reunión se sigue llevando a cabo—. ¿Te has alimentado ya?

—Sí, gracias—le dedico una sonrisa mientras ella me acaricia la cara con afecto. Después coloca sus manos sobre mi vientre y percibe los latidos de los embriones que descansan en mi *aurane*.

—Eres un milagro para nosotros, Cirigh.

Ella me conduce hasta la mesa, se coloca en su sitio y yo me coloco al otro lado de Darius mientras este sonríe viendo la llegada del *stoker* como su salvación. Estevian continúa hablando con la profesionalidad de alguien que sabe lo que tiene que hacer:

—Repartid botellas de plasma a los barrios ricos y crear un decreto donde se prohibirán las fiestas y el tráfico de *ilotas*. Esta es la única manera que tienen de darle más duración a nuestras reservas.

—¿Y que nos queda a la Corte de la Noche?—se queja el pez payaso frunciendo el ceño.

—He despedido a los miembros del servicio dándoles una buena cantidad de dinero para que puedan disfrutar de sus próximos meses libres—aclara Darius con majestuosidad, verdaderamente habla como un duque de verdad—. Eso hace que lo que nos queda pueda alimentarnos durante al menos dos meses.

—Que las brujas cesen sus prácticas de magia y que cedan sus reservas de plasma a la corte...

—Solo quedan diez en el aquelarre, Estevian—le explica el otro *stoker*—. Las otras desertaron con la muerte de la Tríada.

—Pues que reduzcan sus conjuraciones, que se muden a palacio y que nos cedan todos sus víveres—continúa el vampiro mientras cualquier rastro de alegría se borra de su expresión. Me mantengo serio, sé que no puedo hacer mucho ahí más que permanecer entre ellos, aunque mi sitio no sea ese y mis conocimientos políticos sean nulos—. Preparad más barcos para que partan al mar y organizad partidas de caza.

—Señor,...—el vampiro que le interrumpe es el que tiene la frente tan grande como la de una beluga—. No quedan barcos, los Condenados los quemaron todos mientras entretenía a la corte durante la matanza de la arena.

—Saldré yo a pescar—pronuncio viendo la oportunidad de sentirme útil en la sociedad vampírica—. Puedo salir cada día y abastecer gran parte de la ciudad.

—Pero...—intenta decir el pez payaso, pero Darius le interrumpe.

—Tiene razón, es el Tritón de Plaguen y se ha ganado ese título con creces.

—Visitaremos Orio, Ninfa Oscura y Torre Salamandra para pedirle a los humanos que nos donen más sangre—continúa Estevian.

—Eso obligaría a que los pueblos abanderados de la corona no regeneren su plasma para nuevas cosechas, habría que esperar meses...—se queja el que tiene afilados bigotes como un pez gato.

—Mejor eso que sumir a Plaguen en un apocalipsis de bestias sin moral. Si los inmortales matamos a nuestras anclas, ni Illythia podrá salvarnos de su guadaña—sentencia Darius y los otros vampiros escriben todos los decretos de su rey.

La corona de oro negro y rubíes le queda perfecta al *stoker*, es como si hubiera nacido para ella. Una figura se levanta y aplaude cuando el silencio se propaga por la sala del consejo. Cuando le miro me doy cuenta de quien es, recuerdo su nombre y las veces que intentó atraparme. El general Rhain está allí presente, puedo intuir los músculos poderosos que se ocultan bajo el jubón con los colores de Plaguen.

—Ya habéis oído a mi hijo. Haced lo que han decretado—comenta a tiempo de darse la vuelta y gritar—. ¡Reforzad las defensas del castillo! Yo me encargaré de que nuestra ciudad no sea asediada en nuestro peor momento.

—¡Voy!—grita Estevian a tiempo de reunirse con él. Yo no le pierdo de vista, me mantengo a su lado, como su sombra, tal y como le prometí antes de irnos de nuestra querida isla.

Nos alejamos del murmullo del consejo mientras las armaduras de los soldados resuenan en un compás fuerte y constante. Rhain también se ha rapado la cabeza como su hijo, no sonrío y ni siquiera me mira cuando les alcanzo. Me cuesta incluso seguirles el ritmo, tienen el rumbo fijado de tal manera que nada puede detenerlos. Salimos de palacio para cruzar el jardín y descender por unas escaleras ocultas entre el barranco, que delimita a la realeza del pueblo, y el gran castillo granate y negro.

Los peldaños se retuercen en la montaña de tal manera que a veces cruzamos túneles oscuros y otras estamos a pocos metros de una caída mortal. La ruta está oculta por la naturaleza y las rocas, un camino poco predecible para alguien que nunca lo ha recorrido. Justo cuando parece que hemos terminado de bajar, las escaleras siguen descendiendo incluso por debajo del nivel del suelo. Al final llegamos a una cueva cuya humedad gotea por cada esquina.

—¿Habías bajado alguna vez aquí?—le pregunta Rhain.

—No, es la primera vez que te acompaño.

—Pues vas a ver el arma más poderosa de Plaguen, Estevian—después me mira por encima y añade—. Y tú también, Cirigh.

—Ya tengo ganas de llegar—jadeo cansado mientras empiezo a sentir el dolor en mis piernas.

—Recuerdo ver unos planos de una ballesta gigante—pronuncia su sobrino ignorante.

—Te vas a sorprender. Solo espero que no juzgues las decisiones que tu padre y yo tomamos para protegeros a todos.

Las palabras de Rhain se detienen justo en el momento en el que llegamos a un acuífero natural. Un lago situado en el corazón de la tierra, oculto para los ojos curiosos. El lugar es inmenso, está iluminado por antorchas y está delimitado por un gran portón de acero puro sostenido por cadenas que recorren el techo de la cueva.

Estevian se choca con el general cuando este se para en seco y extiende su mano hacia la gran masa de agua oscura que se mantiene en calma. Yo me pego a la pared por miedo a mojarme y perder la movilidad en Tierra firme.

—Dicen que el verdadero poder de la corona de oro negro y rubíes es el que portan las brujas del

Aquelarre del Cuervo. Pero se equivocan...—Rhain camina alrededor del lago mientras deja caer el jubón sobre el suelo. Debajo tiene una camisa blanca cuyos gemelos comienza a desabrochar para recoger las mangas—. Cuando Ábsolem fue elegido duque, Fielgan, tu abuelo, me hizo su protector nombrándome como general. Años después su ciclo inmortal llegó a su fin y tuvo que entregarse al Antiguo.

—¿Qué está haciendo?—susurro, pero Estevian levanta la mano para pedir que me calle. No lo hace de manera ofensiva, más bien es como si quisiera concentrarse en descifrar el secreto de su familia. No, más bien, del general.

—El reino pasó por la oscuridad del hambre en el pasado. Nuestros enemigos naturales nos arrebataron nuestra fuente principal de alimento. Sin ella no podíamos forjar ningún trato con los humanos—Rhain abre sus labios para mostrar sus colmillos y clavarlos en sus dos muñecas. Primero una y luego la otra—. Por eso encontré la forma de protegernos de aquellas que no podíamos derrotar. A tu padre le pareció una locura, pero al final cedió, pues no teníamos otra alternativa.

—¿De qué estás hablando?—pronuncia Estevian mientras abre sus brazos para protegerme.

—¡Contemplad la Plaga!—proclama orgulloso mientras deja que su sangre caiga sobre el agua oscura.

De repente el lago se empieza a sacudir, lo hace con tanta fuerza que Estevian se tiene que poner delante para que no me moje. Varias figuras emergen del agua para volver a entrar. Siluetas de escamas negras y ojos rojos. Al principio no soy consciente de lo que estoy viendo, luego me doy cuenta de lo que ocultan los cimientos de Plaguen.

—¡Caribdis!—grito en sirénido mientras el miedo se apodera de mí.

Hay tres caribdis en el acuífero, tres criaturas que abren sus fauces en flor para beber de la sangre del general Rhain. No son tan grandes como la que nos quiso comer en alta mar, tienen el tamaño de un tiburón, pero sé que eso es porque el espacio que tienen es insuficiente para desarrollarse al máximo. Hay tres, no, hay muchas más, otras de pequeño tamaño, crías de caribdis, crías del enemigo ancestral de mi especie. La razón de nuestra extinción está allí delante de mí, la causa de que mis hermanas y hermanos mueran en las profundidades del océano. La razón de que mi padre muriera por salvar a mi madre.

Rujo, lo hago sacando mis dientes, mi rostro se contrae en mi forma de agua salada, un logro que consigo hacer estando completamente seco. Rhain me mira y abre los ojos asustado. Se mueve un centímetro y tropieza sobre el lago negro. Entonces comienza el caos.

—¡No!—grita Estevian intentando llegar hasta él, pero es demasiado tarde.

Las caribdis forman una amalgama de figuras negras que empiezan a devorar a su creador. La sangre sale despedida por los aires al mismo tiempo que las criaturas aumentan su tamaño. Incluso las más pequeñas, las que tenían el tamaño de un gato, crecen de tal manera que provocan temblores en el interior de la cueva.

—¡Tenemos que irnos!—pronuncio aterrado mientras mis piernas me llevan hasta el arco de salida—. ¡Tenemos que escapar de aquí!

—¡No, Cirigh!—el *stoker* se detiene mientras ve como del techo empiezan a desprenderse rocas de gran tamaño.

La tierra brama como si estuviera sufriendo. Las caribdis son como el veneno de las avispas de mar, esas medusas con la capacidad de detener el corazón de cualquier ser con tan solo un roce de sus tentáculos. Un veneno encerrado en el sistema nervioso de Plaguen y que amenaza con destruirlo.

—¡No podemos dejarlas aquí!—grita desesperado apresurándose a las cadenas que levantan los portones de acero para dejar a los monstruos en libertad.

—¡Mi familia!

Me quedo completamente bloqueado, no puedo moverme, no cuando veo como el futuro de dos reinos dependen de una única puerta. Mi cabeza piensa con velocidad, necesito huir de allí, nadar hasta Laneth y advertir a mis hermanas que huyan de nuestro hogar. Sé que el *aurane* no me dejará alejarme mucho de la noche del Midna, pero puedo secuestrar a cualquier caído para avanzar, ya lo hice con anterioridad.

—¡Cirigh! ¡Cirigh, no!

Empiezo a correr, lo hago subiendo las escaleras y atravesando los túneles que me han traído hasta aquí. Escucho los gritos de Estevian mientras mis músculos se mueven solos. Tengo que detenerme en varias ocasiones porque las rocas se desprenden de la montaña y empiezan a destrozar el camino de vuelta. Puedo hacerlo, si voy lo suficientemente rápido puedo llegar a Plaguen, alcanzar el Salto de la Noche y volver a mi hogar.

La tierra sufre bajo mis pies, veo como grandes agujeros se dibujan en las escaleras. Salto una vez, luego otra y después otra. Entonces veo como un túnel se desmorona frente a mí, tengo que dar un paso hacia atrás para evitar que me aplaste. Me quedo observando las rocas precipitándose al vacío del bosque de pinos cuando mi corazón da un vuelco. Tengo que continuar, mi familia depende enteramente de mí.

—Yo...

Mis labios intentan hablar, pero mi lengua no puede moverse. Ver como el túnel se desmorona me hace imaginarme a Estevian sepultado bajo las rocas de la cueva. Entonces recuerdo todo lo que hemos vivido juntos, todas y cada una de las escenas que he compartido desde que llegué aquí.

Recuerdo cuando me sacó de la pecera de cristal durante la fiesta de Lady Amari. Su máscara de chacal y su esfuerzo por salvarme la vida. Después se enfrentó a los miembros de la Orden que intentaron llevarme con el Maestro.

—Yo...

No le importó mostrarme su verdadera identidad cuando me llevó a palacio para protegerme. Me dio un hogar y me nombró su *ilota* para protegerme del resto de caídos. Si yo le pertenecía de cara al resto, nadie se atrevería a tocarme jamás. Me salvó de todos los peligros que asolaban su ciudad aun sabiendo que no era mi lugar y que no conseguía recordarle.

—Yo...

Intentó traer mis recuerdos de vuelta, cada día con su “huelo a pescado”. Me llevó a Orio cuando vio que me ahogaba en el castillo, estaba dispuesto a sacrificarse para protegerme de los necrófagos. No le importó que su familia supiera quién soy de verdad. Después me prestó su propio dormitorio aun sabiendo que eso rompía todas las normas de la corte. En ese momento tampoco pensó en él mismo, solo en mí.

—Estevian...

Mi respiración se agita mientras emprendo la carrera de vuelta. Salto a través de todos los agujeros que se han ido formando por el desprendimiento de rocas. Los guijarros más pequeños me golpean la cabeza y me hacen sangrar, pero no me importa, no mientras los recuerdos siguen guiando mis zancadas.

En la arena luchó por mí por encima incluso de su propia familia. Puso en peligro a la alta sociedad de Plaguen por salvarme la vida. Y después me convirtió en su ancla, en su razón de ser, en su punto de cordura, en su amor. Tuvo la paciencia suficiente como para no contarme la verdad desde el primer momento, no quería dejarme en shock o traumatizarme. Aun sabiendo que nos conocíamos desde niños, supo esperar hasta que yo estuviera preparado.

Nunca ha tenido miedo, nunca se ha alejado de mí, ni siquiera cuando la caribdis estuvo a punto de devorarnos huyó de mi lado. Ha sido mi sombra desde que volvimos a juntarnos. Me ha dado su alma a pedazos, con cada beso, con cada mirada, con cada risa. Ahora él forma parte de mí tanto como lo puede hacer mi aleta.

—¡Aguanta!—consigo gritar con la sangre empapando mi frente y el cansancio amenazándome con hacerme caer.

Sigo saltando, esquivo las rocas más grandes solo para regresar junto a él. Estevian, Chacal, *stoker*, vampiro, caído, caminante diurno... sea lo que sea le amo, le amo con cada escama que se oculta bajo mi falsa piel.

—¡Estevian!—grito de nuevo, pero el lamento de la montaña ahoga mi voz en destrucción y caos.

Escalo los túneles derruidos con el corazón latiéndome a tanta velocidad que no puedo pensar en

nada más que regresar a la cueva. No me puedo ni imaginar que el acuífero se ha derruido con Estevian dentro, no, no me lo puedo permitir.

—¡Hueles a aliento de ballena!—le rezo a Ryshanta porque pueda escucharme, porque pueda aguantar solo un poco más—. ¡A aliento de ballena!

Mis piernas no pueden más, pero mi alma tira de cada uno de mis músculos forzando a las extremidades a avanzar. De pronto mis ojos empiezan a llorar con tanta fuerza como la que llevan las rocas cuando destruyen las escaleras a mi paso. La entrada de la cueva está derruida, solo hay un pequeño recovero a través del cual puedo ver el interior.

—¡Hueles a aliento de ballena!—repito cuando lo veo agarrado a las cadenas aunque la montaña vaya a aplastarle.

—¡Y tú a pescado!—me responde con el rostro destrozado en dolor.

—¡Espera, mi amor!—empiezo a apartar las piedras sin importarme cortarme las manos o romperme las uñas—. ¡Aguanta por favor!

Poco a poco voy abriendo un agujero lo suficientemente grande como para meter la cabeza. Empujo, lo hago como si fuera mi última misión en la vida. Repto como una serpiente mientras los recuerdos me dan la fuerza suficiente como para avanzar. Le recuerdo corriendo hacia mí para sacarme de las alcantarillas de la ciudad, recuerdo su cara sufriendo por cada una de las quemaduras de mi piel.

Entonces caigo sobre el suelo, esquivo la caída de las rocas antes de que puedan sepultar mis piernas y me apresuro a llegar hasta él. Me propulso en los escombros para saltar hasta la cadena en la que está colgado. No tiene fuerza suficiente para levantar el portón de acero el solo y las caribdis solo quieren salir de allí, sea como sea, aunque eso signifique destruir un castillo entero. Sé que no solo destruirían la Corte de la Noche, sino también el refugio del aquelarre y el sepulcro del Antiguo. No quedaría nadie en pie, solo un pueblo perdido dispuesto a abandonar su hogar con la muerte de sus líderes.

Me agarro a la cadena y me cuelgo junto a Estevian, le beso con fuerza mientras nuestro peso y nuestra fuerza nos hacen ceder mientras las puertas se abren de par en par dejando libres a los depredadores de mi familia. El tiempo se ralentiza mientras siento los fríos labios del vampiro, las rocas caen con lentitud mientras las criaturas escapan a alta mar.

—¡Tenemos que salir de aquí!—grita él justo en el momento en el que los segundos retoman su curso. Sus ojos, de rojo brillante, observa la salida completamente inexistente. Después me mira y se da cuenta de lo que hemos hecho, además de que no tenemos ninguna escapatoria, ya no—. Lo siento... la ciudad...

—No digas nada—le doy un beso en la mejilla, le agarro la mano con fuerza y tiro de él.

Me apresuro a llegar al agua oscura para zambullirnos en ella. Cuando lo hago mi aleta gris toma el lugar de mis piernas y empieza a nadar con fuerza. Hay caribdis alrededor, al menos las más pequeñas e inofensivas. Me esfuerzo por sacarnos de allí aun sintiendo el pinchazo de sus mordiscos.

Cada golpe de aleta es como recoger un fragmento de esperanza, la misma que se quebró cuando Rhain nos mostró a las caribdis. Nado, sigo nadando, no puedo hacer otra cosa, no ahora que he conseguido salvar a Estevian a tiempo de que la cueva se sepulte. Invoco el poder de las *clamamareas* para hacer aparecer un escudo, si las caribdis más grandes se atreven a atacarnos, al menos lo tendrán difícil.

El agua forma una gruta por debajo de la tierra, un túnel submarino repleto de pequeñas y molestas caribdis. Son como mosquitos de gran tamaño sedientos de la misma sangre que les han

dado de alimento. El camino se ensancha dando paso al océano, en ese preciso instante las criaturas se alejan del Continente de la Banshee y yo nos hago emerger a la superficie.

En el momento en el que mi escudo se disipa la lluvia azota nuestros rostros con fuerza. El cielo descarga sus relámpagos como si supiera que la sociedad nocturna ha estado en peligro. No suelto a Estevian en ningún momento, ni siquiera cuando llegamos a la playa y salimos del agua. En cuanto me pongo en pie me rodea con sus brazos y me aprieta con fuerza. Nuestros corazones forman una melodía hermosa, mucho más bonita que la de la canción de mi Voz Azur. Entonces coloca su frente sobre la mía y jadea agotado.

—Te amo Cirigh de Laneth—consigo escuchar incluso con los truenos recorriendo la noche eterna—. Y quiero casarme contigo, formar la Corte de Agua Carmesí con la que has soñado. ¿Qué me dices?

—Sí, sí quiero Estevian Ilia—empezamos a reírnos empapados en el agua que cae del cielo. Me esfuerzo en reprimir mi forma acuática, lo hago como si estuviera reprimiendo, con todo mi ser, las ganas de estornudar.

Nos besamos, lo hacemos como si fuera el último beso de toda nuestra existencia. Dejamos que nuestros labios bailen al compás de nuestros latidos, la tormenta y los relámpagos. Nos prometemos quedarnos juntos para siempre, cada intercambio de saliva es una firma del tratado que forja nuestro propio reino. Una ciudad que de momento vive en nuestros corazones, al menos por ahora pues la Corte de Agua Carmesí algún día existirá.

Continuará....



GUÍA DE VIAJE: VALHÍA

RAZAS DOMINANTES

Humanos (Prestigiosos)

Residen en la parte oeste de Valhía, bajo la parte solar del Midna. Son de piel oscura y su cultura está muy arraigada con la naturaleza, los orishas y el culto al sol. Los primogénitos con sangre bendecida nacen junto a un feralba, león mágico albino, que los acompaña hasta el final de sus días. Su diosa es Bryarthe, que representa el poder más destructivo del sol.

Vampiros (Caídos)

Residen en la parte este de Valhía, en la noche eterna del Midna. Su piel es pálida, sus ojos se tornan rojos y tienen colmillos. Sus reyes y reinas provienen de antiguas estirpes con dones ocultos que les hacen diferentes del resto. Su potencia militar principal es la magia de las brujas que residen allí. Su diosa es Illythia, que representa la oscuridad y la noche.

Sirenas (Ahogados)

Sus reinos se ocultan en las profundidades del mar de Valhía, nadie sabe señalar la ubicación exacta de estos. Se rigen por una sociedad matriarcal donde la reina y las sirenas se posicionan por encima de los tritones. En agua salada tienen las escamas grises, pliegues en las manos, dientes de tiburón y garras afiladas. Su voz es lo más temido de todo. Su diosa es Rysantha, que representa el agua en toda su plenitud.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LAS MANCIAS

Ashlaxmancia: Magia de Fuego
Astalmancia: Magia de Plantas
Tuallmancia: Magia de Teletransporte
Élanymancia: Magia de Oro
Seliamancia: Magia de Ilusionismo
Valmancia: Magia de Vuelo
Goranmancia: Magia de Armas
Akathmancia: Magia de Oscuridad
Xuthmancia: Magia de Pociones
Nolmancia: Magia de Agua
Zarianmancia: Magia de Hielo
Donmancia: Magia de Muerte
Irialmancia: Magia de Anulación

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que habéis apoyado este gran proyecto. En especial gracias a ti por haber adquirido esta obra y apoyarme en este mundo tan complicado. A mi familia por ser apoyo constante desde que emprendí esta carrera tan bonita.

A Ángeles Aguilera, mi querida Ali. Gracias por leer cada locura que se me pasa por la cabeza y lanzarte de lleno a la piscina sin saber si va a estar llena. Sé que hay proyectos que se han quedado en el cajón y algunos otros, como este, que brillan con tanta intensidad que es imposible dejarlos encerrados.

A Irene, arthynoti, por darle forma a todas las sombras de mi mente. Por disfrutar del proceso, enamorarse del arte y dejarme con al boca abierta con esas ilustraciones de infarto.

A Ely, mi lectora empedernida. Gracias por esas conversaciones interminables y esos días de risas. Por insistir en crear un buen *spicy* y por ayudarme a eliminar esas palabras que están pasadas de moda.

A Dani, de *primmrosse_design*. Gracias por conseguir que este puzle cobre sentido y hacer de una idea este pedazo de portada. Por ser tan cercana y jugar con los colores como si fueran piezas de un juego infinito.

A Aneizar, autora también de fantasía. Sin ti estas historias no tendrían sentido. Me has demostrado que en un mundo tan competitivo como es este se pueden encontrar amigas de verdad. Sigamos navegando en ese barco al que un día decidimos llamar Bloqueando Al Impostor. Ese podcast que nos está haciendo disfrutar tanto de esta pasión.

A Charlotte T. Loy, porque eres inspiración y ejemplo para seguir luchando por esta carrera tan bonita. Por ser comprensión, empatía y alas. Siempre serás mi condesa. Gracias también a esas dos mujeres que te acompañan como leales guerreras de las letras: Deborah P. Gómez y Jessy CM. Las Supernenas Literarias. Sois energía pura para seguir escribiendo, espero poder acompañaros en más antologías como Navidad Con Derecho a Roce.

A Jonatan Estévez Valiente, por demostrarme tantas cosas en tan poco tiempo. Por ser lucha, empeño y risas. Por motivarme a escribir cada día de mi vida, por acompañarme en mis locuras y por ayudarme a mantenerme fiel a mis principios. Pero, por encima de todo, por demostrarme que el amor es la verdadera magia de nuestro mundo. Por conseguir que la oscuridad de mis mares tenga ápices de luz y esperanza y por hacer que los días nublados sean también un motivo para celebrar. Te amo.